



TOLSTOY  
—  
RESURRECCION

2

6  
8366



6

8366





H 8  
CONDE LEON TOLSTOY



# Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE

LEOPOLDO ALAS (CLARIN)

Segunda edición

TOMO SEGUNDO

189  
2

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228, Apartado Correos 189

Precio de la obra: 3 ptas.



# RESURRECCIÓN

---

OBRAS DE LEÓN TOLSTOY

*que se hallan de venta en esta Casa Editorial*

---

LA SONATA DE KREUTZER. . . . .	1 tomo
EL MATRIMONIO. . . . .	1 »
AMO Y CRIADO. . . . .	1 »
RESURRECCIÓN. . . . .	2 »
LOS COCACOS.—IMITACIONES. . . . .	1 »
LA ESCLAVITUD MODERNA. . . . .	1 »

---

R 115027

CONDE LEON TOLSTOY

Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE

LEOPOLDO ALAS (CLARIN)



Traducción de AUGUSTO RIERA

Segunda edición



TOMO SEGUNDO



BARCELONA

Casa Editorial Maucci. -- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres

MAUCCI HERMANOS

Cuyo, 1070

México

MAUCCI HERMANOS

1.º del Relox, 1

1901

---

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA



# RESURRECCIÓN

## XIII

Neklindoff se acercó á la cárcel dominado por grande emoción, preguntándose en que disposición encontraría á la Máslova, y un sordo terror le invadía pensando en el misterio que envolvía á la joven y á los demás desdichados.

El príncipe llamó y preguntó al carcelero por la Máslova. Le dijo que prestaba servicio en la enfermería, y allí se dirigió después de enterarse que debía pasar por el corredor del departamento de los niños.

Compareció un médico joven que con voz áspera preguntó á Neklindoff que quería. A pesar de su apariencia era un buen chico, y si recibía casi regañando á Neklindoff era que temía que quisiese algo contrario al regla-

mento, y deseaba demostrar que no hacía excepciones en favor de nadie.

—No están aquí las mujeres.

—Ya lo sé; busco una enfermera.

—¡Ah!... Sí, hay dos... ¿Qué deseáis?

—Tengo mucho interés por una de ellas, la Maslova, y desearía verla,—dijo el príncipe.—Parto para Petersburgo á fin de presentar un recurso de casación y antes quisiera darle este objeto: es un retrato.

Y se lo enseñó.

—Bien, bien,—replicó el médico suavizado ya.—Eso es permitido.—Y llamando á una vieja díjole que hiciera venir á la Máslova en seguida.

Neklindoff, aprovechando las buenas disposiciones del médico, le preguntó cómo se portaba la Máslova.

—Bien; no estoy descontento de ella. Hace lo que puede y pone mucho cuidado en lo que hace,—respondió el médico.—Aquí está.

Por una de las puertas apareció la vieja y detrás de ella la Máslova. Llevaba un vestido á rayas cubierto con un delantal blanco, y un pañuelo blanco cubría sus negros cabellos. Al ver á Neklindoff se ruborizó y se paró un momento como turbada y vacilante; después frunció las cejas, bajó los ojos y se adelantó hacia él á pasos rápidos y cortos; no le quería dar la mano; pero cuando estuvo cerca de él se la alargó y se ruborizó más.

Después del día en qué se había excusado de sus impertinencias, Neklindoff no la había visto más y esperaba que estaría en igual disposición de ánimo. En vez de esto la encontraba cambiada, teniendo su rostro una expresión que el príncipe no sabía explicarse, algo contenido, reservado, algo hostil á él. Le dijo poco más ó menos lo que había ya dicho al médico y le alargó la fotografía.

—Es un antiguo retrato que he encontrado en Panovo. He creído que os gustaría tenerle. Tomadlo.

Katiuscha le echó una mirada con sus ojos oscuros y

enarcando las negras cejas, pareció preguntar: ¿A qué viene todo eso?—Luego tomó la tarjeta y se la escondió debajo el delantal.

—He visto á vuestra tía.

—¿Sí?—repuso ella con indiferencia.

—¿Estáis bien aquí?

—Bastante.

—¿No os parece demasiado cansado?

—No, no... aunque todavía no estoy acostumbrada.

—Me alegro. Siempre es mejor que estar allí.

—¿Dónde *allí*?—preguntó Máslova enrojando hasta las orejas.

—Allí, en la cárcel,—se apresuró á contestar Neklindoff

—¿Por qué mejor?

—Creo que esto es más sano, y por lo menos no tendréis que tratar con gente como la que allí hay encerrada.

—Había algunas muy buenas,—observó la joven.

—Sabed que me he ocupado en lo de los Menschoff; hay grandes probabilidades de que sean absueltos.

—Me alegrare mucho; ¡es una viejecita tan buena!—exclamó la Máslova y sonrió ligeramente.

—Hoy mismo marchó á Petersburgo; vuestro recurso será discutido en seguida, y espero que la sentencia quedará casada.

—Casada ó no, para mí es igual ahora.

—¿Por qué, ahora?

—Porque sí...—replicó ella mirándole un instante con muda interrogación.

Neklindoff comprendió el sentido de aquella interrogación. Quería saber si el príncipe persistía en la intención que le había manifestado, ó si la negativa opuesta por ella le había hecho variar de propósito.

—No comprendo porqué os debe ser igual,—replicó,—En todos los casos, estoy pronto á lo que os dije.

El tono con que pronunció estas palabras era decisivo. Katuscha levantó la cabeza; sus negros ojos se fijaron en

él y su rostro resplandeció de alegría. Pero los labios no quisieron confirmar lo que claramente expresaba la mirada.

—Es inútil lo que decís.

—Lo digo, porque deseo que quede bien grabado en vuestra mente.

—Ya lo dijimos una vez; no hay que añadir nada,— contestó conteniendo con trabajo una sonrisa.

En el cuarto cercano se oyó ruido, y después el llanto de un niño.

—Creo que me han llamado,—dijo la Máslova, volviéndose con inquietud.

—Adiós pues,—contestó Neklindoff, alargándole la mano.

Fingió la joven no verlo, y sin estrecharla se volvió aprisa como para ocultar su triunfo, y se alejó á pasos rápidos.

—¿Qué pasa en esa cabeza?... ¿Qué le ocupa su corazón y su mente?... ¿Es que desea ponerme á prueba ó que no puede perdonarme de ninguna manera?... ¿No puede confesar todos sus pensamientos, ó no quiere?... ¿Se ha hecho más piadosa ó más inflexible?...

Pero por más que se repitiera tales preguntas, Neklindoff no hallaba respuesta adecuada. Sólo una cosa era indudable, que la joven cambiaba, que se operaba en ella una transformación de grande importancia, que no sólo la unía más á él, sino también á aquel Dios, por voluntad del cual aquella transformación se operaba.

La Máslova, vuelta al cuarto donde estaban los ocho muchachos, recibió orden de hacer una cama, y como al arreglar la sábana se inclinara demasiado hacia adelante, le resbaló el pie y estuvo á pique de caer. Uno de los muchachos se echó á reír, y la Máslova, incapaz de contenerse, se dejó caer sobre la cama rompiendo en una carcajada ruidosa y contagiosa, que repitieron los niños. La enfermera le riñó.

—¿Qué te ha dado? ¿Crees acaso que estás donde antes? Ve á buscar la poción.

La Máslova calló, tomó la taza, é iba á salir; pero antes miró al muchacho que riera primero y lanzó otra carcajada.

Después, durante el día, apenas estaba un momento sola, sacaba la fotografía y le daba una ojeada; por la noche al retirarse á su cuarto, la sacó de nuevo y estuvo largo rato contemplándola y no saciando sus ojos de aquello que le volvía á la mente después de tantos años. Miraba aquella fotografía pálida y amarillenta, acariciando con la mirada todos los detalles, las escaleras, las matas del jardín, y más que todo su rostro fresco, bello, con el pelo rizado cayéndole sobre la frente. Su contemplación era tan intensa, que no advirtió que había entrado la otra enfermera.

—¿Qué es esto? ¿Te lo ha dado él?—preguntó la enfermera inclinándose para ver mejor el retrato.—¿Es posible que seas tú esa niña?

—¿Y quién sinó?—replicó sonriendo la Máslova.

—Pues tienes ahora otra cara. Lo menos habrán pasado diez años.

—No sólo diez años; una vida entera ha pasado,—contestó la joven con voz grave; y de repente su animación desapareció como por encanto; por su rostro pasó una sombra de tristeza y una arruga se marcó en su frente.

—Sí, ha sido triste vida la tuya.

—¡Peor mil veces que la galeral!—exclamó la Máslova.

—¿Por qué no la dejabas?

—¡Se quiere dejar; pero no se puede!—exclamó la Máslova, y echando la fotografía en el cajón de una mesa y conteniendo apenas las lágrimas, lágrimas malas de ira, abrió la puerta y salió al corredor.

Contemplando aquel retrato, parecióle por un instante que era aún aquella muchacha que reprodujo la fotografía; como en un sueño volvió á sentir la felicidad de aque-

llos alegres días, y una voz le dijo que aún podría ser feliz con *él*.

Pero bien pronto las palabras de su compañera le recordaron lo que había sido luego, presentándole todo el horror de aquella vida que ahora empezaba á comprender cuán horrible era. Ahora recordaba aquellas tremendas noches de orgía, y especialmente una de carnaval espantosa.

Aquella noche, vestida con un traje de color de rosa, descotado, manchado de vino, con el pelo alborotado y mal sujeto por una cinta roja, cansada, embriagada, rendida, se había sentado, entre dos bailes, al lado de una mujer alta y delgada, á la cual empezó á quejarse de su suerte. Dijole la otra que también estaba aburrída, y como llegara la amiga de la Máslova, Clara, aseguró que le pasaba á ella lo mismo; que anhelaba cambiar de vida. Las tres decidieron hacerlo; pero en aquel momento el violinista preludió un vals y empezaron las parejas á bailar. Un caballero con traje negro y corbata blanca, la agarró por la cintura, estrechó otro alto y gordo á Clara, y así pasaron las horas de aquella noche bebiendo, fumando, bailando... Y así un año, y dos y tres... Y no era posible cambiar de vida... ¡Y todo aquello provenía de él...

De repente se sintió invadida por aquella ira ciega contra el príncipe, que ya experimentara otra vez; sintió un deseo intenso y prepotente de reprocharle é insultarle; se arrepintió de haber dejado pasar la ocasión [de declararle que le conocía demasiado, que no prestaba fe alguna á sus palabras, que no le consentía que abusara de su alma como había abusado de su cuerpo, que no quería de ninguna manera pruebas de su generosidad...

Y casi en seguida sintió un vivo deseo de ahogar en vino tanta amargura.

Si hubiese estado en la cárcel, de fijo que bebiera; pero allí no podía obtener vino sino por medio del practicante. Y éste le inspiraba miedo, porque la hostigaba sin cesar,

y ahora experimentaba indecible repugnancia á toda relación física con los hombres.

Estuvo largo rato sobre un banco en el corredor; luego se estremeció, y entrando en su cuarto, sin contestar á su compañera, rompió en un llanto largo y doloroso sobre su existencia arruinada.

#### XIV

Yendo á Petersburgo, tenía Neklindoff cuatro objetos principales: ante todo presentar el recurso de la Máslova; luego entregar la súplica de la Fedosia; interesarse por la liberación de la Schinstova, que tanto interesaba á la Vera Bogoduchovna, é interceder por un joven, detenido político, para que pudiera hablar con su madre. Finalmente, ver si era posible mejorar la suerte de aquellos campesinos que estaban desterrados en el Cáucaso por haber comentado el Evangelio.

Después de su última entrevista con Maslenikoff, y especialmente después de su viaje á través de sus posesiones, Neklindoff experimentaba una verdadera repugnancia por aquella sociedad en que se educara y viviera; hacia aquella sociedad que fingía no advertir los padecimientos de millares y millares de personas, para poder gozar todas las comodidades y placeres de la vida. Estaba convencido de que cuantos viven en tal ambiente son incapaces de comprender las innumerables miserias de la existencia, y cuán grandes son su crueldad y su culpa.

Ahora no podía Neklindoff entrar en relaciones con esa gente, sin que le remordiera la conciencia. Le llevaban, sin embargo, hacia esa sociedad los costumbres de su vida pasada, las relaciones de parentesco y amistad; y más que otra cosa el deseo de llevar á buen término todo lo que le sugería su corazón para socorrer á la Máslova, é ir en auxilio de aquellos otros desdichados que en él tenían puesta su esperanza.

Al llegar á Petersburgo, pidió hospitalidad á una tía materna, la condesa Charsky, mujer de un exministro; y así se halló de nuevo en el centro de aquella sociedad aristocrática, de la que se apartaba más y más. Le pesaba aquello, pero era necesario.

Ir á una fonda hubiese sido una ofensa para su tía; y anhelaba tenerla por amiga, porque estaba en relaciones con gente de la mayor influencia, que podían prestarle servicios preciosos.

—¿Qué es lo que me han contado de tí?... ¡Verdaderos milagros!...—le dijo la princesa Ekaterina Ivanovna, apenas le vió.—*Vous passez pour un Howard.* ¡Socorres á los culpables, visitas las cárceles, operas reformas en tus posesiones...

—No lo creáis, tía; no es tan fiero el león como lo pintan...

—¿Y por qué no? De todos modos es una buena acción... Cuéntame, cuéntame.

Neklindoff le contó sus relaciones pasadas con Katiuscha, sin omitir un detalle.

—Sí, sí; ya me acuerdo. La pobre Ellen me había hablado de ello; temía que las solteronas te casaran con su pupila.

La condesa Ekaterina hablaba siempre con desprecio de aquellas tías de Neklindoff, hermanas de su padre.

—¿Y ella? *Est elle encore jolie?*

Ekaterina Ivanovna era una mujer de unos sesenta años, jovial, sana, robusta, enérgica, gran parlanchina; tenía alta estatura, formas opulentas: Neklindoff la quería entrañablemente, y desde niño estaba acostumbrado á su jovialidad y energía.

—No, no, *ma tante*, todo eso acabó. Quiero únicamente favorecerla y socorrerla, porque yo tengo la culpa de su caída; porque mía es la responsabilidad moral de todas sus faltas.

—Me han dicho que querías casarte con ella.

—Es cierto; pero ella rehusa.

Ekaterina Ivanovna miraba asombrada á su sobrino.

—Veo que tiene ella más entendimiento que tú. ¡Qué tontería!... ¿Y estabas decidido á casarte?

—Muy decidido.

—¿Después de lo que había sido ella?

—Razón de más. Yo tenía la culpa.

—Eres un solemne tonto,—replicó la condesa sonriendo;—un solemnisimo tonto. ¿Sabes que Alina ha fundado un asilo para las Magdalenas arrepentidas? He estado á verlas... es horroroso. Creo que luego me estuve lavando tres días seguidos. Ahí podrás poner á tu protegida.

—Está condenada á trabajos forzados, y he venido para ver si se anula su condena. Este es el primer motivo de mi venida.

—¡Ah!... ¿Dónde se ha de ver esa causa?

—En el Tribunal Supremo, en el Senado.

—¿En el Senado? Allí tengo un primo, Liuvuska; pero pertenece al consejo heráldico. De los demás no conozco ninguno; todos son *Dieu sait quoi*, ó alemanes, *Ge, Fe, De, tout l'alphabet* ó Ivanoff Semonioff, Nikitin ó Ivanenko, Simonenko, Nikitenko... *pour varier... Tous gens de l'autre monde!* De todos modos se lo diré á mi marido. Veremos si me hace caso.

En aquel instante un criado con calzón corto entró una carta en una bandeja de plata.

—Hé aquí una carta oportuna. Es de Alina; podrás oír á Kisivetter.

—¿Quién es?

—¿Kisivetter? Viene esta noche... satisfaras tu curiosidad. Es un predicador dotado de una inteligencia tal, que hasta los pecadores más empedernidos se arrepienten al oír sus palabras.

La condesa era partidaria de aquella teoría religiosa que sostiene que la esencia del cristianismo consiste en tener fe en la redención. Aun cuando los que la profesan pros-

criben la presencia de las imágenes, la condesa tenía *iconos* en todas las habitaciones, hasta en la cabecera de la cama, y no creía que en aquello hubiese la más mínima contradicción.

—Celebraría que le oyese tu Magdalena... se convertiría... ¿Y tú estarás en casa por la noche? Así le verás.

—Eso me interesa poco tía.

—Y yo te digo que es muy interesante. Procura no faltar. Y ahora, *videz votre sac*. ¿Qué más quieres pedirme?

—Os quisiera recomendar á una persona que está en la fortaleza.

—¿En la fortaleza?... Entonces te puedo dar una carta para el barón de Krigmut, *¡c' est un tres brave homme!* Debes conocerlo, porque era amigo de tu padre. Creo que ahora se ha hecho espiritista; pero eso no importa. ¿Y qué puede hacer por tí?

—Obtener el permiso de una entrevista entre la madre del preso y éste. Pero me han dicho que depende de Cerviansky y no de Krisgmut.

—Cerviansky no me es simpático; pero es el marido de Marieta y esa me quiere mucho. Estoy segura de que me complacerá.

—Luego interceder por una joven, presa en la fortaleza sin que nadie sepa por qué.

—Esto es absurdo, hijo mío. De sobra debe saber ella el motivo. Todos los del pelo corto saben perfectamente por qué están encerrados. Es de desear que permanezcan allí; bien merecido se lo tienen.

—No sé; pero sé que padecen... Y vos que sois cristiana y que tenéis fe en el Evangelio, ¿podéis ser tan despiadada?

—Una cosa es el Evangelio y otra los criminales. Peor sería que fingiese compadecer á las nihilistas y más aún á las nihilistas de pelo corto, cuando no las puedo sufrir.

—¿Y por qué?

—¿Después del primero de Marzo me preguntas por qué?

—¡Pero todas no tomarían parte en el complot!

—Además, ¿quién les manda inmiscuirse en lo que no deben? Esas no son cosas de mujeres...

—¿Y Marieta puede cuidarse de esas cosas?—replicó el príncipe.

—Marieta..... es Marieta y esas son *Dieu sait qui*. A ver si algún día hemos de estar mandados por una muchacha.

—Es que no pretenden mandar, sino ayudar al pueblo.

—Eso ya lo sabemos sin que nos lo tengan que venir á enseñar, que se debe ayudar á quien no tiene.

—Pero entre tanto el pueblo padece... ¿Es justo quizá que los pobres consuman sus fuerzas trabajando y no puedan reponerlas comiendo en tanto que nosotros nadamos en la abundancia?

Neklindoff hablaba con calor, anhelando exponer sus teorías.

—¿Y también quisieras que yo trabajara y no comiera?

—No, no, comed; eso es lo que quiero; que todos trabajen y coman todos.

De nuevo miró su tía con asombro y curiosidad á Neklindoff.

—*Mon cher, vous finirez mal*, —le dijo.

—¿Por qué?

En aquel instante entró en la habitación un general de alta estatura y anchas espaldas; era el marido de la condesa, el exministro.

—¡Buenos días, Dimitri!—exclamó presentándole su afeitada mejilla para que la besara.—¿Cuándo has llegado?—Luego, sin hablar, besó á su esposa en la frente.

—*Non, il est impayable*, —dijo la condesa; —si le creyera á él debería ir al río á lavar ropa y vivir exclusivamente de patatas. ¡Qué tonto! A propósito, —añadió, — dicen que la

Kaminski está tan desesperada que se teme por su vida. Debieras ir á verla.

—La verdad es que ha sido una cosa espantosa,—confirmó el marido.

—Debiérais iros los dos. Tengo que escribir unas cartas.

Apenas Neklindoff había pasado el umbral de la puerta cuando le gritó:

—¿Debo, pues, escribir á Marieta?

—Os lo ruego, tía.

—Bien, le escribiré; no creas que soy mala, aun cuando no puedo tragar á tus *protegés*. *Je ne leur veux pas de mal...* Ahora quedas libre; pero no faltes por la noche. Oirás á Kisivetter; luego se rezará. Ya sé que todos vosotros os echáis para atrás en materia de rezos. También lo hacía Ellen. Hasta luego.

## XV

El conde Ivan Mikailovitch, marido de la condesa Charsky, exministro de Estado, era un hombre de principios rígidos.

Tales principios, que profesaba desde muy joven, no tenían en sí nada de particular. Ante todo, así como para los pájaros el alimentarse de gusanos, estar revestidos de plumas y el volar, era para él cosa naturalísima comer alimentos muy costosos, aderezados por cocineros de fama, ir vestido con los trajes más elegantes y caros, y pasear en coche tirado por caballos de pura raza: en suma, era preciso que todas las comodidades estuvieran á su disposición.

Otro de los principios fundamentales del conde era que aun cuando tenía mucho dinero debía cobrar más del Estado y que era conveniente recibir de cuando en cuando alguna condecoración, y tener amistad y frecuentes entrevistas con personas de influencia. Todo lo demás te-

nia á sus ojos poca importancia. Fiel á estos principios, Ivan Mikailovitch había paseado su actividad por Petersburgo hasta que á los cuarenta años fué nombrado primer ministro.

Para obtener tal puesto reunía diversas condiciones. Sabía comprender las leyes escritas y el significado de los actos públicos; y aunque con alguna incoherencia, sabía redactar sin errores de ortografía. Tenía un aspecto majestuoso y si en las situaciones precisas sabía adoptar un continente altivo, sabía ser servil cuando convenía. En tercer lugar, no tenía ningún principio moral ni social, de modo que podía, según las circunstancias, estar de acuerdo ó en oposición con todo el mundo. Procuraba hablar poco y en tono mesurado á fin de no incurrir en contradicciones manifiestas: que luego sus acciones fuesen por sí mismas morales ó inmorales, que pudieran causar daño ó producir beneficios á Rusia y al mundo entero, eso no le importaba un comino.

Cuando subió al poder creyeron todos que había en él materia de un hombre de Estado, y él mismo estaba persuadido de ello.

Pero transcurrido cierto espacio de tiempo, sin hacer nada ni demostrar nada y cuando otros semejantes suyos, funcionarios sin principios que sabían leer y escribir correctamente hubiéronle obligado á dimitir, apareció entonces de un modo claro y preciso, que era un hombre no sólo de poca inteligencia sino de una instrucción apenas mediana, que fiaba demasiado en sus fuerzas.

En suma, se había visto que no tenía ninguna condición especial que le distinguiera de los demás altos empleados poco instruidos y satisfechos de sí mismos. El mismo lo comprendió así; pero no fué parte para que dejara de creer que el Gobierno debía pagarle una gran suma anual y ofrecerle nuevas condecoraciones.

El conde Ivan escuchó á Neklindoff como antes escuchaba á su secretario, y después de pensar unos momentos le prometió dos cartas de recomendación. Una de ellas era para el senador Volf, del Tribunal Supremo.

—Se dicen de él muchas cosas, pero *dans tous le cas c' est un homme tres comme il faut*. Me debe muchos favores y de fijo hará cuanto le sea posible.

El caso de la Fedossia, tal como Neklindoff lo había expuesto, pareció muy interesante al conde. Cuando aquél manifestó su idea de elevar una súplica á la emperatriz, aprobó el exministro y aconsejó que se enviara cuanto antes la súplica.

Una vez en su poder las dos cartas del conde y la de su tía para Marieta, Neklindoff salió para ir á entregarlas.

La primera visita fué para Marieta. Recordaba haberla conocido, niña todavía, perteneciente á una familia aristocrática, pero pobre, y sabía que se casó con un hombre de quien se decían mil pestes. Experimentaba cierta vergüenza teniendo que acudir á ella, como sucede siempre que hay que pedir algo á personas que no se estiman. Y sentía además, que poco á poco, volvía á respirar aquel ambiente emponzoñado de la sociedad frívola y sin corazón que tanto le repugnaba desde hacía algún tiempo. Había experimentado ya esto, poco rato hacía, hablando con la condesa, que en su breve coloquio empleó un tono de broma para tratar de las cosas más serias de este mundo.

Petersburgo, donde no había estado hacía mucho tiempo, ejercía en él su acostumbrada impresión, algo si como una sobreexcitación de los sentidos, acompañada de un relajamiento del espíritu. Todo era lindo, cómodo, tan lleno de un bienestar pacífico y burgués, que la vida aparecía fácil y alegre. Un cochero, guapo y buen mozo, pasando por el lado de los guardias municipales que eran también guapos, robustos y amables, por delante de casas hermosas y pintadas de nuevo, le había conducido á lo largo de

una calle espléndida, barrida y regada, á la habitación de Marieta. Junto á la puerta estaba parado un coche tirado por dos magníficos caballos de raza inglesa que piafaban de impaciencia. El portero, con la librea sin la más pequeña mancha, abrió las dos hojas de la puerta ante el príncipe y le introdujo en la antecámara.

—El general no recibe, y la generala tampoco, está para salir,—dijo el criado.

Neklindoff, sacó la carta de su tía y una tarjeta de visita y se acercó á una mesilla, en la cual había un álbum destinado á recibir el nombre de las visitas. Había empezado á escribir ya, diciendo que sentía mucho no haber podido hablar con la señora, cuando el criado se acercó á la escalera, el portero gritó:

—«¡Adelante!»

Y el ordenanza precedió y siguió con la mirada á una señora esbelta, bajita de cuerpo, que bajaba los escalones á pasos rápidos, demasiado rápidos para su elevada posición social.

Marieta llevaba un gran sombrero negro adornado de plumas y con un velo que le tapaba el rostro, un traje de luto medio oculto por otro gran velo también de luto, y un par de guantes negros y nuevos.

Al ver á Neklindoff, levantó el velo, mostrando un rostro gracioso, iluminado por dos ojos espléndidos, que en seguida se volvieron hacia él como para interrogarle.

—¡Ah, príncipe Dimitri Ivanovitch!—exclamó alegremente con un timbre de voz simpática.—Os he reconocido en seguida...

—Veo que hasta recordáis mi nombre.

—¿Y como no? ¿No recordais?... Hubo un tiempo en que mi hermana y yo estuvimos enamoradas de vos,—contestó Marieta hablando en francés.—¡Cuán cambiado estáis!... ¡Y cuánto siento tener que salir!... Quizá podremos subir un momento.

Se paró y miró el reloj

—No, no; es absolutamente imposible. Voy al funeral que hace celebrar la Kamienskaja. ¿No sabéis nada? ¡Si todo Petersburgo no habla de otra cosa! ¡Su hijo ha muerto en un desafío con Ponsen... Era su hijo único!...

—He oído decir algo.

—¿Comprendéis, pues, que no puedo faltar? Venid mañana ó mejor esta noche,—añadió andando á pasos menudos y graciosos hacia la puerta.

—Esta noche no puedo,—contestó Neklindoff, saliendo con ella hasta el umbral de la puerta.—Sin embargo, tenía necesidad de vos.

—¿De qué se trata?

—Tengo una carta de mi tía que ya os lo explicará todo.

—Ya comprendo. La condesa cree que yo tengo gran ascendiente con mi marido por lo que toca á sus ocupaciones oficiales; y por lo contrario, no tengo ninguno ni quiero inmiscuirme... Por la condesa y por vos consentiré en hacerlo... Decid, pues, ¿de qué se trata?

Y entretanto, con su mano enguantada de negro, buscaba el bolsillo de su vestido que nunca alcanzaba á encontrar.

—Es para una joven enferma que está en la fortaleza á consecuencia de un error.

—¿Se llama?

—Schiustova, Lidia Schiustova; encontraréis su nombre en la carta.

—Bien está; trataré de hacer lo que pueda,—concluyó Marieta.

Luego, de un salto subió á un coche elegante que la esperaba bajo los rayos del sol, y abrió la sombrilla, en tanto que el lacayo recibía las órdenes de la señora y las pasaba al cochero.

Movióse el coche; pero en seguida, Marieta, tocó ligeramente con la sombrilla el hombro del cochero, quien con un simple movimiento de mano, paró el hermosísimo

tronco de pura raza que encorvaban las cabezas descarnadas y escarbaban el suelo con sus finas patas.

—Acordáos de venir á verme; pero «sin interés»,—dijo sonriendo con el tono de quien sabe apreciar el valor de su sonrisa.

Y en seguida bajó el velo sobre su rostro, de la misma manera que acabada la representación, se baja el telón en los teatros.

—Adiós, pues,—dijo tocando de nuevo al cochero.

Con gesto magestuoso, Neklindoff hizo un profundo saludo; los potros corrieron por la calle, y la carroza se alejó rápidamente, saltando sobre sus muelles nuevos á cada desigualdad de terreno.

## XVI

Cuando poco después Neklindoff recordó la sonrisa de Marieta, movió la cabeza.

—Es inútil negarlo,—se dijo,—sin que yo lo advierta siquiera, esta vida me encadena.

Y de nuevo experimentó cierto disgusto, al ver que había tenido que solicitar favores de personas que no podía estimar.

El príncipe se encaminó entonces al palacio del Senado. Fué conducido á una sala espléndida donde había muchos empleados relucientes y ceremoniosos que se apresuraron á explicarle que el recurso de la Máslova se había entregado para su examen, al general Volf, aquél para quien su tío le diera una carta.

—El tribunal celebrará sesión esta semana; pero no podemos decirnos cuando se examinará el recurso que os interesa. Es posible que con alguna influencia se discuta la semana próxima.

En tanto que Neklindoff esperaba, oyó que alguien explicaba con abundancia de detalles, aquel duelo en que quedó muerto el joven Kamiensky: algunos oficiales esta-

ban comiendo ostras en una tienda, y como de costumbre, bebían mucho vino. Uno había hablado mal del regimiento á que pertenecía Kamienŕky; le dijo éste que mentía; le abofeteó el otro y hubo un duelo, en el que el pobre Kamienŕsky recibió una bala en el vientre. Posen y los padriños estaban arrestados; pero todo el mundo sabía que al cabo de un par de semanas quedarían en libertad.

Debiendo esperar aún algunos momentos, quiso ver al barón Vorobioff, uno de los funcionarios más influyentes, que ocupaba unas espléndidas habitaciones en el mismo palacio del senado. Pero como el portero del Senado, mirándole con severidad le contestara que no se podía ver al barón fuera de los días establecidos, dejó su tarjeta y volvió para esperar al senador Valf.

Este había terminado de almorzar, y según su costumbre, procuraba facilitar la digestión fumando un cigarro, y paseándose arriba y abajo de la habitación. Así, de pie, recibió al príncipe.

Vladimir Vassilievitch Volf era verdaderamente un hombre *comme il faut*. Esta cualidad le distinguía mucho de sus colegas, y él, que desde su altura apenas se dignaba darles una mirada, no podía por menos de apreciar una cualidad que tan buenos resultados le había dado. Por medio de un matrimonio ventajoso había conquistado una fortuna que le producía unos dieciocho mil rublos de renta, y además el cargo de senador.

Estaba acostumbrado á considerarse como un hombre muy distinguido, é igualmente dotado de una honradez á toda prueba; y por honradez entendía no aceptar regalos de nadie.

Pero, recibir por su cuenta indemnizaciones de viaje, dietas de estancia, seguir como un esclavo las órdenes del Gobierno para conseguir todo eso, no manchaba en lo más mínimo su honradez. Arruinar centenares de personas que no eran culpables sino de haber defendido su fe y su patria, con el destierro ó con prisión durísima como había

hecho siendo Gobernador de una provincia de Polonia, tampoco era una acción deshonrosa, sino noble y patriótica. Del mismo modo tampoco creía que fuera deshonroso haber espoliado de toda su fortuna á su mujer enamorada de él, y á su cuñada en provecho propio; creía por lo contrario, que con esto había arreglado definitivamente su porvenir y el de su familia

Esta familia se componía de la mujer que era una infeliz, sin voluntad ni carácter; de la cuñada, de la cual había usurpado el patrimonio vendiendo sus tierras y poniendo á interés y á nombre propio el dinero percibido, y de una hija, muchacha fea, dócil, tímida, que llevaba una vida solitaria y dura.

Sólo en los últimos tiempos había empezado á frecuentar las reuniones de Alina y de la condesa Charsky.

Vladimiro Vasilievitch, tenía también un hijo, joven, alegre, que á los quince años se dejaba ya la barba, y que sólo aprendió á beber, á fumar y gastar. Como á los veinte años no había acabado aún sus estudios, pasando el tiempo entre pésimos compañeros, y gastaba dinero y contraía deudas, comprometiendo el nombre de su padre, éste, le había echado de su casa. Ya una vez el senador había pagado las deudas de su hijo, por la cantidad de doscientos rublos; otros seiscientos pagó otra vez, diciéndole que eran los últimos y que si no cambiaba de conducta, le arrojaría de casa; á lo cual el chico contestó, tomando á préstamo mil rublos más, y diciendo á su padre que la casa paterna era para él un sitio de tormento. Vladimiro Vasilievitch, declaró que podía irse donde mejor le pareciera, y que no le reconocía ya por hijo. Efectivamente, renegando de él por completo, nadie en la casa se atrevía á hablar de aquel desdichado, estando convencido el senador de que así había sistematizado su vida doméstica del mejor modo posible.

Volf acogió al príncipe con una sonrisa un poco irónica (como tenía por costumbre con todo el mundo), y

parándose un instante, lo saludó y leyó la carta de presentación.

—Os ruego que os sentéis, y perdonad si ando en tanto que hablo; necesito hacerlo. Permitid pues,—y de nuevo empezó á andar de un lado para otro, trazando una línea diagonal á través del despacho, con las manos en los bolsillos.

—Tengo mucho honor en conoceros, y me alegro de poder prestar un servicio al conde Ivan Mikailovich,—dijo soplando poco á poco el humo azulado del cigarro.

—Quisiera rogaros que la discusión del recurso se haga lo antes posible, porque si la condenada tiene que ir á Siberia, lo mejor es anticiparse,—dijo Neklindoff.

—Está bien, lo sé; en tal caso, partiría con los primeros vapores de Nijni Novgorod;—respondió sonriendo el senador, que tenía la costumbre de saberlo todo antes de enterarse de lo que se trataba.—¿Cómo se llama la recurrente?

—Máslova.

Volf se sentó á la mesilla, dió un vistazo á unos papeles, y repuso:

—Está bien; hablaré á mis colegas, y el miércoles se decidirá el asunto.

—¿Puedo telegrafiar á mi abogado?

—Ah! ¿tenéis un abogado? ¿Con qué objeto? Es inútil telegrafiar; pero si queréis hacerlo...

—Quizá los motivos que están expresados en el recurso parezcan insuficientes; pero del conjunto del proceso resulta claro que la sentencia provino de una equivocación.

—Sí, puede ocurrir eso; pero el Tribunal no puede perder tiempo analizando los procesos en su esencia,—replicó con tono severo Volf, mirando la ceniza del cigarro.—El tribunal procura que las leyes estén bien aplicadas y motivadas con exactitud.

—Este es un caso excepcional.

—Lo sé, lo sé; siempre se trata de casos excepcionales.

Haremos cuanto nos indique nuestro deber; eso es todo.

La columnita de ceniza continuaba unida al cigarro; pero habiéndose agrietado, había un principio de peligro.

—¿Habéis venido hace poco á Petersburgo?—preguntó Volf, aguantando el cigarro de manera que no pudiese caer la ceniza; pero como empezaba á oscilar, se acercó cautamente al cenicero y allí la sacudió.—¡Qué caso tan horrible es el de Kamiensky! Era un guapo mozo y además hijo único... La más digna de compasión es la madre.

Sus palabras no eran sino la repetición de aquellas con que la ciudad entera compadecía á los Kamienski.

Habló Volf un ratito todavía y después tocó un timbre y el príncipe se despidió.

—Se os aprecia,—le dijo Volf, tendiéndole la mano;—venid á comer conmigo cualquier día; el miércoles por ejemplo; así sabréis más pronto lo que se haya acordado.

Como en todas esas visitas había empleado Neklindoff bastante tiempo, volvió en seguida á su casa, es decir á la de su tía.

## XVII

En casa de la condesa se comía á las siete y media, y se hacía el servicio de la mesa de un modo que Neklindoff no había visto nunca. En cuanto habían dejado un guiso y cambiado los platos con el mayor silencio, desaparecían los criados y no volvían á aparecer hasta que la condesa tocaba un timbre. Entonces volvían con otro guiso y desaparecían de nuevo, dejando que los comensales se las arreglaran á su modo. Claro es que los caballeros se veían así obligados á servir á las señoras.

La comida fué suntuosa, y tanto las viandas como los vinos, hicieron honor á los dueños.

Había á la mesa seis personas: la condesa y el conde, su hijo (que era oficial de la guardia), Neklindoff, una ins-

titutriz ó lectora francesa y el principal administrador del conde, que acababa de llegar del campo.

Se habló, naturalmente, del desafío, se dijo que el Emperador, al saberlo, había compadecido á la pobre madre; pero que, de todos modos, no trataría con severidad á Posen, porque éste había sostenido el honor del uniforme. La condesa Ekaterina, haciendo gala de que tenía opinión propia, reprobó la conducta del matador.

—¡Eso es culpa de las borracheras! Beben, beben, y luego matan... ¡No se le puede perdonar!

—No comprendo bien lo que decís,—afirmó su marido.

—Lo raro sería que lo comprendiérais.—Y volviéndose hacia Neklindoff:—¡Siempre me pasa lo mismo, me entienden todos menos mi marido!... Digo que me da compasión la madre, y que no quisiera que Posen se alegrara de lo que ha hecho.

El hijo de la condesa que hasta entonces no dijera una palabra, tomó la defensa de Posen y afirmó replicando á su madre, que no había podido portarse de otro modo, porque sino los demás oficiales le habrían expulsado del cuerpo.

Neklindoff que había sido también militar, comprendía lo que decía su primo aún cuando no lo aprobara, y, sin querer, comparaba ese oficial que mató á su compañero, con aquel guapo muchacho que había visto en la cárcel por haber matado á un compañero en riñas. Y sin poderse contener, explicó el caso. La bebida, en uno y otro, había sido la causa primera del crimen; pero en tanto que el oficial volvería á disfrutar de su sueldo y empleo, el aldeano estaba gimiendo en una cárcel, con la cabeza rapada, no esperando nada de nadie.

La princesa apoyó primeramente las palabras de su sobrino; pero después calló á su vez como los demás, y reinó un silencio que hizo comprender á Neklindoff que había cometido una inconveniencia.

Acabada la comida, todos pasaron al salón, donde em-

pezaban á llegar ya los invitados, deseosos de oír á Kisivetter.

Era una sala amplia con muchas filas de sillas y una mesa, sobre la que había un vaso de agua. Detrás de la mesita una poltrona. Habían entrado ya muchas señoras con vestidos de seda y terciopelo, y muchos hombres de uniforme ó de etiqueta. Había además alguna gente del pueblo: un tendero, los dos *dvornik*, un criado y un cochero.

Kisivetter, hombre robusto y carilleno, hablaba en inglés, y una muchacha delgada, con lentes, traducía con mucha dulzura al ruso cuanto decía el predicador. Este afirmaba que los pecados de los hombres son enormes y que el castigo sería muy duro y la existencia muy miserable en la espera de aquel castigo.

—Basta que pensemos, queridos hermanos y hermanas, en la vida que llevamos, basta que pensemos que continuamente despertamos la cólera de Dios, y hacemos sufrir á su divino Hijo para que comprendamos que no podemos ser perdonados. Una ruína espantosa nos amenaza, sufrimientos eternos nos esperan,—proseguía con voz temblorosa.—¿Y cómo salvarnos?... ¿Cómo huir, hermanos, de este incendio terrible? ¡Ay! ¡Ya arde la casa y no hay salida que nos dé paso!

Calló, y lágrimas auténticas corrían á lo largo de sus mejillas mofletudas. Hacía ya ocho años que repetía ese sermón (que le gustaba sobremauera), sin variar una sílaba. Y siempre al llegar á lo de «la casa incendiada», sentía como un nudo en la garganta, una irritación en la nariz y no podía contener las lágrimas.

En la sala resonaron algunos sollozos. La condesa sentada junto á una mesita de mosaico, tenía la cabeza entre las manos, y sus hombros se estremecían convulsivamente de vez en cuando; la mayoría de los oyentes estaba también con la cara oculta; la hija del senador Volf, de rodillas, lloraba: el cochero fijaba en el predicador una mirada

asustada, como si le fuera á embestir con la lanza del coche, y el otro se empeñara en no apartarse.

Después de algunos minutos de silencio el orador levantó la cabeza, y componiendo una sonrisa, la misma que fingen los cómicos para denotar su alegría, volvió á hablar con acento insinuante, tierno, apasionado.

—Sin embargo, nos queda un medio de salvación: la sangre vertida por el Hijo Unigenito de Dios, que por nosotros sufrió tantos tormentos; pues bien, hermanos,—aquí su voz tembló de nuevo,—demostramos gracias á Dios que nos envió á su hijo Sacrosanto. Su divina sangre...

Neklindoff sintió tal disgusto, que no pudo resistir más, y de puntillas salió del salón.

## XVIII

Al día siguiente, al levantarse, un criado le entró una tarjeta de Fanarin.

El abogado estaba en la cápital por asuntos profesionales, y le dijo que esperaba la discusión del recureo de la Máslova si se discutía pronto. Cuando Neklindoff le dijo el nombre de los tres magistrados que componían el Tribunal, Fanarin sonrió.

—Tres senadores; tres tipos bien distintos: Volf es un verdadero funcionario de Petersburgo: Scovorodnicoff, un jurisconsulto escrupuloso y Be un esclavo de la rutina, aunque el más listo. ¿Qué os han contestado en la comisión de recursos?

—Hoy debo ir á ver al barón Vorabioff, porque ayer no pude obtener audiencia.

Y como Neklindoff había subrayado la palabra «barón», que le extrañaba ante un apellido ruso, Fanarin le explicó que el emperador Pablo le había dado ese título á uno de sus ascendientes que fué ayuda de cámara suyo. El título había pasado de padre á hijo. El actual barón estaba engreído de ese título y era un perfecto canalla.

—Y sin embargo he de ir á suplicarle.

—¡Bien! Iremos juntos un trozo. Os llevaré en mi coche. En la antecámara un criado le entregó un billetito de Marieta, escrito en francés. Decía así:

«Para serviros he roto con mis tradiciones y he hablado «del asunto á mi marido. Vuestra protegida estará en libertad inmediatamente. Mi marido ha escrito al comandante. Venid á verme, «sin interés.» Os espero.—M.»

—¿Qué os parece? ¡Tienen presa á una mujer durante siete meses y luego la sueltan sin más ni más!

—Siempre ocurre así; por lo menos, habéis logrado vuestro objeto.

—¡Ya! Pero ¿qué ganaban con tenerla encerrada?

—Vale más no pensar en ello.

Estaban junto á la puerta.

—Os acompaño, pues,—repitió el abogado. Subieron ambos al coche que era elegantísimo y al trote rápido de los caballos llegaron á casa del barón.

Este estaba en ella. Un empleado hablaba con dos caballeros sin estar quieto un momento.

—¿Vuestro nombre?—dijo á Neklindoff.

Este se nombró.

—El barón me ha hablado ya de vos. Haced el favor de pasar en seguida.

Otro empleado acompañaba entretanto á una señora enlutada que se echaba el velo para ocultar las lágrimas.

El primer empleado condujo al príncipe hasta la puerta del despacho, la abrió y se apartó para dejarlo pasar.

Neklindoff entró, y se halló ante un hombre de mediana estatura, membrudo, con el pelo corto que, sentado ante un gran escritorio miraba al techo, y del que la blancura del bigote y de la barba hacía resaltar el color rojo de la cara. Al advertir la presencia del príncipe, sonrió.

—Muy contento de veros... Sentáos, sentáos... somos ya

antiguos conocidos.. os ví de niño en casa de vuestros padres... ¿En qué puedo servirlos? Decid, decid, sin cumplidos.

Neklindoff expuso el asunto de Fedossia. El barón de cuando en cuando decía:

—Sí, sí, comprendo.

Luego, cuando el príncipe hubo terminado, añadió:

—Es un caso muy conmovedor. ¿Tenéis preparado el recurso?

—Sí, hélo aquí,—replicó Neklindoff;—pero quería hablaros de él porque creo que se merece atención especial.

—Habéis hecho bien. Es un caso muy conmovedor: ella una muchacha, él algún bárbaro que la maltrata... Después pasa el tiempo, empiezan á quererse... Sí, me encargo de ello.

—También el conde Ivan Mikailovitch quería hablar...—pricipió Neklindoff; pero apenas pronunciado el nombre del conde, el rostro del barón cambió de aspecto.

—Enviad el recurso á la oficina y, por mi parte, haré cuanto pueda.

En aquel instante entró el empleado que guiara á Neklindoff.

—La señora que ha salido hace poco desea deciros dos palabras.

—Que pase. No podéis figuraros,—dijo el barón á Neklindoff,—cuántas lástimas tengo que oír al cabo del día.

Apareció en el umbral la enlutada.

—Me he acordado que debo rogaros que no le dejéis ver á la hija, porque sería capaz...

—Ya he dicho que no.

—Gracias, barón, así salvaréis á una madre...—Y tomándole la mano, se la besó.

Cuando hubo salido la señora, Neklindoff se levantó para despedirse.

—Haré cuanto pueda,—dijo el barón,—os pondre en re-

lación con el ministro de Justicia y trabajaré por mi parte...

Con esta promesa Neklindoff se despidió.

Al pasar á través de las oficinas, al ver todos aquellos ordenanzas con uniformes flamantes y caras satisfechas, Neklindoff los comparó mentalmente con los presos y los aldeanos y sintió una lástima y una náusea indecible.

## XIX

El hombre de quien en Petersburgo dependía la suerte de los presos, era un anciano general, descendiente de alemanes, lleno de méritos conquistados en activo servicio. Tenía gran cantidad de cruces; pero nunca llevaba sino una blanca en el ojal.

Sirvió primeramente en el Cáucaso y al frente de un ejército de aldeanos rusos uniformados, hizo dar muerte á millares de personas culpables de haber defendido su independencia, su familia y sus casas, lo que le valió aquella cruz blanca; después en Polonia, perpetrando nuevas atrocidades obtuvo nuevas cruces. Por último, viejo y cargado de achaques se le asignó aquel cargo de director general de las cárceles, donde estaba como pez en el agua ó pájaro en el aire.

Tenía por sistema seguir exactamente las órdenes que recibía y no se permitía jamás hacer nada que se apartara de ellas. En lo que dejaban á su buen juicio, en eso sí que hacía mangas y capirotos. Su oficio consistía en mantener en la cárcel á los condenados políticos y tenerlos sometidos á tal régimen que, al cabo de diez años, la mitad ó más iban al manicomio, ó morían tísicos ó se suicidaban. El general veía todo aquello, pero no sentía turbada su conciencia por aquellas desgracias como no la hubieran turbado las debidas á una causa fortuita, un temporal ó una inundación. Si tales cosas ocurrían eran consecuencia de las órdenes emanadas de arriba, del mismo emperador

y él cumpliéndolas al pié de la letra no era responsable de sus resultados.

El general no se permitía siquiera discurrir acerca de esas órdenes: le hubiese parecido una osadía culpable, indigna de un buen soldado y de un buen ciudadano. Una vez por semana, como prescribían sus instrucciones, visitaba la cárcel y recibía las quejas y peticiones de los presos. De todas estas peticiones, aunque las escuchaba con gran cuidado, maldito el caso que hacía; parecíale siempre que eran ilegales.

En el mismo momento en que Neklindoff llegaba junto á la habitación del viejo general, el reloj de una torre vecina tocó un himno ruso en loor de Dios y luego dió dos campanadas.

El general, en una sala tapizada de color obscuro, sentado ante una mesa, y enfrente de un joven pintor, hermano de uno de sus dependientes, tenía los dedos de la mano derecha sobre un platito de café vuelto al revés, el cual platito, corriendo á impulsos de los dedos del general y del pintor por sobre un gran cartón en que había todas las letras del alfabeto, debía dar respuestas á las preguntas que se le hicieran.

El general había preguntado: «Cómo se reconocen entre ellas las almas de los difuntos,» y cuando llegó Neklindoff hablaba por medio del platillo el espíritu de Juana de Arco, que, por medio de letras sucesivamente indicadas había ya dicho: «Se reconocen una á otra...» Pero aquí surgió una dificultad. El general aseguraba que el platillo después de marcar una *d* se inclinaba hacia la *e* y la *s*, lo cual quería decir que se reconocían «después,» cuando ya estaban purificadas. El pintor estaba convencido que Juana de Arco designaba una *p* seguida de *o* y *r* pasando además por *l* y *a* y volviendo á la *l* y á la *u* y *z*, lo cual valía tanto como «por la luz.»

Sin advertirlo, cada cual tiraba el platillo hacia la letra

que le convenía, sin ninguna intención de broma, con la mejor buena fé del mundo.

Al verse distraído de su ocupación, el general hizo un gesto de desagrado y luego, levantándose y poniéndose los lentes leyó la carta y dijo:

—Haced pasar al despacho.

—Si Vuestra Excelencia me lo permite, continuaré yo solo,—dijo el pintor.—Siento la presencia del espíritu.

—Bien, terminad,—contestó el general, en tanto que á pasos largos y rítmicos se dirigía á su despacho.

—¡Muy contento de veros!—exclamó con voz áspera al ver á Neklindoff. Y en tanto que señalaba á éste un sillón añadió:

—¿Hace mucho que estáis en Petersburgo?

—Un par de días.

—¿Y vuestra mamá?

—Ha muerto.

—Dispensad; es verdad. Me lo dijo mi hijo y lo sentí mucho.

El hijo del general prometía hacer carrera. Estaba en el servicio de información, encargado de anotar las confidencias de los espías.

—Sí, sí; hemos servido juntos vuestro padre y yo; éramos buenos camaradas... ¿Y vos? ¿Estáis aún en el servicio?

—No.

El general movió la cabeza desaprobando.

—Tengo que pedir os un favor,—empezó el príncipe.

—Tendré mucho gusto si puedo otorgároslo.

—Si mi ruego no os parece oportuno deseo que me dispenséis; pero de todos modos he de formularlo.

—¿De que se trata, pués?

—Entre los detenidos en la fortaleza hay un joven llamado Gurkevitch; su madre me pide que le dejen ver á su hijo ó por lo menos mandarle libros.

El general no expresó disgusto ni agrado; pareció reflexionar. En realidad no lo hacía porque quería atenerse á los preceptos legales; pero aprovechaba aquellos momentos para reposar la mente.

—No depende de mí,—contestó.—En cuanto á las entrevistas hay una ley que las veda; en cuanto á libros, tenemos una biblioteca y damos cuantos nos piden.

—El querría libros científicos, para estudiar.

—¿Estudiar? No lo creáis.

El general calló unos momentos y luego dijo:

—No es que quiera estudiar; es que desea darnos molestias. Eso es todo.

—¿Pero cómo queréis que pase el tiempo de su interminable prisión?

—Si les escucháis á ellos, todo son quejas... Ya les conocemos.

Hablaba de los presos como de una raza distinta, de una clase especial de personas.

—Han obtenido de nosotros facilidades que no tienen los demás reclusos.

Y para justificar su aserción, empezó á detallar todas las comodidad de que disfrutaban los presos, lo bien que comían, y demás favores especiales que se les concedía. Insistió sobre todo en lo de la buena comida, para demostrar sin duda la ingratitud y las exigencias de los presos.

—Además, tienen á su disposición libros religiosos y antiguos periódicos; pero ni los miran siquiera; tenemos una biblioteca escogida y sólo leen de cuando en cuando. Lo hemos comprobado. Hasta se les permite escribir. En cada celda hay una pizarra y un trozo de tiza y así pueden escribir y borrarlo luego y volver á escribir... Pero ¡qué! ni uno sólo se entretiene en eso. Es preciso confesar la verdad; al principio todos están furiosos; pero luego engordan y se calman.

Neklindoff escuchaba aquella voz cascada y ronca, mi-

raba aquellos miembros gotosos, aquellos ojos muertos bajo las pobladas pestañas, aquellas mejillas colgantes sobre su cuello de reglamento, aquella cruz blanca, y se decía que contradecirle y quererle explicar de otro modo la vida de los presos sería empresa inútil. Sin embargo, preguntóle por la Schinstova, aquella presa que debía ser libertada.

—¿Schinstova?... Schinstova... no me acuerdo de tal nombre.. Tenemos tantos presos...—terminó, como doliéndose de aquella superabundancia.

Tocó un timbre para llamar al secretario, y, en tanto que llegaba, quiso convencer á Neklindoff de lo conveniente que le sería tomar un empleo.

—La patria, tiene necesidad de personas nobles y honradas. Tomad un ejemplo de mí: aunque soy viejo todavía estoy sirviendo en la medida de mis fuerzas.

El secretario, hombre seco, de ojos vivos é inteligentes, dijo que la Schintova estaba aún en la fortaleza, porque no se había recibido ninguna comunicación que se refiriera á ella.

—Cuando recibamos la orden la dejaremos en seguida en libertad, porque no tenemos ningún deseo de tenerla con nosotros,—dijo el general tratando de esbozar una sonrisa que abortó en una contracción ridícula de los músculos del rostro.

—Adiós, querido mío,—continuó luego,—os ruego que no os ofendáis si os digo la verdad. Tratad de no tener relaciones con ninguno de los reclusos. No tenemos aquí ningún inocente, sino la escoria de la sociedad. Los conocemos bien.

No dudaba de lo que decía, porque al dudar de ello hubiese debido convenir que no era un héroe que terminaba gloriosamente su vida, sino un esbirro que había vendido su conciencia, que continuaba vendiéndola hasta en la vejez.

El príncipe lanzó un profundo suspiro, se inclinó y una

vez estrechada la mano grande y huesosa que se tendía hacia él con un ademán de indulgencia, salió del despacho.

El general por su parte movió la cabeza con desagrado y rascándose la cintura volvió á la sala donde le aguardaba el pintor que había ya escrito la respuesta que le diera el espíritu de Juana de Arco. El general se caló los lentes y leyó: «Se reconocerán unas á otras por la luz que emanará de sus formas etéreas.»

—Ah,—exclamó cerrando los ojos en señal de aprobación.—Pero si la luz es igual en todas, ¿cómo se reconocerán?

Y entrecruzando sus dedos con los del pintor de nuevo se sentó junto á la mesita.

El cochero se apresuró á llevar á Neklindoff hacia la calle.

—Cuán triste es este sitio,—dijo volviéndose hacia el príncipe.—Casi, casi, me iba sin esperaros.

—Es verdad,—confirmó Neklindoff.

Y experimentaba una sensación de tranquilidad y de reposo fijando su mirada en las ligeras nubes que vagaban por el cielo y en las barcas y en los buques que el agua del Neva mecía con ritmo suave y uniforme.

## XX

El día siguiente era el designado para discutir el recurso de la Máslova, y Neklindoff fué al palacio del Senado. Al llegar encontró ya al abogado Fanarín que acababa de bajar del coche en aquel momento y juntos subieron una magnífica escalera hasta el segundo piso. El abogado, que conocía aquellos sitios, entró en una habitación donde dejó el abrigo, quedando en frac negro y corbata blanca, y cuando el ujier le hubo dicho que los senadores estaban ya presentes, entró en la sala vecina.

Era un gran salón dividido por un alto biombo. Un an-

ciano de cabellos blancos y vestido con un terno gris estaba junto á una mesa que había cerca de una escalera por la cual, en aquel momento subía un empleado muy elegante con una gran carpeta bajo el brazo; Fanarín, advirtiendo á un colega suyo de Petersburgo, vestido también en traje de etiqueta, empezó á hablar con animación de asuntos profesionales.

Neklindoff observaba entre tanto las personas que había en el salón y que serían en junto unas quince, entre las cuales había dos señoras, una joven, con lentes y la otra ya anciana con el pelo cano.

El primer recurso que debía discutirse se refería á un delito de imprenta por difamación, lo cual había llamado más gente que la de costumbre.

El ujier se acercó á Fanarín y le preguntó por qué había venido y al saber que era el abogado de Catalina Máslova tomó unas notas en un papel que tenía en la mano.

Por la puerta del fondo que se había abierto, salió el viejecillo de aspecto patriarcal que había ido á revestirse con un uniforme brillante que le hacía parecer á un hermoso pájaro. Evidentemente el viejecillo se sentía algo atortolado, porque con paso muy rápido, más rápido que el suyo de costumbre, desapareció por la puerta opuesta á la de entrada.

—Este es Be, hombre de gran autoridad en esta casa,— explicó Fanarín al príncipe.

Al cabo de algunos momentos empezó la audiencia. Neklindoff y Fanarín tomaron sitio en la parte reservada al público. El abogado de Petersburgo se colocó cerca de una mesita en la otra parte. Además de ser menos ámplia y más sencilla, la sala del Tribunal Supremo se distingue de la de la Audiencia en que la mesa, detrás de la cual están sentados los senadores, se halla cubierta con un tapete de terciopelo rojo, en vez de estarlo con uno de paño negro. Lo demás todo es igual; no falta siquiera el icono y el altarito.

También el ujier profirió con voz solemne:

¡El tribunal!

También los senadores adelantaron magestuosamente sus uniformes galoneados y se sentaron en los sillones de alto respaldo, tratando de tomar una posición natural.

Los senadores eran cuatro: Nikitin, de rostro afeitado y ojos duros, con la mirada cortante como una hoja de acero; Volf, con los labios apretados y las manos blancas entre las cuales tenía algunas targetas; Scovorodnikoff, gordo, pesado, con el rostro abotargado, y por último Be, el viejecito patriarcal. Al mismo tiempo había entrado el secretario general que tenía el cargo de sustituto fiscal, hombre de mediana estatura, delgado, con la cara afeitada y con los ojos negros, siempre tristes. Aun cuando el uniforme le cambiara algo y á pesar de que habían transcurrido seis años sin verse, Neklindoff reconoció en seguida en él uno de sus mejores amigos de la Universidad.

—¿Es el fiscal general Selenin?—preguntó Neklindoff.

—Sí, ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque le conozco mucho; es un hombre muy distinguido...

—Es un buen sustituto, dotado de mucha inteligencia. Quizá haríamos bien en recomendarnos á él.

—Obrará, sin duda, según conciencia,—repuso el príncipe, recordando la amistad y la intimidad que tenía con Selenin y la pureza y la honradez de éste.

—Y además, ya no tenemos tiempo,—añadió el abogado escuchando la lectura del apuntamiento.

Neklindoff trató también de entender la causa aquella; pero no pudo lograrlo sino á medias, porque, como de costumbre, lo que se discutía no era lo principal del proceso sino sus circunstancias accesorias. El proceso era, en suma, una querrela contra un periódico que había descubierto las trampas de un gerente de una sociedad por acciones. Parecía natural que debiera tratarse de saber si era exacto ó no que el gerente estafaba ó no á los accionistas; pero en

vez de eso se discutía tan solo si el delito constituía una difamación ó una calumnia; si la calumnia contiene en sí los elementos de la difamación y esta los de la calumnia. Luego se discutía una cosa más ininteligible todavía para la gente lega; la relación que hubiese entre la sentencia y los artículos de otra sentencia anterior.

Una sola cosa parecía clara al príncipe: que Volf, que era el relator, aquel mismo Volf que dos días antes le había afirmado que no se podía examinar la esencia del proceso, en el caso presente se mostraba evidentemente parcial y que Selenin, contra su acostumbrada templanza sostenía con un calor inesperado la tésis opuesta.

El calor con que discutía Selenin, provenía de que conocía á fondo á aquel gerente y sabía que era un hombre inmoral capaz de cometer cualquier atrocidad, tratándose de intereses ajenos y que el día antes de la vista había dado una gran comida, á la que Volf, invitado, asistió. Todas esas causas habían hecho que Selenin al oír la relación de Volf, evidentemente parcial, se estremeciera nerviosamente y expusiera su parecer con mayor vehemencia que de costumbre. La réplica del sustituto hizo, evidentemente gran impresión en Volf, el cual se ruborizaba, se movía y gesticulaba con asombro; pero luego, con tono de dignidad ofendida, se retiró con los otros á la sala de deliberaciones.

—¿Por qué recurso venís?—preguntó de nuevo el ujier á Fanarín.

—Os lo he dicho ya; por el de Catalina de Máslova;—contestó el abogado.

—Está bien; pero la discusión se verificará de otro modo.

—¿Qué queréis decir?

—Que como se creía que este recurso se discutiría sin la presencia de las partes, los senadores no saldrán ya de la sala; pero... pensaré cómo he de decírselo.

—¿Cómo lo haréis?

—Lo pensaré, lo pensaré,—repitió el ujier escribiendo algo en una hoja de papel.

Efectivamente los senadores tenían la atención, una vez juzgado aquel recurso de difamación, de deliberar acerca de los otros, entre los cuales estaba el de la Máslova, sin salir de la sala en tanto que tomaban el té y fumaban cigarrillos perfumados.

## XXI

Tan pronto como los senadores estuvieron sentados al rededor de la mesa de la sala de deliberaciones, Volf empezó con mucho calor á exponer los motivos que concurrían para casar la sentencia.

Pero el presidente, que estaba de mal humor, había juzgado ya por adelantado aquel proceso y en tanto que mentalmente estaba pensando en el capítulo de las memorias de su vida que iba á escribir, no prestaba atención ninguna á las palabras de Volf, que llegaban á su oído como una música fastidiosa y lejana.

El presidente Nikitin, había escrito el día anterior en sus Memorias una filípica tremenda contra ciertos empleados de primera clase que le habían impedido salvar á Rusia de una ruina cierta, ó por mejor decir de conseguir un sueldo mayor que el que percibía ahora. Y en tanto que hablaba el magistrado relator, pensaba en que sus memorias serían un documento que expusiera á la posteridad tales hechos.

—Ciertamente,—dijo, contestando á las palabras de Volf, de las que no había oído una sílaba siquiera.

Be escuchaba con el rostro entristecido, en tanto que dibujaba una corona sobre un papel.

Entusiasta por la libertad de imprenta, conservaba aún las tradiciones de medio siglo antes y, si era alguna vez parcial, era en favor de la libertad. En el caso que se de-

batía, estimaba que debía rechazarse el recurso, porque tales procesos, intentados contra los periódicos, constituyen una verdadera vejación contra la libertad de imprenta.

Cuando Volf hubo acabado la relación, Be, que no había terminado aún su corona, demostró con voz triste y en pocas palabras el poco fundamento del recurso, y luego, inclinando su blanca cabeza, volvió á su dibujo.

Scovorodnkoff que estaba sentado frente á Volf mordisqueando la barba y el bigote, apenas se hubo callado Be cuando se levantó y con voz alta y ronca explicó que por su parte sería partidario de que se casara la sentencia aun cuando el recurrente fuera un gran canalla; pero que esto, se entendía, habiendo motivos. Ahora, como esos motivos no existían, no podía por menos de dar la razón á Be. Su rostro demostraba la satisfacción que sentía molestando á Volf. El presidente fué del parecer de Scovorodnkoff, de modo que el recurso fué desechado.

Volf comprendió que había sido sorprendido en el delito de parcialidad poco concienzuda y experimentó viva contrariedad, pero tomando el recurso de la Máslova, empezó á examinarlo.

Los senadores, entre tanto, después de haberse hecho traer el té, comentaban un caso que juntamente con el desafío de Kannenky era el tema de todas las conversaciones. Se trataba del proceso contra un presidente de Audiencia, pillado en flagrante delito de violación del 995 del Código.

—Qué escándalo,—dijo Be.

—¿No sé lo que encontráis de extraño en eso?—replicó Scovorodnikoff,—Os podría citar un autor alemán que sostiene que tal acto no constituye delito y propone que la ley admita el matrimonio entre hombres.—Y lanzó una fuerte carcajada, en tanto que aspiraba con voluptuosidad una bocanada de humo del cigarrillo que tenía entre el índice y el pulgar.

— ¡Esto es una cosa imposible!—protestó de nuevo Be.

— Os lo enseñaré,—confirmó Scovorodnikoff; y nombró el título de la obra y la fecha y el lugar de su publicación.

— Ahora se dice que le envían á una ciudad de Siberia como gobernador;—añadió Nitikin.

— ¡Magníficamente!—exclamó Scovorodnikoff.—El arzobispo le saldrá al encuentro con la cruz en alto; pero yo quisiera que fuera un arzobispo de su misma laya. Yo, por ejemplo, podría recomendarle uno muy bueno para el caso.

En aquel instante entró el ujier y comunicó á los senadores el deseo de Neklindoff y de su abogado de asistir á la discusión del recurso de Catalina de Máslova.

— Es una historia curiosa,—dijo Volf, y empezó á contar cuanto sabía de las relaciones entre el príncipe y la presa.

Después de haber charlado un rato acerca de ello, bebiendo el té y fumado los cigarrillos, los senadores volvieron á la Sala, leyeron la setencia dada al recurso anterior y empezaron á discutir el de la Máslova. Volf, con su voz sutil refirió como se había desarrollado el proceso en todos sus detalles, no sin imparcialidad y con el deseo manifiesto de que se acogiera el recurso.

— ¿Tenéis algo que añadir?—preguntó el presidente á Fanarin.

El abogado se levantó é hinchando el pecho bajo la planchada camisa, con una magestuosidad sorprendente y una gran propiedad de lenguaje, demostró que el tribunal había violado en seis puntos el espíritu de la ley, y se permitió señalar la enorme injusticia que entrañaba la setencia. El tono de su arenga, breve pero incisiva, demostraba que Fanarin quería excusarse si insistía tanto, porque estaba ya convencido de la sagacidad y saber jurídico de los senadores; pero que si insistía aún, era por un deber de conciencia.

Después del discurso de Fanarin parecía imposible po-

ner en duda que el tribunal no anulara la sentencia; tal fué la primera impresión de Neklindoff, viendo el rostro satisfecho de Fanarín y la sonrisa de triunfo que asomó á sus labios. Pero el príncipe advirtió también que senadores y fiscal se aburrían y que cuando acabó aquél lanzaron un suspiro de satisfacción como gente que ha cumplido una penosa tarea.

El presidente dió la palabra al fiscal, quien con frase breve é incisiva, declaró que el recurso era inaceptable por la insuficiencia de los motivos aducidos. Pasaron todos á la sala de deliberaciones. Volf era favorable á la casación de la sentencia: Be, que había comprendido de que se trataba, aprobaba la tesis de Volf y pintaba á sus compañeros con vivos colores la equivocación de los jurados, tratando de hacérsela comprender tan bien como él la había comprendido. Nitikin, escrupuloso guardador de la observancia de las leyes, quería lo contrario. Todo dependía del voto de Scovorodnikoff.

Tal voto fué contrario. La decisión del príncipe de casarse con la Máslova, en nombre de un deber moral, le parecía una atrocidad. Darwinista y materialista acérrimo consideraba la moral abstracta y más todavía el sentimiento religioso, no sólo como un síntoma de locura, sino como una ofensa personal. Tanto ruido á propósito de una mujerzuela, la presencia de un abogado famoso para defenderla y del propio Neklindoff, que quería casarse con ella, le producían náuseas. Con un tono de voz muy natural, en tanto que continuaba mordisqueando su barba y fingiendo ignorar cuanto no se refería á los fundamentos de la sentencia, dijo que creía que ésta debía seguir su curso, como opinaba también el presidente.

Fué desechado, pues, aquel recurso y así se disipó la primera esperanza que durante un mes había acariciado el príncipe.

XXII

—¡Qué horror!—repetía Neklindoff en tanto que salía con Fanarín.—En un caso tan evidente, de una injusticia tan notoria, ¡se atienen á la forma y rehusan reparar un error!... Es una indignidad espantosa.

—Esto es lo que se podía esperar del tribunal,—dijo el abogado.

—¡Y hasta Selenin, ha rehusado! ¡Qué horror, qué horror!—proseguía Neklindoff.—Y ahora, ¿qué hemos de hacer?

—Dirigiremos una súplica á la Majestad Imperial. Conviene que la enviéis en tanto que estáis aquí; yo la escribiré en seguida.

En aquel instante, Volf, ceñido en su brillante uniforme cubierto de cruces, entró en la sala y se acercó á Neklindoff.

—¿Qué le vamos á hacer, caro príncipe? Los motivos eran insuficientes.—Y encogiéndose de hombros, siguió su camino.

Detrás de Volf, apareció Selenin, quien había sabido que su amigo Neklindoff estaba allí.

—No me hubiera imaginado nunca encontrarte en este sitio,—dijo acercándose al príncipe con una sonrisa que contrastaba con la tristeza de su mirada.—Ignoraba que estuvieras en Petersburgo.

—¡Yo no sabía que fueras fiscal general!...

—Dí sustituto,—corrigió Selenin; y mirando á su amigo,—¿y por qué has venido al Senado?

—¿Por qué vine?... Porque esperaba hallar justicia y salvar de una condena injusta á una pobre mujer inocente,

—¿Qué mujer?

—Aquella cuyo recurso acabáis de desechar.

—Ah, sí, el recurso de Catalina Máslova,—dijo Selenin acordándose;—un recurso sin fundamento.

—No se trata del recurso; piensa que la mujer es inocente y que le ha caído encima una condena inmerecida.

Selenin lanzó un suspiro.

—Puede ser, pero...

—No puede ser, es.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Era uno de los jurados en el proceso contra ella.. Sé demasiado el error que cometimos.

Selenin quedó pensativo.

—Era preciso decirlo en seguida,—observó.

—Lo he hecho.

—No basta. Era preciso hacerlo poner en el verbal. Y si eso se hubiera alegado en el recurso de Casación...

Evidentemente Selenin que tenía muchas ocupaciones, y frecuentaba poco la sociedad, no conocía la historia de su amigo, y Neklindoff, que lo comprendió, juzgó prudente no explicársela.

—Pero hasta de la sentencia tal como estaba, se deducía que estaba equivocada...

—No puede hacer eso el Tribunal. Si en vez de examinar si se ha faltado á las leyes, los senadores opusieran á la sentencia del Tribunal inferior su propia convicción sobre el fondo del proceso, se correría el riesgo de conculcar la justicia en vez de restablecerla,—replicó Selenin.—Además, los veredictos del jurado perderían su propia significación.

—Todo eso son buenas razones;—afirmó Neklindoff;—pero esto no obsta para que se haya cometido una injusticia muy grande. La más alta magistratura ha confirmado un error tremendo.

Selenin cerró los ojos.

—No, no ha confirmado nada porque no ha examinado el fondo del proceso, porque no podía examinarlo... Pero, hablemos de tí,—dijo como quien desea dar de mano á un

asunto penoso.—Me dijeron ayer que estabas en Petersburgo, en casa de tu tía la condesa Ekaterina, que me había invitado á un sermón de un predicador famoso. Me dijeron que asistirías.

—Sí; pero tuve que alejarme con asco,—repuso Neklindoff con sequedad al ver que su amigo trataba de variar de conversación.

—¿Por qué? Siempre es una función religiosa.

—¡Oh! En cuanto al sermón, puedo asegurarte que era una charla-insulsa...

—No, no. No entiendo porque casi todos tenéis la idea de buscar nuevas teorías en vez de las viejas creencias,—replicó Selenin, como queriendo ver que efecto harían en Neklindoff sus palabras.

El príncipe le miró con asombro y escrutando sus ojos. Selenin los bajó como para que no se viera que una expresión de disgusto se mezclaba con su habitual tristeza.

—¿Pero tú crees en las doctrinas de la Iglesia?—preguntó Neklindoff.

—Ciertamente.

—Es extraño,—suspiró Neklindoff.

—De eso hablaremos más despacio,—dijo Selenin, y se volvió hacia un ujier que se le acercaba: —Vengo en seguida. Es preciso que nos veamos,—añadió.—¿Dónde y cuando podré encontrarte? Tendré mucho gusto en verte. Habito en la calle Nargedinskaia... ¡Pero, cuánto hemos cambiado los dos desde que no nos vemos!

Y al alejarse sonrió.

—Veré si tengo tiempo,—contestó Neklindoff.

Y sintió que algo quedaba roto entre ellos; que aquel amigo, tan querido en otro tiempo, después de aquel breve coloquio, se había convertido para él en un sér indiferente, incomprensible, casi hostil.

XXIII (1)

Cuando Neklindoff había conocido á Selenin, era éste un joven bueno y amable, un amigo fiel y un hombre de mundo para su edad, muy discreto y comedido con todo el mundo. Estudiaba mucho y con fruto; pero sin pedantería, siquiera obtuviese siempre medallas de oro.

Selenin se había propuesto, en su primera juventud, sacrificarse en favor de los demás hombres y lo cumplía no con palabras, sino con obras. Y como el puesto que más indicado le pareció para ello eran los empleos públicos, estudió cuidadosamente en qué ramo de la administración le sería posible prestar mejores servicios y se decidió á entrar en la sección segunda de la magistratura, la encargada de cumplir la leyes. Pero pronto comprendió que en tal puesto no podía ser útil como deseaba, y por ello pasó al Tribunal Supremo.

Allí se halló más en su elemento; pero, de todos modos, no estaba satisfecho; comprendía que no era aún el hombre que habría *debido* ser. Sus deudos le obtuvieron por aquel tiempo un cargo de gentilhombre de Corte y él, con el uniforme reluciente y recamado, tuvo que ir á dar las gracias á los que le proporcionaban aquel puesto de criado. Más que nunca comprendió que se apartaba del objeto de su vida; pero no podía rehusar sin dar un feo á sus deudos, y además, al verse con un brillante uniforme cuajado de oro, sonreía pensando en el respeto que siente el público por quien lo lleva.

Algo parecido le ocurrió al casarse. Sus allegados le buscaron una mujer según las conveniencias sociales y no se atrevió á rehusar, tanto por no herir á los que por él

(1) Este capítulo falta por completo en la traducción francesa.

se tomaban interés, como por no desagradar á aquella joven que era bonita, hija de una familia distinguida y muy rica. Pero después del primer parto la mujer declaró que no quería tener más hijos y se lanzó á un torrente de diversiones mundanas, á las que él mismo se vió arrastrado.

Su única hija, una niñita de rizado pelo y con las piernas siempre desnudas, crecía extraña por completo al padre, especialmente porque la educaban contra sus ideas. Y aquella lucha continua, sorda, disimulada á los ojos extraños, hacía muy penosa la vida de Selenin en su casa, y de ahí la tristeza que siempre se leía en sus miradas.

Pero donde mejor comprendía que no era lo que *hubiera debido ser*, era en su modo de comprender la religión: Como todas las personas de su clase y de su tiempo había quebrantado aquellos vínculos que agarrotan el espíritu con las mezquindades de las supersticiones religiosas y, hombre serio y honrado, no había fingido nunca hipócritamente ni había escondido sus ideas.

Pero, con el transcurso de los años y á consecuencia de los adelantos que continuamente hacía en su carrera, su libertad de conciencia había comenzado á causarle molestias en aquella sociedad dominada por un soplo de reacción.

Selenin se encontraba en la necesidad de escoger entre dos caminos: ó fingir exteriormente que profesaba una religión cuya fe estaba bien lejos de sentir, y esto era imposible con su carácter franco y sincero, ó bien arreglar su vida de modo que no se viese obligado á fingir lo que no sentía. Pero para tomar este último partido que á primera vista parecía fácil, se necesitaban muchas cosas: era preciso afrontar una lucha incesante con las personas queridas, renunciar al empleo, renunciar á la idea de ser útil al prójimo, cosa que esperaba poder hacer en lo porvenir. Como hombre culto que sabe la historia y conoce el origen y la evolución de la Iglesia cristiana, estaba convencido de que tenía razón y no daba valor alguno á las doctrinas de la

Iglesia. Pero empujado por las necesidades de la vida, transigía levemente con su propia conciencia: se dijo que para afirmar categóricamente que una ley es absurda, precisa antes haber estudiado en qué consiste tal absurdo. Esta leve transacción, esta mentira tan ligera, había bastado para llevarle al campo de la gran mentira en que ahora se ahogaba.

Empezó á estudiar á Voltaire, Schopenhauer, Comte, Spencer, las obras filosóficas de Hegel, las teológicas de Vinet y Chomiakoff; y, como era natural, encontró en estos libros todo lo que buscaba: halló calma su alma intranquila, al ver una especie de justificación de todas aquellas teorías religiosas que su inteligencia no admitía desde mucho tiempo atrás, pero que aún creía indispensables para librarse de las disputas que amargaban su vida. Repetíase que no solamente un hombre, sino también un grupo escogido de ellos podía haber sabido la verdad, y que el único medio dado á los hombres para conocerla es la revelación divina que tiene por suya la Iglesia. Abroquelado detrás de estos sofismas y otros parecidos, podía con la conciencia tranquila comulgar, persignarse y continuar su carrera, que le endulzaba la tristeza de la vida doméstica con la posibilidad de hacer el bien.

Poco á poco se persuadió de que creía, aún cuando todo su sér le indicaba que en esto, más que en cosa alguna, no era lo que *debiera haber sido*. Y la tristeza de su mirada era un reflejo de la tristeza de su alma.

Ahora encontrando á Neklindoff al que conociera cuando su espíritu estaba aún libre de todas aquellas mentiras, experimentó más que nunca la impresión de haber equivocado el destino de su vida, y se sintió preso de una tristeza que le destrozaba.

Lo mismo sentía Neklindoff después del primer ímpetu de alegría, al ver á un antiguo amigo. Así los dos á pesar

de la promesa cambiada, no trataron de verse el uno al otro y Neklindoff partió de Petersburgo sin haber hablado más con su amigo de otro tiempo.

## XXIV

Salidos del palacio, Neklindoff y Fanarín caminaron un rato juntos por la acera. El abogado que ordenó al coche-ro que marchara detrás de ellos, empezó á contarle el hecho aquel de que hablaran los senadores en el Consejo; es decir, el nombramiento de aquel solemne canalla para un gobierno de Siberia. Luego le contó como una comisión de personajes influyentes se había comido el dinero recogido para elevar un monumento y otras historietas que no interesaban nada al príncipe: un prójimo que había vendido á su mujer; otro que había comprado su esposa con dinero y estafas y delitos de distinto género, perpetrados en personas empingorotadas é influyentes que en vez de ir á pudrirse en una prisión, eran gerentes de asociaciones industriales y presidentes de obras pías y otras majaderías por el estilo.

Todo eso, que como se puede comprender, interesaba muchísimo al abogado, porque se refería á achaques de su oficio, no tenía importancia alguna para Neklindoff; así es que aquél quedó asombrado cuando éste, sin escuchar siquiera el final de su última historia, le saludó, y subiendo á su coche, volvió á su casa.

El príncipe estaba muy triste. El haber sido desechado el recurso por el Tribunal de Casación aumentaba su tormento, pensando en la Máslova inocente y condenada. Todas aquellas historias de delitos triunfantes, de las cuales Fanarín hablaba con tal desenvoltura, habían aumentado su tristeza, así como aquella mirada fría y malhumorada de Selenin, que en otro tiempo conociera bueno, noble y leal.

Cuando llegó á casa, el portero le entregó una tarjeta

que había escrito en la portería una mujer: la madre de la Schinstova. Le escribía que había ido á dar las gracias á su bienhechor, al salvador de su hija y le rogaba, además, que pasara por su casa, calle Vasilievkaja, línea quinta, al día siguiente, si le era posible, pues tendría una gran satisfacción en verle y hablarían, además, de la Vera Eframovna.

Otra carta tenía de Bogatiroff, ayudante del emperador y ex compañero de Neklindoff, á quien el príncipe se había dirigido, rogándole que entregara personalmente la súplica en nombre de los desterrados al Cáucaso por cuestiones religiosas.

Bogatiroff decía, con su letra grande y atrevida, que daría al emperador mismo la súplica, como lo había prometido, pero que se le había ocurrido una nueva idea: ¿no sería quizá, mejor, dar antes algún paso cerca de aquellos de quienes dependía el proceso?

Las impresiones de aquellos últimos días transcurridos en Petersburgo habían puesto á Neklindoff en un estado de abatimiento moral indecible: los hermosos planes que se trazara en Moscou, le hacían el efecto de sueños de un adolescente, que desaparecen apenas se dan los primeros pasos en el camino de la vida.

Desde que se encontraba en Petersburgo, parecía, sin embargo, que el deber le obligaba á hacer cuanto había premeditado.

Sacó de la cartera el billete de la madre de la Schinstova y lo releía, cuando un criado, asomándose á la puerta, le invitó de parte de la condesa á subir á sus habitaciones para tomar el té. El príncipe se apresuró á aceptar la invitación de su tía, y, al pasar ante una ventana abierta, advirtió que estaba parado frente á la casa el coche de Marieta, lo cual le causó una súbita alegría y le arrancó una sonrisa.

Marieta, con un sombrero claro, con un traje de color, se hallaba al lado de la condesa, y en tanto que bebía el

té murmuraba algunas palabras haciendo centellear sus hermosos ojos sonrientes.

Cuando entró Neklindoff debía acabar de contar alguna cosa ridícula y escabrosa. Así lo advirtió el príncipe por la risa de ambas.

La condesa Ekaterina reía ruidosamente, retorciendo su gordo cuerpo; Marieta, por lo contrario, sonreía tan sólo, é inclinando un poco su rostro alegre y enérgico, miraba en silencio á su compañera.

Por algunas palabras sueltas, Neklindoff comprendió que comentaban el nombramiento de aquel nuevo gobernador de Siberia.

—¡No digas más ó me voy á morir de risa!—exclamó la condesa, no pudiendo contener sus carcajadas.

El príncipe saludó á las señoras, y se sentó; pero apenas había formulado en su mente la idea de acusar á Marieta por su ligereza, cuando ésta, adivinando por la expresión de Neklindoff sus intenciones, ocultó toda apariencia de alegría para agradarle, (éste había sido su deseo desde la primera vez que lo vió), y no sólo su rostro, sino su persona toda, adquirió un aire de seriedad, de cansancio de la vida, como quien vé transcurrir los días buscando con anhelo algo que no encuentra. Y esto no era una ficción en ella, porque en un instante, había sabido apropiarse el estado de ánimo de Neklindoff, aún cuando no hubiese podido definir aquel estado, si se lo hubieran hecho explicar.

Con tono afable le preguntó Marieta qué rumbo habían tomado los asuntos que tanto le interesaban. El príncipe contó su mala aventura en el Tribunal y su encuentro con Selenin.

—¿Selenin? ¡Un alma pura! ¡Un verdadero *chevalier sans peur et sans reproche*. ¡Un alma pura!—exclamaron las dos señoras, repitiendo muchas veces el epíteto con que se conocía á Selenin en sociedad.

—¿Y su mujer, qué hace? ¿cómo vive?—preguntó Neklindoff.

—¿La mujer?... No quisiera hablar mal de ella, pero no sabe comprender á su marido... Pero ¿qué me decís? También él estuvo de parte de los que denegaban—exclamó Marieta.—¡Es una cosa espantosa! ¡Cuánta pasión siento por esa pobre joven!...—añadió después suspirando.

Neklindoff frunció el entrecejo y como para dar otro giro á la conversación, empezó á hablar de la Schinstova, libertada al fin, gracias á la intervención de su marido, lo cual no sabía cómo agradecerle. Quería añadir que era una cosa muy triste, que aquella muchacha y su familia, hubiesen sufrido tanto sólo porque no había habido una persona que cuidara de su suerte. Pero Marieta no le dió ni siquiera tiempo, y le interrumpió con frases de indignación.

La condesa Ekaterina Ivanovna comprendía que Marietr coqueteaba con su sobrino, y aquello la divertía muchísimo.

—¿Sabes en qué pienso?—dijo después de algunos minutos de silencio;—ven mañana por la noche á casa de Alina; estará Kisivetter. Ven también tu,—dijo á Marieta.—Luego, volviéndose hacia su sobrino, continuó:

—*Il vous a remarqué.* Me ha dicho que lo que te ocurre es un buen signo, porque quiere decir que vuelves al redil. Ven, ven de todos modos. Díselo tú, Marieta, que venga; y tú procura no faltar.

—Ante todo, condesa, no tengo derecho alguno para aconsejar al príncipe,—contestó Marieta, lanzando una ojeada á Neklindoff.—En segundo lugar, sabed que tampoco yo soy una admiradora...

—Ya, ya sé que lo haces todo al revés y según te acomoda.

—¿Eso creéis?—replicó riendo;—yo, en cuanto á religión, creo como una simple aldeana. En tercer lugar, voy mañana al teatro francés...

—¡Ahl ¿Has visto esa... cómo se llama?

Marieta, entonces, sugirió el nombre de la célebre actriz francesa.

—Vé á verla, es una verdadera notabilidad.

—¿Qué debo oír primero, *ma tante*? ¿La cantante ó el predicador?—preguntó Neklindoff riendo.

—No te burles de mis palabras.

—Yo creo que primeramente debo oír al predicador, y luego á la actriz, para no perder totalmente el gusto de los sermones,—prosiguió el príncipe.

—No, es mejor empezar por el teatro, y acabar por la penitencia,—replicó Marieta.

—Os ruego que no os burléis de mí. El predicador es el predicador, y el teatro es el teatro. No es necesario para salvarse poner la cara seria y llorar de continuo como una fuente. Es preciso creer, y esto basta, para experimentar la inmensa alegría de la salvación.

—Vos, tía, habláis mucho mejor que todos los predicadores.

—Y bien,—empezó Marieta, después de haber reflexionado algo,—¿qué es lo que hemos de hacer primero? Venid mañana conmigo al palco...

—Temo que me será imposible.

Su conversación quedó interrumpida por la entrada de un criado que anunció una visita. Era el secretario de una sociedad de beneficencia, de la cual la condesa era directora.

—Ese es un señor muy fastidioso; lo recibo en un momento, y vuelvo. Dale té entretanto, Marieta,—dijo la condesa, y con un paso ágil y rápido, salió de la habitación.

Marieta se quitó el guante enseñando una mano fina, nerviosa y fuerte, con los dedos ensortijados.

—¿Queréis?—dijo ofreciendo la bebida al príncipe.—me dá mucha pena, cuando las personas á quienes es-

timo me confunden con el ambiente en que por fuerza vivo.

Y su rostro adquirió de repente una expresión de gravedad y de tristeza, como si apenas pudiera contener las lágrimas.

Neklindoff se sintió conmovido, y aún cuando el sentido de tales palabras fuera muy vago, le parecieron llenas de una bondad y una nobleza profundas: tanta era la atracción que sobre él ejercía la mirada centellante de aquella mujer joven, elegante, bella, que le envolvía como en una caricia.

La miraba sin hablar, incapaz de apartar sus ojos de aquel rostro.

—¿Creéis que no comprendo lo que pasa dentro de vos? —exclamó Marieta.—Lo que habéis hecho lo saben ya todos. Es el secreto del polichinela. Os admiro y además os apruebo.

—No hay nada qué admirar ni qué aprobar: he hecho muy poco.

—No importa: comprendo el sentimiento que os impulsa, y comprendo también lo que siente ella: me parece bien, muy bien; pero, no hablemos más de ello, —se apresuró á añadir viendo pasar una expresión de descontento por la cara del príncipe.

—Comprendo muy bien que ante tantos padecimientos, ante los horrores de las cárceles, —prosiguió Marieta, empuñándose en atraerle hacia sí, y adivinando con la agudeza propia del instinto femenino lo que para él era más importante y caro, —comprendo que queráis socorrer á la gente que sufre más espantosamente por la indiferencia y la crueldad de los hombres... Comprendo que se pueda sacrificar la vida por un objeto tan noble... Hasta yo lo haría; pero cada cual tiene su propio destino.

—¿No estáis, pues, contenta de vuestra suerte?

—¿Yo?—contestó ella con asombro, como si no se le pudiera hacer tal pregunta.—¿Yo?.. Yo *debo* estar conten-

ta y lo estoy, pero hay en mí como un gusano que se despierta...

—Es preciso no dejar que se duerma; es forzoso creer siempre en esa voz,—contestó el príncipe dejándose engañar completamente por el reclamo.

Más tarde, Neklindoff decía con frecuencia que recordaba con vergüenza su debilidad, las palabras artificiosas, la atención algo tierna con que ella le escuchaba cuando hablaban de los horrores de la cárcel y sus impresiones de las aldeas.

Volviendo á la sala, la condesa les halló conversando como dos antiguos amigos, como dos íntimos amigos que entre mucha gente sólo uno á otro se comprenden. Sus labios hablaban de la injusticia de los opresores, de los padecimientos de los débiles, de la pobreza del pueblo; pero en realidad, sus miradas que se cruzaban decían:

—«¿Puedes amarme?»

—«Podré.»

Y una ola sensual corría de uno á otro; velándose bajo la forma más alta de una noble idealidad.

En el momento de despedirse, le aseguró ella que estaba dispuesta á servirle en cuanto pudiera y le rogó que fuera sin falta á la otra noche al palco, pues tenía que decirle cosas muy importantes.

—¿Y cuándo os veré?—añadió con un suspiro en tanto que calzaba de nuevo el guante.—Decidme que vendréis...

Neklindoff lo prometió.

Aquella noche cuando se hubo acostado y apagado la luz, no pudo dormirse.

Ante su fantasía reaparecía todas las escenas de aquella jornada y la negativa del Tribunal; luego la Máslova, su propósito de seguirla á Siberia; y luego como un contrapeso, imaginó el rostro de la Máslova cuando le vería de nuevo, el suspiro que lanzaría cuando le dijese lo que había ocurrido.

Y le asaltó una duda que desde hacía mucho tiempo no le asaltaba.

¿No era una locura seguir á la joven y despojarse de sus riquezas?..

En el seno de aquella clara noche de Petersburgo, que dejaba entrar ténue claridad por entre los cortinajes, Ne klindoff comprendía que había perdido su firmeza; las respuestas que á sí mismo se daba eran poco claras, embrolladas.

En vano se esforzaba por readquirir su valor de días atrás, sus ideas, sus propósitos, pues le faltaba la energía de la persuasión.

—Me estoy creando una vida imposible, y luego me arrepentiré de haber obrado así,—pensó.

Y como no encontró fuerzas para contestarse, se sintió invadido de tristeza y disgusto, y al cabo se durmió con ese sueño pesado que sigue á las noches pasadas en la disipación ó consumidas en un trabajo difícil.

## XXV

El primer sentimiento que experimentó Ne klindoff al despertar, fué que durante la víspera había ocurrido en su vida algo poco laudable. Y en seguida empezó á reflexionar.

Le había parecido que unir su propia suerte á la de la Máslova, renunciar á las posesiones maternas, todo lo que en aquellos tiempos decidiera de un modo inmutable, fuera un sueño irrealizable, un propósito ficticio y poco humano, y que, por lo contrario, lo razonable era vivir como había vivido durante los últimos años.

No, no eran malas acciones; pero eran malos pensamientos, de los cuales inevitablemente nacen las primeras. Y esto era peor. Una mala acción se puede realizar y arrepentirse después de ella; pero los malos pensamientos hacen germinar todas las acciones malvadas y deshonorosas

que un hombre puede hacer; una mala acción prepara el camino para otra del mismo género; los malos pensamientos impulsan irresistiblemente por ese camino peligroso.

Aquella mañana, al recordar los pensamientos que le atormentaron durante la víspera, Neklindoff se preguntaba asombrado cómo los pudo tener. Apesar de que el camino que se había trazado estuviera sembrado de obstáculos, que era preciso vencer antes de llegar á la meta, comprendía que aquel era el único camino posible para él en lo sucesivo; comprendía que darse por vencido equivalía á la muerte.

El breve instante de vacilación del día anterior, era como el deseo de aquel que teniendo un sueño y sabiendo que ha llegado la hora de levantarse, quiere, sino dormir, permanecer todavía algunos minutos dormitando, aún cuando le espere algo importante y agradable.

Neklindoff recordó el billete recibido el día antes, y como aquel era el último día de su estancia en Petersburgo, se apresuró á ir á la isla Vasilievskaja, á casa de la Schinstova.

Habitaba esta en el segundo piso, y el príncipe, subiendo por una escalera de servicio, llegó á una cocina impregnada de un olor de alimentos fuertes. Una mujer de mediana edad, arremangada, con un delantal y unas antiparras sobre la nariz, estaba allí arreglando algo en una cacerola.

—¿A quién buscáis?—preguntó con severidad, mirando al desconocido por sobre los lentes.

Cuando Neklindoff se hubo nombrado, el rostro de la mujer tomó una expresión de alegría temerosa.

—¡Oh, príncipe!—exclamó, limpiándose las manos con el delantal.—¿Por qué habéis subido por la escalera de servicio?... ¡Ah, nuestro querido bienhechor! Yo soy la madre de la joven que habéis salvado.

Y trataba de besarle la mano.

—Fuí ayer á vuestra casa. Me lo había rogado mi her-

mana, la que está conmigo... Por aquí, seguidme, os lo ruego.

Precediendo al príncipe, pasó por una puertecita, enfiló un corredor, y mientras andaba trataba de arreglarse las sayas y el pelo alborotado.

—Mi hermana Corniloff... La habréis oído nombrar,—dijo en voz baja, parándose ante una puerta,—estuvo mezclada en las cuestiones políticas... Es una mujer muy inteligente...

Abierta la puerta, entró Neklindoff en una sala de pequeñas dimensiones. En un canapé, ante una mesa, estaba sentada una mujer gorda, de pequeña estatura, con una camiseta á rayas y una cabellera rubia y rizada, que encuadraba una cara palidísima, parecida á la de la madre.

En frente á la joven, en un sillón, inclinándose hacia adelante, estaba un joven con bigote y barbilla negros, vestido con una camisa rusa, de cuello bordado.

Estaban ambos tan ocupados en lo que decían, que únicamente se volvieron al oír que el príncipe entraba en el cuarto.

—Lidia, el príncipe Neklindoff, aquel que...

La joven se puso en pie con un movimiento nervioso, y arreglándose un rizo, fijó sus grandes ojos grises sobre el visitante, con expresión de temor.

—Así, pues, sois vos esa mujer terrible de quien me habló Vera Efremovna,—dijo Neklindoff, sonriendo y alargándole la mano.

—Sí, soy yo,—contestó Lidia, enseñando dos filas de dientes ebúrneos al sonreír con sonrisa dulce é ingenua de niña.—Mi tía que tenía tantas ganas de veros... ¡Tía!...—gritó, volviéndose hacia la puerta, con su voz melodiosa y simpática.

—Vera Efremovna sentía mucho que estuviérais presa,—dijo Neklindoff.

—Sentaos aquí... ó aquí,—decía entre tanto Lidia, indi-

cando el sillón mullido del cual el joven se había levantado.—Mi primo Zakaroff,—añadió luego, advirtiendo que el príncipe le miraba.

El joven saludó al príncipe sonriendo y se sentó cerca de la ventana, en una silla; del cuarto del lado salió un estudiante rubio, de unos quince años, quien sin hablar se sentó en el ancho alfeizar de la ventana.

—Vera Efremovna, es gran amiga de mi tía. Yo la conozco apenas,—explicó Lidia.

En aquel instante entró una mujer de rostro afable é inteligente, con un corpiño blanco que un cinturón de cuero sujetaba á la cintura.

—Buenos días,—dijo sentándose en el sofá al lado de la joven;—gracias por vuestra visita... ¿Cómo está la Vera? ¿La habéis visto? ¿Cómo soporta la prisión?

—No se queja nunca,—contestó Neklindoff.—Tiene una serenidad olímpica.

—¡Querida Vera! ¡Cuán bien la pinta esto!—exclamó la tía sonriendo.—Es preciso conocerla. Es un sér raro: todo para los otros y nada para sí.

—La verdad es que no ha pedido nada para sí,—contestó Neklindoff.—Lo que sentía era la suerte de vuestra sobrina. Pensar que estaba en la cárcel le producía un verdadero tormento.

—Sí, era una cosa horrible, ¡Pensar que esta pobrecilla ha sufrido tanto por mi culpa!

—No, tía, no,—contestó Lidia.—Aunque no hubiera sido por vos también hubiera tomado las tarjetas.

—Lo sé mejor que tú,—insistió su tía,—y volviéndose hacia Neklindoff continuó:—Todo se reduce á esto: una persona me había rogado que le guardara sus tarjetas durante algún tiempo, pero como yo no estaba en casa, se las dejaron á ella. La misma noche vinieron á hacer un registro y encontrándole las tarjetas, se las quedaron y la arrestaron, insistiendo en que revelara quién se las había dado.

—Yo no revelé nada,—dijo rápidamente la joven, en tanto que con los dedos se arreglaba un ricillo que no le daba punto de reposo.

—Ni digo que hayas revelado nada,—replicó la tía.

—Si han preso á Mitin no es que yo tenga la culpa,—repuso Lidia volviendo al rededor una mirada inquieta, mientras un súbito rubor coloreaba su rostro.

—No hablemos de eso, hija mía,—intervino la madre.

—No, no puedo callar, quiero contarlo.

Y presa de un espasmo nervioso, retorció el rizo entre sus dedos, enrojeciéndose más y más y mirando al rededor.

—¿No te acuerdas, hija mía, lo que te ocurrió ayer cuando contaste eso?

—Nada, nada... dejadme, mamá. Yo no hablé, callé siempre. Y cuando por dos veces me interrogaron acerca de mi tía y de Mitin, me limité á declarar que no contestaría nada; entonces aquel Petroff...

—Petroff es un poco de cada cosa,—explicó la tía,—medio carcelero, medio espía, y un canalla en una pieza.

—...Empezó á convencerme,—prosiguió Lilia cada vez más excitada.—«Todo lo que diréis no dañará á nadie; antes por el contrario, quizá salvaréis á unos inocentes.» Yo le declaré de nuevo que no quería hablar; entonces él replicó: «Está bien, no digáis nada; basta que no neguéis lo que yo diré.» Y empezó á nombrar algunas personas y entre ellas á Mitin.

—¡Callatel! ¿Qué sacas de volver á hablar?—díjole su tía.

—No me interrumpáis...—y se retorció con más fuerza el rizo.—Al día siguiente supe que Mitin estaba preso; me dieron el aviso con golpes dados en la pared. Y de repente tuve un pensamiento terrible: ¡Yo sola le he perdido! ¡Yo sola!... Y experimenté tal angustia que temía enloquecer.

—Después se ha sabido que no fué por tu culpa.

—Pero yo no podía saberlo... Creía que yo era la culpa.

ble. Anduve arriba y abajo de mi calabozo y un pensamiento terrible estaba fijo en mi mente: «tú le has perdido.» Quise dormir; imposible. Mandé á mi mente que no pensara en ello; ¡imposible!... ¡Ah, qué horror! ¡qué espanto!...

Y presa de una excitación cada vez mayor, Lidia se retorció el pelo entre los dedos, lo soltaba, lo volvía á retorcer, en tanto que sus ojos se posaban aterrados sobre cuanto había á su alrededor.

—Lidia, Lidia, por caridad, cálmate,—rogaba su madre.

Pero la joven no podía ya contenerse.

—La cosa es tanto más espantosa...—prorrumpió de nuevo; pero tanta era su excitación que la acometió un sollozo violento, y se puso en pie con impetu, y tirando una silla se fué corriendo al otro cuarto.

La madre fué detrás de ella.

—¡Es preciso matar á todos esos bandidos!—exclamó el estudiante que estaba en la ventana.

—¿A tí que te importa?—dijo la tía.

—¿A mí? Nada; era un decir...—respondió el estudiante, y tomando un cigarrillo de la mesa, se puso á fumar.

## XXVI

—Sí, creedlo, para los jóvenes es una cosa tremenda la prisión,—afirmó la tía moviendo la cabeza y encendiendo un cigarrillo.

—Creo que lo será para todos,—replicó Neklindoff.

—No, no es así. Para los verdaderos revolucionarios representa un lugar de reposo, de tranquilidad casi; ellos mismos lo dicen. Quien conspira y combate contra leyes que no quiere sufrir, vive siempre en un ansia penosa, padece por sí mismo, por sus compañeros y por el partido. Luego, cuando al cabo lo detienen, todo acaba; ya no tiene responsabilidad ninguna. Está allí y reposa. Hay algu-

nos que me han asegurado que hasta sentían alegría; pero cuando se trata de jóvenes inocentes, porque son siempre inocentes los primeros que aprisionan, niñas como mi pobre Lidia, ¡oh! entonces aquel primer golpe es una cosa terrible. No porque os hayan privado de libertad, no porque os traten brutalmente y os den alimentos corrompidos ó porque el aire sea infecto; no por todas las torturas que os infligen; aun cuando fueran tres veces mayores se soportarían. ¡Pero aquella sacudida moral que se recibe cuando por primera vez se cae entre sus manos!

—¿Cómo lo sabéis vos?

—¿Yo?... Dos veces fuí presa,—pronunció la tía con una sonrisa dulce y triste.—Cuando me arrestaron por primera vez, y me prendieron sin culpa, contaba veintidos años, tenía un hijo y estaba en cinta de otro. Pues bien, creedlo, el separarme de mi marido y de mi hijo, no fué nada en comparación de lo que experimenté al advertir que había dejado de ser una mujer para convertirme en una cosa. Quiero besar á mi hijo; me ordenan que me apresure y suba al coche que me espera. Pregunto dónde me lleven; me responden que ya lo veré cuando haya llegado. Pregunto de qué me acusan; no me contestan siquiera. Luego, después de un largo interrogatorio, se llevan mis vestidos, me dan otros con un número, me echan á un calabozo, cierran con un cerrojo y quedo sola, en tanto que un centinela silencioso, con un fusil al hombro pasea arriba y abajo, y de cuando en cuando me espía por una rendija de la puerta. Entonces sentí un dolor atroz que no se puede imaginar. Recuerdo más que otra cosa el tono irónico con que el oficial que me interrogaba me ofreció un cigarro. El sabía que los hombres gustan de fumar; sabía que aman la libertad, la luz; sabía que las madres aman á sus hijos y los hijos á sus madres... ¡Y me arrancaron cruelmente todo lo que me era caro, me privaron de la libertad y me encerraron como se encierra una bestia feroz! ¡Oh! creedlo, eso no se soporta sin experimentar terribles

consecuencias. Si antes creíais en Dios, en la fraternidad entre todos los hombres, en una ley suprema de mutuo amor, después es imposible que creáis aún... Desde el instante en que perdí mi fe en la bondad humana, empecé á ser mala.

Y asomó una sonrisa á sus labios.

Entre tanto apareció en la puerta la madre, la cual dijo que Lidia estaba demasiado agitada y que no saldría ya.

—Ved ahí una existencia juvenil destrozada. Lo que siento más es que involuntariamente he sido yo la causa de ello,—dijo la tía.

—Dios proveerá,—añadió la madre.—Quizá en el campo podrá reponerse; la enviaremos al lado de su padre.

—Ciertamente que si no hubierais sido vos se muere,—repuso la tía.—¡Mil gracias! Quería rogaros también que entregarais una carta á Vera Efremovna.

Y sacó un sobre del bolsillo.

—La carta está abierta. Podéis leerla y luego entregarla ó romperla; como queráis; pero de todos modos no contiene nada que pueda comprometeros.

El príncipe tomó la carta y después de asegurar que la entregaría, se levantó y se despidió.

Estando en la calle cerró el sobre sin mirar siquiera la carta, decidido á entregarla de todos modos.

## XXVII

Aún subsistía una de las causas por las cuales Neklin-doff fué á Petersburgo: presentar al Emperador la súplica en nombre de los desterrados al Cáukaso por cuestiones religiosas, súplica que tenía intención de hacer llegar directamente al Czar por medio de Bogatiroff, su excamara-da. Al salir de casa de la Schinstova, el príncipe fué á la de Bogatiroff y lo encontró á punto de almorzar.

De mediana estatura, robusto, dotado de una fuerza física tal que le permitía doblar una herradura, Bogatiroff

era bueno, honrado, leal, de ideas liberales y además de todas estas virtudes, muy bienquisto en la Corte, y amaba al Czar y á la familia imperial. En tal ambiente se desarrollaba toda su vida, y á pesar de eso,—¡quién sabe de qué modo!—sabía ver el lado bueno de todo ello, y abstenerse de cuanto fuera malo ó poco honrado. Tenía por sistema no recriminar nunca ni á personas ni cosas; ó callaba ó hablaba con tono atrevido, abierto, como si proclamara altamente la verdad de sus palabras, acompañándolas de una risa fuerte y franca. Aquello no era el fruto de un cálculo político, sino la expresión espontánea de su carácter natural.

—¡Has hecho muy bien en venir! ¿Quieres comer? ¿No? Créeme, sigue mi consejo. El beefsteak es magnífico. ¡Un vaso de vino, por lo menos!—exclamó indicando con la mano una botella.—¡Bien! He pensado en tí. Llevaré yo misma la súplica y la entregaré al Emperador. Pero me parece mejor que tú mismo hables á Toporoff.

La cara de Neklindoff se contrajo con una mueca de disgusto oyendo aquel nombre.

—Todo depende de él. Aun presentando yo la súplica será preciso que él la vea, pues tendrá que informar. Haciendo lo que te digo puede darse el caso de que él mismo se empeñe en servirte.

—Tienes razón; seguiré tu consejo.

—¡Bueno! Ahora dime lo que te parece de Petersburgo,—dijo Bogatiroff, gritando con su voz fuerte.—¡Cuéntame, cuéntame!

—¿Qué impresión me causa? Me parece que me encuentro hipnotizado.

—¿Hipnotizado?—exclamó Bogatiroff con una carcajada; luego limpiándose el bigote con la servilleta, añadió:—¿De modo que no quieres almorzar? ¿Vas á ver á Toporoff? Si él no quiere, dímelo y mañana mismo te sirvo. —

Y levantándose hizo con la diestra el signo de la cruz, evidentemente sin saber por qué, de un modo mecánico, como mecánicamente se había limpiado la boca y tomado después el sable.—Adiós, chico; es preciso que me vaya.

—Vamos juntos,—dijo Neklindoff.

Se saludaron en la puerta y el príncipe estrechó con verdadero placer la mano ancha y musculosa que le alargaba su excamarada, recibiendo coma una impresión de frescura. Luego se encaminó hacia el domicilio de Toporoff, según el consejo de su amigo, aun cuando no se prometiera ningún buen resultado de su visita.

El cargo de Toporoff implicaba por sí mismo una contradicción que tan sólo un hombre muy tonto ó desprovisto de todo sentido moral podía no advertir. Toporoff poseía en grado máximo ambas cualidades. Tenía el deber de proteger y de defender por todos los medios que están al alcance de los hombres, sin excluir la violencia, aquella iglesia que, fundada por Dios sobre una base inconmovible, no puede temer los asaltos del infierno ni de los hombres; como si una institución divina pudiera tener necesidad de la protección y de la ayuda de una institución humana representada por algunos funcionarios capitaneados por Toporoff. El no advertía tal contradicción, ó no quería advertirla; así es que un sacerdote católico, ó un pastor evangélico, ó un rabino mosaico le preocupaban, temiendo que pudieran destruir aquella iglesia, contra la cual no podía prevalecer ni la potencia del infierno.

Como todos los que no poseen verdadero sentimiento religioso, el cual tiene por ley fundamental la igualdad y la fraternidad entre los hombres, Toporoff creía que el pueblo está compuesto de seres substancialmente diferentes de él, para los cuales es de necesidad absoluta lo que para él es de absoluta inutilidad. En el fondo, no tenía fe en nada, pero pensar que el pueblo podía llegar á un estado parecido al suyo le infundía temor, y reputaba como un deber sagrado el de «salvar al pueblo», como decía. Consi-

deraba la religión puesta bajo su custodia de la misma manera que uno que cría gallinas considera la bazofia, con la cual nutre á los polluelos: una cosa asquerosa, pero que los polluelos comen á gusto y que les es necesaria.

— Sin duda, — pensaba Toporoff, — el culto de estas imágenes santas de Kasan, Iverskaja, Smolenskaja (1) no es otra cosa que una idolatría grosera y vulgar; pero el pueblo la tiene, y por esa razón hay que conservarla. No había reflexionado jamás que si el pueblo era supersticioso se debía á que en todos tiempos existieron y existían aún hombres crueles, entre los cuales debía figurar, quienes se servían de esa superstición, no para sacar al pueblo de las tinieblas de la ignorancia, sino para hacerlas más espesas.

Cuando Neklindoff llegó á la habitación de Toporoff, éste hablaba en su despacho con la abadesa de un convento dedicado á la propaganda de la fe ortodoxa en los países occidentales y entre los Uniati (2) obligados á viva fuerza á renegar de su fe.

Un empleado recibió en el vestíbulo al príncipe, y sabiendo su intención de entregar al Emperador una súplica en favor de algunos desterrados por cuestiones religiosas, rogó á Neklindoff que se la entregara á él, y pasó con el papel al despacho de Toporoff. Casi en seguida salió la abadesa con un *klobuk* (3) de largo velo, un hábito negro y las manos blancas de pulidas uñas, que aguantaban un rosario con cuentas de topacio. Se dirigió hacia la puerta, pero el príncipe tuvo que esperar aún algún tiempo en la sala.

Toporoff leía aprisa la súplica, y de cuando en cuando movía la cabeza con asombro y disgusto ante aquel escrito, de un estilo preciso, claro y vibrante.

— Si llega á manos del emperador, puede suscitarme mil

---

(1) Imágenes correspondientes á nuestras vírgenes.

(2) Nombre de una secta.

(3) Sombrero de monja semejante á una mitra.

contrariedades y molestias; puede ser causa de un disgusto,—pensó al acabarlo. Y dejando el papel sobre la mesa, dió orden de introducir á Neklindoff.

Recordaba en todos sus detalles aquel proceso intentado contra algunos sectarios de una nueva comunión religiosa, y había ya recibido un recurso en favor de ellos. Algunos cristianos se habían apartado de la fe ortodoxa, y no pudiendo obtener de ellos que volvieran á su antigua fe, les habían enviado á los tribunales. Estos les absolvieron, y entonces el arzobispo y el gobernador, poniéndose de acuerdo, y fundándose en el sofisma de que los matrimonios celebrados entre ellos no eran válidos, habían destruído sus familias, desterrando á los padres, madres é hijos á diferentes puntos. Estos eran los que suplicaban. La primera vez que Toporoff supo aquel hecho, quedó un tanto perplejo. ¿Debía dejar que lo que había hecho el arzobispo siguiera su curso, ó bien desvirtuar su obra? En el primer caso, la dispersión de los miembros de aquellas familias en tierras diversas, no contenía ningún germen de peligro. y en cambio, su permanencia en una misma comarca podía ser contraria á la fe ortodoxa. Ahora la cosa cambiaba de aspecto. Había de por medio un defensor como Neklindoff que tenía influencia en Petersburgo por sus relaciones personales. La súplica podía ir directamente al Emperador, acusando de crueldad á los que habían permitido aquellos destierros; podía hablar de ello la prensa extranjera... y por estos motivos tomó una decisión inesperada.

—Buenos días,—dijo al príncipe, con el tono de una persona muy ocupada, y sin sentarse empezó á hablar de lo que le interesaba.—Sí, sí, conozco perfectamente el proceso de que me habláis. Además he visto los nombres, he recordado esta causa, verdaderamente desdichada; así es que debo daros gracias por haberme hecho memoria. Esas autoridades de provincia han tenido un celo excesivo; demasiado celo, y...

En tanto que el otro hablaba y desplegabala súplica como para mostrársela, Neklindoff miraba aquella cara pálida, cubierta por una máscara de inmovilidad, y sentía nacer dentro de sí un mal pensamiento.

—Daré orden de anular la sentencia dada contra esas personas.

—¿Así, pues, no hay necesidad de esa súplica?

—No, os doy mi palabra.—Y recalcó el *mi* como si no hubiera nada superior á *su* honradez, á *su* palabra. Al cabo de un momento, añadió:—Voy á dar las órdenes precisas.

Y empezó á escribir velozmente. Neklindoff miraba aquel cráneo pelado y estrecho, y le extrañaba que aquel hombre, indiferente á todo, se hubiese apresurado á satisfacer su deseo.

—Ya está hecho,—dijo Toporoff cerrando la carta.—Podéis anunciarlo á vuestros clientes,—recalcó intentando sonreír.

—¿Y por qué, entonces, se ha hecho padecer tanto á esas gentes?

Toporoff levantó la cabeza y sonrió, como si la pregunta del príncipe le causara mucho placer.

—No os puedo contestar acerca de eso. Los deberes de los funcionarios del Estado son muy duros á veces; pero muchas veces también imprescindibles.

—¿Y cómo en nombre de la religión, se violan los principios fundamentales del bien, se divide á las familias?...

Toporoff continuaba sonriendo con indulgencia: parecía hacerle gracia lo que decía el príncipe.

—Quizá,—contestó,—mirando las cosas desde el punto de vista particular, tengais razón; pero no considerándolas como es nuestro deber, según requiere la seguridad del Estado. Mis respetos, pues,—añadió mientras inclinaba la cabeza y alargaba la mano.

Neklindoff, sin contestar, estrechó aquella mano, y luego le dió ira y salió aprisa.

—¡Los intereses del pueblo!—pensaba recordando las palabras de Toporoff.—¡La salvación del Estado!... ¡Dí más bien tus intereses y los de tus congéneres!

Y siguiendo el curso de su pensamiento, recordó á todas las personas, sobre las cuales se ejercía la actividad de aquellas instituciones que pretendían salir á la defensa de la justicia y de la fe, y del interés del pueblo, y que empezaba por encarcelar á la aldeana que vendía vino, al muchacho vagabundo y obligado al hurto, llegando hasta la desdichada Lidia, echada á un calabozo, solamente porque podía dar noticias que alguien juzgaba útiles, y los desgraciados que acababa de salvar, reos de haber desconocido la fe ortodoxa, y aquel Gurkevitch, culpable de desear una constitución. Una cosa aparecía á Neklindoff con una claridad sorprendente. Sin duda si aquellas personas habían sido encarceladas, desterradas y atormentadas, no era porque hubiesen quebrantado ninguna ley fundamental, sino porque resultaban un obstáculo para los altos funcionarios y para los ricos, que querían tener el goce tranquilo é incontestado de las riquezas que arrebatában al pueblo.

Para todos estos era una amenaza y un obstáculo que vagaba por la ciudad, la Lidia con sus proclamas, los hombres que luchaban contra las supersticiones y Gurkevitch que pedía una ley para regular las relaciones entre el príncipe y sus súbditos.

Ahora Neklindoff comprendía perfectamente que todos estos funcionarios, desde el conde Ivan Mikailovitch á los senadores, de Toporoff á los empleados más ínfimos, no se conmovían al pensar que millares de infelices sufrían sin la más mínima culpa, á trueque de poder encarcelar á unos cuantos seres peligrosos. No se trataba de salvar á diez culpables para no condenar á un inocente, sino que se hería á diez inocentes para alejar de la sociedad á un

sólo culpable, bien así como en las amputaciones, además de la parte gangrenada se extirpa también una porción de la parte sana.

Tal era la explicación que Neklindoff se daba á sí mismo de los hechos que ocurrían á su alrededor; explicación clara y sencilla; pero su misma claridad y sencillez hacía que vacilara en admitirlas. Parecíale imposible que un fenómeno tan completo pudiera tener origen en una causa tan sensiblemente sencilla; reputaba imposible que todas las palabras de justicia, legalidad, amor, fe en Dios no sean sino bellas palabras y puedan servir de manto á la crueldad más infame, á los intereses más vulgares...

## XXVIII

Neklindoff hubiese partido de Petersburgo el mismo día, pero se acordaba de la promesa hecha á Marieta de ir al teatro, y aun cuando comprendiera que no debía hacerlo, se esforzaba en persuadirse de la obligación que tenía de mantener su promesa.

Pensaba, además, que estaba bien que, por última vez, tuviera contacto con aquella sociedad que, si en un tiempo le fué muy agradable, ahora le era del todo indiferente.

—Quiero probar si tengo fuerza para resistir la tentación,—pensó.

Se vistió de etiqueta y llegó al teatro, cuando apenas había empezado el segundo acto; representábase la eterna «Dama de las Camelias», en la cual una actriz extranjera enseñaba de qué modo muere una mujer tísica.

El teatro estaba lleno. Neklindoff se informó de donde estuviera el palco de Marieta, y al llegar á él, un criado, con librea galoneada, le abrió la puerta del palco, inclinándose profundamente.

En la fila de los palcos de en frente, hombres y mujeres sentados ó en pie mostraban la espalda; en la platea había como un mar de cabezas calvas, grises, semigrises, rizadas

y todos los espectadores tenían los ojos fijos en la actriz, delgada, huesosa, vestida con un rico traje de seda, la cual, haciendo mil muecas y contorsiones y con voz apagada, recitaba un soliloquio. Al ruido que hizo la puerta del palco al abrirse, alguien impuso silencio, y Neklindoff sintió que llegaba á su rostro un soplo de aire caldeado y otro helado.

En el palco estaban Marieta y otra dama con una mantilla roja y un peinado tan alto, que parecía un edificio. Había además dos hombres, el marido de Marieta, que era un buen mozo, de rostro severo á impenetrable, de nariz aguileña, y con la faja de general sobre el pecho ancho y majestuoso, y un caballero, rubio, calvo, de bigote retorcido.

Marieta, hermosa, elegante, descotada, con los hombros redondos y mórbidos, sobre uno de los cuales aparecía una peca, se volvió hacia Neklindoff, y en tanto que con el abanico le indicaba una silla detrás de ella, tuvo una sonrisa que al príncipe se le antojó de agradecimiento por haber venido.

Acabado el soliloquio, la sala entera estalló en un aplauso. Marieta se levantó, y cogiéndose la falda de crujiente seda, se retiró al fondo del palco para presentar á Neklindoff á su marido y viceversa. El general profirió un «contentísimo» muy reservado; luego, sin cesar de sonreír con los ojos, calló, tranquilo é impenetrable.

—Debía haber marchado hoy,—dijo Neklindoff á Marieta,—pero ya que os había prometido...

—Si no para verme á mí, veréis cuando menos una actriz maravillosa,—contestó Marieta, queriendo dar á comprender que había entendido el sentido de las palabras del príncipe.

—¿No es verdad que es una gran actriz?—preguntó á su marido.

Este afirmó con la cabeza.

—No puede conmoverme esto,—observó Neklindoff.—  
Otros dolores he visto hoy, dolores verdaderos que...

—Sentaos, pues, y contadme.

El general escuchaba y la sonrisa de sus ojos iba haciéndose cada vez más irónica.

—He ido á ver á la familia de aquella joven que está en libertad, después de tantos meses de prisión... La pobre está muy mala.

—Es aquella joven que te había recomendado,—explicó Marieta á su marido.

—Sí, me alegro mucho de haber podido hacerla poner en libertad,—dijo éste con calma, inclinando ligeramente la cabeza y sonriendo con ironía, según le pareció á Neklindoff.

El príncipe esperaba que Marieta le dijese aquella «cosa importante» que debía comunicarle; pero no hubo nada de ello ni remotamente, pues Marieta se entretenía en bromear acerca del drama, que, á juicio suyo, debía conmoverle.

Comprendió el príncipe que aquella mujer únicamente había querido hacerse admirar por él en todo el esplendor de su vestido y de sus hombros desnudos, y al pensar esto sentía á la par que placer una profunda repugnancia. Aquel velo de seducción que la circundaba no se había disipado todavía, pero empezaba ya á advertir lo que ocultaba. Neklindoff no podía menos de admirar la mujer que tenía ante él, pero al mismo tiempo comprendía que había mentido el día anterior y que se llevaba muy bien con su marido, alto funcionario de una magnífica carrera, habiendo sido su único deseo que se enamorara de ella, deseo del cual no acertaba á comprender el motivo y que quizá ella tampoco podría explicarse.

Todo aquello le atraía y le repugnaba.

Así, titubeando, muchas veces estuvo para marcharse y tomaba el sombrero; mas de repente, cuando el general volviendo al palco con el bigote impregnado de olor de

tabaco le dirigió una mirada despreciativa, de protección, él, sin dejar tiempo para que la puerta se cerrara, salió al corredor, tomó bruscamente el abrigo y abandonó el teatro.

Volviendo luego á casa á lo largo de la perspectiva Nevsky, Neklindoff vió, casi sin quererlo, una mujer que atraía las miradas de todos los transeuntes, y como él andaba muy aprisa, bien pronto la alcanzó y la miró. Aquel rostro bello todavía, pero embadurnado y teñido, tuvo una mirada centellante. Neklindoff pensó involuntariamente en Marieta, y experimentó aquella misma impresión atractiva y repugnante que le había asaltado ya en el teatro.

Acelerando el paso y disgustado de sí mismo, Neklindoff dió la vuelta á la calle Morskaia y sobre la ancha acera que limita el cauce del río, se puso á pasear con gran asombro de los *gorovodoi*. Hasta la otra le había sonreído al entrar en el palco y las dos sonrisas tenían igual significado. La única diferencia estaba en que la mujer callejera hablaba claro y sin ambages, mientras la otra simulaba deseos altos y nobles para mejor ocultar la bajeza del deseo.

—La una es sincera y la otra miente,—concluyó Neklindoff, y acordándose de sus relaciones pasadas con la mujer del mariscal de la nobleza, sintió indecible vergüenza.

—Es una cosa horrible la presencia del bruto en el hombre,—pensó.—Y todavía, cuando éste aparece de un modo manifiesto, tú puedes despreciarlo, y aun cuando cedas á su tentación ó la resistas, de todos modos estás por encima de él, le dominas; pero si el bruto se esconde bajo una falsa apariencia poética, y se impone á tu adoración y te dejas subyugar perdiendo las nociones del bien y del mal, entonces la caída es terrible...

Y como si en aquella noche se hubiera verificado una última transformación en el alma de Neklindoff y hubieran desaparecido todas las tinieblas que alguna vez le en-

volvieron, vió claro todo cuanto le rodeaba, así las cosas como las personas, así los sentimientos como los deseos.

Era indudable que todo lo que los hombres reputan importante y noble era un cúmulo de mezquindades y torpezas, que la suntuosidad de su vida esconde viejos delitos que no sólo quedaron impunes, sino premiados, triunfantes y adornados de todos aquellos honores que el hombre ha sabido inventar. Podía desear ignorarlo, podía disimulárselo; pero aquella verdad se le imponía. De la misma manera que no advertía el origen de la luz que envolvía á Petersburgo, Neklindoff no comprendía tampoco donde estaba el manantial de luz que había disipado en él las tinieblas; pero aun cuando se le mostrara incierta, triste y quizá poco natural, no podía por menos de ver con su verdadero aspecto las cosas que alumbraban sus rayos.

Y sentía llegar á su alma una gran dulzura y al mismo tiempo una gran inquietud.

## XXIX

El primer cuidado de Neklindoff apenas volvió á Moscou, fué ir á la enfermería de la cárcel para dar á la Máslova la triste noticia de que el Tribunal había confirmado la primera sentencia y, por lo tanto, debía prepararse para marchar á Siberia.

En cuanto á la súplica al emperador, que llevaba consigo, para que la firmara la Máslova, fundaba bien pocas esperanzas en ella. Y, cosa extraña, Neklindoff no experimentaba ya ningún deseo de conseguir la anulación de la condena; se había familiarizado tanto con la idea de ir á Siberia y de llevar una vida poco distinta de los desterrados y de los condenados de toda especie, que le parecía imposible concebir la existencia común con la Máslova en caso de que la joven fuera puesta en libertad.

Un escritor americano, Toro, ha dicho que en el tiempo en que la esclavitud estaba todavía vigente en América, el solo puesto verdaderamente de un ciudadano honrado en aquel Estado, donde la esclavitud encontraba protección, era la cárcel. Estas palabras volvían á la mente de Neklindoff, después de lo que había pasado ante sus ojos en Petersburgo, y pensaba que como en la antigua América, también en Rusia el único puesto digno de un hombre honrado era la cárcel.

Un anciano carcelero reconoció al príncipe y se apresuró á participarle que la Máslova no estaba en la enfermería.

— ¿Dónde está pues?

— En la cárcel nueva.

— ¿Y por qué la han trasladado?

— Vuestra Excelencia ya sabe que esa gente siempre es la misma, — respondió con acento de desprecio el carcelero. — Empezó á coquetear con el *feldscer*, y el médico primero la echó.

Neklindoff no profirió ni una palabra. Jamás hubiera pensado que la joven y su conducta pudiesen preocuparle de tal modo. La noticia dada en toda su crudeza por el carcelero, le aplastó como aplasta y anonada la noticia de una desventura impensada. Al propio tiempo experimentó una sensación de vergüenza. De momento, aquello le parecía imposible; las palabras todas de la Máslova, su negativa que rehusaba su sacrificio, sus lágrimas, sus reproches, no eran, pues, sino producto de la astucia de una mujer depravada que trataba de sacar de él cuanto pudiera. Después le pareció que ya desde su último coloquio con la joven había adivinado que era imposible su regeneración moral. Esto pensaba en tanto que, poniéndose el sombrero, salía de la enfermería.

— ¿Y ahora, qué me resta aún hacer? ¿Acaso estoy vinculado á ella? ¿Acaso su culpa no me devuelve mi libertad?

Pero antes que acertara á darse una respuesta satisfactoria, comprendió Neklindoff que rompiendo todo vínculo con la Máslova, que abandonándola, antes se castigaba á sí mismo que la castigaba á ella y sintió miedo.

—No, no; lo que ha pasado no puede en modo alguno cambiar mi resolución; antes debe vigorizarla. Puede seguir los impulsos de su alma... es muy dueña de ello. El deber me manda que cumpla las exigencias de conciencia y la conciencia quiere que sacrifique yo mi libertad para redimir mi culpa. Debo casarme con ella, aún cuando sea sólo aparente el matrimonio; debo seguirla allí donde la envíen; así debe ser irrevocablemente.

Y afirmándose en tal resolución, se dirigió andando á largos pasos hacia la cárcel y rogó al vigilante de servicio que transmitiera al director su deseo de ver á la Máslova. Pero el carcelero, que reconoció á Neklindoff, dióle una mala noticia: el antiguo director había presentado la dimisión y le había sustituido otro duro y severo.

—Ahora son mucho más rigurosos,—continuó.—De todos modos voy á avisarle.

El nuevo director estaba efectivamente en la cárcel y compareció pronto á la presencia del príncipe. Era un hombre alto, delgado, con el entrecejo fruncido y de movimientos lentos.

—Las entrevistas están permitidas los días señalados y en la sala común,—dijo, sin mirar al príncipe.

—Traigo una súplica al Emperador que debe firmar la presa.

—Podéis dármela á mí.

—Es preciso que la vea personalmente,—replicó Neklindoff.—Tengo permiso del gobernador.

Y Neklindoff sacó la cartera del bolsillo.

—Permitid,—dijo el director, y cogiendo con sus dedos largos, blancos y descarnados el papel, y lo leyó atentamente. Después añadió:

—Haced el favor de pasar al despacho.

El despacho estaba desierto á la sazón. El director se sentó en su mesa y se puso á hojear algunas cartas con la evidente intención de asistir al coloquio. Y como Neklindoff le dijera si entre tanto podía ver á Vera Efremovna, detenida por delito político, el director le contestó brevemente que era imposible.

—No se permite hablar en absoluto con los detenidos políticos,—dijo; y continuó examinando papeles.

Neklindoff, que tenía en el bolsillo la carta para la Bogoduchovskaja, tuvo de repente la impresión de quien dispuesto á cometer una acción mala, ve su designio descubierto y desbaratado.

Cuando la Máslova entró en el despacho, el director, sin mirar á uno ni á otro, levantó la cabeza, y dijo:

—Podéis hablar,—y continuó mirando los papeles.

La joven iba vestida de nuevo, con el traje de presa: un corpiño blanco, unas sayas y un pañolito blanco en la cabeza. Como al acercarse á Neklindoff advirtiera su aspecto frío y malhumorado, enrojeció y bajó los ojos en tanto que magullaba entre sus dedos una punta del corpiño. Aquellos signos exteriores de conmoción confirmaron para Neklindoff las palabras del carcelero, y por más que estaba decidido á conservar la actitud acostumbrada ante la joven, experimentó una repugnancia invencible al ir á tenderle la mano.

—Traigo una triste nueva,—dijo con voz sorda, evitando mirarla y sin darle la mano.—El Tribunal ha desechado nuestro recurso.

—Estaba segura de ello,—contestó ella con voz temblorosa, como si se ahogara.

Otras veces, Neklindoff le hubiera preguntado de dónde sacaba tal seguridad; pero ahora se limitó á mirarla, y vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Pero aquellas lágrimas, en vez de enternecerle, acabaron de indignarle.

El director entretanto se había levantado y paseaba por la estancia.

A pesar de su repugnancia, Neklindoff sintió la necesidad de decir algo á la joven para infundirle esperanza.

—¡No os desesperéis!—dijo;—la súplica al emperador puede dar buen resultado, y espero que...

—No es esto lo que hace correr mis lágrimas...—dijo la Máslova; y lo miró con sus ojos bizcos, húmedos, rebosantes de dolor.

—¿Por qué entonces?

—Porque habréis estado en la enfermería y os habrán dicho...

—Eso es cosa vuestra...—contestó Neklindoff frunciendo el entrecejo.—Y un sentimiento de dignidad ofendida se apoderó de él al oír nombrar la enfermería. El, hombre de buena sociedad, que las muchachas de la alta aristocracia hubieran deseado por marido, había ofrecido su mano á aquella mujer, y ella no supo contenerse y tuvo amoríos con un medicastro cualquiera... Al pensar en aquello, sintió subir á su cabeza una oleada de odio.

—Firmad esta hoja,—dijo después; y sacando del bolsillo un ancho sobre, desplegó la súplica sobre la mesa.

La Katuscha se enjugó los ojos con el pañuelo, y acercándose á la mesa preguntó donde debía firmar; Neklindoff se lo indicó; y cuando la joven se hubo sentado, el príncipe quedó á su lado sin proferir palabra, contemplando su espalda inclinada sobre la mesa, sacudida por el ímpetu de los sollozos que la estremecían. En su ánimo luchaban la dignidad ofendida y otro sentimiento que le persuadía á perdonar: quizá era la piedad que guardaba su corazón para los que sufrían, quizá era el recuerdo de su pasado y la conciencia de haber cometido él también una falta parecida á la que ahora reprochaba á la joven. Y súbitamente comprendió que él era culpable y experimentó una inmensa piedad hacia ella.

Una vez firmada la súplica y limpiándose en la saya el dedo manchado de tinta, la Máslova se levantó y le miró á la cara.

—Sucedá lo que quiera, nada me hará desistir de mi propósito,—dijo Neklindoff queriendo consolarla.—Lo que he prometido lo cumpliré de todos modos; donde quiera que os envíen, yo iré.

—No, es inútil,—contestó rápidamente la joven y su rostro resplandeció.

—Pensad lo que necesitáis para el viaje.

—¡Gracias; creo que no necesitaré nada... gracias!

El director se acercó á ellos y Neklindoff, saludando á la Máslova, salió del despacho.

Experimentaba una alegría tranquila y serena, un amor poderoso hacia la humanidad, cual no recordaba haberlo sentido desde mucho tiempo antes. La conciencia de que ninguna mala acción de la Máslova podía atajar su caridad hacia ella le realizaba á sus propios ojos y le producía un gran regocijo.

Si se enamoraba del *feldscer*, eso era cuenta suya; él no la amaba por sí mismo, sino por ella misma y por Dios.

Sin embargo, en aquellos amoríos por los cuales la habían arrojado de la enfermería, la Máslova no tenía ninguna culpa.

Todo se reducía á bien poca cosa. La Máslova había recibido orden de ir á la farmacia para traer té; pero allí se encontró con el *feldscer* Ustinoff, hombre alto, de rostro abotagado, que desde hacía algunos días la requebraba; y como fuera demasiado audaz, la Máslova lo rechazó con tal violencia que le lanzó contra un aparador, del cual habían caído dos botellitas que se rompieron.

El médico en jefe que pasaba en aquel instante por el corredor, oyó el ruido de los cristales que se rompían y viendo que la Máslova salía corriendo de la farmacia, colorada y estremecida, le gritó bruscamente:

—Mira, hija mía, si te figuras que aquí vas á empezar de nuevo, te echo en seguida, ¿sabes?... ¿Qué ha sucedido?—preguntó después al *feldscer* mirándole por sobre los lentes.

Este trató de justificarse; el médico, sin escucharle, le dió una ojeada, pasó á la sala de los enfermos y el mismo día escribió al director de la cárcel rogándole que le enviara una mujer más formal que la Máslova.

Ser echada del hospital bajo la imputación de haber tenido relaciones con un hombre, era tanto más doloroso para la Máslova cuanto que después de su primer coloquio con Neklindoff toda relación sensual con los hombres, que ya la disgustaba antes, le resultaba verdaderamente repugnante. Además, al pensar que cualquier persona se creyese con el derecho de insultarla, apoyándose en su pasado y en su condición presente y que luego se asombrara si le daba una negativa, le era muy doloroso y la hacía experimentar una inmensa piedad por sí misma, hasta saltársele las lágrimas. Ante Neklindoff había querido justificarse de la acusación injusta que llegó, sin duda, á sus oídos; pero como al empezar á hablar comprendió que no creería él en sus palabras, la voz se le había anudado en la garganta y había sufrido en silencio.

Máslova seguía creyendo y quería persuadirse de que, como lo había declarado al príncipe en su segunda entrevista, no le había perdonado, sino que le odiaba. Pero ese odio estaba compuesto de amor. Le amaba de tal modo que sin querer lo secundaba en todos sus deseos. Por él solo había dejado de fumar, de beber, de coquetear con los hombres, y se avino á prestar servicio en la enfermería. Con todo se conformaba porque comprendía que aquello causaba placer á Neklindoff; y si rehusaba con tanta energía á casarse con él cada vez que Neklindoff se lo proponía, era porque hubiese querido repetirle aún todas las frases aceradas que una vez ya le lanzó y porque comprendía que tal matrimonio hubiese sido una gran desgracia para él. Estaba firmemente decidida á no aceptar su sacrificio; y, sin embargo, experimentaba agudo dolor al

pensar que él la despreciaba aún, que la creía todavía enfangada en la corrupción moral, sin advertir el cambio que se había operado en ella.

Y ahora, al pensar que Neklindoff creyera que su conducta en la enfermería había dado motivos de reprobación, sufría cruelmente, sufría más que al saber de un modo cierto que debía expiar la pena que contra toda justicia le habían infligido.

### XXX

La Máslova podía ir á Siberia en la primera expedición, así es que Neklindoff se preparaba para marchar. Pero tantas eran las ocupaciones en que se había engolfado que comprendía que aún cuando tuviera mucho tiempo le sería imposible cumplir con todas.

¡Cuánta diferencia entre esto y lo que le ocurría en otro tiempo! Entonces no sabía qué pretextos de ocupación inventar para matar su ocio. Una cosa le interesaba únicamente: él mismo, Dimitri Ivanovitch Neklindoff, y á pesar de eso, todo le resultaba pesado y aburrido. Y ahora que se trataba de los otros, todo le parecía interesante y el tiempo era demasiado corto para las ocupaciones que exigían de él asiduos cuidados.

Los asuntos que ahora absorbían su actividad eran de tres categorías: así las dividía, y conservaba con cuidado todas las notas en tres carpetas distintas.

Ante todo se trataba del porvenir de la Máslova; para tal fin buscaba apoyos influyentes para sostener la súplica presentada al emperador, y al mismo tiempo hacía los preparativos necesarios para su marcha á Siberia.

Luego tenía que cuidar de la administración de sus tierras. En Panovo todos los campos habían sido cedidos á los aldeanos, previo el pago de una corta cantidad que debía emplearse para las necesidades comunes; pero para regularizar la cesión era preciso un documento en regla firma-

do por ambas partes, y su testamento por lo que pudiera ocurrir. En Kusmintoje todo estaba según el último acuerdo tomado: debía recibir el dinero procedente del arriendo de las tierras; pero faltaba definir los términos y fijar qué cantidad debía dejar á los aldeanos para sus necesidades comunes y la que debía guardar para sí, para sus propios gastos.

Le era necesario conocer qué gastos le ocasionaría su viaje á Siberia y, además, no se atrevía á renunciar á ese resto de su renta, ya reducida á la mitad.

Por último se ocupaba con actividad de los ruegos de los presos, los cuales acudían á él en mayor número cada vez. Primeramente, cuando un prisionero le suplicaba, procuraba darle en seguida los consuelos ó los socorros necesarios para mejorar su suerte; pero bien pronto las peticiones crecieron tanto que comprendió la imposibilidad material de atenderlas; é involuntariamente se sintió arrastrado á ocuparse de otro asunto: un problema social, que en los últimos tiempos asaltaba su mente con mayor imperio que otro pensamiento alguno. Anhelaba saber en virtud de qué derecho funcionaba, de dónde provenía aquella extraña institución llamada tribunal penal, del que eran resultados directos las cárceles con sus habitantes, y los innumerables puntos de reclusión, empezando por la fortaleza de Petropaulovsk hasta el Sackalin donde languidecían millares de víctimas de aquella institución penal.

De sus observaciones personales recogidas en sus conversaciones con los prisioneros, de las explicaciones que le dieran el abogado, el anciano cura de la cárcel y el director, y por último, del examen de los registros carcelarios, Neklindoff sacó en limpio que los llamados delinquentes pueden dividirse en cinco categorías distintas.

En la primera incluía las personas inocentes del todo, víctimas de errores judiciales, como la Máslova y Menschoff, acusado de incendio intencionado. Tales personas,

según lo que dijo el cura, eran poco numerosas, quizá en una proporción de siete por ciento; pero su posición desdichada merecía particular interés.

La segunda categoría estaba compuesta de gente que cometiera delitos en circunstancias puramente ocasionales: excitación de ánimo, exaltación pasional, celos, embriaguez y otras causas parecidas; circunstancias en suma en que hubiesen también delinquido los mismos que les juzgaban y condenaban. Esta categoría, según la observación de Neklindoff, daba la mitad del contingente de las cárceles.

La tercera estaba compuesta de personas que según sus ideas no habían cometido culpa alguna; pero que las personas extrañas á su vida y los legisladores, consideraban como delitos. Tales eran, por ejemplo, aquellos que vendían el vino á escondidas, los contrabandistas, las que segaban hierba en los prados ajenos ó recogían leña en los bosques de los grandes propietarios; en esta categoría debía también incluirse á los ladrones del campo y á los descreídos que roban en la iglesia.

En la cuarta categoría estaban las personas que los hombres reputan culpables y condenan porque son moralmente superiores al nivel medio de la sociedad. Tales son los miembros de diversas sectas religiosas, los polacos y circasianos, presos por haber defendido la propia independencia; tales los detenidos políticos, los socialistas, los obreros huelguistas arrestados por insubordinación á la autoridad.

La quinta categoría estaba formada por individuos ante los cuales la sociedad era mucho más culpables que ellos mismos ante la sociedad; gente abandonada á sí misma, que había vivido entre vicios y tentaciones innumerables, embrutecida por la opresión incesante, como centenares de hombres y de mujeres que Neklindoff encontrara en las cárceles y fuera de ellas, que por las condiciones de vida en que estaban, debían fatal y lógicamente ser arrastrados

á eso que llaman delito. Todos esos, según Neklindoff, acababan por dedicarse al latrocinio y al asesinato como algunos que había conocido durante los últimos tiempos. A esta última categoría pertenecían también aquellos individuos depravados y corrompidos con los cuales la nueva escuela antropológica ha constituido el tipo del delincuente nato y cuya existencia, en el seno de la sociedad se cita como prueba irrefutable de lo necesarias que son las leyes penales y el castigo. Esos seres llamados delincuentes natos, caracteres morbosos, degenerados, debían, según Neklindoff, inscribirse entre los que, la sociedad es más culpable para con ellos, que ellos para con la sociedad, con la sola diferencia de que la sociedad, si no es responsable de su presente, lo es de lo pasado, de un pasado ya lejano, cuando permitía que sus progenitores se envilecieran.

Entre todos estos le había llamado poderosamente la atención Schotin, ladrón reincidente, hijo natural de una mujerzuela, crecido en la más profunda abyección, formando parte de una asociación de malhechores desde su primera juventud, pasando las noches en un albergue baratasimo, y que evidentemente, á los treinta años no había encontrado todavía en su camino una persona de corazón recto y virtuoso. Tenía, sin embargo, ese hombre una gracia extraordinaria que le atraía las simpatías de sus compañeros. Rogaba al príncipe que le auxiliara, y al propio tiempo se burlaba de sí mismo, de los jueces, de la cárcel, de las leyes humanas y hasta de las leyes divinas.

Otro, Fedoroff, había asesinado, junto con otros malhechores de los que era jefe, á un anciano empleado para robarle. Era hijo de un aldeano ilegalmente despojado de su cabaña y durante el servicio militar había sido castigado porque se enamoró de la amante de un oficial. Buen mozo, naturaleza fogosa y apasionada, quería á toda costa gozar de la vida y creía que tenía derecho para ello, porque no había visto nunca á nadie que no hiciera lo que podía re-

portarle placer, porque nadie le enseñara jamás que la vida tenía un fin más alto que la satisfacción de los propios apetitos.

A Neklindoff le parecía que tanto uno como otro eran naturalezas fecundas, exuberantes de fuerza, pero deformadas por el abandono, como deformes crecen los árboles descuidados por el jardinero. Había visto también un vagabundo y una mujer tan estúpidos que causaban repugnancia; pero no sabía encontrar el tipo característico de delincuente de que habla la escuela italiana. Aquellos desgraciados le causaban repugnancia, pero una repugnancia que no difería en nada de la que le inspiraban otros seres estúpidos que encontraba fuera de la cárcel con trajes espléndidos, con condecoraciones brillantes, en funciones y en bailes. Por qué, pues, todos esos infelices estaban reclusos en la cárcel, en tanto que otros que no diferían nada de ellos paseaban libremente y hasta llegaban á arrogarse el derecho de juzgar á los primeros. Tal era el problema que absorbía gran parte de las facultades de su espíritu durante los últimos tiempos.

Primeramente Neklindoff esperó encontrar una respuesta á su pregunta: había comprado cuanto acerca de tal asunto habían escrito Lombroso, Garófalo, Ferri, List, Mandley y Tarde, y lo estudiaba con la mayor atención; pero á medida que leía experimentaba una desilusión. Le ocurría lo que sucede siempre á las personas que se entregan á la ciencia para pedirle una respuesta sencilla, clara, precisa á la pregunta que le dirigen. La ciencia resuelve gran cantidad de cuestiones intrincadas que tienen relación con las leyes y las instituciones penales; pero no tenía una respuesta para su pregunta tan sencilla: ¿por qué y con qué derecho unos pocos hombres se arrogan el poder de encarcelar, castigar, atormentar, pegar, desterrar y condenar á muerte á sus semejantes, siendo así que ellos no difieren de los que por su orden son castigados, encarcelados y desterrados?... A cambio de una respuesta preci-

sa encontraba un cúmulo de disertaciones: si existe ó no el libre albedrío, si de la capacidad del cráneo de un individuo se puede deducir su culpabilidad, qué importancia tiene la herencia del delito, si existe un delito y una inmoralidad innatas, lo que son la moralidad, la locura, la degeneración, la índole, qué influencia puede ejercer sobre el delito el clima, la ignorancia, el espíritu de imitación, el hipnotismo, las razones, en qué consiste la sociedad, cuales son sus deberes, y así por el estilo.

Todos estos razonamientos considerados en relación á la respuesta que buscaba, recordaban al príncipe un incidente de su juventud; un día se le ocurrió preguntar á un niño que volvía de la escuela si sabía deletrear.

—Sí, ya sé, — contestó el niño.

—Pues bien, deletrea la palabra pata.

—¿Qué pata? ¿La del perro?—contestó el muchacho con sonrisa maliciosa.

Lo mismo le ocurría ahora.

En los libros de ciencia hallaba respuestas en forma de preguntas. Había allí mucha explicación docta, interesante, instructiva; pero faltaba la explicación que pedía. ¿Por qué razón unos tienen el derecho de castigar á los otros?... No solamente la respuesta faltaba, sino que todas las argumentaciones tendían á explicar y justificar la necesidad del castigo, necesidad generalmente admitida como un axioma. Como Neklindoff estudiaba mucho, pero no seguido, pensó que quizá el no hallar la respuesta satisfactoria dependía del estudio superficial, y continuaba esperando. Pero entre tanto iba formulándose en su mente una contestación clara que con mayor insistencia se repetía en los últimos tiempos, y de cuya exactitud y verdad dudaba aún, no atreviéndose á prestarle fe completa.

XXXI

La marcha de la expedición hacia la Siberia, de la cual la Máslova debía formar parte, se fijó para el 5 de Julio, y Neklindoff estaba preparado para marchar aquel día. La víspera llegó á la ciudad su hermana, pues quería despedirse de Neklindoff.

Natalia Svanovna Ragoginskaja, hermana del príncipe, tenía diez años más que éste, quien podía decirse que había pasado la infancia bajo la tutela de ella. Hubo un momento, poco antes de su matrimonio, cuando ella tenía veinticinco años y el quince, en que se estableció entre ellos una amistad tierna é íntima como entre dos personas de la misma edad; entonces Natalia estaba enamorada de Nicolás Irteneff, el amigo de Neklindoff muerto más tarde; hermano y hermana le amaban con un amor grande y amaban al mismo tiempo en él y por él todo lo que era bueno y escogido, todo lo que podía unir á los hombres. Luego, en el curso de los años, ambos se habían corrompido poco á poco. El por la vida que llevó desde su admisión en el regimiento, ella por haberse casado con un hombre capaz de un amor exclusivamente sensual, que no solamente no sabía apreciar los sentimientos que en otro tiempo ella y Dimitri miraron como lo más caro y sagrado, sino que no llegaba siquiera á comprenderlos y atribuía las ideas sobre el perfeccionamiento moral y sobre el deber de ser útil á los semejantes, á las cuales la mujer trataba de conformar su existencia, al deseo y ambición de distinguirse en el seno de la sociedad.

Ragoginski era un hombre obscuro, sin fortuna y sin nombre; pero sabía brujulear con gran astucia entre los partidos liberal y conservador, según las probabilidades que cada uno tuviera de alcanzar el poder. Gracias á una

casualidad y más aún á su ciencia en saber agradar á las mujeres, había hecho una brillantísima carrera judicial. Cuando ya tocaba los límites de una edad madura había conocido en el extranjero á la familia de Neklindoff, consiguiendo que se enamorara de él Natalia, casándose con ella á pesar de la oposición de la madre, á quien el matrimonio se le antojaba una *mesalliance*.

En cuanto á Neklindoff, por más que tratara de disimularse á sí mismo, luchar en contra de su sentimiento interno, odiaba á su cuñado. Le era muy antipático por la vulgaridad de sus sentimientos, por su ingenio seco y limitado, por su vanidad y más que por todo por su hermana. Parecióle imposible que esta hubiese podido amar tan apasionadamente, con pasión egoísta y sensual á una naturaleza tan pobre, que para gustarle hubiese sofocado cuanto tenía de noble y elevada. Neklindoff experimentaba verdadero dolor al pensar que su hermana era la mujer de aquel hombre peludo, enamorado de sí mismo, con la cabeza reluciente y peluda; y la repugnancia que sentía hacia él, se extendía hasta sus hijos. Así es que cada vez que sabía que Natalia había tenido un nuevo hijo, producíale la noticia un gran horror y le parecía que había quedado infectada por aquel hombre extraño por completo toda su familia.

Los Ragoginsky llegaron sin sus hijos,—tenían dos, un varón y una hembra—y habían tomado la mejor habitación de la fonda más lujosa.

Natalia acudió en seguida á la casa materna; pero allí supo por Agrippina Petrovna que su hermano vivía también en una fonda. Allí acudió sin perder tiempo; pero un criado no muy limpio la enteró que el príncipe no estaba en casa en aquel momento. Entonces pidió que la acompañaran á su cuarto para escribirle un billetito.

En la pequeña habitación, advirtió Natalia de una ojeada aquella exactitud y precisión que habían sido siempre habituales en su hermano, y además una gran sencillez en

todo, cosa que la sorprendió. Sobre la mesa escritorio advirtió todo lo necesario para escribir, el código penal, los libros de Henry Georges, una obra francesa de Tarde con un cortapáginas entre las hojas.

Se sentó y escribió á su hermano una cartita rogándole que fuera á la fonda tan pronto pudiera. Luego, moviendo la cabeza como con disgusto, por las novedades que advertía, volvió á su hotel.

Dos hechos referentes á Neklindoff la preocupaban grandemente: ante todo su propósito de casarse con Katiuscha, propósito de que oyerá hablar en la ciudad donde vivía, y su decisión de ceder sus propiedades rústicas á los aldeanos, de lo cual hablaba todo el mundo, juzgándolo un acto político y peligroso. Por una parte el propósito de casarse con Katiuscha le producía cierto orgullo. En aquella decisión de su hermano, se reconocía ella misma, tal como había sido antes de su matrimonio; pero por otra parte experimentaba indecible horror al pensar que Neklindoff podía unir su suerte á la de una mujer de tan horrible condición. Venció este último sentimiento al primero, así es que decidió procurar disuadir á su hermano de tal propósito, aun cuando ya previera la dificultad de la empresa.

Por lo que hacía á la cesión de las tierras, le importaba muy poco; pero su marido era quien le aconsejaba que empleara toda la influencia que tuviera sobre su hermano para disuadirle de su idea. Ignacio Nikoforovitch decía que un acto tal sería el colmo de la soberbia, de la presunción y de la lijereza; que constituiría una prueba de la falta de la más elemental seriedad, y que la única explicación posible que podía darse á tal acto era la manía de ser superior á los demás, de hacer hablar de él, de poder alabarse.

—¿Pregunto yo si tiene sentido común ceder las tierras á los aldeanos mediante un arrendamiento que pagarán... á quién?... ¡A sí mismos!—exclamaba.—Si tenía tal inten-

ción, podría recurrir á un banco agrícola como intermediario... Así, por lo menos, tendría una explicación... Pero de todos modos, esa idea demuestra que no está en su cabal juicio.—Y pensaba en la posibilidad de un consejo de tutela y pretendía que su mujer hablara sériamente con su hermano acerca de tal absurdo.

### XXXII

Al volver á la fonda, Neklindoff encontró la carta de su hermana y se apresuró á ir á su encuentro.

Era por la tarde. Ignacio Nikiforovitch reposaba en el dormitorio y únicamente su hermana recibió al príncipe. Llevaba una bata de seda negra con un lazo rojo en el pecho, y tanto en la bata como en el pelo, peinado y rizado con esmero, se veía el prurito de parecer joven para gustar á su marido, que casi era de su misma edad.

Apenas vió á su hermano se puso en pie y corrió á su encuentro, haciendo un leve ruido el traje de seda. Se besaron y se miraron sonriendo. En aquel cruce de miradas misterioso, inefable, pero que significa un mundo de cosas, todo era noble y leal; pero después, al empezar á hablar, la nobleza y la lealtad habían desaparecido. No se habían visto, desde que murió su madre.

—Te encuentro muy gruesa y joven,—dijo Neklindoff. Los labios de ella se estremecieron de alegría.

—En cambio tú has adelgazado.

—¿Y tu marido está bien?

—Sí, descansa un rato, porque no durmió la noche pasada.

Podían decir mucho; pero los labios permanecieron sellados y las miradas patentizaron que los labios debieran haber dicho algo de lo que callaron.

—He ido á buscarte á casa.

—Me lo han dicho; la he abandonado porque me parecía demasiado holgada para mí, vacía; me hallaba solo en-

tre aquellas paredes y me aburría. No tengo necesidad alguna de todos aquellos muebles y ropas; quedatelos tú...

—Sí, me lo ha dicho Agrippina Petrovna. Gracias de veras, pero...

El criado de la fonda entró el servicio de plata para el té. Los dos callaron un momento en tanto que el criado disponía tazas y platitos. Luego Natalia, acercándose á la mesa, empezó á preparar el té sin decir palabra; Neklindoff seguía también en silencio sus movimientos.

—Pues bien, Dimitri, sé lo que intentas,—dijo resueltamente mirándole á los ojos.

—Me alegro.

—¿Pero, puedes tener esperanza de corregirla aun después de llevar tal vida?—exclamó Natalia Ivanovna.

Sentado en una silla con el busto recto, sin tocar al respaldo, Neklindoff miraba á su hermana y escuchaba con atención para comprender bien y responder bien. En su alma duraba aún aquella quietud serena, de aquel amor sin límites hacia todos los hombres que había grabado en él su última conversación con la Máslova.

—No es á ella á quien deseo corregir,—replicó Neklindoff,—sino á mí mismo.

Natalia Ivanovna lanzó un suspiro.

—Creo que hay otros medios para lograrlo.

—Yo creo, por lo contrario, que es el mejor. Así además trataré una clase de gentes á quienes puedo ser útil.

—Temo que no podrás ser feliz.

—No se trata de mi felicidad...

—Ya lo comprendo. Pero hasta ella si tiene un recto corazón, no podrá ser feliz, no debe aceptar.

—Efectivamente, no acepta.

—¿Pero la vida?

—¿Qué, la vida?

—Tiene otras exigencias.

—La vida no tiene otras exigencias sino las que dimanán del cumplimiento del deber,—contestó Neklindoff, y

contemplaba el rostro de su hermana, hermoso aún, á pesar de las finas arrugas que se marcaban junto á los ojos y á la boca.

—No te comprendo, —suspiró Natalia.

—¡Pobre hermana!—pensaba entre tanto Neklindoff,—¿cómo hnn podido cambiarla tanto? Y recordando á su Natalia de antes de casarse, le invadía una ternura infinita, una ternura en que se mezclaban un tropel de recuerdos de su infamia.

En aquel instante apareció Ignacio Nikiforovitch, reluciente por sus anteojos, por su barba negra, por su pelada cabeza. Llevaba ésta erguida y sacaba el pecho sonriendo.

—¡Bien llegado! ¡Bien llegado!—exclamó con una punta de ironía en el acento.

Aun cuando al principio del matrimonio él y Neklindoff se habían hablado de *tú*, habían vuelto al *vos*.

Se estrecharon la mano; después Ignacio se sentó perezosamente en su sillón.

—Espero que no estorbaré...

—No; no oculto á nadie mis palabras ni mis acciones—habían bastado aquel rostro y aquellas manos, habían bastado aquellas pocas palabras dichas en tono de protección para que la calma y el regocijo de Neklindoff desaparecieran como heridas por un rayo.

—Sí, estábamos hablando de su decisión,—explicó Natalia Ivanovna; y tomando la tetera, añadió:—¿Quieres té?

—¡Gracias! ¿De qué decisión?

—De partir para Siberia al mismo tiempo que los penados, entre los cuales se halla la mujer ante quien me siento culpable,—dijo Neklindoff.

—Me parece que he oído que se trataba de algo más que de acompañarla.

—Sí, de casarme con ella en cuanto consienta.

—¡Ah! por favor, queréis explicarme los motivos que os indujeron... Porque de veras que no los entiendo.

—Los motivos son que esa mujer... que su primer paso en la senda del mal...—dijo Neklindoff, que no acertaba á encontrar una expresión gráfica para explicar un pensamiento.—¿Los motivos?... Yo he cometido la falta y ella sufre la pena.

—Si sufre pena es señal de que no es inocente.

—Sí, es inocente del todo.—Y presa de una gran excitación, Neklindoff expuso como se desarrolló el proceso.

—Comprendo; esto es producto de una gran negligencia por parte del presidente, y de una respuesta irreflexiva por parte de los jurados. Pero nada tiene que ver el Tribunal de Casación.

—Es que éste ha rechazado el recurso.

—Si lo ha rechazado esto significa que no había motivos suficientes para que prosperara,—dijo Ignacio Nikiforovitch. En el tono de esa respuesta aparecía claro que para él la verdad era un producto exclusivo que emanaba de las deliberaciones del Tribunal.—La Casación no puede penetrar en el fondo del proceso. Si verdaderamente se trata de un error judicial, es preciso enviar una súplica al Emperador.

—La hemos enviado; pero no hay probabilidad alguna de buen éxito. Se pedirán informes al Ministerio de Justicia, el Ministerio los pedirá al Senado, éste confirmará sus conclusiones y, en último resultado, el inocente sufrirá la pena, como sucede siempre.

—En primer lugar el Ministerio de Justicia no se informará por medio del Senado,—replicó Ignacio con una sonrisa de compasiva indulgencia,—sino que examinará las actas del Tribunal y confirmará ó no la sentencia después de haber examinado el caso, conforme quieren las leyes. En segundo lugar, los inocentes nunca son castigados y si lo son, lo cual sucede rara vez, es sólo por vía de excepción. Aquellos que sufren una pena es porque la han merecido.—Ignacio soltaba sus palabras sin apresurarse, con sonrisa de triunfo.

—Yo, he tenido ocasión de convencerme de lo contrario,—afirmó Neklindoff, sintiendo un triste resentimiento hacia su cuñado.—Estoy radicalmente convencido de que la mitad de las personas que los tribunales condenan son inocentes.

—¿Inocentes, en qué sentido?

—En el sentido más recto de la palabra; de la misma manera que es inocente esa joven del envenenamiento cuya pena sufre: de la misma manera que es inocente un aldeano que he conocido hace pocos días, acusado de un homicidio que no cometió; de la misma manera que eran inocentes una pobre viejecita y su hijo, aldeanos ambos, acusados de haber pegado fuego á una casa, acusación por la cual han sufrido muchos meses de cárcel, en tanto que el culpable era el mismo dueño de la casa, ladrón é incendiario.

—Ciertamente, es imposible y lo será siempre evitar algún error judicial. Una institución creada por los hombres no puede ser perfecta.

—Además, muchos son inocentes, porque crecidos en un ambiente insano, no estiman culpables algunas acciones que la sociedad reputa como tales.

—Perdonad, querido, esto me parece un absurdo de primera fuerza; todos los ladrones saben que robar es un delito y que no hay ley humana ó moral que no lo condene,—continuaba Ignacio con aquella misma sonrisa y con aquella calma que irritaban á Neklindoff.

—No, no lo sabe. Cuando se le dice que no robe y ve que sus amos le defraudan en el trabajo que ejecuta, y le regatean una parte del sueldo; que el gobierno, á su vez, por medio de sus funcionarios le roba sin cesar en forma de impuestos, que...

—Esto es anarquismo puro, querido;—interrumpió Ignacio, queriendo precisar con tal vocablo el sentido de las palabras de su cuñado.

—No sé lo que es, no hago otra cosa que revelar lo que

existe,—prosiguió Neklindoff.—Sabe que los funcionarios le roban; sabe que nosotros, grandes propietarios, gozamos por completo de una tierra sobre la cual tienen todos los mismos derechos: y luego si recoge del suelo las ramitas secas de los árboles para encender su mísero fuego, le echamos á la cárcel y le persuadimos de que es un ladrón. Por lo contrario él sabe que el ladrón no es él, sino los que se han apoderado de su porción de tierra, y que el deber le impone la obligación de restituir á su familia aquello que le fué robado.

—No comprendo, ó por lo menos no abundo en vuestra opinión. La tierra no puede dejar de ser objeto de propiedad individual. Si hoy la repartiérais,—continuaba Ignacio Nikiforovitch, convencido de que Neklindoff era socialista, y queriendo probarle en cuatro palabras que sus ideas eran absurdas.—Si hoy la repartiérais en porciones iguales, mañana pasaría inevitablemente á manos de los más laboriosos é inteligentes.

—¿Y quién os dice que deba repartirse la tierra en partes iguales? La tierra no debe ser propiedad de nadie, no debe ser objeto de compra, ni de venta, ni de hipoteca.

—El derecho de propiedad está en la misma naturaleza del hombre. Quitad ese derecho y nadie tendrá interés en cultivar la tierra. Abolid ese derecho y todos volveremos al estado salvaje,—pronunció Ignacio con aire de autoridad.

—Al contrario; entonces únicamente la tierra no quedará improductiva como ahora.

—No os empeñéis, Ivanovitch; lo que decís es una locura. ¿Es posible en nuestro tiempo hablar de abolición del derecho de propiedad sobre la tierra? Sé que siempre ha sido esa vuestra idea fija. Pero, permitidme que os hable francamente,—el rostro de Ignacio se puso pálido y su voz temblaba; evidentemente aquello le producía gran impresión.—Si me es lícito daros un consejo, pensadlo dos veces antes de poner en práctica vuestra teoría.

—¿Es de mis asuntos personales de lo que queréis hablar?...

—Sí; creo que todos nosotros debemos someternos á las obligaciones que nuestra misma posición nos impone: que debemos conformarnos á las condiciones del ambiente en que vivimos, y que si hemos heredado una fortuna de nuestros padres, es para transmitirla á nuestra vez á los hijos.

—Creo que es de mi deber...

—Permitid,—proseguía Ignacio sin dejarse interrumpir —no hablo siquiera por mis hijos; su fortuna está asegurada; gano bastante para vivir cómodamente, y creo que lo mismo podrán hacer mis hijos. Mi protesta contra vuestras acciones, excusad la palabra, poco razonables, no nace de un sentimiento de interés personal sino de que, teniendo ciertos principios, me es imposible compartir vuestras ideas. Si me es lícito daros un consejo, reflexionad maduramente, leed, consultad...

—Permitid que yo decida cuando se trata de mis asuntos personales, y que por mi cuenta resuelva lo que bien me parece,—contestó Neklindoff. Pálido, conteniéndose apenas, con las manos y los pies helados, sentía próxima á estallar la cólera que hervía en él, y sin contestar nada comenzó á sorber el té.

### XXXIII

Tranquilizándose un tanto Neklindoff, preguntó á su hermana por sus hijos; Natalia contestó que estaban con su abuela, y contenta porque había acabado aquella discusión con su marido, empezó á explicar que los dos niños, durante el viaje habían jugado como un tiempo jugaba Neklindoff.

—¿Todavía te acuerdas de eso?—preguntó Neklindoff sonriendo.

—Es muy natural. ¡Figúrate que hacen todo lo que tú hacías!

Viendo que la discusión había acabado definitivamente, Natalia estaba tranquila; pero como en presencia de su marido no quería hablar de cosas que únicamente su hermano podía comprender, dió á la conversación un giro distinto, y habló de cosas indiferentes, sacando á relucir, entre otras noticias de Petersburgo, el dolor de la Kamienskaja, por la muerte de su hijo único, muerto en duelo. Ignacio Nikiforovitch aprovechó la ocasión para afirmar que no debía considerarse excluido el homicidio perpetrado en duelo de la categoría de los casos comunes de homicidio castigados por la ley. Pero á tales observaciones replicó Neklindoff, y otra vez surgió una nueva discusión acalorada, con la que ninguno de los adversarios pudo convencer el otro.

Ignacio Nikiforovitch sentía íntimamente que su cuñado desaprobaba en su interior todo aquello en que se empleaba su actividad, y deseaba demostrarle cuán injustas eran sus ideas. Por su parte Neklindoff, además de la ira que le producía el hecho de que el otro discutiera su resolución de repartir la tierra (ira aumentada al comprender que Ignacio y sus hijos tenían cierto derecho como herederos eventuales), no podía por menos de indignarse al advertir que aquel hombre de limitado talento se obstinara, con su seguridad imperturbable, en reputar conforme á ley y equidad, todos aquellos hechos que á él le aparecían como el resultado de una enorme locura. Aquello le parecía una verdadera superchería y le indignaba.

—¿Qué debiera, pues, hacer el Tribunal?— preguntó Neklindoff.

—Debería condenar al que sobreviviera á trabajos forzados de la misma manera que condena al culpable de un homicidio común.

Neklindoff se estremeció de pies á cabeza, y prorrumpió con ímpetu:

—¿Y eso sería?...

—Sería justo.

—Entonces fuera preciso confesar que el fin del Tribunal es la justicia,—dijo el príncipe.

—¿Qué otro fin debe, pues, tener?...

—El mantenimiento de los intereses de clase. El Tribunal, á juicio mío, es un medio cómodo, creado á propósito para proteger un orden de cosas ventajoso á la clase que está en el poder.

—Hé aquí una idea verdaderamente nueva,—observó Ignacio con su sonrisa imperturbable,—comunmente se atribuye al Tribunal otra razón de ser.

—Sí, en teoría, pero no en la práctica, como yo he podido comprobar. El Tribunal tiene por objeto la conservación de la sociedad tal como está constituida. De aquí previene que persiga y castigue, así á quien está por encima del nivel común y quiere elevar la sociedad á su altura, como al que está por debajo de ese nivel.

—No puedo admitir de ningún modo que haya delinquentes castigados porque estén sobre ese nivel. Esos constituyen siempre la espuma de la sociedad y su depravación aún cuando es diferente de cierto modo, no por ello es inferior á la depravación del delincuente que vos colocáis por debajo del común nivel.

—Os aseguro que conozco personas infinitamente superiores á sus jueces. Tales son las condenadas por cuestiones religiosas...

Pero su cuñado, con el tono de quien tiene por sistema no dejarse interrumpir cuando habla, no daba tregua y sofocaba con su voz las palabras del príncipe, irritándole cada vez más.

—No puedo siquiera admitir que el objeto de los tribunales consista en la conservación del orden actual de cosas. La meta á que tiende el Tribunal sin desviarse un sólo instante, es clara y precisa: ó la corrección...

—¡Hermosa corrección la de las cárceles!

—O el extrañamiento,—siguió Ignacio sin hacer caso de la interrupción de Neklindoff,—de esos seres perversos, verdaderos brutos que amenazan sin tregua la existencia de la sociedad.

—El hecho es que los tribunales no hacen ni una ni otra cosa. Aún cuando quisiera, la sociedad no dispone de suficientes medios.

—No comprendo,—dijo Ignacio con forzada sonrisa.

—Quiero decir que entre los castigos verdaderamente razonables hay dos, y son los mismos que se usaban en la antigüedad: la pena corporal y la pena de muerte; pero gracias á la suavidad de las costumbres, tanto una como otra dejan de estar en uso.

—Hé aquí, por ejemplo, una cosa nueva, y en boca vuestra bastante extraña.

—Sí, comprendo perfectamente y encuentro razonable que á quien ha hecho daño se le inflija un dolor físico, para que otra vez, recordando ese dolor, se abstenga de cometer la acción que lo provocó. De igual manera comprendo perfectamente, y encuentro razonable que la sociedad tenga derecho de cortar la cabeza á quien la amenaza con un peligro constante. Por lo menos esos dos castigos son lógicos; pero ¿cómo calificar el hecho de recluir un hombre corrompido por el ocio y por los malos ejemplos, en condiciones tales, que se halla obligado á un ocio continuo en compañía de gente más corrompida? O bien añadir una nueva carga al presupuesto del Estado, pues cada uno de esos cuesta más de quinientos rublos, y transportarlo á costa del Gobierno, desde el distrito de Tula al distrito de Irkutsk, del de Irkursk al ..

—Y, sin embargo, los perdidos que viajan por cuenta del Gobierno, sienten miedo de hacer tales viajes, y si estamos sentados aquí discutiendo tranquilamente, lo debemos á esos viajes y á esas cárceles.

—Las cárceles no pueden garantizar una tranquilidad constante, porque los que están reclusos allí, no lo están



para siempre, y pronto ó tarde recuperan su libertad de acción. En cambio, los hombres se educan allí en la corrupción más refinada que imaginarse pueda, así es que ésta institución alcanza un fin contrario al que se propone y aumenta el peligro en vez de disminuirlo.

—¿Entonces opináis que debiera perfeccionarse el sistema penitenciario?

—Es imposible perfeccionarlo; una cárcel perfecta costaría más que lo que se gasta en instrucción, y constituiría un nuevo agravio para el pueblo.

—Pero los defectos del sistema penitenciario no pueden, en modo alguno, invalidar la institución de los tribunales, —replicó Ignacio, queriendo acorrallar á su cuñado con la lógica de sus razonamientos.

—Son defectos orgánicos incorregibles, —repuso Neklin-doff levantando la voz.

—¿Y qué debemos hacer entonces? ¿Condenar á muerte? ¿Arrancarles los ojos, como propone un hombre de Estado famoso?—Y en los labios de Ignacio apareció una sonrisa de triunfo.

—Sería cruel; pero por lo menos tendría un objeto; en tanto que lo de ahora es cruel y sin objeto alguno.

—¡Y, sin embargo, yo comprendo el hacerlo!—exclamó Ignacio, en tanto que palidecía.

—Eso es cuenta vuestra. Yo no lo comprendo.

—¡Son tantas las cosas que no comprendéis!—replicó Ignacio con voz temblorosa.

—He visto en la Audiencia á un fiscal haciendo grandes esfuerzos para enviar á presidio á un joven que sólo podía inspirar compasión á quien no estuviese depravado. Se de otro fiscal que quería encausar á un hombre porque leía públicamente el Evangelio. Por regla general, los actos de los tribunales resultan casi siempre acciones injustas y crueles...

—¡No estaría en el puesto que ocupo, si lo pensara co-

mo vos!—dijo de repente Ignacio, y se levantó, en tanto que algo brillaba detrás de los cristales de los lentes.

—¿Es posible que sean lágrimas?—se preguntó el príncipe.

Eran lágrimas de veras; lágrimas de dignidad ofendida. Ignacio Nikiforovitch se acercó á la ventana, se quitó los anteojos, y tosiendo limpió los cristales; se enjugó los ojos, se sentó en el sofá, encendió un cigarro y no dijo una palabra más.

Ante aquel silencio Neklindoff sintió vergüenza y remordimiento, porque comprendió que, con sus palabras, había agraviado á su cuñado y á su hermana, sintiéndolo más, porque debía partir al día siguiente y no los vería en mucho tiempo. Confuso y displicente, se despidió y volvió á su casa.

—Quizá he dicho cuanto quería,—pensó yendo por la calle,—por lo menos Ignacio no ha contestado á mis últimas palabras; pero no debí hablar así. Bien poco he cambiado cuando me he dejado llevar por un triste resentimiento y causado así una psna á mi pobre Natascha.

#### XXXIV

La conducción de penados de que la Máslova formaba parte, debía salir de la estación á las tres de la tarde; así es que Neklindoff que quería verla salir de la cárcel y seguirla luego á lo largo de la calle, decidió estar cerca de la puerta de la prisión antes de mediodía.

Al arreglar los trajes, la ropa blanca y los papeles en las maletas, Neklindoff tomó también su diario y releyó algunos trozos.

Desde aquella tarde en que empezó su nueva vida, había escrito frecuentemente experimentando un alivio.

«Katuscha no quiere mi sacrificio, sino el suyo. Ha vencido y he vencido yo también.»

—Era un trozo escrito antes de marchar á Petersburgo.

«La resurrección que se opera en su alma, me produce una alegría inmensa. Renace á nueva vida... y yo tengo miedo de creer todavía en ello!»

Luego venía otro recuerdo:

«Hoy he tenido un gran dolor y una gran alegría. He sabido que Katuscha se hizo echar de la enfermería y he experimentado un dolor muy agudo, como nunca imaginara.

»Luego, le he hablado, sintiendo hacia ella, una repulsión y un odio invencible; pero pronto me he acordado de que cuántas veces me atreví á acusarla he sentido repugnancia hacia mí mismo y piedad hacia ella. ¡Cuán bello sería poder ver siempre la viga en nuestros ojos!... ¡Cuán mejores seríamos entonces!»

Aquella misma mañana añadió todavía otra nota.

«He visto á Natalia.. Quizá estaba demasiado satisfecho de mí mismo y he sido demasiado malo con ella... Pero desde mañana empiezo una nueva vida. Adiós para siempre las antiguas costumbres. Asalta mi mente un tropel de impresiones, pero una fuerza que no sé explicarme, me impide coordinarlas.»

A la mañana siguiente, apenas despierto, Neklindoff recordó la disputa sostenida con su cuñado y se arrepintió de ella.

—No puedo partir así,—pensó,—es forzoso que les vea y que les desagравie.

Pero una simple ojeada al reloj le persuadió de que no podía perder tiempo si quería estar en la cárcel antes de que saliera la conducción de penados.

En un instante se vistió, hizo los últimos preparativos y enviando á la estación á Tarass, el marido de la Fedosia, tomó el primer coche que le salió al paso, y se hizo conducir á la cárcel.

El tren ordinario que debía tomar Neklindoff, marchaba un par de horas después que el de la expedición, y por

lo mismo, el príncipe, para no tener que volver á la fonda, saldó ya con el hostelero.

Hacía un calor sofocante, propio del mes de Julio. Las piedras del piso, los edificios y los techos de hierro de las casas, no refrescados después del bochorno de una noche tórrida, lanzaban una reverberación de fuego que persistía inmóvil.

No se sentía un soplo de aire y si alguna vez llegaba una bocanada, era un soplo ardiente de un aire fétido, pesado, que olía á polvo ó á pintura. Pocos transeuntes pasaban por la calle, y esos pocos, aprovechaban los más mínimos trozos de sombra.

Sin embargo, en el centro de las calles, se veía á los empedradores inclinados, abrasados por los rayos del sol, dando con los martillos sobre los guijarros que se hundían en la hirviente arena, y los *gorodovoy*, metidos en sus túnicas grises, cruzadas por el cordón amarillo del revólver, se erguían como estátuas, sombríos, cejijuntos é inmóviles.

Los tranvías asaeteados por el sol, pasaban fatigosamente arrastrados por caballos sin fuerzas, con la cabeza sepultada en un sombrero del que no sobresalían sino las orejas.

Cuando Neklindoff llegó á la cárcel, la expedición no había salido aún.

En el interior del edificio había un rebullicio que duraba desde las cuatro de la mañana, un continuo contar y recontar.

La expedición se componía de seiscientos veintitrés hombres y sesenta y cuatro mujeres, y era necesario comprobar la identidad de todos, y hacer el inventario, separar los sanos de los enfermos y confiar éstos al cuidado de la escolta.

El nuevo director, el vicedirector, un empleado, el *felds-cher*, el jefe de la escolta y un escribiente estaban sentados juntos á una mesa en mitad del patio. El sol empezaba á

invadir aquella mesa y, cuando había sombra, el calor era sofocante en el patio, casi irresistible por la deficiencia de aire, empobrecido por el hálito de los penados, que uno á uno comparecían junto á la mesa, contestaban á varias preguntas y decían su nombre.

—¿No va á acabar nunca eso?—preguntó el oficial, hombre robusto y gordo, de anchos hombros y manos cortas. —¿De dónde demonios habéis sacado tanta gente? ¿Hay para mucho tiempo todavía?

El escribiente se informó.

—Quedan aún veinticuatro hombres, y luego las mujeres.

—¡Acercáos! ¿Qué hacéis parados?—gritó el oficial á los prisioneros aún no filiados. Hacía ya tres horas que sufrían los rayos del sol esperando su turno.

En el exterior había una veintena de carros para transportar á los penados más débiles y la ropa y efectos de la conducción; y un grupo de parientes ó amigos de los emigrantes, que esperaban darles un último adiós ó entregarles algún objeto.

Neklindoff se quedó entre éstos y hacía ya más de una hora que esperaba, cuando un ir y venir de carceleros, un sordo rumor de cadenas, un ruido de pasos y de toses y un murmullo formidable, le advirtieron que la expedición iba á salir.

El murmullo se prolongó durante cinco minutos; después una voz seca é imperiosa dió una orden, las dos hojas de la puerta se abrieron con estrépito, se oyó más claro el resonar de los hierros, los soldados con túnica blanca y bayoneta calada salieron á la calle, y describiendo un semicírculo, se colocaron ante la puerta.

Entonces se oyó una nueva orden, y bien pronto empezaron á salir los penados con la gorra plana en la cabeza medio afeitada; cada cual llevaba un saco, que aguantaba con una mano, sobre el hombro, y la otra mano pendía al

costado, en tanto que los pies arrastraban fatigosamente las cadenas.

Primero salieron los hombres destinados á presidio: jóvenes y viejos, gordos y delgados, pálidos y colorados, con bigote, con barba, imberbes, rusos, tártaros, judíos, todos con el traje de presidiarios y el saco á cuestras. Salían todos con gran estrépito de hierros, balanceando la mano libre con mucho aire, como quien se prepara á una larga caminata; después se paraban y formaban en filas de á cuatro en fondo, unos detrás de otros. Siguiéron luego los condenados á destierro, sin cadenas, pero con esposas en las manos; salieron por último los que iban á Siberia por su propia voluntad.

Después, por el mismo orden, aparecieron las mujeres; primero las condenadas á galeras con las blusas grises y el pañuelo blanco en la cabeza; luego las desterradas, y por último, las que acompañaban á algún preso. Mezclados al grupo de mujeres iban algunos niños y niñas que se ocultaban entre aquellas como los pollinos se ocultan entre las yeguas cuando se acerca un peligro. Los hombres se colocaban en buen orden, tosiendo y pronunciando de cuando en cuando alguna palabra; entre las mujeres la charla era continua.

Nekkindoff creyó en un momento dado, haber reconocido á la Máslova; pero la perdió de vista entre la multitud, y solo pudo advertir una masa gris que se movía, sin distinguir ninguna cara.

Aún cuando ya contados dentro de la cárcel, fué necesario un recuento al aire libre. Pero esa operación no acababa nunca porque los presos cambiaban á lo mejor de sitio y embrollaban á los soldados que, blasfemando tenían que empezar de nuevo el recuento.

Cuando quiso Dios, todo quedó arreglado. El oficial que mandaba la escolta, dió una orden, y la multitud se arremolinó durante unos momentos. Los hombres débiles ó enfermos, las mujeres y los niños se aproximaban á los

carros para dejar los sacos y subir después, y la alegría de los muchachos disputándose el sitio, formaba extraño contraste con la sombría tristeza de los hombres. Algunos de los prisioneros, quitándose la gorra se acercaban al oficial y le decían algunas palabras. Neklindoff supo que le pedían que les dejara subir á los carros; pero el oficial sin decir una palabra ni dejar de fumar, miraba al que estaba ante él; una vez hizo el ademán de dar un bofetón á uno que se escurrió entre los compañeros, á fin de no recibir la caricia.

Sin embargo, un viejo derrengado consiguió el permiso de ir en carro, y Neklindoff vió como se quitaba la gorra y hacía repetidas veces el signo de la cruz; luego se acercó á un carro; pero como las cadenas le impedían los movimientos, no acertaba á subir; una mujer que estaba dentro le dió la mano.

Una vez colocados en los carros los que tenían permiso, el oficial se quitó la gorra, se enjugó la frente y el cuello, y se persignó.

—¡Adelante!—dijo.

Los soldados se colocaron el fusil sobre el hombro, algunos se persignaron, los parientes y amigos gritaron algunas palabras, á las cuales, los penados contestaron otras, se oyó un agudo clamor entre un grupo de mujeres y la expedición se puso en marcha entre una nube de polvo que levantaban los pies al arrastrar las cadenas. Precedía un pelotón de soldados, luego seguían los hombres, las mujeres y los carros. En uno de éstos iba una mujer histerica, envuelta en trapos, que no cesaba de chillar sollozando.

### XXXV

El triste convoy era tan largo, que cuando las primeras filas ya no se distinguían, los carros apenas empezaban á moverse. Entonces Neklindoff subió al carruaje y dió or-

den de preceder la conducción. Quería ver entre aquel montón humano algunos de los rostros conocidos; quería, sobre todo, ver á la Máslova para preguntarle si había recibido la ropa que le envió.

El calor era cada vez más pesado; no hacía un soplo de aire y el polvo levantado por aquellos millares de pies parecía polvo de incendio. Los penados andaban por el centro de la calle con paso rápido, así es que el carruaje de Neklindoff tardó en adelantarse. Aquellas filas de seres desconocidos, de aspecto cruel y terrible, que de un modo uniforme levantaban los pies calzados de igual manera y agitaban con el mismo ritmo del brazo libre como para infundirse recíprocamente valor, eran tan numerosas y tan uniformes, que á Neklindoff, mejor que personas, se le antojaban seres envueltos en un misterio fantástico y terrible.

Pero aquella impresión se disipó al reconocer entre los presidiarios á Fedoroff y entre los desterrados á Schotín y á otro que también le pidiera amparo. Casi todos los prisioneros lanzaban una ojeada al coche y al caballero que les seguía. Tanto Fedoroff como Schotín le reconocieron en seguida y uno hizo un signo con la cabeza y el otro guiñó los ojos; pero ninguno saludó, pensando que estaba prohibido.

Entre las mujeres, Neklindoff vió á la Máslova que iba en segunda fila. La primera era una joven fea, con los ojos negros y las piernas cortas; la segunda la Choroschaska; la tercera la Máslova con su saco al hombro y la mirada tranquila y resuelta fija en el vacío. La última joven, bonita, con la blusa corta y un pañuelo en la cabeza puesto á la manera de las mujeres casadas, era la Fedossia.

Neklindoff bajó del coche y se aproximó á las mujeres. Quería acercarse á la Máslova para preguntarle si había recibido la ropa y si necesitaba algo más. Pero un soldado de la escolta corrió hacia él.

— ¡Señor, está prohibido acercarse á los penados!

Pero al reconocer á Neklindoff,—á quien todos cenocian en la cárcel,—saludó militarmente y añadió:

—¡Por ahora no se puede; esperad á la estación; aquí es imposible. ¡Eh! ¡tú! ¡A ver si andamos! --exclamó volviéndose hacia un rezagado. Y volvió á su sitio corriendo, á pesar del calor, pisando fuerte con sus botas nuevas y elegantes.

Neklindoff dió orden de seguir de modo que no perdiera de vista á los prisioneros. A lo largo de las calles, el triste convoy despertaba una curiosidad en que había tanta parte de compasión como de terror; desde los coches los señores sacaban la cabeza y lo seguían con la mirada mientras podían; los peatones se paraban mirando asustados aquellas filas que tenían algo de espantoso. Algunos se acercaban y alargaban una moneda para limosna, que recogían los soldaos; otros, como sugestionados, seguían un trecho la conducción, se paraban, movían la cabeza y aún seguían el miserable cortejo con los ojos. Llamándose unos á otros, las gentes salían á las puertas y á las ventanas para contemplar á aquellos infelices.

En una encrucijada, el cortejo impidió el paso á un coche muy lujoso. El cochero, hombre gordo y bien mantenido sentado magestuosamente en el pescante daba la espalda á sus amos. Dentro iban éstos: un caballero con abrigo claro y sombrero de copa, una señora con un sombrero de paja blanca; una niña muy bonita y un niño de unos ocho años, pálido y enteco.

El marido reñía al cochero porque no había pasado antes que la conducción le cerrara el paso; la mujer contraía el rostro en una mueca despreciativa y, para evitar el sol y el polvo, tenía la sombrilla casi pegada al rostro. El cochero tragaba de mala gana los reproches del patrón y un *gorovodoy* que estaba presente de buena gana hubiese accedido al deseo del caballero del coche, haciendo parar por un momento á los presos; pero aquel convoy tenía una solemnidad tan triste, que no osaba interrumpirle, ni aún

para dar gusto á aquel caballero tan rico. Se limitó á llevar la mano á la gorra como para indicar la deferencia que le merecía la riqueza, en tanto que daba una ojeada severa á los presos, como si hiciera la tácita promesa de proteger á los señores que estaban en el coche contra aquella canalla.

El opulento caballero tuvo, pues, que aguardar el desfile y únicamente pudo proseguir su camino cuando hubo pasado el carro en el que iba la mujer histérica que, sosegada un momento, volvió á sollozar y á gritar sin tregua. Entonces el cochero aflojó las riendas y los caballos galoparon por el empedrado, llevando á aquellos señores á una quinta cercana á donde iban para distraerse.

Ni el padre ni la madre creyeron oportuno explicar á sus hijos el significado de lo que acababan de ver, así es que los muchachos debieron explicárselo por sí mismos.

La niña, juzgando por la mueca de su madre, creyó que aquella gente eran distintas de las de su clase, quizá gente mala, y que hacían bien en tratarla como la trataban; por eso le inspiraban terror y respiró satisfecha cuando hubo desaparecido el convoy. El niño se dió una explicación diametralmente opuesta. Sin duda Dios le había revelado que aquellas personas eran parecidas á él y á los demás seres vivientes y que alguien les había puesto en aquel estado, tratándolos como se merecían; le aterraba el pensamiento de aquella gente aherrojada, con la cabeza afeitada, y le aterraba más aún pensar que otros les habían podido cargar de hierros. Sentía hinchársele los ojos; pero hacía esfuerzos por no llorar, porque imaginaba que el llanto, en tales ocasiones, habría sido vergonzoso.

### XXXVI

Neklindoff seguía con rápido paso á los presos. A pesar de ir vestido de verano y con un sobretodo ligerísimo, sen-

tía gran calor, un bochorno opresor de toda aquella atmósfera, de aquella atmósfera pesada, ardiente, sofocante.

Así hizo un cuarto de versta, después subió al coche, precediendo el convoy. El calor era cada vez más insoporable... Neklindoff pensó en la conversación con su cuñado; pero no se conmovió como por la mañana. Otras impresiones se sobreponían á aquella; la conducción de penados, la caminata bajo los rayos de aquel sol de fuego; aquel calor tórrido y enervante.

Junto á una pared, cerca de un grupo de árboles, dos estudiantes estaban en pie ante un hombre que vendía limonada. Uno bebía ya; otro esperaba que el vendedor acabara de llenar su vaso de aquella substancia amarillenta.

—¿Dónde se puede beber?—preguntó al cochero, sintiendo necesidad de refrescarse.

—Si quiere Vuestra Excelencia, aquí cerca hay una taberna,—contestó el auriga, y llevó á Neklindoff ante un gran portal que tenía un enorme rótulo.

Un dependiente gordo, con una camisa de color de rosa, sentado en un banco charlaba con los camareros, que llevaban una blusa que quizá algún día fué blanca. Al advertir al insólito consumidor, le ofrecieron sus servicios. El príncipe pidió agua de Seltz y se sentó junto á una mesa que ostentaba un mantel negro y asqueroso. Junto á otra mesa, donde había un servicio de te y una botella blanca, estaban dos hombres que se limpiaban el sudor y pasaban tranquilamente sus cuentas. Uno de ellos, con el cráneo pelado y el resto del pelo negro, se parecía mucho á Ignacio Nikiforovitch. Esto hizo recordar de nuevo á Neklindoff su disputa de la víspera.

—No podré verlos,—pensó Neklindoff;—pero les enviaré una carta.

Se hizo traer recado de escribir y empezó á sorber agua fresca y burbujeante. Pero su mente divagaba y se sentía incapaz de escribir cuatro palabras seguidas.

«Querida Natalia: no puedo marchar bajo la impresión

penosa de la disputa de ayer con Ignacio Nikiforovitch...» —¿Y luego?... ¿Tengo acaso el deber de pedir perdón?... No he dicho sino lo que pensaba y si le pido perdón creerá que me arrepiento de lo dicho. Además, ¿con qué derecho se inmiscuye en mis asuntos privados?... No, no, es imposible.

De nuevo se sintió invadido por una oleada de odio hacia aquel hombre enamorado de sí mismo, y se metió la carta apenas empezada en el bolsillo, pagó el gasto y salió rápidamente para alcanzar el convoy de los prisioneros.

El calor era cada vez más excesivo. Hubiérase dicho que de los adoquines y de las fachadas de las casas se escapaban oleadas de fuego; los pies al sentarse sobre el estribo experimentaban un ardor insostenible y queriendo durante un instante apoyar la mano sobre el salvarruedas reluciente, la apartó porque se quemaba. El caballo trotaba sobre el piso desigual y polvoriento con paso cansado y vacilante; el cochero estaba adormecido; Neklindoff, sentado, con la mirada fija ante sí, con indiferencia, sentíase incapaz de formular un deseo cualquiera.

En una pendiente de una calle, ante el gran portal de una casa, la gente se agolpaba al rededor de algo; cerca de la gente había un soldado con la bayoneta calada. Neklindoff hizo parar el coche.

—¿Qué ha pasado?—preguntó á un *dvornik*.

—Una desgracia á un preso,—respondió aquél.

Neklindoff bajó del coche y se acercó al grupo.

Sobre los guijarros del suelo había un hombre vestido con traje de presidiario, robusto, de mediana edad, con la barba roja y la nariz picuda, muy colorada lo cara, tendido en el suelo con la cabeza más baja que el busto. De cuando en cuando, á intervalos regulares, un hipo convulsivo sacudía violentamente su pecho alto y robusto, en tanto que los ojos inmóviles, privados de expresión é inyectados de sangre, parecían fijarse en la bóveda tórrida del cielo. Cerca de él un *gorovodoy*, cejijunto y sombrío,

hablaba con un mozo de cuerda, un cartero, un dependiente, una mujer anciana y un muchachito con una cesta vacía, comentando lo ocurrido.

—Están muy débiles á fuerza de tenerlos encerrados en la cárcel y ahora quieren hacerlos andar bajo este sol abrasador,—exclamó el dependiente volviéndose hacia Neklindoff.

—Este pobre va á morir,—añadió la anciana con voz temblorosa.

—Desabrochadle la camisa,—sugirió el cartero.

El *gorovodoy*, con sus dedos gruesos y temblorosos empezó á deshacer los cordones de la camisa y descubrió el cuello rojo, con las venas túrgidas, llenas de sangre. Evidentemente estaba conmovido y confuso; pero creyó que su deber le obligaba á decir con aire brusco;

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No comprendéis que hace calor y que impedís que pase el aire?

—El médico debería visitarlos á todos antes de dejar partir á los que no están buenos. Este estaba delicado ya y, sin embargo, han querido hacerle marchar á toda costa,—exclamó el dependiente, para dar á entender que conocía las órdenes que se habían dictado.

El *gorovodoy* se enderezó y dando una ojeada al rededor, repitió:

—Ea, largarse de aquí; nada tenéis que hacer en este sitio.

Y se volvió hacia Neklindoff para buscar su aprobación; pero al ver que este permanecía impassible se dirigió al soldado, quien mirando el tacón de sus botas medio gastado, conservaba la más completa indiferencia.

Entre la gente se hacían comentarios poco favorables á los empleados del gobierno.

—No piensan en nada; parece que sea lícito asesinar así á la gente.

—¿Qué importa que sea un penado? No por eso deja de ser un hombre.

—Ponedle la cabeza más alta y dadle de beber,—intervino Neklindoff.

—Ya han ido á buscar agua,—contestó el *gorovodoy*. Y tomando el cuerpo del infeliz por debajo de los brazos, lo colocó en otro sitio de manera que la cabeza estuviera más alta.

De repente resonó una voz resuelta con tono imperioso de autoridad.

—¿Qué hace aquí toda esa gente?—dijo un *okolotocny*,—jefe inmediato del *gorovodoy*,—con una túnica flamante y botas relucientes.

—¡Fuera de aquí! ¿Qué hacéis?—repitió sin comprender todavía por qué motivo la gente se agrupaba en torno. Pero al ver al prisionero tendido en el suelo y moribundo, hizo con la cabeza un movimiento, como quien ha previsto el caso.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó al *gorovodoy*.

Este se lo explicó en pocas palabras.

—Bueno; es preciso llevarlo al cuartelillo. Que venga un coche.

—Ha ido ya á buscarlo un *dvornik*,—contestó el *gorovodoy* saludando militarmente.

El dependiente arriesgó algunas observaciones acerca del calor.

—¿Qué tienes tú que ver en eso? ¡Sigue tu camino!—dijo el *okolotocny*; y le dió una mirada tan severa que el otro no se atrevió á replicar.

—Es preciso hacerle beber agua,—dijo á su vez Neklindoff.

El *okolotocny* miró severamente al príncipe sin contestar; pero cuando llegó el agua dió orden de alargarla al prisionero.

El *gorovodoy* le levantó la cabeza y le acercó la taza á

los labios; pero el infeliz no tuvo fuerza para tragarla y el líquido mojóle la barba y la camisa, llenas de polvo.

—Echádsela sobre la cabeza,—ordenó el *okolotocny*, y así se hizo.

El preso movió los ojos, pero no cambió de posición; el agua se le escurría por el rostro sin que ni una gota llegara á su garganta y el cuerpo se estremecía á impulsos de un espasmo violento.

—¿Dónde está el coche?—dijo el *okolotocny* á su subalterno.—Tomad éste,—é indicó el de Neklindoff.

—Ya estoy alquilado,—contestó el cochero de mal-humor.

—Es mío,—dijo el príncipe;—pero servíos de él. Yo pago.

—Aprisa, aprisa.

El *gorovodoy* y un *dvornik* levantaron al moribundo y lo transportaron al coche tratando de hacerle sentar; pero no se aguantaba y la cabeza caía adelante y atrás y el cuerpo se deslizaba también.

—Ponedle tendido,—ordenó el *okolotocny*.

—Lo llevaré así,—contestó el subalterno y sentándose junto al penado le pasó las manos por debajo de los sobacos, abrazándole estrechamente, en tanto que el soldado le arreglaba los pies calzados con zuecos.

El *okolotocny* recogió la gorra del penado, se la puso á éste en la cabeza y ordenó al cochero que arreará, lo cual hizo de mala gana, tomando la dirección del cuartelillo. La cabeza del moribundo pendía de aquí para allá y aquel pobre cuerpo se estremecía entre los brazos del *gorovodoy* y del soldado que pasaban grandes trabajos para sostenerlo.

Neklindoff siguió detrás de ellos.

### XXXVII

En el cuartelillo de policía, donde había de centinela un

bombero, entró el coche en el patio y se paró ante una puerta. En el patio había muchos bomberos arremangados que reían y hablaban en voz alta, en tanto que lavaban algunos carros; pero al advertir el carruaje, le rodearon. Dos *gorovodoy*s sacaron el cuerpo ya inerte del todo. El *gorovodoy* se quitó la gorra de la cabeza y se persignó.

El cuerpo del penado fué subido al primer piso y Neklindoff, siguiéndolo, entró en una habitación sucia y de aspecto sórdido, en la que había cuatro camas. En una de ellas estaba un tísico, en otra un herido con la boca torcida y el cuello vendado. En la tercera se colocó al muerto; en seguida se adelantó un hombre de baja estatura, con los ojos muy brillantes, que movía continuamente las cejas, en camisa y calzoncillos y que solo llevaba calcetines en los pies. A pasos rápidos y cortos se acercó á la cama, dió una ojeada al muerto, otra á Neklindoff y luego soltó una sonora carcajada.

—¡Ah, ah!—exclamó.—Hacéis cuanto podéis para espantarme, pero no lo lográis. Os aseguro que no lo lograréis.

Era un loco que tenían allí detenido.

Detrás de Neklindoff habían entrado también el *gorovodoy* y el *feldscer*. Este se acercó al muerto, tocó su mano todavía mórbida, pero ya fría y pálida y después de tenerla entre sus dedos, la dejó caer como una masa inerte que era, sobre el vientre del cadáver.

—¡Se acabó!—dijo el *feldscer*, meneando la cabeza; pero para convencerse más y ateniéndose á lo que mandaba la ley, desabrochó la camisa, sucia y mojada y apoyó el oído sobre el pecho alto, amarillo é inmóvil del preso.

Hubo un instante de silencio. Luego el *feldscer* se irguió, movió la cabeza, tocó ligeramente con el dedo, primeramente un párpado y después otro, abiertos sobre los ojos azules, inmóviles y extraviados.

— Os digo que no me espantaréis,—repetía el loco dirigiéndose al *feldscer*,

—¿Y bien?—preguntó el *okolotocny*.

—Ya podéis llevarlo al cuarto de los muertos,—contestó el *feldscer*.

—¡Miradlo bien! ¿Estáis seguro de que ha muerto?

—Me parece que estoy seguro,—replicó el *feldscer*,—pero si lo creéis necesario, envidad á buscar á Mateo Ivanovitch que os dirá lo mismo que yo.

—Llevadlo al local de los muertos,—ordenó el *okolotocny*.—Y tú,—dijo volviéndose al soldado, que no se había separado del preso,—ven al despacho á firmar.

El soldado salió de la estancia, en tanto que los *gorovodoy* se llevaban al muerto, subiéndolo escalera arriba. Neklindoff quería seguirlos, pero le detuvo el loco.

—¿Verdad que no estáis de acuerdo con esos?—le dijo. —Dadme un cigarrillo.

Neklindoff se lo alargó y el loco, arrugando rápidamente el entrecejo, empezó á lamentarse de que todos le atormentaban sin cesar, sugestionándole.

—Todos están contra mí, todos me atormentan con sus mediums...

Pero Neklindoff no tuvo paciencia para escucharle é interrumpiéndole con un: —Perdonad,—salió para ver donde llevaban el cadáver.

Los *gorovodoy* habían atravesado ya el patio y entraban en aquel instante en una cantina. También allí quiso seguirles el príncipe, pero el *okolotocny* le paró en el umbral.

—¿Qué buscáis?

—Nada.

—Pues bien, si no buscáis nada, seguid vuestro camino.

Neklindoff volvió al coche, despertó al cochero y le dió orden de conducirle á la estación. Pero apenas había dado un centenar de pasos, cuando topó con un carro acompañado de un soldado de la escolta. En el carro estaba tendido un penado muerto; el rostro, rodeado por una barbi-

lla negra, desaparecía á medias bajo la gorra que le llegaba hasta la nariz, y la cabeza afeitada saltaba á cada sacudida de las ruedas, dando contra las tablas del carro. Un hombre con altas botas conducía el caballo del cabestro y un *gorovodoy* iba detrás cerrando el triste cortejo.

Neklindoff tocó el hombro del cochero.

—¿Qué hacen esos?—exclamó éste parando el caballo.

Neklindoff bajó del coche y siguió al carro, volviendo á entrar en el patio del cuartelillo. Los bomberos habían acabado de limpiar los carros y ahora estaba junto á ellos su jefe, alto, amojamado, huesoso, que con las manos en los bolsillos, examinaba severamente un hermoso caballo que cojeaba de una de las manos, y reprochaba al veterinario que estaba á su lado. En el patio estaba también el *okolotocny*, quien al ver que traían otro muerto se acercó al hombre que guiaba el carro meneando la cabeza con aire de disgusto.

—¿Dónde lo habéis recogido?

—En la calle Staro Gorbatovskaja.

—¿Es un preso?—preguntó el jefe de los bomberos.

—Sí, señor.

—Es ya el segundo de hoy,—comentó el *okolotocny*.

—¡Valiente cosa y valiente gente!—exclamó el jefe de bomberos; y luego volviéndose hacia su subordinado, le dijo:—Llévalo á la cuadra del ángulo. En cuanto á tí, canalla, ya te enseñaré yo á estropear un caballo que vale más que tú, bruto, animal!—concluyó dirigiéndose al veterinario.

El muerto fué sacado del carro y llevado al primer piso. Neklindoff le seguía como bajo la impresión de un incubo que le dominara.

—¿Qué buscáis?—le preguntó un *gorovodoy*.

Pero el príncipe, sin contestar una palabra, continuó su camino detrás del muerto.

El loco, que sentado en una cama fumaba con avidez el

cigarro que le diera antes Neklindoff, acogió á éste con expresión de asombro.

—¡Ah, habéis vuelto aún!

Luego, al advertir el cadáver, contrajo el rostro con una mueca desdeñosa:

—¿Otro?... ¡Esto ya es demasiado!... Vaya una gracia, — y soltó una carcajada.

Neklindoff no le escuchaba. Contemplaba aquel muerto y habiéndole descubierto el rostro un *gorovodoy*, aparecieron en toda su plenitud las líneas finas y regulares del rostro, y la forma proporcionada del cuerpo. Era un hombre en el pleno vigor de la fuerza, tan hermoso como feo era el primer cadáver. Aunque el cráneo afeitado le afeara ligeramente, aquella frente rígida sobre los ojos negros privados de vida, aquella nariz perfilada sobre el bigote fino y negro, aquellos labios violáceos por el sufrimiento, pero que aún parecían entreabiertos por una sonrisa, la barba que rodeaba la cara y aquellas orejas que apuntaban detrás del cráneo, conservaban la huella de una belleza delicada y el conjunto de su rostro respiraba una calma religiosa. No solamente la expresión de aquella cara revelaba que la crueldad de los hombres había extinguido una vida floreciente de una intelectualidad poderosa y fecunda, sino que las formas bien proporcionadas de las manos, de los pies ceñidos por cadenas y de todos los miembros de su cuerpo, patentizaban que en él había sido muerto un animal de la raza humana bellísimo, fuerte, hábil y, como animal, muy superior al caballo, por el cual armaba tanto ruido el jefe de bomberos. Además lo habían matado con indiferencia; nadie le lloraba como hombre ni como animal, bueno para un trabajo fecundo, y extinguido sin utilidad alguna... Entre toda aquella gente su muerte despertaba un solo sentimiento: el fastidio de tener que cuidarse de aquel cuerpo que amenazaba descomponerse si no se le daba sepultura!

En el cuarto había entrado el *feldscer*, el médico, hom-

bre robusto y bien plantado, con una cazadora de seda cruda y unos pantalones que apenas podían contener las piernas musculosas, y un comisario de policía, gordo, con el rostro hinchado como una pelota, que tenía la costumbre de llenar las mejillas de aire para echarlo después poco á poco. El médico se sentó en la cama, tocó las manos del muerto, auscultó el corazón... en vano! Luego, estirando las piernas, exclamó:

—¡Es imposible estar más muerto!

El comisario, soplando poco á poco, se volvió hacia el soldado:

—¿De qué cárcel?

El soldado dijo el nombre de la cárcel é hizo observar que el cadáver aún tenía los grillos en los pies.

—Daré orden de que los quiten,—dijo el comisario, y dejando escapar una gran bocanada de aire, salió de la habitación.

Neklindoff se acercó al médico.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

El médico le miró á través de sus anteojos.

—¿Qué ha sucedido? Que se mueren de insolación. Durante todo el invierno les tienen encerrados sin movimiento y sin luz, y luego les sacan en un día como éste en que no hace un soplo de aire. He ahí porque se mueren.

—¿Y por qué les hacen andar en un día así?

—En cuanto é eso preguntádselo á quien lo sepa... ¿Y quién sois?

—¿Yo? Un particular.

—¿Ah, sí? Pues á mi obligación ahora No tengo tiempo que perder,—dijo el médico: y estirándose los pantalones se dirigió á las camas donde estaban los enfermos.

—¿Cómo estás?—preguntó al hombre de la boca torcida y el cuello vendado.

Sentado sobre la cama, el loco que había cesado de fumar, escupía sin tregua hacia donde estaba el médico.

Neklindoff había bajado ya al patio y pasó ante los caballos y el centinela. Subió al coche que le esperaba, despertó al cochero adormilado y se hizo conducir á la estación.

### XXXVIII

Cuando el príncipe llegó á la estación, los penados estaban ya en los coches que tenían las ventanillas enrejadas. Había en el andén muchas personas, amigos y conocidos, que habían ido para saludar por última vez á los presos, pero ninguno obtenía permiso para acercarse á los vagones. Además de los dos que había visto Neklindoff, durante el trayecto de la cárcel á la estación, otros tres presos habían caído atacados de insolación. Uno había sido transportado como los primeros al cuartelillo; los otros dos estaban en una sala de la estación. (1).

Los soldados parecían preocupados por ello. No porque hubiesen muerto cinco personas confiadas á su vigilancia, pues esto tenía muy poca importancia á sus ojos, sino porque les aburría tener que cumplir todas aquellas formalidades que la ley exige en tales casos: entregar el cadáver á quien de derecho corresponde, tener momentáneamente cuidado de todos sus efectos, dar de baja al muerto en la lista de los penados que se deben transportar á Nigni, hasta donde la escolta deba responder de ellos; formalidades todas muy fastidiosas, sobre todo haciendo tanto calor. Sin embargo, el príncipe que había dado una propina á un soldado pudo pasar con la recomendación de que se apresurara y procurase no le viera un oficial.

Los vagones eran dieciocho, sin contar el reservado para la escolta, y todos iban atestados de presos. Pasando por el lado de los vagones, el príncipe escuchaba atenta-

---

(1) A principios del 1880, en un sólo día, murieron cinco penados de insolación, durante su transporte desde la cárcel de Buttirsky á la estación de Nisgegarodsky.

mente; y oía un rumor de hierros que arrastraban, de discusiones acaloradas, acompañadas de las blasfemias más horrendas é insensatas, pero no se oía ni una sola alusión á los compañeros caídos á lo largo del camino. Todos hablaban de la elección de sitio, de los sacos, del agua para beber. A través de la reja de una ventanilla, Neklindoff vió á un soldado de la escolta que quitaba las esposas á los presos, abriéndolas mediante una llave; otro soldado que estaba detrás de él las recogía formando un mazo con ellas.

Detrás de los vagones de los hombres seguían los de las mujeres. De uno de estos salía una voz que se lamentaba, gimiendo á intervalos regulares:

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor!

Siguiendo las indicaciones del soldado, Neklindoff se acercó al tercer vagón, acercando la cabeza á la ventanilla y en seguida sintió en pleno rostro un soplo de calor impregnado de un acre olor de fermentos de cuerpos humanos; los bancos estaban cuajados de mujeres sudorosas y rojas por el bochorno, sin pañuelo en la cabeza, que formaban un coro ensordecedor y estridente de voces femeniles.

El rostro de Neklindoff atrajo la atención de las mujeres. Las más cercanas á la ventanilla callaron y se acercaron á ella cuanto les era posible, en tanto que las otras se esforzaban en adivinar quien fuese aquel caballero. Máslova estaba algo alejada, pero la Fedossia, de ojos azules sonrientes y blancas carnes, reconoció al príncipe, avisó á la Máslova y le señaló la ventanilla. La joven se levantó en seguida, cubriéndose con su pañuelo sus cabellos negros, y colorada, sudorosa, se acercó á la reja.

—¡Qué calor tan insoportable!—exclamó sonriendo.

—¿Habéis recibido lo que os envié?

—Sí, gracias.

—¿Necesitáis algo más?

El calor que se escapaba del vagón era tan intenso, que á Neklindoif le parecía estar ante la boca de un hornos.

—No, nada, gracias.

—Si se pudiera beber,—suspiró Fedossia.

—¿Cómo, no tenéis agua?

—Nos habían puesto, pero se la han bebido toda.

—Rogaré á un soldado que os ¡traiga,—dijo Neklindoff.

—No nos veremos hasta Nigni.

—¿También marcháis vos?—preguntó con tono de ingenuidad la Máslova, como si la decisión de Neklindoff fuera para ella una novedad. Y fijando sus ojos en él, sonrió de alegría.

—Sí, parto en el tren siguiente.

La Máslova ¡no profirió una palabra; pero al cabo de unos instantes, lanzó un profundo suspiro.

—¿Es verdad, señor, que han matado á doce presos?—preguntó una vieja con voz estridente y áspera: era la Korablova.

—De doce no sé; yo he visto dos.

—Dicen que son doce... ¡Y nadie se queja; ¡Qué casta de canallas!

—¿Y ninguna mujer se ha puesto mala?

—Las mujeres saben resistir mejor,—dijo una presa de cara pequeña y redonda.

—A una se le ha ocurrido parir. ¿Oís como grita?—añadió otra indicando con el dedo un vagón contiguo de donde salían profundos gemidos.

—Me habéis preguntado si necesito algo,—dijo de repente la Máslova, esforzándose para reprimir la sonrisa de alegría que estremecía sus labios.

—¿Qué deseáis?—preguntó el príncipe.

—¿No podríamos lograr que esta pobre mujer se quedara? Debe sufrir mucho, ¡pobrecilla! Hablad á quien manda.

—Lo haré en seguida.

—Luego, si fuera posible dejar ver á su marido á mi

compañera...—y señaló á la Fedosia.—Parte con nosotros.

—¡Señor, señor! no se puede hablar con los penados,— exclamó de repente la voz del oficial de la escolta.

El príncipe, alejándose de la ventanilla, preguntó por el jefe de la expedición, para interceder en favor de la parturienta y del marido de la Fedosia; pero durante mucho rato no pudo conseguir que los soldados, atareados como estaban, hiciesen caso de él. Así fué que la campana de la estación había dado ya el segundo toque, cuando Neklindoff pudo hablar con el jefe. Este reprochaba algún descuido al sargento mayor, mientras con la mano corta y regordeta se atuzaba el bigote que casi le tapaba la boca.

—¿Qué queréis?—preguntó al príncipe.

—Hay en la expedición una mujer que está de parto, y me parece que...

—¿Ah, sí? Pues bien que pára en paz. Luego ya veremos lo que ha de hacerse,—contestó el oficial, acomodándose en el vagón y moviendo los brazos con gran soltura.

En aquel instante, el jefe del tren que pasaba corriendo, dió una señal con un silbato; en seguida contestó un tercer toque de campana y un rumor de gemidos y de llanto en el vagón de las mujeres.

Neklindoff se acercó á Tarass. Uno á uno desfilaban los vagones enrejados, llenos de cabezas afeitadas de hombre; luego apareció el primer vagón de mujeres; que con la cabeza descubierta se agolpaban á las ventanillas; después, el de la parturienta; por última apareció el de la Máslova. De pie, junto á la ventanilla, miraba atentamente y al ver á Neklindoff le sonrió. Y en aquella sonrisa había algo desgarrador como la expresión de una tristeza infinita.

### XXXIX

Quedaban á Neklindoff todavía un par de horas antes

de subir al tren que debía transportarlo á Siberia. Había pensado aprovechar el tiempo para ver á su hermana; pero los acontecimientos y el trágico de aquel día, de tal manera le habían fatigado, tanta era la pesadez que el calor bochornoso imprimía en su mente, que apenas se hubo sentado en la otomana de la sala de descanso de primera, se sintió acometido por un sueño invencible, y acomodándose entonces lo mejor que pudo, se durmió inmediatamente.

Le despertó un caballero vestido de frac y con una servilleta bajo el brazo.

—Dispensad, caballero, ¿sois el príncipe Neklindoff? Hay una señora que pregunta por vos.

Neklindoff se puso en pie restregándose los ojos y volvieron á su mente las impresiones de aquella mañana; el triste convoy de los penados, su marcha fatigosa á través de la ciudad abrasada por el sol, los muertos, los vagones enrejados en que estaban encerradas tantas personas, los gemidos de la parturienta y la sonrisa desgarradora de la Máslova.

Después adquirió en seguida la posesión de sí mismo y recordó donde se hallaba.

El príncipe observó que cuantos estaban en la sala seguían con curiosidad alguna escena que se desarrollaba fuera, y para enterarse miró á través de los cristales de la puerta.

Un grupo de personas llevaba una señora tendida en un sillón cubierta con un ligero velo. Tanto la fisonomía del primer criado como la del otro, que era un portero con la gorra galoneada, parecióle á Neklindoff que las reconocía; detrás del sillón, una camarera con delantal blanco, llevaba un lío de ropa, algunas sombrillas y una maleta de cuero fino; el viejo príncipe Korchaghin, aparecía después con el pecho saliente, su cuello de apoplético y una gorra de viaje en la cabeza; y por último, la Missy, el primo Mischa y un joven agregado de embajada á quien Neklin-

doff conocía, y en cuyo rostro se veía de continuo una expresión de buen humor inalterable.

Cerraba la marcha el médico, que tenía cara de pocos amigos é iba fumando un cigarrillo. Los Korchaghin, iban á pasar el verano en una propiedad de la hermana del anciano príncipe que estaba ya en el camino de Nigni.

La princesa madre, seguida de la camarera y del médico, fué conducida á la sala reservada á las señoras solas, despertando la curiosidad y el respeto de todos los presentes.

El viejo príncipe se sentó á una mesa y pidió refrescos y viandas al camarero.

Missy y Osten, entraron á su vez en la sala é iban á sentarse, cuando se abrió la puerta, y los dos salieron al encuentro de una señora conocida. Era Natalia Ivanovna, acompañada de Agripina Petrovna.

Entrando en la sala echó una mirada en torno y advirtió casi al mismo tiempo á la Missy y á su hermano; pero después de hacer con la cabeza un signo á éste, fué al encuentro de Missy y la besó.

Luego se volvió hacia su hermano exclamando:

—Gracias á Dios que te encuentro.

Neklindoff se había levantado.

Contestó al saludo de su hermana y después saludó á Missy y á sus acompañantes.

Missy contaba que á consecuencia de un incendio en su quinta, tenía que aprovechar la de su tía, y Osten, siempre de buen humor, refería escenas ridículas de algún incendio.

Neklindoff se volvió hacia su hermana y le dijo:

—¡Cuánto me alegro que hayas venido!

—Hace un rato que estoy aquí,—contestó Natalia.—Yo y Agripina Petrovna te hemos ido buscando por todas partes.

—Me había dormido un momento y no esperaba ya verte. Por eso había empezado á escribirte una carta.

—¿Lo dices de veras?—exclamó Natalia como asustada.

—¿Por qué?

Viendo que el coloquio tomaba un giro confidencial, Missy y los dos jóvenes se alejaron, y Neklindoff se retiró á un ángulo de la sala, cerca de un montón de maletas y baules.

—Ayer, después de haberte dejado,—empezó,—me arrepentí; de buena gana hubiese vuelto para excusarme, pero pensé que tu marido quizá acogiera mal mis palabras... Estuve demasiado brusco con él y este pensamiento me atormentaba.

—Estaba segura de ello,—replicó Natalia.—No podías tú tener una mala intención. Ya sabes que...

En tanto que pronunciaba estas palabras, algunas lágrimas asomaban á sus ojos y con su mano temblorosa, estrechaba la de su hermano.

En aquella frase y en su actitud, revelaba cuán querido le era su hermano, y cuanto la afligía tener un disgusto con él.

Tan claramente se veía aquello, que Neklindoff se sintió conmovido.

—Gracias, gracias, querida Natalia.

Y como si de repente le volviera á su mente la imagen de los dos muertos con evidencia terrible y feroz, añadió entonces:

—¡Ah, si supieras lo que he visto hoy!... Dos prisioneros asesinados.

—¡Cómo! ¿asesinados?

—Sí; con el calor terrible que hacía, les obligaron á andar bajo los rayos del sol... y han caído al suelo en mitad de la calle.

—¿Hoy? ¿Hace poco?

—Sí, hoy, en este momento. Yo mismo les he visto muertos.

—¿Por qué dices que los han asesinado? ¿Quién les ha asesinado?

Neklindoff sintió un acceso de cólera. No era ya aquella su Natalia buena y piadosa; no veía ya sino por los ojos de su marido.

—¿Quién? Los asesinaron los que les conducían á la fuerza á lo largo de la calle,—contestó con ímpetu.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Agripina Petrovna.

—No comprendemos ni podemos formarnos una pálida idea de lo que se hace con esos desdichados. Es preciso verlo.

E involuntariamente, lanzó una mirada al viejo Korchaghin, sentado junto á una mesa ante una botella de Champagne con la servilleta alrededor del cuello.

En aquel mismo instante el anciano gritó:

—¡Eh! ¡Neklindoff! ¿Queréis refrescar? Es muy conveniente antes de emprender un viaje.

Neklindoff rehusó y le volvió la espalda.

—Pero tú,—prosiguió Natalia Ivanovna,—¿qué harás en favor suyo?

—Todo cuanto pueda. No lo sé todavía; pero la conciencia me dice que algo debo hacer para mejorar su suerte; y lo haré.

—Comprendo, comprendo, y,—añadió después con sonrisa maliciosa señalando á la Korchaghin,—¿es posible que todo haya acabado ya con esta?

—Sí, todo ha acabado y creo que sin ningún sentimiento por una ni otra parte.

—Lo siento porque es una muchacha que me gusta mucho.

Luego, bajando un poco la voz, trató de añadir tímidamente:

—¿Por qué tratas ahora de crearte nuevos lazos? ¿Por qué marchas?

—Parto porque el deber me lo impone,—respondió Ne-

klindoff con voz severa y breve, y con el tono de aquel que quiere truncar una disputa enojosa.

Pero de repente se avergonzó de aquella frialdad para con su hermana, y aun cuando estaba presente la anciana ama de llaves, dijo así:

—Quieres aludir á mi decisión de casarme con Katiuscha. Estaba resuelto; pero ella no quiere.

La voz del príncipe tembló como si fuera á prorrumpir en lágrimas, como le ocurría siempre que hablaba de aquel asunto.

—Se opone á mi sacrificio y se sacrifica ella misma. Yo no puedo, yo no debo consentirlo ni un sólo minuto. La sigo, estaré donde ella y procuraré serle útil, y quizá podré mejorar su situación!

Natalia Ivanovna no contestó, y Agripina Petrovna que la miraba como interrogándola con los ojos, inclinó la cabeza.

Entre tanto los criados habían vuelto á sacar á la princesa Korchaghin.

Cuando hubo visto á Neklindoff, le hizo seña de que se acercara y le alargó la mano cargada de sortijas con un gesto cansado y casi asustado, como temiendo un apretón fuerte.

—*Epouvantable!*—dijo refiriéndose al calor.—No puedo resistirlo. *¡Ce climat me tue!*

Luego, después de algunas palabras acerca de la crudeza del clima ruso, y de haber invitado á Neklindoff á su quinta de recreo, ordenó á los criados que la llevaran hacia el andén, y volviendo su rostro largo y descarnado hacia el príncipe, añadió:

—Así, pues, os aguardo... cuidado con faltar.

Los dos criados se dirigieron hacia los vagones de primera clase.

El príncipe, por lo contrario, seguido del faquín que lle-

vaba la maleta y de Tarass, que iba cargado de maletines y sacos, se fué hacia el lado opuesto.

—Ese es mi compañero,—dijo Neklindoff á su hermana señalándole al aldeano.

El mozo de cordel se había detenido ante un carruaje de tercera y arreglaba el equipaje mientras Tarass subía con sus sacos.

—¡Cómo!—exclamó Natalia estupefacta,—¿viajas en tercera?

—Sí, es mucho más cómodo, y además, así no tendré que dejar la compañía de Tarass,—contestó Neklindoff con una sonrisa.

—Quiero decirte aún una cosa,—añadió luego.—Hasta ahora no he renunciado todavía á la posesión de Kusminskoje. Así, al morir, tus hijos serán los herederos legítimos.

—¿Qué dices, Dimitri? Por compasión no digas eso,—protestó Natalia.

—Aun cuando renunciara á ella, todo lo demás sería para tus hijos, porque no creo que me case y si me caso no tendré hijos, de modo que...

—Dimitri, te suplico que no hables así,—protestó aún Natalia.

Pero Neklindoff advirtió claramente la satisfacción que le habían producido sus palabras.

Un tropel de gente estaba ante el compartimiento de los Korchaghin, admirando el lujo de aquella gente. Los rezagados se apresuraban á colocarse y los conductores cerraban bruscamente todas las portezuelas con un golpe seco.

Neklindoff subió al vagón; pero tal era el calor y el tufo, que no pudo resistir y salió á la plataforma. De pie, junto al vagón, al lado de Agripina Petrovna, con un sombrero elegantísimo, Natalia buscaba evidentemente, un asunto de conversación sin encontrarlo.

La recomendación que se hace á todos los viajeros de

que escriban para dar noticias suyas, había hecho reír demasiadas veces á los dos hermanos para que recurrieran á ella, y por otra parte, las pocas palabras acerca de la herencia, habían roto las relaciones de amistad fraternal que les ligaban. Ahora se sentían del todo extraños el uno para otro, así es que experimentaron ambos un alivio al arrancar el tren.

Natalia, acercando la cabeza, pudo aún decir con su voz dulce y triste:

— ¡Adiós, adiós pues!

Pero apenas hubo desaparecido el vagón, sintió un temor, y su rostro se nubló: ¿cómo diría á su marido lo que había hablado con su hermano?

Por su parte, Neklindoff, aun cuando quería mucho á su hermana, sentía que ya no era la joven amorosa y tímida de otro tiempo, comprendía que estaba por completo dominada por su antipático marido, y al advertir que una chispa de alegría pasó por su rostro al hablarle de la herencia, sintió verdadero dolor.

## XL

En el gran vagón de tercera clase, dejado todo el día bajo la acción del sol, se respiraba un aire tan pesado y sofocante, que Neklindoff permaneció largo rato en la plataforma. Pero aun allí el aire estaba viciado, y sólo cuando el tren se puso en marcha, pudo aspirar á gusto y á plenos pulmones.

— Los han asesinado,—se repetía de nuevo, fija la mente en lo que dijera á su hermana.

Y entre todas las impresiones de aquella mañana, volvió con frescura sorprendente la imagen del segundo cadáver, con la sonrisa impresa en sus labios, el reproche grave y severo de la frente...

— Lo más espantoso es que lo han asesinado y no hay quien pueda señalar al matador. Sin duda provino todo

de una orden de Maslennikoff, escrita de su puño y letra, con su rúbrica ridícula... y nadie tiene en concreto la culpa de la desgracia. No tiene ninguna culpa el médico que visitó á los presos, pues no ha hecho más que separar á los sanos de los enfermos, y no podía prever ni la aglomeración de gente ni el calor excesivo, ni que les hiciesen andar en pleno mediodía. ¿El director?... Ese tenía orden de enviar á la estación en tal día y hora un número dado de penados para ir á Siberia; y cumplió la orden. ¿El oficial de la escolta?... Su deber era recibir un cargamento de presos, según una lista revisada por él mismo, y entregar igual número de presos á otra persona; ha guiado una de las conducciones de costumbre y no podía prever que hombres de aspecto muy fuerte y robusto no pudieran resistir una marcha en pleno sol y debiesen morir... Nadie podía preverlo, nadie resultaba culpable de ello y, sin embargo, una vida humana se había extinguido sin responsabilidad para nadie.

—Todo eso ocurre,—pensó Neklindoff;—porque esa gente, gobernadores, alcaldes, médicos, militares, imaginan que pueden tratar como les viene en ganas á todo el mundo. Tanto Maslennikoff como los demás, si no ocupasen los puestos que ocupan, veinte veces se hubiesen preguntado si es justo obligar que camine un hombre bajo este sol; veinte veces hubiesen auxiliado á un hombre cansado y falto de fuerzas, dándole agua y otorgándole unos momentos de descanso. Pero ahora hacen todo lo contrario, y es porque no creen tener ante sí hombres con sus imprescriptibles derechos, sino exigencias de su oficio, que colocan muy por encima de los deberes de humanidad. Ahí está la explicación de tan triste caso. Si se llega á admitir que hay algo que es superior á la ley de amor que gobierna á la humanidad, entonces no hay delito ni crimen que no sean excusables.

Absorto como estaba en sus meditaciones, Neklindoff no advertía el cambio de tiempo: una nube baja, oscura,

hecha girones, había tapado el sol; por occidente avanzaba otra nube gris claro, que á lo lejos, junto al horizonte, se deshacía en una lluvia espesa y polvorienta, que llenaba de humedad la atmósfera.

De cuando en cuando el fulgor de un relámpago disipaba las tinieblas del cielo, y el ruido prolongado del trueno se confundía con el rumor del tren. Algunas gotitas arrojadas de través por el viento, que soplabá con furia cayeron en la plataforma y mancharon de puntos oscuros el sobretodo de Neklindoff, en tanto que las nubes se acercaban más y más.

El príncipe pasó á la plataforma posterior y aspiró con delicia la fresca húmeda del aire y el acre olor que exhalaba la tierra reseca, anhelante de lluvia. Ante sus ojos pasaban como en una visión de sueño, campos y prados, viñas y bosques y plantíos. Y los colores de aquellas tierras, al contacto de la lluvia benéfica, se hacían más brillantes, más relucientes, más vivos.

Neklindoff miraba el paisaje, extasiado ante los campos, las huertas y los jardines, que parecían renacer á nueva vida, bajo la acción de aquella agua vivificante.

—¡Más, más lluvia —exclamaba.

Pero el chubasco duró poco. La nube se había disipado casi por completo, y ahora caían sobre la tierra las últimas gotas, perpendiculares, diminutas. El sol reapareció esplendoroso, y en el horizonte fulguró el arco iris, bajo, donde el color violeta dominaba.

El tren había entrado en una hondonada del terreno y corría entre dos taludes de suave pendiente, cubiertos de matas de distintas hierbas. Neklindoff volvió á sus pensamientos anteriores.

—Quizá,—pensó,—el alcaide, los oficiales y los carceleros eran buena gente antes de tener tales empleos; pero las exigencias del servicio les han convertido en seres despiadados.

Pensó en la indiferencia conque hablaba Maslennikoff,

de lo que sucede en las cárceles, en la aspereza conque el oficial de la escolta negaba permiso para subir á los carros, y permanecía impassible ante los sufrimientos de una parturienta.

Toda aquella gente era tan inaccesible á la piedad, como lo es al agua la tierra recubierta de guijarros. Quizá aquellos guijarros eran necesarios; pero aquella tierra despojada de vegetación, y que hubiese podido producir grano, hierba, arbustos y árboles, como los que coronaban las colinas, le inspiraba profunda tristeza.

—Ocurre entre los hombres lo que con la tierra: quizá esos gobernadores y funcionarios y oficiales son necesarios; pero es horrible ver que unos á otros no se aman ni compadecen los hombres. Estos admiten como ley algo que no lo es, y desprecian y desconocen la ley suprema, eterna, indiscutible, que Dios ha grabado en el corazón de todos los hombres. Quizá esta es la causa del malestar que siento entre ellos; me dan miedo; son terribles, mucho más terribles que los mismos asesinos, porque estos al fin y al cabo pueden experimentar compasión, pero ellos son refractarios á la piedad, como estas rocas lo son á la vegetación. Pugachoff y Raim (dos grandes criminales), tienen fama de desalmados; ¿pero esos no son mil veces más desalmados? Creo que, planteado el problema psicológico: ¿cómo pueden hacer daño hombres de sentimientos religiosos y de buena índole, sin experimentar remordimientos? la única solución es esta: basta hacerles gobernadores, alcaides, carceleros, oficiales; basta que crean que existe una condición, la de funcionario del Estado, para imaginar que les es lícito tratar á las personas como objetos, y para que estimen que la responsabilidad de sus actos no recae sobre un funcionario aislado, sino sobre la masa entera. Fuera de tal condición, no es posible que se cometan delitos como los que hoy he presenciado. Los hombres admiten que en algunos casos puede tratarse al prójimo sin amor; es falso; no existen tales casos. Sin

amor se podrá podar los árboles, labrar piedras, batir el hierro; pero quien, tratando sin piedad á sus semejantes entiende obrar bien, se asemeja al que, tratando á las abejas sin la debida cautela, pretenda no sufrir daño ni causarlo á ellas... Y sería absurdo que fuese de otro modo, porque el amor entre todos los seres humanos constituye la base fundamental de la vida. Y aunque es verdad que no se puede obligar á amar, esto no basta para conferir la facultad de maltratar á nuestros semejantes.

—Si eres incapaz de sentir amor hacia los hombres,—proseguía Neklindoff,—vive solo, ocúpate en tu sola persona, en los objetos de tu alrededor; pero no pretendas mezclarte con ellos, no anheles tratar con ellos. Podrás alimentarte sin perjudicar tu salud; pero tan sólo gozarás comiendo, á condición de que tengas hambre; asimismo podrás tratar con los hombres sin causarles daño; pero tan sólo sintiendo amor hacia ellos conseguirás serles útil. Si empiezas á dejarte guiar por el odio, por la indiferencia, por otros malos sentimientos en tus relaciones con los hombres, como traté yo ayer al marido de Natalia, no habrá fuerza que te detenga en la pendiente; no habrá límite en tu crueldad hacia el prójimo como he podido comprobarlo hoy; no habrá límite alguno de dolor para tí mismo... Esto es el bien; esta es la verdad.

Aquella frescura después del bochorno de la jornada, le producía una sensación agradable; pero mayor placer le causaba haber llegado á la solución del problema que, durante tanto tiempo le había preocupado.

## XLI

El departamenta en el cual viajaba Neklindoff, estaba medio ocupado solamente. Había algunos criados, obreros que volvían de las fábricas, dependientes, un soldado y dos señoras: una joven, otra de mediana edad, con un brazaletes reluciente. Toda esa gente estaba sentada con la

tranquila satisfacción de quien ha conseguido encontrar sitio, y unos comían, otros fumaban, otros hablaban con los vecinos.

Tarass, alegre y satisfecho á juzgar por su aspecto, estaba sentado junto al pasillo, y en tanto que guardaba sitio para Neklindoff, discutía acaloradamente con un hombre que estaba de pie ante él, envuelto en la *poddiovka*, y que era un jardinero que iba á ocupar un empleo que se le había conferido.

Al acercarse á su sitio, Neklindoff se paró un instante ante un hombre anciano, de imponente aspecto, que hablaba con una mujer que parecía una aldeana; un poco más allá estaba sentada una niña de unos siete años, con un *sarafan* (túnica) nuevo, sobre el que caían sus trenzas casi blancas. No alcanzaba á tocar el suelo con los pies, y se entretenía jugueteando con una porción de cachivaches.

Al advertir que Neklindoff la miraba, el anciano recogió los pliegues de su ropa, y en tono muy cortés, le dijo —Sentaos, os lo ruego.

El príncipe se sentó dando las gracias, y la mujer prosiguió la relación de la visita hecha á su marido, que estaba en la ciudad:

—Le había ya visto en carnaval, y ahora Dios me ha permitido que le viera de nuevo. Veremos lo que Dios dispone para Navidad.

—Eso es bueno, —dijo el viejo dando una ojeada á Neklindoff, —eso es bueno. Es preciso ir á verlo de cuando en cuando, porque si no puede caer en los vicios de la ciudad.

—¡Bah! ¡Eso no lo temo! Mi marido no es como los demás; es como una muchacha: me envía hasta el último kopeck que gana... Y ha sido de ver lo contento que se ha puesto al presentarle la pequeña. No sabía como hacérmelo comprender.

La niña, que escuchaba con gran atención á su madre,

volvió hacia el príncipe y el anciano sus ojazos tranquilos é inteligentes, como para atestiguar la verdad de las palabras maternas.

—¡Tanto mejor si es prudente! —exclamó el viejo. —¿Y de esto no está tocado? —señalando con la mirada una pareja, un matrimonio obrero probablemente, que estaba cercano.

El marido, con una botella de aguardiente en la boca, bebía ávidamente; la mujer parecía esperar su turno.

—No, no; mi marido ni bebe ni fuma, —replicó la aldeana, aprovechando la ocasión de hacer nuevo elogio de su esposo. —Os digo, abuelo, que hay pocos hombres como él.

—¡Ciertamente! —replicó el viejo, que miraba al bebedor.

Este había pasado la botella á su mujer, que se la acercó á la boca con sonrisa satisfecha. Pero el obrero al ver que le miraban el viejo y Neklindoff, pareció enfadarse.

—¿Qué miráis, señores? ¿Porqué bebemos? Cuando trabajamos nadie lo ve; cuando bebemos lo ven todos. Pues bien, sí; he trabajado, he bebido y ahora ofrezco de beber á mi consorte. ¿No os parece bien?

—Ciertamente, —dijo Neklindoff, sin saber qué contestar.

—Así, así es, —insistió el obrero. —Mi mujer es muy buena y yo la quiero mucho porque ella me cuida y me quiere. ¿Verdad, Mavra?

—Bien, muy bien; no quiero más, —replicó Mavra, devolviéndole la botella. —¿Qué tonterías estás diciendo?

—Sí, sí, —afirmó el obrero. —Mi mujer es muy buena... pero á veces... empieza á gruñir como un carro sin sebo... ¿Verdad, Mavra?

La mujer levantó el brazo con un gesto de borracha:

—¡Cállate!

—Sí, sí... es muy buena, muy buena... pero hay que atormentarla... Es capaz de hacer... lo que nadie creería...

¿Verdad?... Dispensad señores... he bebido un poco... y ahora... ¿qué debo hacer?

Diciendo esto se estiró sobre la banqueta y apoyó la cabeza sobre las rodillas de su mujer, que le miraba sonriendo.

Neklindoff permaneció aún un rato junto al anciano, que le contaba pormenores de su vida y de sus hijos, que había llevado á la ciudad, y después fué hacia el sito que le guardaba Tarass.

—Sentáos, señor,—dijo el jardinero que estaba en frente de Tarass;—el saco se puede apartar.

—Estrechos pero amigos,—dijo Tarass, y levantando con sus nervudos brazos el saco que pesaba medio quintal por lo menos, lo echó hacia la ventanilla.—¡Hay mucho sitió!... En todo caso se puede estar en pié, ó tenderse debajo de los bancos. ¿Qué se puede desear más?

Tarass tenía la costumbre de decir de sí mismo que cuando no había bebido, no sabía decir una palabra, y que tan sólo en el vino se hallan las buenas palabras. Y efectivamente, cuando no había bebido hablaba muy poco; pero en el caso contrario—como ahora—tenía unas ganas de charlar inagotables. Entonces en sus palabras se revelaba bueno, sencillo, sincero y no desmentían sino que confirmábanlas, su sonrisa afable y la mirada de sus ojos azules.

Al llegar Neklindoff, contaba la historia de su mujer con gran copia de detalles. Durante un momento se interrumpió; pero luego volvió á su relación, y como Neklindoff no sabía todos aquellos detalles, escuchaba con gran atención.

—Estoy explicando como ocurrió la desgracia,—dijo volviéndose hácia Neklindoff, con acento de cariñosa amistad.—He encontrado un hombre de corazón y se lo explico.

—Bien, bien,—dijo Neklindoff.

—Así se descubrió la coza, querido. Mi madre tomó la

pasta y dijo:—Ahora voy al *uriadnik*.—Pero mi padre que es un hombre muy bueno, trató de disuadirla diciendo que Fedossia era una muchacha; pero mi madre no quiso escucharle y dijo: —Si la tenemos en casa, un día nos mata á todos como si fuéramos cucarachas.—Y se fué á ver al *uriadnik*, que vino en seguida.

—Y tú, ¿qué hacías?—preguntó el jardinero.

—¿Yo? Estaba en la cama, gritando como un condenado porque me ardía el vientre, y no podía decir ni una palabra. Entonces mi padre puso en el carro á Fedossia y la llevó primero al *stanvoi*, y luego al juez instructor. Confesó todo; cómo se había procurado el arsénico, como lo había mezclado con la harina, y al preguntarle el juez que porque lo había hecho, contestó que yo le era odioso y que prefería ir á Siberia que vivir conmigo.

—Así, pues, la pusieron en la cárcel y mi padre volvió solo á casa. Pero luego vino el tiempo del trabajo del campo, y en casa no había más que una mujer, débil y vieja. Entonces pensamos pedir que se pusiera á Fedossia en libertad provisional. Mi padre fué á ver á uno, pero no obtuvo nada; vió á otro tampoco. Al cabo topé yo con uno que me dijo:—Por cinco rublos te lo arreglo.—Quedamos convenidos en tres. Le di el dinero y todo fué al pelo. Como estaba ya curado, fui yo mismo á buscarla. Llego á la ciudad, dejo la yegua en una hostería y voy á la cárcel con mi carta en la mano.

—¿Qué quieres?—me pregunta uno.

—Vengo porque aquí está presa mi mujer,—contestó.

—¿Tienes los papeles?

—Yo se los enseño, él me mira con gran cuidado y me dice:

—¡Espera!

Y se marcha. Yo me siento y espera que esperarás. Al fin salió un jefe:

—¿Eres tú, Verguschoff?

—Sí, yo soy.

—Entonces, tómala.

Y han abierto la puerta de la cárcel, y la han sacado vestida con su traje.

—Vámonos, dijo yo.

—¡Cómo! ¿has venido á pié?—pregunta ella.

—No, tengo un caballo. Fuimos á la posada; pago la cuenta, engancho el animal, tomo el heno necesario, ella se sienta y no habla, y yo tampoco digo nada y nos marchamos.

Al estar cerca de casa, me pregunta:

—¿La madre vive?

Yo contesto:

—¡Vive!

—¿Y el padre vive?

—¡Vive!

—Perdóname mi locura, Tarass,—dice después,—¡había perdido la cabeza!

Yo replico:

—¡Qué perdón ni qué ocho cuartos! Todo eso pasó y no vale la pena de hablar de ello.

Así llegamos á casa. Al entrar se echa á los piés de mi madre que le dice:

—¡Dios te perdonará!

Y el abuelo añade:

—No hablemos de lo pasado, sino del porvenir. Todo va bien, muchacha; el trigo crece que es una bendición; hay que trabajar para recogerlo.

Y al día siguiente se puso á trabajar con tanto ardor que todos nos asombramos. No paraba un momento á mi lado, haciendo cuanto yo hacía. Ataba las gavillas ó empuñaba la hoz y trabajaba de tal modo que debía contenerla. Por la noche, al llegar á casa, antes de cenar aún arreglaba cuanto podía.

—¿De modo que después fué muy buena?—preguntó el jardinero.

—¡Mejor que ningunal! Me quería tanto que éramos un

alma en dos cuerpos. Mi madre decía á veces.—¡Parece que nos hayan cambiado á nuestra Fedossia; es ya otra mujer!

Una vez estábamos en el campo, y yo le pregunto:

—¿Por qué se te metió aquello en la cabeza?

Y ella me responde:

—No quería vivir contigo y he pensado: vale más la prisión ó la muerte que vivir con él.

¿Y ahora? pregunté:

—Ahora te llevo en el corazón.

Tarass se interrumpió un momento, inclinó la cabeza y prosiguió con acento de asombro:

—Habíamos casi terminado los trabajos del campo, y sólo faltaba cortar y macerar el cáñamo... Llego á casa y hallo una orden del tribunal... ¡Y decir que ya nadie se acordaba de aquello!...

—Habrà sido el diablo quien lo ha hecho,—quiso explicar el jardinero.—Sólo él puede tener interés en perder un alma... También he conocido yo á un hombre...

Una parada del tren le cortó la palabra.

—Estamos en una estación,—dijo.—Vamos á beber.

La conversación cesó y detrás del jardinero también bajó Neklindoff, y pisó el suelo mojado de la estación.

## XLII

Aún antes de bajar de su compartimento, Neklindoff había visto tres ó cuatro coches elegantes con caballos de lujo que hacía sonar los cascabeles de sus colleras. Luego, ante un vagón de primera clase, vió á un grupo de personas entre las cuales le llamaron la atención una señora alta y gorda, con un sombrero muy vistoso, y un joven alto y delgado con traje de ciclista, seguido de un perro con un collar muy rico y reluciente. Detrás del grupo había muchos criados y un cochero que casi desaparecía bajo un montón de abrigos de todas formas y colores.

En torno de ellos se había formado el acostumbrado círculo de curiosos y admiradores serviles de la riqueza; el jefe de la estación, un guardabosque, una señora alta y chupada con un collar de perlas falsas, que no perdía ninguna llegada de tren, un telegrafista y varios viajeros.

Neklindoff no tardó en reconocer á los Korchaghin; aquella señora ala y gorda era la que les ofrecía hospitalidad. Entre tanto el jefe de la estación había abierto la portezuela y por ella salieron los otros Korchaghin. Las dos hermanas se saludaron y cruzaron algunas palabras en francés á propósito de si era mejor servirse de un carruaje cerrado que de una calesa; luego todos se alejaron, seguidos de la camarera que llevaba las sombrillas.

Neklindoff que quería evitarse nuevos saludos, se paró un momento y luego siguió al viejo Korchaghin que hablaba con su cuñada. Oyó palabras sueltas de la conversación y una le impresionó. La dijo en francés el viejo Korchaghin.

—*Oh! il est du vrai grand monde, du vrai grand monde!*

En el momento en que desaparecían los cuñados á través de un grupo de cabezas que se inclinaban á su paso, llegaron á la estación una veintena de obreros, calzados con zuecos y llevando un hato de ropa en la espalda. Con paso firme y resuelto se aproximaron al primer departamento que hallaron libre é iban á subir cuando un conductor les rechazó con malos modos. Sin extrañarse, sin vacilar un momento se dirigieron al departamento cercano. Habían ya empezado á subir cuando otro conductor les hizo volver atrás. Los obreros que ya habían subido se apresuraron á bajar, y siempre con el mismo paso firme y resuelto fueron hacia otro coche. Era el de Neklindoff; el conductor ya les decía que no cogían cuando intervino el príncipe y dijo que en el vagón había sitio y que podían subir. El mismo subió detrás de ellos.

Pero el hombre de mediana edad con la escarapela en el sombrero y los dos señores al advertir que los obreros iban

á quedarse allí, protestaron y les intimaron que se fuesen: Confusos, aterrados, casi sintiéndose culpables, los operarios se apresuraban á salir tropezando por todas partes con los sacos pesados, dispuestos á ir hasta el último coche del tren ó hasta el fin del mundo si era preciso, hasta encontrar sitio.

— ¡Eh! ¿A dónde váis, torpes? ¿No véis que hay sitio? — les gritó un conductor saliéndoles al encuentro.

— *Voilà, encore des nouvelles*, — exclamó de repente la más joven de las dos señoras, pensando que Neklindoff no podría por menos de fijarse en la fuerza de su acento al hablar en francés. La otra murmuró algunas palabras acerca del p'acer de estar en compañía de unos campesinos que huelen á estiércol y á tierra.

Los obreros, con la calma y alegría de las personas que han salido victoriosas de un peligro serio, se sentaron al cabo, echando al suelo los sacos que llevaban en hombros. Tres de ellos se sentaron enfrente y al lado de Tarass; pero cuando Neklindoff se acercó su aspecto señorial les produjo tal confusión que instintivamente se levantaron para marcharse. El príncipe se opuso y quedó de pié á su lado, apoyándose en el brazo de uno de los bancos.

Uno de los obreros, hombre de unos cincuenta años, cambió una mirada de asombro y de espanto con un joven que estaba sentado enfrente de él. Que un caballero como Neklindoff, en vez de insultarles y echarles, como era de esperar, les tratase con amabilidad, y les cediera el sitio, era una cosa que les maravillaba, y les hacía pensar si aquello ocultaba alguna mala intención.

Pero cuando oyeron conversar á Neklindoff con Tarass, se tranquilizaron y haciendo sentar á un muchacho sobre unos sacos, se empeñaron en que el príncipe ocupara de nuevo su sitio.

Primeramente el obrero ya entrado en años estaba respetuosamente distante, alejando cuanto podía sus pies para no tocar á aquel caballero tan afable; luego poco á

poco empezó á hablar con Neklindoff y Tarass con tal familiaridad que de cuando en cuando daba golpecitos amistosos en las rodillas del príncipe. Hablaba de sí, de su existencia, de su trabajo que les obligaba á estar á él y á sus compañeros, metidos en agua hasta las rodillas de sol á sol, para ganar unos diez rublos en dos meses.

—Es una vida pesada y dura para quien no tiene la costumbre; pero una vez acostumbrado, ¡paciencial!—decía.—La cuestión es que los alimentos sean sanos. Al principio eran malos; pero todos protestamos, nos los dieron mejores, y ahora nos parece más fácil el trabajo.

Prosiguió explicando que hacía ya veintiocho años que trabajaba lejos de su casa; que cuando volvía á ella llevaba todo lo que había ganado, que entregaba primero al padre, después á su hermano mayor y ahora al sobrino que cuidaba de la casa. Para él no se quedaba sino dos ó tres rublos; lo necesario para comprar tabaco y cerillas.

—Alguna vez, —añadió con el tono del que se considera cogido en falta,—cuando estoy muy cansado, bebo un poco de aguardiente.

Contó después que sus mujeres cuidaban de la casa; que su capataz antes de partir les había regalado cinco litros de aguardiente para todos, que un compañero había muerto y que llevaban otro enfermo; y lo señaló á Neklindoff en un ángulo del vagón.

Era un joven con los labios violáceos, reducido á tal extremo por la fiebre.

—En todo el tiempo que he viajado, no he encontrado jamás un señor parecido,—dijo volviéndose hacia Tarass —no sólo no os echa, sino que os cede el sitio: se vé que hay señores de todas clases.

Neklindoff se acercó al enfermo; pero vió en su mirada tal gravedad que no quiso molestarle con preguntas: se limitó á aconsejar al anciano el uso de la quinina y escribió el nombre en un papel. También quería hacerle aceptar

algunas monedas, pero el obrero no quiso, diciendo que ya tenía él, dinero, si era menester.

Neklindoff miraba entre tanto aquellos miembros secos y musculosos, aquellas caras bronceadas por el sol, aquellos vestidos groseros cosidos en casa y se sentía entre gente nueva, ocupada en intereses realmente serios, animada por la alegría y los dolores que acompañan una vida de verdadero trabajo.

—Sí,—pensaba,—es un mundo distinto de aquel en que he vivido hasta ahora, un mundo nuevo, *le vrai grand monde*.

Y al volver á la memoria la frase oída al viejo Korcha-ghin, sintió una vez más profundo disgusto hacia aquella sociedad ociosa y frívola, con sus mezquinos intereses. Y experimentó la inmensa alegría del navegante cuando descubre en el horizonte una nueva tierra, ignorada, llena de promesas deliciosas.

---

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

---



---

---

## TERCERA PARTE

---

---

### I

El convoy de penados de que formaba parte la Máslova había recorrido más de cinco mil verstas. Hasta Perm, el convoy había viajado en ferrocarril y en vapor, y la Máslova había permanecido en compañía de los criminales de derecho común. Pero en Perm, Neklindoff pudo obtener que pasara á la sección de presos políticos. La idea de ese cambio fué sugerida por Vera Bogduhovska que formaba parte de la misma conducción.

El viaje hasta Perm había sido muy penoso para la Máslova, tanto física como moralmente. Físicamente había padecido de falta de aire, del hedor y de la persecución de repugnantes insectos que se encarnizaban contra ella; moralmente había sufrido quizá aun más por la persecución de los hombres, no menos repugnantes que aquellos insectos, y no menos encarnizados. A cada etapa había tenido que rechazar innobles proposiciones que no le dejaban un momento de reposo y cuyo recuerdo le repugnaba.

Entre presos y presas y los guardianes del convoy y aun los jefes, se habían establecido, como de costumbre,

relaciones de un cinismo tan descarado que toda mujer, y particularmente toda mujer joven, debía estar alerta noche y día si no quería ponerse al diapasón de la corrupción general y aprovecharse de ella.

Nada tan fatigoso como ese estado de inquietud constante, sin contar con que la Máslova estaba mucho más expuesta todavía que sus compañeras, tanto á causa de los encantos exteriores de su persona, como por lo que sabían de su pasado. La negativa obstinada con que acogía esas proposiciones, era considerada como una afrenta; de modo que de día en día había visto aumentar la malevolencia contra ella. Su situación hubiera acabado por ser intolerable á no ser la compañía y la amistad de Fedossia y de Tarass que, sabiendo los continuos asaltos que sufría la virtud de su mujer, para protegerla mejor, se había hecho admitir entre los presos desde Nijni Novgorod.

La situación de la joven había mejorado mucho desde que fué admitida entre los presos políticos. No solamente éstos estaban mejor alojados y alimentados que sus compañeros de conducción, no sólo encontraba entre ellos la Máslova menos grosería y rudeza, sino que su admisión entre ellos la había libertado de toda agresión, y así pudo olvidar su pasado que antes de continuo le recordaban los otros presos con feroz ironía. No era esto todo. Su cambio de sección le había proporcionado otra ventaja preciosa; la de hacerle conocer personas que no tardaron en ejercer sobre ella decisiva influencia.

El favor solicitado en nombre de ella por Neklindoff consistía únicamente en habitar y dormir durante las etapas con los condenados políticos; de una á otra etapa continuaba andando á pie como los demás penados de derecho común. Con ella iban dos condenados políticos: María Paulovna Ketinin, la hermosa joven de ojos azules que Neklindoff había visto en el locutorio de la prisión, y Simonson, un hombre bajito y moreno, con grandes ojos muy hundidos.

María Paulovna caminaba á pie porque había cedido su sitio en el coche á una penada de derecho común que estaba en cinta. Simonson, porque consideraba injusto aprovechar un privilegio fundado en la distinción de las clases sociales. Los tres tenían que levantarse antes que los demás penados políticos para formar parte del cortejo de los criminales de derecho común. Así habían llegado á una etapa en que un nuevo oficial de policía tomó la dirección del convoy.

Aquella madrugada de Septiembre era húmeda y sombría. La nieve alternaba con la lluvia y á veces soplabá un viento helado. Todos los presos que debían marchar á pie, cuatrocientos hombres y unas cincuenta mujeres, llenaban el patio del cuartel. Unos se agolpaban al rededor del jefe de la conducción que les distribuía la paga del día; otros compraban provisiones á las mujeres que se había permitido penetrar en el patio. El ruido de voces que había en éste era ensordecedor; los penados contaban su dinero, charlaban ó se peleaban entre ellos ó con las vendedoras.

La Máslova y María Paulovna,—ambas vestidas con capas cortas y calzadas con botas y un gran pañuelo en la cabeza,—salieron de la pieza en que habían dormido y se dirigieron hacia el sitio del patio en que estaban las vendedoras que tenían de manifiesto su mercancía; panes frescos, pescados, pasteles, trozos de vaca, huevos, leche: una de ellas ofrecía un lechoncito asado.

Simonson, con una blusa de caucho y calzando zuecos,—pues era vegetariano y no admitía que se pudiera utilizar la carne ni el cuero de los animales,—también estaba en el patio esperando la orden de marcha. De pie, cerca de la puerta de salida, anotaba en su libro de memorias, una reflexión que se le había ocurrido.

Decía así:

«Si un microbio pudiera observar y estudiar una uña humana, deduciría que esta uña forma parte de un con-

junto inorgánico. De la misma manera razonamos cuando después de estudiada la corteza exterior del globo, afirmamos que la tierra es un sér inorgánico.»

La Máslova metía en su saco los huevos, el arenque y el panecillo que acababa de comprar y María Paulovna acababa de pagar á la vendedora, cuando un movimiento súbito se produjo en el patio. Los soldados acababan de alinearse cerca del oficial y se iba á proceder á las formalidades que se cumplían cada mañana antes de la partida.

Siguiendo la costumbre cotidiana, los prisioneros se contaron; se examinó el estado de sus cadenas, se les puso esposas á los que debían ir de dos en dos. Pero de repente, rompiendo la monotonía habitual de aquellas formalidades, se oyó un grito de cólera lanzado por el oficial y el llanto de un niño. Reinó luego un profundo silencio en el patio; después un sordo murmullo corrió de un extremo al otro. La Máslova y María Paulovna corrieron á informarse de lo que pasaba.

## II

Al aproximarse al grupo formado en el centro del patio vieron lo siguiente: el oficial, un hombre alto y robusto, con largos bigotes rubios se limpiaba el puño derecho, rojo de sangre y con la cara furiosa no cesaba de vomitar injurias contra un preso que de pie ante él se cubría con una mano su rostro magullado y sangriento, en tanto que con la otra estrechaba contra su pecho una niñita envuelta en un chal que lloraba y gritaba con todas sus fuerzas. El preso tenía la mitad de la cabeza afeitada: era un hombre alto y delgado, vestido con una túnica demasiado corta y con un pantalón que le llegaba á media pierna.

—¡Ya te enseñaré yo á razonar!—decía el oficial mezclando injurias á cada una de sus palabras.—¡Ea! ¡deja la niña en el suelo! ¡Y á tomar las esposas!

Aquel forzado había obtenido tener las manos libres los días anteriores durante para poder llevar á su hijita, cuya madre murió del tífus en una de las etapas. Pero aquel día, el nuevo oficial, que estaba de mal humor, habla exigido que se le colocaran las esposas; protestó el penado y el oficial le soltó un puñetazo en el ojo.

Al otro lado del oficial había un enorme forzado de barba negra que con una esposa en una de las manos, miraba con aire aburrido tan pronto al oficial como á su compañero.

El oficial, sin embargo, dió orden de llevarse á la niña y de poner las esposas al padre. De entre la multitud se escapaba un rumor cada vez más fuerte.

— ¡Desde Tomsck tenía las manos libres!—decía una voz aguardentosa en las últimas filas.—¡No se trata de un perro, sino de un niño!

—¡Esta niña se va á morir!—decía otra voz.—Eso no lo manda la ley.

—¿Qué? ¿Qué?—gritó el oficial, volviéndose como si le hubiera mordido una avispa.—Ya te enseñaré yo á hablar de la ley. ¿Quién ha hablado? ¿Eres tú? ¿O tú?

—Todos hemos hablado, porque...—dijo un prisionero que estaba en primera fila.

—¿Ah, eres tú?

Y el oficial empezó á pegar á diestro y siniestro.

—¡Ah! ¿os rebeláis? Os voy á enseñar lo que se hace cuando hay una revuelta. Os mataré como perros y los jefes me darán las gracias por haberlo hecho. Ea, que se lleven á esa niña.

La multitud calló. Uno de los soldados cogió á la niña, que gritaba sin tregua; otro puso las esposas al preso, que humildemente alargaba las manos.

—¡Que se dé esa niña á las mujeres!—dijo el oficial al soldado.

La niña, roja de cólera, braceaba furiosamente, tratando de sacar sus manos del chal que la envolvía. En aquel

instante, María Paulovna atravesó la multitud y se acercó al oficial.

—Caballero,—dijo,—si me lo permitís, yo llevaré la niña.

—¿Quién eres tú?—preguntó el oficial.

—Soy de la sección de presos políticos.

El lindo rostro de María Paulovna con sus ojos azules y su pelo negro, causó impresión al oficial que se había fijado ya en la joven momentos antes. La miró un instante y luego bajó los ojos con aire embarazado.

—¡Llevala si queréis! Tenéis buen gusto vosotros de compadecer á esos miserables. Si se escapan, no seréis vosotros quienes tengáis que responder de ellos.

—¿Cómo queréis que se escape si lleva un niño en brazos?—exclamó María Paulovna.

—No tengo que discutir con vos. Tomad la niña si queréis, y andando.

—¿Puedo dar la niña?—preguntó el soldado.

—Sí, en seguida.

—¡Ven conmigo!—dijo María Paulovna á la niña, tratando de tomarla al soldado.

Pero la criaturita no quería ir sino con su padre y continuaba forcejeando y chillando.

—Esperad, María Paulovna. Me conoce á mí, y quizá consentirá en que la tome,—dijo la Máslova sacando un panecillo del saco.

La niña conocía á la Máslova, y desde que la vió cesó de gritar y fué de buen grado con ella.

Hubo un nuevo silencio. Las puertas del patio se abrieron, salió el convoy y los presos se pusieron en filas. La Máslova, que tenía la niña en brazos, cambió algunas palabras con Fedossia, que estaba algunas filas más adelante.

De repente Simonson, que asistiera sin decir una palabra á toda aquella escena, se adelantó con paso resuelto hacia el oficial, que ya estaba en su coche.

—¡Habéis obrado mal, caballero oficial!—le dijo.

—¡Id á vuestra fila! ¡Ese no es asunto que os incumba!

—¡Debo deciros lo que es; y os repito que habéis obrado mal!—replicó Simonson mirando fijamente al oficial bajo sus espesas cejas negras.

—¿Estamos? ¡De frente, marchen!—gritó el oficial, después de mirar á Simonson y de encogerse de hombros.

Arrancó el convoy y se puso en marcha á lo largo del camino fangoso, que tenía á ambos lados un foso lleno de agua.

### III

Después de la vida corrompida y vergonzosa que la Máslova llevara durante ocho años, primero en compañía de prostitutas y luego de criminales, la vida actual junto á los presos políticos no podía dejar de serle agradable á pesar de lo penosas que eran las condiciones en que se encontraba. Las veinte verstas que andaba á pie todos los días de marcha, los frecuentes reposos, pues la conducción tenía un día de descanso después de dos de marcha, la buena alimentación, la posibilidad de dormir en una buena cama, todo eso la daba fuerzas y la rejuvenecía, en tanto que por otra parte, la sociedad de sus nuevos compañeros la revelaba motivos de interés que antes no sospechara.

No solamente no había conocido hasta entonces personas tan «extraordinarias»,—según su expresión,—como esos revolucionarios cuya vida compartía, sino que hasta ignoraba que hubiera en el mundo personas parecidas. De buenas á primeras encontró extraños los móviles de esas personas; pero bien pronto las había comprendido, y con su naturaleza de aldeana los admiró de todo corazón. Habían comprendido que esas personas tomaban el partido del pueblo contra la autoridad, y como sabía que algunas de ellas pertenecían á la clase gobernante, la idea de que

habían sacrificado en favor del pueblo sus privilegios, su libertad y su vida, hacía crecer de punto su admiración.

Admiraba á todos sus nuevos compañeros; pero más que á los otros á María Paulovna; y no solamente la admiraba, sino que sentía por ella una verdadera pasión, mezcla de respeto y de entusiasmo. Le había asombrado desde el primer día ver cómo aquella hermosa joven rica, instruída, noble, hija de un general, vestía como una simple aldeana, distribuyendo á todos los demás el dinero y efectos que le enviaba su padre, ataviándose de modo que parecía querer ocultar cuanto pudiera su belleza natural.

Más tarde, aun cuando no había una sola de las cualidades de María Paulovna que no maravillara á la Máslova, ninguna la asombraba tanto como la ausencia completa de toda coquetería. No es que María Paulovna no supiera que era hermosa, y la Máslova creyó adivinar que la convicción de ser hermosa la causaba placer; pero lejos de regocijarle la impresión que su belleza producía en los hombres, la temía, experimentando una verdadera repulsión por todo lo que de lejos ó de cerca pudiera parecer amor.

Lo sabían sus compañeros y hasta los que se sentían atraídos hacia ella procuraban no dejarlo comprender. Entre todos los del partido había la costumbre de portarse con ella como si hubiera sido un hombre; pero fuera de su partido, muchas veces los hombres la habían perseguido con sus galanterías, y alguna que otra vez tuvo que valerse de la fuerza de sus puños para rechazarlos.

—Un día,—contaba riendo á la Máslova,—hé aquí que un caballero me pára en la calle, me coge por el brazo y de ninguna manera quería soltarme. Entonces le sacudí de tal manera, cogiéndole por los hombros, que tuvo miedo y escapó á todo correr.

Contó igualmente á la Máslova cómo se había hecho revolucionaria. Desde niña sentía ya poquisima inclina-

ción hacia el modo de vivir de los ricos y por lo contrario le gustaba mucho la vida de la gente pobre. Siempre tenían que reñirla porque pasaba todo el día en la despensa, en la cocina, en el establo, en vez de estar en el salón. Sin saber por qué, me distraía con la cocinera y me aburría con las señoras. Cada día advertía más cuán estúpida era la vida que me querían hacer llevar. Mi madre había muerto cuando yo era muy niña y mi padre no se cuidaba de mí. Cuando tuve diez y nueve años me escapé de mi casa con una amiga y entramos de obreras en una fábrica.» No había permanecido mucho tiempo en aquella fábrica; había ido al campo, luego había vuelto á la ciudad, se hizo propagandista con gran entusiasmo y acabó por ser detenida y condenada á trabajos forzados. María Pavlovna no añadía, pero la Máslova lo supo muy pronto, que su condena provenía de haberse declarado autora de un asesinato que en realidad no cometió.

Donde quiera que estuviese, en cualquier situación que se encontrara, María Paulovna no se cuidaba de sí y sólo pensaba en los medios de ser útil á los demás. Uno de los revolucionarios que formaban parte de la conducción, Novodvoroff, decía de ella bromeando, que se había consagrado al «sport de la beneficencia». Era verdad. De la misma manera que la única preocupación del cazador consiste en levantar caza, de igual modo el único objeto de la vida de aquella joven era advertir una ocasión de servir á alguien. Tal «sport» había llegado á ser una costumbre inveterada en ella. Lo practicaba tan sencillamente, que cuantos la conocían acabaron por no admirarse y por aprovecharlo como una cosa natural.

Cuando la Máslova se había unido al grupo de los presos políticos, María Paulovna había experimentado por ella cierto disgusto. La Máslova, que lo advirtió en seguida, notó también que la joven, haciendo un esfuerzo, tenía para con ella mayores deferencias que para los demás. Estas deferencias que le guardaba una criatura que le pa-

recía superior al resto de los hombres, conmovieron tan profundamente á la Máslova, que se entregó por completo á la joven, adoptó ciegamente todas sus ideas, y sin saberlo, únicamente soñó en parecérsele.

Aquella afección apasionada conmovió á María Paulovna, que sintió gran amistad por la Máslova. Les unía un sentimiento común: ambas experimentaban la misma adversión por el amor sexual. La única diferencia estribaba en que la Máslova sentía aquella adversión después de haber medido todo el horror de aquella pasión, en tanto que María Paulovna la experimentaba porque consideraba tal pasión como una cosa á la vez incomprensible y fea, un obstáculo para la realización del elevado ideal humano que se había formado.

## VI

La profunda influencia ejercida por María Paulovna sobre la Máslova, provenía de que ésta amaba apasionadamente á aquélla.

Pero otra influencia se ejercía al propio tiempo sobre la joven; la de Simonson.

Y ésta provenía de que Simonson amaba de veras á la Máslova.

Todos los hombres viven y obran en parte según sus propias ideas, y en parte según las ideas de los demás. Una de las principales diferencias entre los hombres, consiste en la medida en que se inspiran en sus ideas ó en las ajenas.

Unos se limitan á servirse como por juego de sus propias ideas; emplean su razón como las ruedas de una máquina cuando se ha quitado la correa que las une unas á otras, es decir, sin provecho; pero en todos los casos graves, cuando verdaderamente tienen que resolver algo importante, se atienen á las ideas ajenas que bautizan con los nombres de «uso,» «tradición,» «conveniencias,» «ley.»

Otros, en menor número, consideran su propia razón como principal guía de su conducta, y se esfuerzan en seguir los consejos que su razón les dá. A esta segunda categoría pertenecía Simonson. Nunca tomaba consejo sino de su propio pensamiento, y lo que había decidido hacer, lo hacía.

Su razón le había afirmado, cuando aún estaba en el colegio, que la fortuna que poseía su padre, rico magistrado era injustamente adquirida; y en seguida declaró á su padre que aquella fortuna debía ser restituida al pueblo.

Luego, como su padre en vez de escucharle le había reñido, abandonó la casa paterna y renunció para siempre á las ventajas de su condición. Había decidido en seguida, inspirándose siempre en su razón, que todos los males que se padecían en Rusia, tenían por causa única la ignorancia del pueblo; y en su consecuencia, apenas salido de la Universidad, se hizo nombrar maestro de escuela de una aldea, y allí explicó lo mismo á sus discípulos que á todos los aldeanos, cuanto creía que debían saber.

Le arrestaron y juzgaron.

En el momento de comparecer ante el tribunal, decidió que los jefes no tenían derecho ninguno á juzgarle, y así se lo dijo.

Como los jueces, sin admitir su tesis se empeñaban en juzgarle, tomó el partido de no contestarles; y en efecto, no dijo una palabra hasta que terminó el proceso. Declarado culpable, había sido condenado á deportación en una pequeña ciudad del gobierno de Arkangelsk.

Allí se había fabricado una doctrina religiosa que desde entonces informó toda su conducta. Tal doctrina consistía en admitir que todo en el Universo era viviente, que la muerte no existía, que todos los objetos que nos parecen inanimados no son sino partes de un gran conjunto orgánico, y que por consecuencia el deber del hombre es

mantener la vida de ese gran organismo en todas sus partes.

Deducía de ahí que era criminal atentar á la vida en cualquier forma; no admitía, pues, ni la guerra ni las prisiones, ni la muerte de los animales.

Tenía también una teoría propia acerca del matrimonio y de las relaciones sexuales. Consideraba éstas como inferiores, y decía que la preocupación de hacer hijos, (pues el amor se reducía á eso), sólo servía para desviar-nos de un objeto más útil y digno de nuestros cuidados, cual es, el de socorrer los seres ya vivientes y hacer así más perfecta la vida del Universo. Los hombres superiores, á juicio suyo, evitando las relaciones sexuales, se asemejaban á esos glóbulos de la sangre, cuyo destino consiste en auxiliar las partes enfermas del organismo. Y después de haber adoptado tal teoría, conformó á ella todos sus actos, bien que hubiese obrado de un modo distinto durante su juventud.

El amor que experimentaba por la Máslova, parecía que debía ponerle en desacuerdo con sus principios; pero había decidido que aquello no era sino una contradicción aparente, pues se proponía no amar jamás á la Máslova, sino con amor fraternal y que tal amor, lejos de estorbarle para ser un bienhechor de la humanidad, le servía por lo contrario, de punto de apoyo.

No solamente se atenia á su propia razón para resolver todos los problemas teóricos, sino que lo mismo hacía en la práctica.

Acerca de todos los detalles de la vida, tenía teorías propias que seguía obstinadamente; acerca de las horas que se debía trabajar y descansar, sobre la manera de alimentarse, sobre el modo cómo debía vestirse, acerca del mayor medio del alumbrado, como también de calefacción, etcétera.

Apesar de todo, Simonson era por naturaleza muy tímido.

Nunca trataba de exhibirse, de hacerse valer, de imponer sus opiniones á otros. Pero cuando había decidido que debía hacer algo, nadie en el mundo era capaz de impedirlo.

Tal era el hombre que de todo corazón se enamoró de la Máslova.

Esta con su perspicacia de mujer, adivinó en seguida la impresión que produjera: y la idea de que había inspirado amor á un hombre tan «extraordinario,» la realzó á sus propios ojos.

Cuando Neklindoff le ofreció casarse con ella, comprendió que era por grandeza de alma, por reparar su antigua falta; en tanto que Simonson la amaba tal como era actualmente y la amaba porque sí, porque la amaba.

Decíase que para amarla así, Simonson debía considerarla como una mujer distinta de las otras, teniendo cualidades morales de que las demás carecían. Lo que eran esas cualidades no acertaba á adivinarlo; pero á fin de justificar la alta opinión que debía tener de ella, se esforzaba en hacer nacer en ella los mejores sentimientos que era capaz de imaginar; de modo que bajo la influencia de Simonson, se esforzaba en ser tan perfecta como su naturaleza se lo permitía.

Pero aquello había empezado ya desde mucho tiempo atrás.

En el patio de la prisión, la Máslova se había fijado en la insistencia con que la miraban los cándidos ojos azules de aquel preso que llevaba una túnica de caucho, y desde entonces había comprendido que aquel hombre que la miraba de un modo tan raro, debía de ser un sér muy extraño.

Se había fijado también en el extraordinario contraste que formaba en el mismo rostro la austera severidad de la frente y de las cejas, con la dulzura infantil que se leía en los ojos.

Más tarde en Tomsk, cuando consiguió ingresar entre

los condenados políticos, volvió á ver á su extraño adorador.

Y aún cuando no hubiesen cambiado hasta entonces ni una palabra, las miradas de uno y otro bastaron para unirles por medio de una amistad especial. Así es que aún cuando no hubiese habido entre ellos ningún coloquio íntimo, la Máslova comprendía que cuando Simonson hablaba en su presencia, sus palabras se dirigían directamente á ella, y que por ella era por lo que se esforzaba en hablar despacio y lo más claramente posible. Le escuchaba con alegría, y él no se cansaba de hablar para ella, sobre todo, durante las largas marchas que hacían á pie, detrás del convoy de los criminales.

## V

En el largo trayecto de la conducción desde la salida de la cárcel de Perm, Neklindoff no había podido ver sino dos veces á la Máslova.

La había visto una vez en Nijni Novgorod, en un locutorio enrejado, y otra vez en Perm, también en un locutorio.

Las dos veces la había hallado silenciosa y fría. Cuando le había preguntado si necesitaba algo, le contestó con tono seco y embarazado, que le recordó la malevolencia con que le acogiera la primera vez en la prisión. Le había apenado mucho aquella disposición hostil, no sabiendo que provenía sobre todo de la irritación que producían en ella las instancias y persecuciones de los hombres. Temía que bajo la influencia de las condiciones inmorales en que se hallaba, recayera en su abatimiento y su odio hacia sí misma y hacia los otros.

Temía que de nuevo le odiara y se diera á la bebida y al tabaco.

Pero no podía hacer nada para ir en su auxilio, pues los jefes del convoy se habían opuesto á que la viera. Únicamente advirtió cuán infundados eran sus temores cuando consiguió hacerla ingresar en la sección de los presos políticos.

Desde la primera entrevista que tuvo con ella en Tomsk, la había hallado tal como era en sus últimas visitas de la cárcel.

Lejos de parecer despechada al verle, ó de tomar una actitud embarazada ó irónica, le acogía con sincera alegría, dándole gracias por cuanto había hecho y hacía por ella.

Neklindoff advirtió que el cambio que se había operado en ella empezaba á reflejarse hasta en su apariencia exterior.

Al cabo de dos meses de marcha había adelgazado, su piel se había bronceado, las arrugas de las sienes y de la boca se habían acentuado, y ni en sus vestidos, ni en su peinado, ni en su actitud quedaba traza alguna de su antigua coquetería.

Este cambio le causaba á Neklindoff, un vivísimo placer.

Experimentaba ahora por la Máslova un sentimiento nuevo.

No tenía ese sentimiento ningún punto de contacto con su primer entusiasmo juvenil, ni con el grosero deseo sensual que se apoderó de él más tarde, ni con el sentimiento noble y egoísta á la vez, que sintió al ver á Katuscha, y cuando se resolvió á reparar su falta casándose con ella. El sentimiento de ahora era una mezcla de piedad y de ternura que había experimentado ya varias veces en la prisión; pero con la diferencia de que entonces, únicamente lo sentía á intervalos, y ahora de una manera natural y constante.

Pensara lo que pensase, hiciera lo que hiciese, su corazón estaba siempre lleno de ternura y de piedad para la Máslova.

Ese sentimiento nuevo, como en otro tiempo su primer amor, abrió en el alma de Neklindoff los manantiales de piedad y ternura que la naturaleza puso en ella, y cuya salida estuvo cerrada durante largos años.

Desde que empezó su viaje siguiendo el convoy, Neklindoff se hallaba en un estado de exaltación sentimental, que le obligaba, á veces á su pesar, á interesarse por los pensamientos y emociones de cuantas personas veía, empezando por los cocheros y soldados del convoy y acabando por los alcaides y carceleros.

El cambio de sección de la Máslova, había ofrecido á Neklindoff, ocasión de trabar relaciones con gran número de esos penados, y especialmente con los cinco hombres y las cuatro mujeres que formaban parte de la misma cuadra de la Máslova.

En estas relaciones de Neklindoff con los condenados políticos, reformó aquel la opinión que formara de ellos, así como también del partido revolucionario ruso en general.

Desde el principio del movimiento revolucionario en Rusia, Neklindoff había experimentado por los representantes de este movimiento, aversión y malevolencia. Detestaba, sobre todo, la crueldad y disimulo de los medios empleados en su lucha contra la autoridad, sus conspiraciones, sus atentados criminales; también le indignaban la vanidad, la insoportable vanidad que tenían la mayoría de los revolucionarios.

Pero cuando los conoció más de cerca, cuando supo de qué manera los trataba la autoridad, comprendió que todos aquellos hombres no podían ser distintos de lo que eran.

Por muy tremendas y absurdas que fueran las torturas infligidas á los que se ha convenido en llamar criminales

de derecho común, esas torturas, antes y después de la vista del proceso, tenían por lo menos visos de legalidad; en tanto en que en la manera como se trataba á los detenidos políticos, hasta esa apariencia faltaba. Neklindoff lo había podido ver en Petersburgo en la aventura de la Kius-tova; pero mejor lo veía ahora, escuchando las relaciones de los compañeros de Katiuscha. Veía que la manera como se trataba á esos infelices, se parecía al modo como se pesca los peces en los estanques; después de echar la red se tira sobre la arena todo el pescado; se guardan los peces grandes sin inquietarse de la morralla que muere en la arena.

De igual manera se procedía en la pesca de los revolucionarios: se cogía á ojos ciegos, por centenares, aún cuando hubiese personas inocentes de un modo manifiesto; se las guardaba, á veces, durante años en las prisiones, hasta que enfermaban ó enloquecían ó se mataban. Se les mantenía presos porque no había motivos para soltarles, ó porque convenía tenerles á mano para evacuar alguna diligencia ó servir de testigos. La suerte de esas personas dependía del capricho, del humor de un jefe de policía, de un fiscal, de un juez de instrucción de un gobernador ó de sus ministros.

Si uno de esos funcionarios quería «demostrárselo,» detenía en masa á todos los jovenes sospechosos de ocuparse de política, y si prefería vivir tranquilo entonces no cogía ninguno.

De la misma manera, la arbitrariedad sóla, decidía en la conducta de gobernadores y ministros cuando se trataba del porvenir de esos detenidos; por un mismo delito se deportaba á unos al extremo del mundo, se encerraba á los otros en calabozos, se enviaba á algunos á trabajos forzados, eran otros condenados á muerte y varios quedaban libres, cuando alguna señora elegante se dignaba cuidar de su suerte.

Se obraba para con esos desgraciados, como se obra con

los enemigos en tiempo de guerra; y ellos por su parte, empleaban en su lucha iguales procedimientos. Del mismo modo que en tiempo de lucha, oficiales y soldados cometen actos que en tiempo de paz se reputan criminales, de igual manera los revolucionarios en su lucha se consideraban como apoyados por la opinión de su círculo, en virtud de la cual, los actos de crueldad que cometían eran nobles y morales, ya que los cometían á costa de su libertad, de su vida, de todo lo que es caro á los demás hombres.

Así se explicaba para Neklindoff que muchas personas incapaces de soportar la vista del sufrimiento, pudieran apercibirse tranquilamente para la violencia y el asesinato y aprobar tales actos, considerados como medios de defensa ó como instrumento útil para la realización de un ideal de dicha para la humanidad. En cuanto á la alta idea que tenían los revolucionarios de sí mismos y de su obra, provenía indudablemente de la importancia que sus enemigos le daban y de la crueldad con que la combatían.

Conociéndoles de cerca, Neklindoff se convenció de que no eran ni tenebrosos malhechores, como creían ciertas personas, ni perfectos héroes, como imaginaban otras, sino hombres ordinarios, entre quienes, había algunos buenos, otros malos y una mayoría de hombres mediocres. Algunos había entre ellos que se habían convertido en revolucionarios porque creían sinceramente que debían luchar contra el mal; otros había que lo eran por motivos egoístas, por ambición ó por vanidad; pero la mayoría de ellos eran revolucionarios obedeciendo á una sensación que Neklindoff comprendía perfectamente, y que experimentó cuando la guerra contra los turcos: aquella sensación que impulsa á los jóvenes á desear el peligro, á correr riesgos para romper la monotonía de su vida.

La principal diferencia que Neklindoff descubría entre los condenados políticos y los otros hombres, consistía en

que la obligación moral, tal como la entendían aquellos presos, era más alta que no lo es para el común de los hombres.

Para ellos, en efecto, el deber no implicaba solamente la resistencia á las fatigas y privaciones, la franqueza y el desinterés, sino también el sacrificio de todos los bienes y de la vida misma, en provecho de la obra común. De ahí prevenía que entre los revolucionarios, aquellos que eran naturalmente superiores á ese nivel medio, patentizaban esa inferioridad con relieve particular, por el contraste entre su inteligencia y el ideal moral que profesaban. Así es que Neklindoff sentía una viva afeción por algunos de los deportados que iban con la Máslova, en tanto que por otros experimentaba una indiferencia mezclada de antipatía.

## VI

De todos los condenados políticos que formaban parte del mismo pelotón que la Máslova, ninguno gustaba tanto á Neklindoff como un joven tísico llamado Kriltzov. Neklindoff le conoció en Ekatherinenburg, y muy amenudo desde entonces, había hablado con él. Una vez, durante una parada del convoy, pasó casi todo el día con él, y Kriltzov le contó toda su historia.

Era esta, por otra parte, muy corta, por lo menos hasta

el momento de su arresto. Perdió muy niño aún á su padre, rico propietario de las cercanías de Kiew y había sido educado por su madre, de la cual era hijo único. En el colegio y luego en la Universidad, hizo brillantes estudios; tuvo siempre el primer puesto en todas los concursos; y desde los veinte años pasaba por un matemático de gran altura. Sus profesores le aconsejaban que fuese al Extranjero, para ser luego profesor de Universidad. Pero Kriltzov vacilaba. Estaba enamorado de una joven, y pensaba casarse con ella y vivir en sus tierras. En tanto que se preguntaba lo que debía hacer, sus camaradas de Universidad le rogaron que diera dinero para la «obra común». No ignoraba que esta obra común era revolucionaria y maldito lo que le interesaba; pero no por eso dejó de dar el dinero, movido del compañerismo y también por altivez, á fin de que no se pudiera decir que había tenido miedo. El dinero fué recogido por la policía; se encontró un papel indicando que Kriltzov lo había dado, y éste fué detenido y pasó á la cárcel.

Contaba todo esto á Neklindoff, sentado en la cama, con una manta sobre las rodillas y fijando en el vacío, ante él, la mirada ardiente de sus grandes ojos negros.

—«En la prisión en que estaba, el régimen era poco severo. No solamente podíamos hacernos señales, sino encontrarnos en los corredores, charlar, compartir nuestras provisiones y tabaco, y por la noche cantar en corro. Yo tenía buena voz y me gustaba mucho cantar en esos coros. Si no fuera por la pena de mi madre, me hubiese considerado dichoso. Conocí algunos hombres muy interesantes, especialmente al célebre Petroff, que más tarde se degolló con un trozo de cristal. Pero yo no era revolucionario ni me sentía dispuesto á serlo.

»Un día me trajeron á la prisión, y me dieron por vecinos á dos jóvenes que enviados á Siberia por haber distribuido proclamas polacas, trataron de huir durante el trayecto. Uno de ellos era un polaco, Lozinski; y el otro, Ro-

semberg, era de origen judío. Este era un niño aún, y por más que pretendiera tener diecisiete años, se veía bien claro que apenas tenía quince: pequeño, delgado, con ojos negros llenos de fuego, inquieto, charlatán y como todos los judíos, muy buen médico. Su voz, que no había cambiado aún, era preciosa y causaba placer oírlo.

»Los dos fueron juzgados algunos días después de su llegada á la cárcel. Los sacaron por la mañana, y por la noche al volver, nos dijeron que los habían condenado á muerte. Nadie esperaba tal cosa. Aunque trataron de resistirse cuando los alcanzaron, no habían herido á nadie. Además, parecía imposible que se pudiera condenar á un niño, como era Rosemberg. Creíamos, pues, todos los detenidos, que aquella condena sólo se pronunció para asustarlos y que no se ejecutaría. La emoción que nos había causado aquel acontecimiento, acabó, pues, por calmarse, y continuamos nuestra vida habitual.

»Una noche, el carcelero se acercó y me dijo con gran misterio que los obreros preparaban el cadalso. Al principio no comprendí. ¿El cadalso? ¿Qué cadalso? El carcelero parecía tan conmovido que al mirarle lo comprendí todo. Hubiera querido hacer señales y prevenir á mis camaradas, pero temí que mis vecinos me oyeran, Quizá mis compañeros sabían algo, porque en corredores y celdas reinaba un silencio de muerte. Nadie tuvo la idea aquella noche de cantar ni de hablar.

»A las diez, el viejo carcelero me dijo que el verdugo iba á llegar de Moscou. Le llamaba para preguntarle más detalles, cuando oí que Rosemberg me gritaba desde su celda:

—»¿Qué es eso, por qué le llamáis?

»Le contesté que quería tabaco; pero Rosenberg debió sospechar algo, porque me preguntó en seguida con voz agitada, por qué aquella noche no se había cantado ni se hablaba. No recuerdo lo que le contesté, pero sé que fingí dormir para cortar aquella conversación.

»No dormí en toda la noche, que fué para mí espantosa. Nunca olvidaré su horror. Permanecí inmóvil en la cama, acechando el menor ruido, temblando como si fueran á ajusticiarme á mí. A la madrugada oí abrir las puertas del corredor y numerosos pasos que se acercaban. Me levanté, me puse en la mirilla de la celda. El corredor estaba mal alumbrado. Ví pasar al director de la prisión. Era un hombre gordo, siempre contento de sí mismo y que llevaba la cabeza alta; pero ese día estaba pálido, sombrío y caminaba con los ojos bajos. Detrás de él venía un oficial de policía seguido de los gendarmes. Esas cuatro personas pasaron por delante de mi celda y se detuvieron algo más allá. Oí que el oficial gritó con voz extraña: «¡Lozinski, levantaos! Ponéos una camisa blanca!» Cuelgo un gran silencio; luego oigo una puerta que se abre y los pasos del polaco saliendo de su celda. Por la mirilla no podía ver sino al director. Permanecía allí pálido y deshecho, atusándose el bigote sin levantar la cabeza. De repente veo que retrocede como asustado. Era Lozinski, que acababa de pasar ante él para aproximarse á la puerta de mi celda. ¡Era un hermoso joven Lozinski! Tenía el tipo polaco: una frente ancha y recta, finos cabellos rubios escapándose de la gorra, y hermosos ojos azules como los de un niño. ¡Un muchacho lleno de vida y de salud, una verdadera flor humana! Se había parado delante de mi puerta, de manera que podía ver su rostro por entero. ¡Era un rostro que daba miedo, á la vez sonriente y sombrío! «¿Kriltzov, tenéis un cigarrillo?» Quise darle el cigarrillo, pero el director con prisa febril sacó su petaca y se la presentó. Lozinski tomó un cigarrillo; el oficial le dió fuego y se puso á fumar con el rostro pensativo. De repente, levantando la cabeza, como si hubiera acordado de algo: «¡Es injusto! Yo no he hecho nada malo. Yo...» Un estremecimiento sacudió su cuello blanco, del que no podía yo quitar mis ojos y se calló!

»En el mismo instante oigo á Rosemberg que gritaba

con su voz estridente de judío. Lozinski tiró su cigarrillo y se apartó de la puerta. Entonces apareció Rosenberg ante ella. Su rostro de niño con sus pequeños ojos negros estaba colorado y sudoroso. También llevaba una camisa blanca. Su pantalón era demasiado largo, y no cesaba de subírselo con ambas manos á la cintura. Todo su cuerpo temblaba.

»Se asomó á la ventanilla y me dijo: «¿Anatolio Petrovitch, no es verdad que el médico me ha ordenado tisana? ¡Estoy enfermo. Quiero beber más tisana!» Nadie le contestó y él lanzaba miradas suplicantes tan pronto sobre mí como sobre el director. No he sabido nunca lo que quería decir hablando de la tisana.

»De nuevo levantó la voz el oficial con tono severo: «¡Ea, basta de bromas, adelante!» Pero Rosenberg evidentemente no estaba en estado de comprenderle. Primero se puso á correr por el corredor, luego se detuvo y oí sus súplicas entremezcladas con sollozos. Después, aquellos acentos se alejaron, se alejaron cada vez más; la puerta del corredor se cerró y no oí sino de vez en cuando los gritos desgarradores del pobrecillo Rosenberg.

»Los ahorcaron. Un carcelero que asistió á la escena me contó que Lozinski estuvo sereno, pero que Rosenberg había opuesto resistencia durante mucho rato, de manera que tuvieron que subirle á viva fuerza al cadalso y ponerle la cabeza dentro del nudo corredizo. Aquel carcelero era una especie de enano embrutecido por la bebida. «¡Me habían dicho que era una cosa terrible, barine! Pues bien, no es así. Tan pronto como tuvieron el cuello dentro del nudo, hicieron por dos veces un movimiento de hombros. Entonces el verdugo apretó más el nudo y todo se acabó. ¡Os aseguro que no es terrible como dicen!»

Después de acabar aquel relato, Kriltzov quedó silencioso. Neklindoff veía que sus manos temblaban y que se esforzaba por retener el llanto.

—¡Desde aquel día soy revolucionario!—repuso cuando

se hubo calmado. Y contó en pocas palabras el fin de su historia.

Se había afiliado al partido de los populistas y era el jefe de un grupo que se había propuesto aterrorizar al Gobierno para que renunciara al poder y llamara al pueblo. En nombre de su grupo había ido á Petersburgo, viajado por el extranjero, vuelto á Kiev, después á Odessa y nunca fué inquietado. Un hombre en quien tenía toda su confianza le denunció. Le detuvieron, le encarcelaron durante dos años y fué condenado á muerte; pero le conmutaron la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad. Y en la cárcel enfermó. Ahora en las condiciones en que estaba, le quedaban pocos meses de vida. Lo sabía y no le causaba pena alguna. Decía á Neklindoff que si le hubieran dado una segunda vida la empleara de igual manera, en derribar un estado de cosas que permitía tantas injusticias y crueldades.

Y la historia de aquel desdichado y su persona entera, acabaron de explicar á Neklindoff muchas cosas que hasta entonces no comprendía.

## VII

La mañana en que ocurrió la riña entre el oficial y el penado en el patio del cuartel, Neklindoff, que dormía en la posada, se despertó más tarde que de costumbre; antes

de marchar había tenido que escribir algunas cartas, de manera que marchó demasiado tarde para alcanzar al convoy en el camino. Cuando hubo llegado á la aldea en que hacía la etapa siguiente, anochecía ya.

Neklindoff se hizo conducir á la posada de la aldea. Después de cambiarse de ropa blanca y de vestido, pues la niebla le había mojado hasta los huesos, se sentó en una gran sala, limpia y bien amueblada, en cuyas paredes había una porción de imágenes piadosas y de retratos de la familia imperial. Bebió, uno tras otro muchos vasos de té, sufrió la charla de la hostelera y se preparó para salir á fin de alcanzar del oficial del convoy, permiso para hablar con la Máslova.

Durante los seis últimos días, aquel permiso le fué denegado. Pudo cambiar algunas palabras con la Máslova y sus compañeros en el camino, pero no se le permitió entrar donde estaban los presos. Aquella severidad provenía de que se esperaba la visita de un alto funcionario, de un inspector de cárceles; pero el inspector había llegado al cabo, ó mejor, había pasado sin dignarse detenerse. Neklindoff, esperaba, pues, que el oficial que había tomado la dirección del convoy, le autorizaría como sus predecesores para ver los presos.

La hostelera ofreció á Neklindoff hacerle conducir en carruaje hasta la conducción, que estaba al otro extremo de la aldea; pero Neklindoff prefirió ir á pie. Un mozo de la fonda, ancho de hombros, calzando altas botas alquitranadas hacía poco, se encargó de acompañarle. La niebla era tan espesa que Neklindoff no veía á su guía, que iba á dos pasos de él: tan sólo oía el ruido de sus gruesas botas que se hundían en el barro viscoso y profundo. Al salir de la larga calle de la aldea, donde á veces se veían luces en las ventanas, la obscuridad fué más completa aun; pero pronto distinguió Neklindoff las luces de las linternas colocadas en la puerta de la prisión. Las dos manchas rojas crecían sin cesar, aparecieron más claras y al fin Ne-

klindoff pudo distinguir la garita del centinela y la sombría figura de éste, de pie, junto á la puerta, arma al brazo.

El centinela lanzó en las tinieblas su reglamentario;— «¿Quién vive?» y, al ver que los recién llegados no pertenecían al convoy, les gritó que allí no podía entrar ningún extraño, ni siquiera detenerse cerca del recinto. Pero el guía de Neklindoff, no se alarmó por aquella severidad.

— ¡Eh, hombre! Pareces un ogro!—dijo.—Avisa á tu cabo y le esperamos aquí.

El soldado, volviéndose hacia la puerta, llamó á alguien y luego se puso otra vez de centinela, mirando como el mozo de la posada limpiaba con un puñado de hojas las botas de Neklindoff llenas de barro. A través de la pared se oía un rumor confuso de voces y de risas.

Después de tres minutos de espera, Neklindoff vió abrirse un ventanillo de la puerta, y del centro de las tinieblas surgió plenamente iluminado por el reflejo de las linternas, un viejo sargento vestido de uniforme, que preguntó lo que querían de él. Neklindoff le entregó su tarjeta de visita que tenía en la mano y le rogó que avisara al jefe del convoy, que deseaba hablarle, para un asunto personal.

El anciano sargento era menos severo que su subordinado; pero en cambio era muy curioso. Quiso saber por qué Neklindoff deseaba ver al oficial, de donde venía, y quién era: sin duda veía una propina en perspectiva. No se decidió á llevar la tarjeta hasta que Neklindoff le hubo prometido una recompensa si conseguía ser admitido por el oficial. Entonces inclinó la cabeza y entró á escape.

En tanto que Neklindoff y su guía esperaban ante la puerta, ésta se abrió para dar paso á un grupo de mujeres que llevaban cestas, sacos, jarras y botellas. Hablaban continuamente y muy aprisa con su sombrío acento siberiano. Todas llevaban unas capitas cortas que les daban la apa-

riencia de mujeres de la ciudad antes que de aldeanas. Llevaban fichús en la cabeza y tenían las sayas arremangadas y muy altas, de modo que se les veían las piernas hasta las rodillas. A la luz de las linternas examinaron con curiosidad á Neklindoff y á su guía. Una de ellas, visiblemente encantada de encontrar allí al mozo de la posada, le llenó de injurias en seguida, á modo de broma, á la siberiana.

—¡Eh, tú, cochino, qué es lo que haces aquí, mala bestia!

—Acompaño á un extranjero,—contestó el joven.—¿Y tú, que has venido á traer?

—Queso blanco y me han dicho que volviera mañana.

—¿Y no te han hecho quedar á dormir?—preguntó maliciosamente el mozo.

—Vaya unas gracias, cabeza de gorrino,—replicó la mujer riendo.

—Ea, vuelve á la aldea con nosotras y nos harás compañía.

El mozo dijo algo que hizo reír, no sólo á todas las mujeres sino hasta al solemne centinela. Luego, volviéndose hacia Neklindoff:

—¿Sabréis encontrar el camino para volver?

—¡Sí, sí! vete tranquilo.

—Cuando hayáis llegado á la iglesia, la tercera puerta á mano derecha, después de la gran casa de dos pisos. Tomad mi látigo.

Y entregó á Neklindoff su bastón largo y delgado que tenía en la mano; después desapareció en las tinieblas en compañía de las mujeres, chapoteando con sus enormes botas.

Neklindoff oía aún las risas y voces de las mujeres, cuando el viejo sargento, con una sonrisa halagadora, le anunció que el oficial consentía en recibirle.

## VIII

El local en que entró el príncipe, apenas se diferenciaba de las demás etapas de parada diseminadas á lo largo del camino de Siberia. Constaba de tres construcciones en un sólo plano levantadas en un gran patio, ceñido por una alta pared; en una, la mayor, con las ventanas enrejadas estaban los prisioneros, en otra, el piquete de escolta, y en la tercera, el oficial y la secretaria. Tanto en unas como en otras, á través de los cristales resplandecían las luces como tácitas promesas de bienestar, de dulzura, de alegría, engañosas como siempre, y mucho más en ese caso. Junto á la puerta de cada construcción un farol esparcía en torno una pálida luz, que iluminaba el cercado donde había otros cinco faroles.

El viejo sargento guió á Neklindoff hacia la menor de las construcciones; luego, después de subir tres escalones, se apartó para cederle el paso. El príncipe entró en una antesala diminuta, iluminada por un quinqué impregnada de un olor asfixiante de carbón; en un ángulo, un soldado en mangas de camisa, con pantalones negros estaba atareado alrededor de un *samovar*. Al ver á Neklindoff le tomó el abrigo y se precipitó hacia el otro cuarto.

—Aquí está, señor.

—Hazlo pasar,—contestó una voz malhumorada.

El soldado se volvió hacia Neklindoff.

—Haced el favor de pasar, caballero,—dijo; y volvió al *samovar*.

El príncipe entró: una lámpara pendiente del techo iluminaba el cuarto; en el centro había una mesa aún servida con los restos de la comida y dos botellas casi vacías; junto á la mesa estaba sentado un oficial con unos enormes bigotes rubios, el rostro ya muy colorado, con una túnica austriaca ceñida que ponía en evidencia la amplitud del tórax y de los hombros: un olor desagradable se confundía con el del tabaco en la atmósfera pesada.

—¿En qué puedo servirlos?—preguntó el oficial al entrar Neklindoff, mirándole con una expresión en que se confundían la ironía y la sospecha; y sin esperar contestación, gritó volviéndose hacia la puerta:

—¡Eh, Bernoff, traes ó no traes ese maldito *samovar*!

—¡En seguida!

—Espera un poco, que te lo voy á dar yo al momento, —gritó furiosamente el oficial centelleándole de ira los ojos.

—Aquí está,—repuso el soldado entrando con el *samovar* en la mano. Lo puso sobre la mesa. El oficial entretanto, seguía todos sus movimientos con sus ojillos de expresión perversa, como si buscara el mejor sitio para aplicarle una soberana tunda; luego, después de colocar el *samovar*, puso en la mesa una fuente cuadrada llena de coñac y de bizcochos de Albert, y volviéndose hacia Neklindoff que estaba en pie delante de él, le preguntó de nuevo:

—¿En qué puedo servirlos?

—Quisiera hablar con una presa.

—¿Política?... El reglamento lo prohíbe.

—No, no se trata de una presa política,—añadió el príncipe.

—Tomad asiento,—indicó el oficial.

—No es una presa política,—siguió Neklindoff, sentándose;—pero gracias á mi intercesión, se le permite hacer el viaje en compañía de los presos políticos.

—¡Ah! ¡ya sé, ya sé!—exclamó el oficial.—Una pequeña, morena... ¿Por qué no? Sí, podéis verla... ¿Fumáis?

Diciendo esto, el oficial alargó una cajetilla de cigarrillos; luego vertiendo con precaución dos tazas de té, ofreció una á Neklindoff.

—¡Tomad!

—¡Gracias! Os ruego, pues, que me dejéis ver...

—La noche es muy larga y tendréis tiempo para todo. Yo mismo haré que venga.

—No hay necesidad, yo mismo puedo ir á la cuadra...

—¿De los presos políticos?... El reglamento lo prohíbe.

—¿Por qué? Otras veces me lo han permitido. ¿Teméis quizá, que me preste á llevarles algo? Podría igualmente hacerlo por medio de esa mujer.

—En cuanto á eso, no lo creo, porque con hacerla registrar, estábamos al cabo de la calle,—exclamó el oficial con una mueca desdeñosa.

—Pues bien, dad orden de que me registren á mí.

—No, no; no se trata de eso;—replicó el oficial; y luego ofreciendo la fuente cuadrada á Neklindoff:—¿Os gusta?... ¿No? Como queráis... Creed que cuando es preciso pasar la vida en esta Siberia, dá gusto encontrarse con un hombre instruido con quien se pueda hablar. Las exigencias del servicio lo quieren. Pero creed que es un servicio muy penoso, y cuando se está acostumbrado á otra cosa, la verdad, resulta pesado... Ya sé en qué concepto se nos tiene; un oficial encargado de la conducción de presos es siempre un hombre trivial, ignorante y brusco; nadie cree que ese mismo hombre es posible que haya nacido para un género de vida bien distinto.

En tanto que el oficial hablaba, el principe no apartaba los ojos de él. Aquella cara colorada, sombría, aquella sortija del dedo, aquel olor desagradable y más que todo aquella sonrisa desdeñosa y malévola, le producían una impresión de náuseas. Pero Neklindoff en aquel momento, como en todo el resto del viaje, se encontraba en aquel

estado de atención y gravedad que no le permitía despreciar á nadie, fuera quien fuese y le obligaba á confiarse francamente á todo el mundo, como el mismo decía. Escuchando al oficial, el príncipe comprendió en seguida su estado de ánimo y le contestó con seriedad:

—Yo creo que desempeñando tal cargo, podéis procuraros un consuelo dulcísimo: el de aliviar los dolores de tantos infelices puestos bajo vuestra tutela.

—¿De qué dolores? Buenos están todos esos; ¡son de una raza!...

—No me habléis de una raza especial,—replicó Neklin-doff.—No se diferencian en nada de los otros hombres, y entre ellos hay quizás inócentes.

—Sin duda, los hay de toda especie; sin duda su suerte es digna de compasión. Hay algunos oficiales que cumplen las órdenes con todo rigor. Yo, por mi parte, siempre que tengo tiempo procuro mitigar sus sufrimientos. Prefiero sufrir yo. Hay algunos que en seguida se escudan con el reglamento; yo dejo pasar muchas cosas... ¿Gustáis? —dijo luego tomando una nueva taza de té.—¿Y esa mujer que queréis ver?...

—Es una infeliz; la han acusado y condenado por un delito que ni siquiera pensó cometer.

El oficial movió la cabeza.

—Alguna vez ocurre eso... Recuerdo que en Kazan conocí á una joven... Se llamaba Emma... Era húngara de nacimiento y tenía dos ojos... dos ojos de persa.—El oficial no pudo contener una sonrisa de complacencia. — ¡Y qué elegancia! ¡Qué modales!... Dijérase que era una condesa.

Pero Neklin-doff interrumpiéndolo, volvió al argumento de antes.

—Decía, pues, que creo que podéis aliviar la suerte de esos desdichados, por lo menos, durante todo el tiempo

que estén á vuestras órdenes. Y estoy seguro que haciéndolo así, experimentaréis una de las alegrías más inefables.

Neklindoff pronunciaba las palabras lentamente, marcando las sílabas, como cuando se habla á un extranjero. El oficial entre tanto miraba al príncipe impacientándose. Evidentemente deseaba que su interlocutor terminara de hablar, para continuar la historia de la bella húngara de ojos de persa, cuya imagen evocada por la memoria, se le presentaba á la fantasía con viveza extraordinaria y absorbía todo su pensamiento.

—Eso es,—dijo á la primera pausa de Neklindoff.— También á mí me causan piedad. Pero, volviendo á esa Emma de que quería hablaros, ¿á qué no sois capaz de adivinar lo qué hacía?...

—Me es indiferente,—contestó Neklindoff. — Os lo digo tal como lo siento: también yo fuí así en otra época; pero ahora no puedo tragar esas historietas de relaciones entre hombres y mujeres.

El oficial miró al príncipe con espanto.

—¿No queréis más té?

—No, gracias.

—Bernoff,—gritó entonces el oficial,—acompaña al señor á Vakuloff y dile que tiene permiso para entrar en la cuadra de los penados políticos, y puede estar allí hasta la hora de la lista.

IX

Neklindoff volvió al patio acompañado por el soldado. La llama rojiza de los faroles, apenas disipaba la niebla.

—Eh, Bernoff, ¿dónde vas?—exclamó de repente otro soldado que estaba de centinela.

—A la cuadra número 5.

—Por este lado está cerrado; pasa por la otra puerta.

—¿Por qué han cerrado?

—Pregúntaselo, hijo. Ha cerrado el sargento y se ha ido al pueblo.

—Por aquí, entonces,—dijo Bernoff,—dirigiéndose hacia el sitio indicado.

Neklindoff le siguió. Aún cuando todavía estuviese en el patio, llegaba hasta sus oídos un murmullo de voces, un rumor de conversaciones, una agitación confusa de vidas humanas, parecidos al zumbido de las abejas en la colmena. Pero cuando se aproximó más y se abrió la puerta, el rumor fué más distinto, más fuerte, y llegó á transformarse en un coro de voces que gritaban, reían, blasfemaban y se llamaban unas á otras. Al mismo tiempo llegó de la cuadra un rumor sombrío de cadenas y un tufo insoportable que Neklindoff conocía muy bien. La impresión de aquellas voces humanas, mezclada al tétrico resonar de las cadenas, llegaba al ánimo del príncipe, al mismo tiempo que aquel horrible tufo, produciendo una sen-

sación única y dolorosa, una repugnancia moral que acrecía la repugnancia física, haciendo que una diera más fuerza á la otra.

Neklindoff entró en la primera sala, una especie de recibidor de aquella construcción destinada á los presos, en cuyo centro campeaba un enorme zambullo fétido y negro, sobre el cual estaba una mujer con las sayas arremangadas y hablando con una gran tranquilidad con un hombre que había de pie ante ella, un preso con la cabeza afeitada y la cadena al pie. El forzado, viendo á Neklindoff, guiñó un ojo y dijo:

—¡El mismo Czar tiene que hacer esto por necesidad!

La mujer se levantó y arregló tranquilamente las sayas,

De allí arrancaba un corredor en el que estaban las puertas de los distintos dormitorios, el primero para las familias, el segundo para los hombres solos, el tercero, angosto y situado en la extremidad del corredor, para los condenados políticos. Aquel local, construído para ciento cincuenta personas, contenía ahora más de cuatrocientas, y resultaba tan pequeño, tan insuficiente, que una multitud de prisioneros que no podían hallar sitio en las cuadras, se amontonaban en el corredor, unos sentados, otros tendidos, otros andando rápidamente, con las tazas de hojadelata vacías ó llenas de agua hirviendo para el té. Entre estos últimos estaba Tarass, que al ver al príncipe, se le acercó y le saludó cordialmente. Neklindoff vió que la nariz y un ojo del aldeano estaban manchados de sangre.

—¿Qué has hecho?—preguntó Neklindoff.

—Una perrería,—contestó Tarass sonriendo.

—Siempre se pelean entre ellos,—intervino el soldado con acento despreciativo.

—Ha sido cuestión de faldas,—añadió un preso que les seguía,—se ha enzarzado con Fedka.

—¿Y Fedossia?

—Bien, bien, gracias. Ahora le llevo el agua para el té,

— contestó Tarass entrando en la cuadra destinada á las familias.

Neklindoff echó una mirada á través de la puerta abierta. Mujeres y hombres se amontonaban en los rincones, encima y debajo de las camas; el aire estaba impregnado de un vapor húmedo y blanquecino que se escapaba de los trajes mojados, los cuales con el calor se iban secando, y una gritería incesante y estridente de voces femeniles atronaba los oídos.

Más apretados aun estaban los hombres en el sitio que tenían destinado. Los presos, con los trajes mojados rodeaban á un anciano que les repartía algo. Bernoff explicó al príncipe que lo que se distribuían eran los dineros ganados y perdidos jugando, tomados á préstamo contra ciertos recibos hechos con las mismas cartas de la baraja. Los prisioneros de las últimas filas, al advertir que se aproximaban el soldado y el príncipe, callaron examinándolos con hostiles miradas. Cerca de los que rodeaban al más anciano, Neklindoff reconoció á Federoff que había pasado un brazo alrededor del cuello de un penado rubio imberbe y como hinchado, un sér vicioso y repugnante, en compañía del cual se le veía siempre, y á otro malhechor á quien ya conocía, hombre de horrible aspecto, sin nariz y tristemente famoso, porque huyendo á través de las Landas, había asesinado á su compañero para comer su carne. De pie en el centro del corredor, con la chaqueta calada de humedad, echado negligentemente sobre los hombros, miraba al príncipe con una mirada impudente y burlona, sin apartarse para abrirle paso; así es que el príncipe tuvo que hacerse á un lado.

Aquel cuadro lastimoso que tenía ante los ojos, no era nuevo para Neklindoff. Durante los tres meses últimos había tenido tiempo para ver aquellos centenares de delincuentes bajo sus diversos aspectos, ya durante las jornadas sofocantes de marcha, cuando arrastrando pesadamente los grilletes andaban entre nubes de polvo, ya en

las jornadas de reposo en los puntos de parada, ó en los patios bajo el bochorno insoportable del verano, donde ocurrían escenas horribles. Pero, sin embargo, cada vez que se encontraba entre ellos experimentaba una sensación de vergüenza, pues ante aquellos hombres tenía conciencia de su propia culpabilidad. Lo que más le apenaba, lo que era más doloroso para él, es que á la vergüenza y á la conciencia de su culpa, se añadía una sensación invencible de terror y de repugnancia. Bien sabía que dado el ambiente en que se desarrolló la vida de aquellas personas, era materialmente imposible que dieran mejores frutos, pero de todos modos, no podía sofocar ni aquella repugnancia ni aquel terror.

Cuando Neklindoff llegó al dormitorio de los condenados políticos, una exclamación de burla, proferida por una voz ronca y acompañada de una espantosa blasfemia, hirió su oído:—¡Bien se la pasan esos holgazanes!

Y siguiendo á esas palabras, sonó una carcajada hostil é irónica.

## X

Ante la puerta del dormitorio reservado á los presos políticos, el guardia que había acompañado á Neklindoff le dijo que iría á buscarle después de la lista. Apenas se había alejado, cuando Neklindoff vió que se le acercaba tan

aprisa como se lo permitía el grillete que llevaba al pie, un forzado que, inclinándose á su oído, le dijo con aire misterioso:

— ¡Es preciso que intervengáis, barine! El pobrecillo ha caído en la ratonera porque le han emborrachado, y hoy ha respondido ya en vez de Karmanoff. Únicamente vos podéis salvarle; si nosotros nos mezclábamos en ello nos matarían!

Después de haber murmurado rápidamente estas palabras, lanzando alrededor de él miradas asustadas, el presidiario se alejó perdiéndose entre la multitud que llenaba el corredor.

Neklindoff conocía ya la historia. Un preso llamado Karmanoff había decidido á otro, condenado á destierro y que se le parecía mucho, á cambiar de nombre con él, de manera que el forzado no sufriría sino la pena del destierro y en cambio el desterrado iría á presidio por toda su vida. La semana anterior el mismo preso había prevenido á Neklindoff de que se preparaba una sustitución, rogándole que interviniera si podía, para evitar un crimen tan monstruoso. El que esto rogaba al príncipe, se llamaba Macario Dievkin, y aquél, le había visto ya en Katerimburg, donde le rogó que le alcanzara permiso para llevar á su mujer consigo. De mediana estatura, de aspecto vulgar, tenía unos treinta años y estaba condenado á presidio por tentativa de robo y homicidio; el crimen lo había realizado alguien que solamente designaba con el nombre de El, y que evidentemente debía ser el diablo en persona.

Un día, un extranjero fué á casa del padre de Macario, y le alquiló por dos rublos un trineo para ir á su pueblo, situado á cuarenta verstas de allí. El padre encargó á su hijo de guiar el trineo, y Macario enganchó el caballo, cambió de traje y llegó junto al forastero en el momento en que explicaba que iba á casarse y que llevaba consigo en una cartera, quinientos rublos ganados en Moscou. En

cuanto oyó esto, Macario fué al patio, tomó una hacha, y la ocultó entre la paja en el fondo del trineo.

—Tan fijo como hay Dios,—decía,—no sé por qué tomé el arma. Es El quien me ha dicho: ¡Toma el hacha! Y yo la tomé. Marchamos, hicimos la mayor parte del camino. No me acordaba siquiera del hacha. Nos acercamos al pueblo; nos faltan seis verstas. En el camino hay una cuesta que atraviesa un gran bosque. Yo bajo para no fatigar el caballo: y entonces El murmura de nuevo al oído: «¿Qué haces? ¿En qué piensas? En lo alto de la cuesta y una vez atravesado el bosque habrá gente; allí empieza el pueblo. Ea, no hay tiempo que perder. ¡Ha llegado el instantel.» Me inclino hacia el trineo como para arreglar la paja y el hacha viene á colocarse por sí misma en mi mano.

Entonces el viajero se vuelve y me dice:

—¿Qué haces?

Yo levanto el arma; pero el hombre, que es un mozo fuerte, salta al suelo y me oprime la muñeca.

—¡Miserable!—me dice,—¿qué es lo que haces?

Me tira sobre la nieve y yo no resisto siquiera. Me ataca las manos con su pañuelo, me pone en el trineo y me lleva directamente ante el *Starosta*. Me aprisionan, me juzgan y me condenan. Todos mis convecinos me libran un certificado diciendo que soy un buen hombre y que jamás he delinquido. El amo á quien yo servía, habla también en mi favor. Pero no puedo tomar un abogado y me condenaron á cuatro años de trabajos forzados.

Tal era el hombre que para salvar á uno de sus compañeros, á pesar de saber que corría peligro su vida, no vacilaba en revelar al príncipe un secreto terrible, pues sabía que los presos si sabían su indiscreción, le matarían irremisiblemente.

XI

El dormitorio de los presos políticos estaba compuesto de dos salitas separadas del resto del corredor por una antecámara que tenía dos puertas.

Al entrar Neklindoff, vió á Simonson que de cuclillas ante la chimenea, estaba encendiendo fuego por medio de un método de su exclusiva invención. Al ver á Neklindoff no cambió de posición, pero mirándole bajo sus espesas cejas, le tendió la mano.

—Habéis hecho bien en venir; tengo que hablaros,—dijo con tono solemne y espresivo, mirándole fijamente.

—¿De qué?

—Luego os lo diré. Ahora estoy ocupado.—Y continuó soplando junto á la chimenea.

El príncipe iba ya á entrar en uno de los cuartos cuando salió del otro la Máslova. Tenía las sayas arremangadas y llevaba un corpiño blanco y un pañuelo blanco también, que bajaba hasta los ojos y le protegía el pelo contra el polvo. Con la espalda inclinada, barría el suelo con una escoba vieja y de mango corto. Al ver á Neklindoff se enderezó, dejó la escoba, se limpió las manos en las sayas y se adelantó hacia el príncipe con aire muy contento.

—Veo que estáis limpiando la casa,—dijo Neklindoff tendiéndole la mano.

—Sí; he vuelto á mis antiguas ocupaciones,—contestó la joven sonriendo.—Esto está hecho una verdadera porquería. No hay cristiano que lo limpie.

Diciendo esto se volvió hacia Simonson:

—¿Está seco ya el plaid?

—Casi seco,—contestó Simonson, lanzando á la Máslova una mirada que extrañó á Neklindoff.

—Dentro de un momento vendré á buscarlo y os traeré otras piezas que secar,—dijo la Máslova; y luego dirigiéndose á Neklindoff.

—Todos están reunidos ahí,—dijo designándole el primer cuarto.

Neklindoff abrió la puerta y entró.

Era aquel cuarto muy pequeño y estaba iluminado por una lámpara de hojadelata. Hacía allí frío, al revés de los otros cuartos; pero se respiraba una atmósfera cargada de tabaco, de polvo y de humedad. La lámpara iluminaba vivamente el centro de la pieza; pero dejaba casi en la obscuridad las camas colocadas junto á las paredes y apenas se veían las caras de los presos sentados en aquéllas.

Estaban reunidos allí todos los penados políticos del convoy, escepto Simonson y dos hombres que habían ido á comprar provisiones para la cena.

Allí estaba Vera Efremovna, más pálida y delgada que en la cárcel, con sus enormes ojos asustados y la vena hinchada de la frente. Llevaba una túnica gris y, sentada delante de un periódico desplegado, se ocupaba en hacer cigarrillos.

Estaba también otra presa política que Neklindoff conocía y á quien quería mucho, Emilla Rantceff. Era la que se cuidaba de los quehaceres domésticos, del rancho (1), y conseguía hacer que tuviera éste un encanto particular, lleno de dulzura é intimidad aun en aquellas circunstancias difíciles. Sentada bajo la lámpara, arremangados los

---

(1) Rancho se llama á cada uno de los grupos que forman los presos.

brazos, lavaba y enjuaba las tazas y platillos del té. Joven aun, sin ser linda, su rostro inteligente y bondadoso, tenía el privilegio de transfigurarse completamente cuando sonreía, y de formar entonces una expresión alegre, sonriente y verdaderamente bella. Con una de esas cariñosas sonrisas acogió á Neklindoff.

—Creíamos que habíais vuelto á Rusia,—le dijo.

En un rincón, Neklindoff vió á María Paulovna que tenía sentada en sus rodillas una niña rubia que charlotaba continuamente con su vocecita infantil y cariñosa.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!—exclamó volviéndose hacia Neklindoff.—Tenemos una nueva compañera y señaló á la muchacha.

También estaba allí Anatolio Kriltzoff. Pálido y demacrado, estaba sentado sobre la cama, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y las manos escondidas en las mangas del abrigo. Miraba á Neklindoff con sus grandes ojos hundidos de tísico, y aquél iba á saludarle cuando topó con un joven de pelo rojo y ensortijado que hablaba con una linda mujer que le sonreía. Neklindoff se apresuró á estrechar la mano de ese joven, no porque sintiera por él una afección especial, ya que por el contrario era el único entre los condenados políticos que le fuera profunda é invenciblemente antipático, sino porque consideraba que era deber suyo saludarle y siempre lo hacía para quedar libre rápidamente de su presencia. El joven, llamado Novodvoroff le miró con sus ojillos que brillaban detrás de los cristales de sus lentes y le tendió la mano larga y seca.

—¡Y bien! ¿Os gusta el viaje?—preguntó con visible ironía.

—Sí me interesa mucho,—contestó Neklindoff afectando no haber advertido la mala intención y se apresuró á saludar á Kriltzoff.

Parecía indiferente, pero la verdad es que las palabras de Novodvoroff y su evidente deseo de mortificarle, habían destruído bruscamente la disposición optimista en

que se hallaba desde hacía algún tiempo. Experimentaba una impresión de malestar y tristeza y casi se arrepentía de haber hecho aquella visita.

—¿Cómo vamos de salud?—preguntó á Kriltzoff, estrechando su mano helada y estremecida por la fiebre,

—Estoy bastante bien, gracias, pero estoy calado y no llego á entrar en calor,—dijo éste apresurándose á ocultar la mano dentro de la manga.—Esto sin contar que en esta sala hace un frío de mil demonios. Hay dos vidrios rotos y entra el aire.

Y señalaba á Neklindoff la ventana enrejada.

—¿Por qué no habéis venido—añadió—durante todos estos días?

—No me han dejado entrar. Únicamente hoy el nuevo oficial se mostró más tratable.

María Paulovna, sin levantarse, contó al príncipe la escena que ocurriera por la mañana á causa de la niña.

—Creo que debemos formular una protexta colectiva,—exclamó con un acento incisivo Vera Efremovna, mirando á sus compañeros con sus ojos asustados.—Vladimiro Simonsón ha dicho ya á ese bruto lo que hacía al caso, pero me parece que no basta.

—¿Para qué protestar?—replicó Kriltzov con una mueca de aburrimiento.

Se veía que la falta de naturalidad de Vera Efremovna le irritaba y le producía un verdadero sufrimiento nervioso.

—¿Buscáis á Katia?—prosiguió volviéndose hacia Neklindoff.—Siempre está trabajando. Ha limpiado ya todo esto y ahora cepilla las capas de las mujeres. Lo que no puede hacer es quitar de una vez esas malditas pulgas que nos causan un verdadero martirio. Y Macha ¿qué hace allí, en el rincón?—preguntó, tratando de erguirse para mirar hacia el sitio en que estaba María Paulovna.

—Ahora está peinando á su hija,—dijo Emilia Rantzeff.

—¡Con tal que no reparta entre nosotros los piojos que le habrá quitado! —exclamó Kriltzoff.

—No, no; no tengáis miedo, yo hago siempre las cosas á conciencia,—dijo Maria Paulovna.—Ya está limpia; tomadla, Emilia; voy á ayudar á Katia.

La Rantzeff tomó la niña, la sentó en su falda con solitud maternal y le dió un terrón de azúcar.

María Paulovna salió, y casi en el mismo instante entraron los dos presos que habían ido á buscar provisiones.

## XII

Uno de los penados que acababan de entrar, era un hombre joven todavía, pequeño y delgado, con una pelliza corta y altas botas. Andaba con paso ligero y rápido, llevando en cada mano una gran tetera llena de agua hirviente y bajo cada brazo un pan envuelto en una servilleta.

—¡Ab! ¡Hasta nuestro príncipe ha reaparecido!—dijo poniendo las teteras junto á las tazas preparadas por la Rantzeff.—¡Hemos comprado extraordinario!—prosiguió después de quitarse la pelliza y de lanzarla por sobre las cabezas al rincón en que estaba su cama.—Matkel os trae leche y huevos. ¡Es un verdadero festín! ¡Y Emilia nos

servirá todo eso embelleciéndolo con su estética limpieza! —añadió con una sonrisa dirigida á la Rantzeff.

Todo en aquel hombre, sus movimientos, el sonido de su voz, su mirada, sus ademanes, expresaban una mezcla de valor y de alegría. Por lo contrario, su compañero tenía un aspecto sombrío y triste. También era un hombre de pequeña talla, pero huesudo y con un rostro gris, de prominentes mandíbulas. Usaba una vieja capa, acolchada y llevaba suecos sobre las botas. Cuando se hubo desembarazado de la cesta y de un tarro que tenía en la mano, saludó con frialdad á Neklindoff, fijando en él sus anchos ojos verdes.

Ambos penados políticos habían salido de la masa del pueblo. Uno, Nobatoff, era aldeano; otro, Markel, obrero de fábrica. Pero en tanto que Markel no fué revolucionario hasta los treinta y cinco años, Nabatoff lo era desde su infancia. En la escuela de su pueblo había mostrado tal aplicación que le enviaron al Instituto y allí ganó siempre los primeros puestos también. Obtuvo la medalla de oro; pero en vez de ir á la Universidad, volvió á su pueblo, á fin de enseñar á sus paisanos lo que él había aprendido. Se hizo nombrar procurador y prestó á los aldeanos y les leyó toda clase de libros; organizó entre ellos una sociedad de socorros mútuos y al cabo de poco tiempo le detuvieron. Después de ocho meses de prisión le pusieron en libertad, pero la policía le vigilaba. Por su parte, apenas quedó en libertad, había empezado de nuevo su apostolado. Detenido otra vez y condenado á dos años de prisión, no renegó de sus convicciones.

Al salir por segunda vez de la cárcel fué deportado al gobierno de Perm. Allí estuvo siete meses, y por haberse negado á prestar juramento al nuevo emperador, fué nuevamente detenido y condenado á deportación en el gobierno de Yakontsk, en el fondo de Siberia. Así es que había pasado la mitad de su vida en las prisiones ó en el destie-

rró; pero todo ello en vez de agriar su carácter le dió más empuje y energía.

Era un hombre de extremada resistencia, lleno de salud física y moral. En todas partes y en todas ocasiones se mostraba siempre activo, decidido y alegre. Nunca echaba de menos lo pasado, jamás trataba de prever lo porvenir: todas las fuerzas de su inteligencia, de su habilidad y de su sentido práctico las aplicaba al momento presente. Cuando estaba en libertad, proseguía su propósito de siempre, es decir, la instrucción de los aldeanos. Cuando estaba en la cárcel se dedicaba por entero á mejorar, en la medida de lo posible las condiciones de vida; tanto para él como para los que le rodeaban.

Vivir para los otros era en él una necesidad natural. No teniendo vicio alguno, pudiendo privarse de comida y sueño casi á voluntad, en provecho de los otros, derrochaba su actividad de aldeano robusto. En todas ocasiones aparecía en él el aldeano: infatigable, diestro, ligero, honrado naturalmente, atento siempre á secundar las iniciativas y pensamientos ajenos.

Su anciana madre, aldeana ignorante y supersticiosa, vivía aún; y Nobatoff, cada vez que estaba en libertad iba á verla. La ayudaba en todos sus quehaceres domésticos, iba á la taberna con sus antiguos condiscípulos, les acompañaba al campo, fumaba charlando con ellos, se peleaba á puñetazos sin hacerse de rogar y entre pelea y pelea explicaba á sus camaradas las causas de su ignorancia y debilidad.

En tanto que soñaba de continuo en la revolución en provecho del pueblo, no admitía que esa revolución le transformara ni modificara mucho las condiciones de su vida; esperaba sencillamente que la revolución haría á los aldeanos dueños del suelo, desembarzándoles de propietarios y empleados. A juicio suyo—y en esto difería completamente de Novodvoroff,—la revolución no debía romper del todo con lo pasado, cambiar en absoluto costum.

bres y hábitos, sino repartir más equitativamente el venerable y venerado tesoro de las tradiciones nacionales.

Hasta en materia de religión demostraba su origen aldeano. No se cuidaba de problemas metafísicos, de primeros principios, de la vida futura. Repetía que Dios era para él como para Laplace una hipótesis de la que no veía la necesidad. Poco le importaba saber de qué manera había comenzado el universo; y el darwinismo, que la mayor parte de sus compañeros tomaban muy en serio, era para él una tontería tan grande como la creación del mundo en seis días.

En cuanto á la vida futura, tampoco pensaba en ella; pero en el fondo de su corazón tenía una creencia que heredó de sus padres, una creencia común á cuantos hombres viven en contacto con la naturaleza, creía que lo mismo que en el mundo animal y vegetal nada muere y todo se transforma, de igual modo tampoco perece el hombre; sólo cambiaba de vida. Creía esto, y de ahí que mirara siempre la muerte sin temor ni cólera. Pero no gustaba de reflexionar acerca de esta creencia y menos aún hablar de ella. Sólo le gustaba trabajar y siempre se ocupaba en cuestiones prácticas y se esforzaba en conseguir que sus compañeros hicieran como él.

Su compañero Markel, era muy distinto. Entró en el taller á los quince años, y desde entonces empezó á fumar y á beber para ahogar el sentimiento de humillación que despertaba en él. Aquel sentimiento nació una noche de Navidad en que la esposa del dueño del taller le invitara á una fiesta ofrecida á los hijos de sus obreros. Markel y sus camaradas obtuvieron regalos que consistían en un silbato, en una manzana, en una nuez dorada en tanto que los hijos del dueño se les dió juguetes maravillosos que costaban por lo menos cincuenta rublos cada uno.

Markel continuó durante veinte años la vida habitual del obrero. Tenía treinta y cinco cuando trabó conocimiento con una estudiante revolucionaria que se alquiló en la

fábrica para hacer propaganda. Esa joven le prestó folletos y libros, discutió con él, le mostró claramente la posición que ocupaban él y sus compañeros en el mundo, las causas de ello y los medios de mejorar su suerte.

Cuando Markel vió la posibilidad de liberarse á sí mismo y de liberar á los otros de la cárcel opresora que padecían desde la niñez, la injusticia de esa opresión le apareció más vivamente, y á su afán de sacudir el yugo se añadió un vehemente deseo de venganza contra los opresores.

Le aseguraron que la ciencia era la que debía obrar el milagro de su liberación y esto hizo que se entregara apasionadamente al estudio. ¿No le había acaso revelado la ciencia la injusticia de su posición? Ella, pues, le permitiría hacer cesar tal injusticia. La ciencia, además, tenía la ventaja de elevarle sobre los demás hombres, lo que había sido siempre su secreta ambición. Por eso, cesó de fumar y beber, para consagrar al estudio todos sus ratos de solaz.

La revolucionaria continuaba en relaciones con él y le admiraba el ardor con que se dedicaba al estudio de las más abstrusas cuestiones. En dos años Markel había aprendido la geometría, el álgebra, la historia; había leído toda suerte de obras de crítica y filosofía; pero sobre todo, había asimilado toda la literatura socialista contemporánea.

Entonces detuvieron á la revolucionaria y hallaron en su poder cartas de Markel. Este fué detenido á su vez. En el gobierno de Vologda, donde, le deportaron, conoció á Novodvoroff, leyó nuevos libros, aprendió multitud de cosas y se convirtió en uno de los adeptos más ardientes del socialismo. Autorizado para volver á su país, al cabo de algunos meses, se puso al frente de una huelga que terminó con el incendio de una fábrica y el asesinato de su dueño. De nuevo fué detenido, y ahora iba desterrado á Siberia para toda su vida.

En materia de religión se mostraba tan radical como en

economía política. Convencido de la falsedad de las creencias en que fué educado, experimentaba un deseo de venganza de cuantos le mantuvieron en su primer error. Sin cesar hablaba con odio de los popes y se burlaba amargamente de los dogmas religiosos.

Tenía costumbre de asceta, y como todos los que se han acostumbrado al trabajo desde la infancia, era muy diestro y casi infatigable en cuanto se refería á ejercicios físicos; pero despreciaba esos ejercicios y el trabajo manual en todas sus formas. En los puntos de parada como en la cárcel, procuraba tener ratos libres para poder continuar instruyéndose, lo que cada vez más creía ser la única ocupación honrosa y útil. Ahora estaba á punto de estudiar el primer tomo del *Capital* de Marx; ocultaba el volumen en el fondo de un saco, y velaba sobre él como sobre el más precioso de los tesoros.

Para con sus compañeros se mostraba indiferente y reservado, menos con Novodvoroff, á quien quería muchísimo y del cual creía que todas las opiniones eran algo así como la misma esencia de la verdad.

La mujer, era, según él, el mayor obstaculo para la emancipación social y el libre desarrollo de la inteligencia, así es que experimentaba por las mujeres un desprecio absoluto. Exceptuaba de él á la Máslova, en quien veía un ejemplo típico de la explotación de las clases inferiores por las superiores. Le demostraba en todas las circunstancias mucha deferencia, y por igual motivo no despreciaba una ocasión de demostrar á Neklindoff cuanta antipatía le inspiraba.

### XIII

El calorífero acabó por encenderse de todo, y la atmósfera de la sala se templó. vertiose el té en las tazas y se presentaron todas las viandas y entremeses de la cena. Había pan blanco y moreno, huevos duros, manteca, y manos de ternera. Todos se acercaron á la cama, que

hacia oficio de mesa, y se comía, se bebía y se hablaba. Sentada sobre un cofre, la Rantzeff hacía los honores, como si fuese la dueña de la casa. Únicamente Krilzoff no se mezcló al grupo, y después de cambiar su pelliza húmeda por el plaid seco, tendido en la cama, hablaba en voz baja con Neklindoff.

Después del frío y de la humedad del camino, después de la inmundicia y del desorden hallado, al llegar á la etapa, después del trabajo que había costado, ordenar y limpiar y hacer la cena, esa cena y el calorcillo que reinaba en la sala, y el estímulo del té, habían puesto á todos los presos de buen humor.

Los gritos, las injurias, la grosera algarabía que reinaba en el departamento de los presos por delitos comunes, todo lo cual oían á través de los tabiques, hacía que por contraste, fuera más agradable aquella sensación de bienestar y de tranquilidad. Les parecía estar como aislados en un arrecife en el centro del océano, y aquella impresión les exaltaba, causándoles una especie de embriaguez intelectual que les hacía olvidar por completo el horror de su situación, dejando que se entregaran libremente á sus sueños.

Además, como sucede casi siempre que están reunidos jóvenes y mozas, sobre todo cuando están obligados á hacer vida común, se había establecido entre ellos relaciones más ó menos ocultas ó patentes, conscientes ó inconscientes. Todos ó casi todos eseaban enamorados. Novodvoroff, amaba á la joven y alegre Grabetz. Era una estudiante poco reflexiva, indiferente por completo á los problemas revolucionarios; pero que cediendo á la influencia de los tiempos, se comprometió en cierto complot y fué condenada á deportación. Así como en la Universidad su única preocupación había consistido en coquetear con todos los estudiantes, del mismo modo tampoco se preocupaba de otra cosa desde su encarcelamiento. Se creía, y era efectivamente, dichosa, porque Novodvoroff se había enamorado de ella, y á su vez sentía también amor por él.

Vera Efremovna, que había pasado toda su vida amando sin esperanza y sin agorar su fondo de sentimentalismo, suspiraba en secreto tan pronto por Nabatoff como por Novodvoroff. También experimentaba una especie de pasión Kritzoff por María Paulovna; en realidad la amaba como los hombres aman á las mujeres, pero conociendo sus opiniones acerca del amor, procuraba ocultar éste bajo las apariencias de amistad y reconocimiento.

Nabatoff estaba también enamorado. Entre él y Emilia Rantzeff, mediaban relaciones inocentes; pero relaciones sentimentales, al fin y al cabo; pues así como María Paulovna era de todo corazón una joven inocente, así la Rantzeff encarnaba el tipo de la mujer, de la esposa perfecta.

A los dieciseis años, cuando aún estaba en el colegio, se enamoró de Rantzeff que estudiaba entonces en la Universidad de Petersburgo, y tres años más tarde se casó con él. Su marido fué deportado por haber tomado parte en motines universitarios, y entonces ella interrumpió sus estudios de medicina para seguirle, y cómo él se convirtió á las nuevas doctrinas, revolucionaria fué también ella. Si su marido no hubiese sido á sus ojos el más hermoso, inteligente y mejor de los hombres, no le amara ni se casara con él; pero amándole y habiéndose casado por creerle el mejor de los hombres, hubiera juzgado monstruoso concebir la vida de otra manera que él. Su esposa creyó al principio de su matrimonio, que el fin más noble de su vida era consagrarse al estudio, y entonces es cuando á su vez estudió medicina. Fué revolucionario su marido después, y deseó la revolución. Era tan capaz como cualquiera de sus compañeros para explicar por qué el régimen social imperante era injusto, y por qué todo hombre tenía el deber de luchar para derrocarlo y reemplazarlo por un régimen nuevo en que la personalidad humana podría desarrollarse libremente. Creía de todo corazón que tales eran sus propios sentimientos é ideas. Pero, en realidad, pensaba únicamente que lo que creía su marido era lo justo, y

su único sueño, su exclusivo anhelo, era identificarse del todo con él.

A consecuencia de nuevos disturbios en que tomó parte, la separaron de su esposo y de su hijo, y aquella separación le fué muy penosa. La soportaba, sin embargo, con firmeza sabiendo que la sufría por su marido y por aquella obra, que era digna de todos los sacrificios cuando Rantzeff no los escaseaba en favor de ella. Pensaba únicamente en su marido, y de la misma manera que no amó nunca antes que á él, tampoco podía amar después á otro; pero la afección pura y desinteresada de Nabatoff la conmovía y la agradaba á un tiempo. Hombre esencialmente moral y acostumbrado á dominar sus deseos, esforzabase el aldeano en tratar á Emilia como á una hermana; pero en ciertos momentos, en sus relaciones con Emilia, apuntaba un sentimiento más hondo que la afección de un hermano por una hermana, y ese sentimiento les inquietaba y les placía en secreto. Así, nadie en el grupo, estaba libre de preocupaciones amorosas, á excepción de María Paulovna y del obrero Markel.

#### XIV

En espera del momento en que después de la cena podría hablar particularmente con Katiuscha, como lo hacía siempre que pasaba la velada en la etapa, Neklindoff permanecía sentado junto á Kriltzov y hablaba con él.

Entre otras cosas, le contó el modo como Macario le había dicho lo de la situación del condenado á destierro. Kriltzov le escuchaba con atención, mirándole fijamente con sus grandes ojos brillantes.

—¡Eso es!—exclamó de repente.—Pienso á menudo en lo extraño de nuestra situación. Vamos á Siberia con todas estas gentes, ¿qué digo? por esas gentes precisamente vamos, y sin embargo, no tan solo no la conocemos, sino que no tratamos siquiera de conocerla. Ellos, por su par-

te, nos detestan y nos consideran como á sus enemigos. ¿No encontráis esto horroroso?

—No; no es nada horroroso,—declaró Novodvoroff, que se había acercado al camastro del enfermo.—Las masas son siempre groseras é incultas y no respetan sino la fuerza,—prosiguió con su voz sonora.—Hoy es el Gobierno quien tiene la fuerza: esa gente respeta al Gobierno y nos detesta. Mañana, si obtenemos el poder, nos respetará á nosotros.

En aquel instante se oyó en la sala vecina golpes dados contra la pared, ruido de cadenas, gritos y chillidos. Pegaban á alguien que pedía socorro.

—¿Oís esas bestias feroces? ¿Qué relación queréis que haya entre ellas y nosotros?—repuso tranquilamente Novodvoroff.

—¿Les llaman bestias feroces? Mira, pues, lo que Neklindoff acaba de contarme que ha hecho uno de ellos. Y Kriltzoff, con acento irritado, repitiólo que había hecho el penado Macario en favor de uno de sus compañeros.

—Esto me parece que no es propio de una bestia feroz.

—¡Sentimentalismo!—dijo Novodvoroff con su sonrisa irónica.—¡Como si comprendiéramos los pensamientos de esa gente y los móviles de sus actos! Lo que se te antoja heroísmo, no es, quizá, sino odio contra otro forzado.

—¡Y tú, en cambio, nunca encuentras nada bueno en los otros!—exclamó María Paulovna, que tuteaba á todos sus compañeros.

—¿Por qué he de encontrar lo que no existe?

—¿Y por qué no admirar á un hombre que voluntariamente se expone á una muerte horrible?

—Creo,—declaró secamente Novodvoroff,—que si queremos realizar nuestra obra, la primera condición es no soñar nunca y ver siempre las cosas tal como son.

Markel, cerrando el libro que leía bajo la lámpara, se había acercado y escuchaba piadosamente todas las palabras del hombre que reconocía como maestro.

Novodvoroff prosiguió con tono resuelto y solemne, como si diera una conferencia:

—Nuestro deber es procurar hacer cuanto se pueda en favor del pueblo; pero no esperar nada de él. El pueblo debe ser el objeto de nuestros esfuerzos, pero no podrá colaborar con nosotros, por lo menos hasta que sacuda la inercia en que está sumido. Nada más propio de ilusos que esperar del pueblo el menor auxilio, hasta el día en que realizará su evolución intelectual, la evolución para la cual le preparamos.

—¿Qué evolución?—preguntó Kriltzov incorporándose.  
—Luchamos contra el despotismo; pero ese modo de obrar que preconizas es un despotismo tan indigno como el otro.

—¿Dónde ves tú el despotismo?—respondió sin conmoverse Novodvoroff.—Digo que conozco el camino que debe seguir el pueblo para desarrollarse, y que puedo indicarle este camino.

—Pero, ¿quién te permite afirmar que ese camino que le indicas es el bueno? ¿En nombre de esos principios no se organizó la inquisición? La revolución francesa, ¿no cometió crímenes en nombre de esos principios? También imaginaba y creía haber encontrado en la ciencia la indicación del único camino que debía seguirse.

—Que otros se hayan engañado, no prueba necesariamente que yo también me engañe. Además no hay analogía entre las tonterías de los ideólogos y las afirmaciones positivas de la ciencia económica...

La voz fuerte de Novodvoroff, llenaba toda la sala. Nadie se atrevía á interrumpirle.

—¿Qué sacáis de pelearos?—dijo María Paulovna cuando aquél hubo acabado.

—Y ¿qué es lo que os parece á vos?—preguntó Neklin-doff á la joven.

—Creo que Anatolio tiene razón y que tenemos derecho á imponer nuestras ideas al pueblo.

—He aquí un modo extraño de comprender nuestro papel,—dijo Novodvoroff. Y encendiendo un cigarrillo, se alejó malhumorado.

—No puedo remediarlo; en cuanto hablo con él, me salgo de mis casillas,—murmuró Kriltzov al oído de Neklindoff.

Este no pudo por menos de pensar que también experimentaba algo parecido.

## XV

A pesar de la consideración que por Novodvoroff tenían todos sus compañeros, á pesar de toda su ciencia y de la alta opinión que tenía de sí mismo, Neklindoff le miraba precisamente como el tipo de esos revolucionarios que, estando por debajo del nivel medio, pierden siempre al encontrarse en el ambiente en que aquél se encontraba. Reconocía que en cuanto á intelectualidad, Novodvoroff estaba mejor dotado que la mayoría de los revolucionarios; pero advertía que su vanidad y su egoismo, excesivos por efecto de las circunstancias de su vida, habían esterilizado su inteligencia.

Toda la actividad revolucionaria de Novodvoroff, aunque éste supiera justificarla elocuentemente prestándole los más admirables móviles, aparecía á los ojos del príncipe como fundada sobre la ambición, el ansia de dominar y el exhibirse. Dotado de una extraordinaria aptitud para asimilarse y expresar claramente ajenas ideas, Novodvoroff se impuso fácilmente á la admiración de todos, en aquellos centros donde se apreciaba particularmente tal condición. En el colegio primero, y después en la Universidad, maestros y condiscípulos reconocían su inteligencia y esto le halagaba. Pero, cuando al acabar sus estudios, advirtió que aquellos elogios desaparecerían, no pudo resignarse á ello, y para dominar de nuevo en otra esfera, cambió bruscamente de opiniones. De liberal progresista que había si-



do hasta entonces, se convirtió en ardiente revolucionario.

La completa ausencia de cualidades morales y estéticas que engendran las dudas y vacilaciones, le permitió tomar rápidamente en el partido revolucionario la jefatura que anhelaba. En cuanto adoptaba una resolución, no dudaba ni vacilaba un punto; y por lo tanto tenía siempre la seguridad de no engañarse. Todo le parecía sencillo, claro, incontestable. Y con la estrechez de sus puntos de vista, era verdad que todas sus ideas le parecían sencillas y claras, pues, como le gustaba repetir, teniendo lógica se distingue infaliblemente lo verdadero de lo falso.

Su confianza en sí mismo era tan grande, que nadie podía tratarle sin sufrir su dominación ó sin verse obligado á resistirle. Como generalmente trataba con jóvenes que tomaban la confianza en sí mismo, por profundidad de pensamiento, la mayoría de sus compañeros sometíanse á su dominación, de manera que no tardó en adquirir preponderancia enorme en los círculos revolucionarios. Sus compañeros le temían, le estimaban por su osadía y decisión; pero no le querían. El, por su parte, no amaba á nadie. Todo hombre que tenía alguna cualidad sobresaliente, le parecía un rival, y de buena gana, á poder hacerlo, hubiese quitado á los demás hombres todas sus cualidades á fin de impedirles que desviarán de su propio mérito la atención pública. Únicamente se mostraba amable con los que se inclinaban ante él. Así es que durante todo el trayecto de la conducción, únicamente se mostraba afectuoso con Markel, que había adoptado ciegamente todas sus ideas, y con las dos mujeres que adivinaba que estaban enamoradas de él: Vera Efremovné y la linda Grabetz.

Novodvoroff, era partidario de la emancipación de la mujer, en teoría; pero en la práctica consideraba á todas las mujeres como criaturas estúpidas y ridículas exceptuando aquellas de las cuales estaba enamorado y que reputaba entonces de seres extraordinarios de los que él, úni-

camente adivinó las perfecciones. Había amado así gran número de mujeres; dos veces vivió maritalmente con queridas; pero á las dos las abandonó al comprender que lo que experimentaba por ellas no era verdadero amor. Ahora se preparaba para contraer nueva unión con la Grabetz.

Despreciaba á Neklindoff, porque éste, siguiendo su expresión, «hacia el tonto presumido» con la Máslova: pero en realidad, le despreciaba y aborrecía, porque lejos de compartir sus ideas acerca de los medios de remediar los defectos de la sociedad, Neklindoff tenía ideas propias y trataba las cuestiones sociales «como un príncipe», es decir, como un imbécil. Y Neklindoff comprendía los sentimientos del revolucionario hacia él y comprendía que á pesar de la disposición benévola en que se encontraba, no había fuerza capaz en el mundo de impedirle que sintiera hacia aquel hombre una mezcla de desprecio y malevolencia.

## XVI

Habían acabado de cenar y de tomar té. Neklindoff iba á hablar con la Máslova cuando oyó en la sala vecina la voz del alcaide. Luego reinó silencio en la sala y en el corredor. Se abrió la puerta, y acompañado de dos guardias, entró el alcaide para proceder á la lista de la noche. Contó uno por uno todos los penados políticos, leyendo sus nombres en una lista en tanto que uno de los guardias les iba tocando con el dedo.

Al acabar la lista, el alcaide se volvió hacia Neklindoff, y le dijo con una mezcla de respeto y familiaridad:

—Ahora, príncipe, debéis marcharos. No se puede estar aquí después de la lista.

Pero Neklindoff que sabía lo que significaban aquellas palabras, se aproximó al viejo y le deslizó en la mano un billete de tres rublos que tenía preparado.

—¡Vaya, veo que no es posible echaros! quedáos todavía un instante.

Iba á salir el alcaide, cuando entró en la sala un guardia acompañado de un prisionero alto y seco, con un gran cardenal en el ojo.

—¡Vengo á buscar la niña!—dijo el preso.

—¡Aquí está, papá!—exclamó una voz infantil, y una cabecita rubia apareció por detrás del grupo formado por la Rantzeff, María Paulovna y Katuscha, que estaban cosiendo un vestido nuevo para la niña con la tela de una saya de la Rantzeff.

—Ven, pequeña, ven á acostarte,—decía dulcemente el forzado.

—¡Aquí está muy bien!—respondió María Paulovna mirando con lástima el rostro magullado del pobre hombre. —Dejádnosla.

—¡La señora me hace un vestido nuevo, un vestido colorado!—dijo la niña enseñando á su padre la labor de Emilia Rantzeff.

—¿Quieres dormir con nosotros?—preguntó ésta acariciándola.

—Sí; pero quiero que papá duerma también conmigo.

La Rantzeff sonrió con una de aquellas sonrisas que tanto la hermoseaban.

—Tu padre tiene que dormir en la otra sala; pero dirá que tú duermas con nosotras, ¿no es verdad?—dijo volviéndose hacia el padre.

—¡Arregláos como queráis!—declaró el alcaide que salió con los tres guardias.

Apenas estos habían salido cuando Nabatoff se acercó al padre de la niña y le dijo poniéndole su ancha mano sobre el hombro:

—Dime, hermano, ¿es verdad que Karmanoff quiere cambiar de nombre con otro deportado?

El rostro tranquilo del forzado tomó de repente una expresión sombría y bajó los ojos.

—No hemos oído hablar de nada, ¡Dios sabe las mentiras que se inventan!—respondió. Luego, sin levantar los ojos: — ¡Aniutka, puedes quedarte aquí con esas hermosas señoras! — añadió saliendo precipitadamente.

—Lo sabe todo; lo que os ha dicho Macario debe ser cierto; dijo Nabatoff, dirigiéndose al príncipe.

Ambos callaron temiendo que de nuevo empezara una disputa.

Simonson, que durante toda la velada no habló una palabra y había permanecido echado en su camastro, se levantó de golpe con un movimiento decidido. Abriéndose camino á través de los demás presos, se acercó á Neklindoff.

—¿Podéis otorgarme un instante?

—¡Ya lo creo!—contestó el príncipe, y se levantó para seguirle.

Viendo que Neklindoff se levantaba, la Máslova se ruborizó. Bruscamente volvió la cabeza.

—He aquí de lo que quiero hablaros,—dijo Simonson, después de conducir al príncipe á la antecámara. En aquel sitio, reinaba en aquel instante una tremenda algarabía á causa del ruido infernal que hacían los penados de derecho común, en el corredor y en la sala vecina. Neklindoff, ensordecido, frunció las cejas; pero Simonson, evidentemente no oía nada.

—Sabiedo vuestras relaciones con Catalina Mikalovna,—prosiguió, fijando sus ojos en los del príncipe,—he creído de mi deber...

Al decir esto tuvo que interrumpirse porque en el mismo instante, junto á la puerta se pusieron á gritar dos voces juntas disputando:

—Te digo que no soy yo, cochino,—clamaba una de ellas.

—¡Devuélvemelo, mala bestia!—gritaba la otra.

De repente apareció María Paulovna.

—Querer hablar aquí no tiene sentido común,—dijo.—Venid á nuestro cuarto; creo que no hay nadie.

Introdujo á Simonson y á Neklindoff en la segunda sala donde dormían las mujeres de la sección. La pieza, sin embargo, no estaba vacía. Se hallaba Vera Efremovna, echada sobre la cama, con la cara vuelta hacia la pared.

—Tiene jaqueca y duerme. No os oirá; yo me voy,—dijo María Paulovna.

—No te vayas,—replicó Simonson;—no tengo secretos para nadie, y menos para tí.

—Sea como quieras,—dijo ésta, sentándose con sus movimientos llenos de gracia infantil, en una de las camas.

—He aquí lo que quería deciros,—repuso de nuevo Simonson.—Conociendo vuestras relaciones con Catalina Mikailovna, he creído que debía ponerlos al corriente de mis propias relaciones con ella.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Neklindoff con brusco espanto.

—El caso es que deseo casarme con Catalina...

—¿De veras?—preguntó María Paulovna levantando sus hermosos ojos azules hacia Simonson.

—He resuelto preguntarle si consentiría en ser mi mujer.

—¿Qué puedo hacer yo en ello? ¡Eso es cuestión suya! —declaró secamente Neklindoff.

—Sí; pero sé que no me contestará sin vuestro permiso.

—¿Por qué?

—Porque hasta que estará resuelta la cuestión de sus relaciones con vos, Catalina no querrá adoptar ninguna decisión.

—Por lo que á mí respecta, -- dijo Neklindoff, —la cuestión es bien sencilla. He querido hacer lo que consideré como un deber; he tratado de mejorar en cuanto he podido la suerte de la Máslova; pero por nada en el mundo quisiera imponerme á ella, ni violentar sus deseos.

—Es claro; pero ella no quiere que os sacrificuéis.

—No es ningún sacrificio.

—Sé que su resolución acerca de eso, es inquebrantable.

—Entonces, ¿para qué hablar conmigo?—preguntó Neklindoff.

—Es preciso que reconozcáis que debéis renunciar á cuidaros de ella.

—¿Cómo puedo reconocer que no debo hacer lo que estimo, que es mi deber? Lo único que puedo decir es que aún cuando yo no me siento libre hacia ella, ella es libre por entero hacia mí.

Simonson quedó algunos minutos reflexionando:

—Bien,—repuso—le diré eso. Pero no vayáis á creer que estoy enamorado de ella. La amo como á una hermana, como á una amiga que hubiere sufrido mucho y á quien quisiera consolar. No deseo nada de ella, sino poder ayudarla, mejorar su posi...

A pesar de la emoción que sentía, Neklindoff advirtió que la voz de Simonson temblaba.

—Mejorar su posición,—terminó Simonson.—No quiere aceptar vuestra ayuda; pero quizá consentiría en aceptar la mía. Si así es, pediré que me envíen á la ciudad donde cumplirá su condena; viviré cerca de ella y quizá lograré hacerle la vida menos pesada...

De nuevo se interrumpió próximo á sollozar.

—¿Qué queréis que os diga?—repuso Neklindoff.—Me alegro de que haya encontrado un protector como vos.

—Eso es lo que quería saber,—exclamó Simonson.—Quería saber si conociendo mis sentimientos hacia Catalina Mikailovna y sabiendo hasta qué punto deseo su bienestar, consideráis beneficioso mi matrimonio con ella.

—¡Pues bien, sí!—contestó Neklindoff con acento resuelto.

—Únicamente pienso en ella. Deseo únicamente un poco de calma y de reposo para esa alma que ha sufrido tanto,—añadió entonces Simonson mirando á Neklindoff de un modo tan suplicante é infantil, que formaba contraste con el modo de ser de aquel hombre, comunmente tan sombrío y tan reservado.

De repente se acercó á Neklindoff, le tomó la mano, sonrióle tímidamente y le besó en las mejillas.

—¡Voy á decirle eso, voy á decirselo en seguida!—exclamó, y salió de la sala.

## XVII

—¡He aquí lo que son las cosas!—dijo María Paulovna cuando Simonson hubo salido.—Está enamorado como un loco. ¿Quién hubiera creído que Vladimiro Simonson se enamorara como un colegial? ¡Es asombroso! ¡Y debo añadir que casi me produce enfado!—añadió entre burlas y veras.

—¿Y Katia? ¿Qué creéis que piensa de eso?

—¿Ella?

Y María Paulovna se detuvo para reflexionar un instante, como si tratara de formular su respuesta del modo más claro posible.

—¿Ella? Creed que su pasado no le impide conservar una naturaleza de las más rectas que conozco... Tiene sentimientos más delicados que todas nosotras. Os ama, os ama mucho y se consideraría muy dichosa si pudiera haceros por lo menos un servicio negativo, impidiéndoos que os cuidárais de ella. A juicio suyo su casamiento con vos, sería una caída terrible, peor que todo su pasado. Estoy convencida por lo tanto, de que nunca consentirá en ello. Vuestra presencia aquí le causa continuos sobresaltos.

—Entonces, ¿qué me aconsejáis? ¿Qué desaparezca?

—Sí, en parte por lo menos.

—¿Cómo puedo desaparecer en parte?

—Ahora advierto,—replicó María Paulovna, tratando evidentemente de desviar la conversación,—ahora advierto que no he contestado á vuestra primera pregunta. Quería deciros que Katia debe saber perfectamente la pasión exaltada que Simonson siente por ella, aun cuando éste no le haya hablado nunca de tal cosa. Como sabéis, no en-

tiendo mucho de tales asuntos; pero creo que esa pasión no es distinta del amor más vulgar, aun cuando quiera disfrazarlo Vladimiro, afirmando que su amor es platónico y que estimula su energía en vez de debilitarla. Pero yo comprendo que en el fondo no hay nada de eso, que todo se reduce á simple deseo físico como el que Novodvoroff siente por la Grabetz.

María Paulovna iba á desarrollar este tema que le gustaba; pero Neklindoff la interrumpió.

—En fin, ¿qué me aconsejáis que haga?

—Creo que deberíais hablar de ello con Katia. Explicarse del todo es siempre lo mejor. Arregláos con Katia. ¿Queréis que os la envíe aquí.

—Sí, os lo ruego,—dijo Neklindoff.

María Paulovna salió.

Extraños sentimientos agitaban el alma de Neklindoff, en tanto que estaba solo en la sala oyendo cerca de él la respiración de Vera Efremovna y más lejos el ruido incesante y la algarabía que armaban los penados de derecho común. Lo que acababa de decirle Simonson, tenía la ventaja de relevarle de la obligación que se había impuesto y que amenudo, sobre todo en los últimos tiempos, le pareciera temerosa y pesada. Sin embargo, lo que le dijo Simonson no solamente le desagradó, sino que le hizo padecer como quizá nunca hubo padecido.

Su padecimiento provenía de mil causas diversas, de las que él mismo no se daba cuenta, sino de un modo vago. Provenía, por ejemplo, de que la proposición de Simonson había quitado á su conducta hacia Katiusaha el carácter excepcional que hasta entonces tuvo ante sus propios ojos y ante los ojos del mundo; pues si un hombre y un hombre como Simonson, que no tenía ninguna obligación con la joven, consistía en unir su destino con el suyo, ¿á qué quedaba reducido el sacrificio realizado por él, Neklindoff, que tan heroico le parecía? En su padecimiento entraban también las simples celos. Tanto se había acostumbrado á

la idea de que Katuscha le amaba, que la posibilidad de que amara á otro hombre le torturaba como una decepción. Neklindoff sufría también al ver destruídos sus proyectos y sus planes: había pensado detenidamente la manera cómo viviría cerca de Katuscha, sobre la cual velaría hasta que expirara su condena. Si ahora se casaba con Simonson, su presencia cerca de ella sería inútil y tendría que dar nuevo empleo á su vida. Así es que toda suerte de tristes pensamientos le asaltaban cuando abrió la puerta y Katuscha entró. El ruido de la sala vecina era cada vez más ensordecedor; evidentemente algo anormal debía ocurrir allí.

Con paso rápido, sin levantar los ojos, Katuscha se adelantó hacia Neklindoff.

—¡María Paulovna me ha dicho que queríais hablarme! —murmuró con aire embarazado.

—Sí, Katuscha. Siéntate. Vladimiro Ivanovitch acaba de hablarme de tí.

Se había sentado la joven, poniendo las manos en las rodillas y parecía tranquila; pero apenas Neklindoff había nombrado á Simonson, se estremeció y se ruborizó.

—¿Qué os ha dicho?

—Me ha dicho que quería casarse contigo.

El rostro de la joven se contrajo como si sintiera vivo dolor, pero no dijo nada y bajó de nuevo los ojos.

—Me pide mi consentimiento ó por lo menos mi consejo,—agregó Neklindoff.—Yo le he dicho que todo dependía de tí; que tú sola debías decidir.

—¿A qué viene todo eso?—exclamó fijando en Neklindoff aquella mirada penetrante de sus ojos un poco bizcos que siempre habían hecho tanta impresión en él.

Ambos permanecieron así un minuto mirándose á los ojos. Y aquella mirada les enseñó más cosas á uno y otra que muchas palabras.

—¡Tú sola debes decidir!—repitió Neklindoff.

—¿Qué debo decidir?—exclamó Katuscha.—Todo está decidido hace mucho tiempo.

—Nó, Katuscha, nó, debes decidir si aceptas la proposición de Vladimiro Ivanovitch?

—¿Acaso puedo casarme yo, yo carne de galera? ¿Porqué perdería la existencia de Vladimiro Ivanovitch?—dijo la joven con voz temblorosa.

—¿Pero, le amas?—dijo Neklindoff.

—¡Dejadme, vale más no hablar!—contestó Katuscha y, levantándose, salió de la habitación.

### XVIII

Al entrar de nuevo en la sala grande, después de su conversación con Katuscha, Neklindoff encontróse con que todo el mundo andaba allí alborotado. Nabatoff, que se metía en todas partes, lo observaba todo y de todo se informaba, acababa de hacer un descubrimiento muy interesante para sus compañeros. Había descubierto en una pared una inscripción del revolucionario Petline, que dos años antes había sido condenado á trabajos forzados á perpetuidad. Se creía que Petline estaba desde mucho tiempo atrás en Siberia; y por la inscripción dejada en la pared, demostraba que formó parte de una conducción reciente.

La inscripción estaba concebida en estos términos:

«He pasado por aquí el 17 de Agosto de 18... con un convoy de penados de derecho común. Nevieroff debía marchar conmigo; pero se ahorcó en Kasan, en un arrebato de locura. Yo estoy sano de cuerpo y de espíritu, y lleno de esperanza en el porvenir de nuestra causa.—PETLINE.»

Se hablaba acerca de los motivos del retardo de la partida de Petline, y sobre todo de las causas del suicidio de Nevieroff. Unicamente Kritzoff callaba mirando fijamente el vacío con sus ojos febricitantes.

—¡Mi marido me ha dicho que ya en la fortaleza, Nevieroff empezaba á ver fantasmas!—dijo la Rantzeff.

—¡Sí, era un poeta, un imaginativo! ¡Esas gentes no pueden soportar el régimen de la soledad!—declaró Novodvoroff con tono despreciativo.—A mí, cuando me encerraron en el calabozo, decidí no dejarme llevar de mi imaginación. Fijé el empleo que debía dar al tiempo y cumplí mi propósito con toda precisión. Por eso, sin duda, soporté perfectamente el calabozo.

—¿Soportar el calabozo? No vale siquiera lá pena de alabarse de ello. Por mi parte, siempre he estado contento cuando me han encerrado,—exclamó Nabatoff sonriendo y esforzándose claramente en hacer desaparecer la tristeza que reinaba en torno suyo.—En libertad, uno se preocupa por cualquier cosa y teme hacerse daño á sí mismo y á los otros y comprometer el éxito de la causa, en tanto que una vez encerrado, queda uno libre de toda responsabilidad y se puede respirar á gusto. Con estar sentado y fumar cigarrillos, está hecho todo.

—¿Has conocido intimamente á Nevieroff?—preguntó María Paulovna á Kriltzoff, cuyo rostro se había contraído de nuevo y cuyas manos temblaban desde que oyó las palabras de Novodvoroff.

—¿Nevieroff, un imaginativo?—dijo Kriltzov, elevando cuanto podía su voz enronquecida.—Nevieroff era uno de esos hombres de los cuales se dice que la tierra produce muy pocos. Era un hombre admirable, transparente á fuerza de franqueza; incapaz no sólo de mentir sino de ocultar el más insignificante de sus pensamientos. Tenía tal delicadeza que el menor arañazo le hería en el alma... Sí, era una naturaleza delicada, rica, fecunda. ¡Ah! no era como... ¿Pero á qué hablar?

Calló un momento, pero se veía que crecía su irritación á cada instante.

—Los hombres de la especie de Nevieroff,—añadió con tono amargo y malévoló,—se preguntan con angustia qué

vale más, si es mejor instruir al pueblo y cambiar después las instituciones que le rigen ó cambiar primero esas instituciones; se preguntan qué medios deben emplear para la lucha, si la propaganda política ó el terrorismo. ¡Y he aquí por qué les llaman imaginativos! Los que así les apellidan, esos no se preguntan nada, no discuten nada, no se molestan en averiguar si su acción costará miles de existencias de hombres, y de qué hombres! Parece por lo contrario que desean que mueran los mejores. ¡Efectivamente, los mejores perecen! Herzen decía que la proscripción de los Decembristas había rebajado el nivel social de Rusia. Y después se proscribió á Herzen y los de su tiempo. Ahora se excomulga á los Nevieroff.

—No creo que consigan, sin embargo, suprimir á todo el mundo,—replicó con su acento de buen humor Nabatoff.  
—Es de creer que siempre quedarán algunos para pasar cuentas, para exigir responsabilidades.

—¡Nó, no quedará ni uno si dejamos hacer á esa gente! —exclamó Kriltzov, cada vez más furioso.—Emilia, dame un cigarrillo!

—No fumes, no fumes esta noche; no estás bien;—le dijo María Paulovna.

—¡Déjame!—replicó con cólera, y encendió un cigarrillo.

Pero desde la primera chupada empezó á toser y á ahogarse. Tardó algunos instantes en reponerse y luego animándose otra vez:

—Nó, no es así como habíamos concebido la obra. Razonábamos, buscábamos el sistema, en tanto que ahora...

—¡Sin embargo, también son hombres!—replicó la Rant, zeff.

—Nó, no son hombres los que obran y piensan de esa manera... Se les debería exterminar como á los chinches, se les debería aplastar... Sí, he aquí lo que se debería hacer, porque...

Empezaba una nueva frase cuando de repente su rostro

se puso colorado, al mismo tiempo que un terrible abceso de tos le derribó sobre la almohada. De sus labios se escapó una oleada de sangre.

Nabatoff se precipitó al corredor para pedir nieve. María Paulovna, aproximándose al enfermo le presentó un frasco de valeriana; pero él, con los ojos cerrados, rechazó el frasco con su mano descarnada y durante largo rato permaneció inmóvil sin poder respirar.

Cuando por fin la nieve y las compresas de agua fría le hubieron aliviado bastante para permitir á sus compañeros desnudarle y acostarle, Neklindoff se despidió y salió al corredor, donde el alcaide le esperaba desde hacía mucho rato.

Los penados de derecho común habían cesado en su alboroto, y la mayoría dormían. No solamente dormían sobre los camastros y bajo las camas, y en el suelo y delante de las puertas, sino que muchos de ellos, no habiendo encontrado sitios en el interior de las salas, se habían tendido en el corredor, desnudos, con sus sacos bajo la cabeza y cubiertos con sus vestidos á guisa de colchas.

En las salas y en el corredor resonaban los ronquidos de los durmientes y por todos lados se veían extrañas figuras humanas, semiocultas bajo las grandes capas. Neklindoff vió también á un hombre que no dormía. Era un forzado viejo que sentado, desnudo, debajo de la lámpara, se entretenía en buscar piojos en sus vestidos. Algunos forzados, en una revuelta del corredor estaban jugando á cartas con gran empeño. Era tanta la fetidez del aire en el corredor que Neklindoff, creyó haber respirado una atmósfera purísima en la sala destinada á los presos políticos.

Al cabo logró abrirse camino hasta la extremidad del corredor, avanzando con precaución para no pisar á los que dormían. Tres penados que seguramente ni en el corredor encontraron sitio, estaban tendidos en el umbral, junto al zambullo. Uno de ellos era un idiota que Neklin-

doff había encontrado á menudo, otro, era un niño de diez años que dormía como los niños, con ambas manos bajo las mejillas, en tanto que del zambullo, lleno de excrementos, el líquido apestoso, rezumando, caía en negras gotas sobre él,

En el patio de la etapa detúvose Neklindoff, y ensanchando el pecho, aspiró largo rato con delicia, el aire helado de la noche.

## XIX

El firmamento tan cubierto dos horas antes, estaba ahora lleno de estrellas; las charcas de barro se habían helado en muchos sitios y Neklindoff no tuvo gran trabajo para volver á su posada. Llamó á la ventana; el muchacho de anchos hombros le abrió y le hizo entrar.

A la derecha, en el corredor, Neklindoff oyó el ronquido de los cocheros que salía de un cuarto sin luz; ante él en el patio oyó el ruido continuo y regular de varios caballos que comían avena; á la izquierda, vió abierta la puerta de la gran sala en que brillaba una lámpara ante una imágen, y aspiró el extraño olor que se exhalaba de aquel cuarto, un olor mezclado de aguardiente y de sudor.

Neklindoff subió á su habitación, se quitó la capa y se tendió sobre un diván con su almohada de piel, bajo la cabeza. Allí, envuelto en su plaid de viaje, vió de nuevo los espectáculos diversos á que acababa de asistir. Vió con intensidad extraordinaria el cuadro de aquel niño que dormía con la cabeza sobre las manos entre dos presidiarios, cerca del zambullo que rezumaba sobre él.

La conversación que acababa de tener con Simonson y Katiúscha, le había trastornado... Comprendía que un acontecimiento imprevisto y de extremada gravedad había acaecido, acontecimiento que quizá tuviera influencia decisiva sobre su vida. Pero comprendía también que aquel acontecimiento nuevo era harto grave para que pudiese

pensar en él á sangre fría, y procuraba por todos los medios posibles olvidarlo, apartando todos los recuerdos que tenían relación con la situación suya y la de la joven. Cada vez que trataba de olvidar esos recuerdos, se le representaba más viva la escena del muchacho que dormía entre los dos forzados.

Una cosa es saber que en alguna parte, muy lejos, ciertos hombres se ocupan en torturar á otros, en infligirles todas las variedades del sufrimiento y de la humillación, y otra asistir durante tres meses, día por día, al espectáculo de aquella tortura, viendo como se complacen unos en atormentar á los otros. De eso se daba ahora cuenta Neklindoff.

Veinte veces por lo menos durante aquellos tres meses, se había preguntado: «¿Soy yo quien estoy loco y ve las cosas de distinta manera que los demás, ó por lo contrario están locos los otros, aquellos que ejecutan ó toleran las cosas que yo veo?» Los demás hombres demostraban tal unanimidad, no solamente en tolerar esas cosas que tanto horrorizaban á Neklindoff, sino en considerarlas necesarias é importantes, que no podía admitir que todos estuvieran locos; y por otra parte, no podía creer tampoco que razonando como razonaba y pareciéndole sus ideas claras y ordenadas, fuera él el loco. De manera que no sabía nunca á qué carta quedarse.

Pero durante los últimos días veía cada vez más clara la significación de lo que había presenciado durante aquellos tres meses.

He aquí lo que sucedía:

Tenía la impresión de que entre cuantos hombres viven en libertad, la magistratura y la administración escogían los más ardientes, los más despiertos, en una palabra, los más listos, pero los menos prudentes y astutos; y que esos hombres, sin ser más culpables ni menos peligrosos que los que estaban en libertad, se veían de continuo en prisiones, en presidios, en etapas, donde se les obligaba á es-

tar durante años y años en la más completa ociosidad, lejos de la naturaleza, de la familia y del trabajo; es decir, fuera de todas las condiciones normales de la vida humana.

Neklindoff comprendió también que esos hombres en las prisiones, presidios y etapas, estaban sometidos á una serie de humillaciones,—grilletes en los pies, esposas, cabeza afeitada, traje de presidiario,—que no tenían otro objeto que destruir en ellos lo que constituye los principales móviles de la vida moral para la gran mayoría de los hombres, es decir, la preocupación del respeto ajeno, la vergüenza, el sentimiento de la dignidad humana.

Veía, así mismo, Neklindoff que exponiendo á esos hombres á un peligro constante de enfermedad ó muerte, se les colocaba en esa disposición de ánimo en que el hombre mejor y más moral se ve impelido, por el instinto de conservación, á cometer y justificar los actos más crueles é inmorales.

Advertía el príncipe también que, obligando á esos hombres á soportar día y noche la compañía de seres depravados por completo,—asesinos, ladrones, incendiarios,—se les obligaba á soportar, asimismo, el contagio de esa depravación.

Decíase Neklindoff por último, que tratando de la manera que se trataba á esos hombres, entregándose para con ellos á toda clase de medidas monstruosas, separando los padres de los hijos y los maridos de las esposas, ofreciendo un premio á los denunciadores, era como si se hubiera tratado de probar á esos hombres que todas las formas de la violencia, de la crueldad, de la bestialidad, no solamente no debían ser prohibidas, sino recomendadas por la ley, puesto que daban provecho: de lo cual surgía la conclusión de que todas esas cosas debían ser particularmente permitidas á hombres privados de su libertad y sumidos en la más tremenda de las miserias.

—«Diríase, en verdad,—pensaba Neklindoff,—que ese

conjunto de medidas se inventó á propósito para propagar de un modo cierto la depravación y el vicio entre los hombres más fuertes de la nación, de manera que la depravación y el vicio se esparcieran luego por la nación entera. Cada año, millares de seres humanos resultan pervertidos de ese modo, despojados de sus sentimientos naturales; impulsados á practicar las acciones más monstruosas; y cuando se les ha pervertido por completo, se les suelta para que puedan propagar por todo el país los gérmenes infames de que se les impregnó.»

En la prisión en que encontró á Katuscha y más tarde en todo el trayecto del convoy, en Perm, en Ekaterinesburg, en Tomk, en todas las etapas, Neklindoff había visto ya producirse los efectos de lo que no podía considerar de otro modo que como un vasto plan de desmoralización nacional. Había visto naturalezas sencillas, ni buenas ni malas, penetradas de las tradicionales nociones morales del aldeano y del cristiano, que poco á poco se despojaron de esas nociones para adquirir otras que consistían en admitir la legitimidad de toda violencia y de toda deshonra.

Ante el espectáculo de los tratamientos infligidos á los prisioneros, aquellas naturalezas habían acabado por creer mentirosos todos los principios de justicia y de caridad que su religión les enseñó; y dedujeron que estaban autorizados para olvidar y dejar de seguir aquellos principios.

En gran número de penados de la conducción, Neklindoff había observado ejemplos de aquella contaminación morbosa: en Federoff, en Macario y hasta en Tarass, que al cabo de dos meses de cohabitación con los forzados, acabó por adquirir muchas de sus costumbres y por sentir y expresarse como ellos. Neklindoff le había oído hablar con admiración de aquel bandido viejo que se alababa de haber matado y comido á su compañero. Pensaba que bajo el efecto de aquellos tratamientos infligidos á los pri-

sioneros, el aldeano ruso llegaba en algunos meses á igual estado de perversión que aquel que padecían, después de siglos de podredumbre moral los intelectuales que glorifican y predicán las doctrinas de Nietzsche.

Los libros enseñaban á Neklindoff que aquel conjunto de medidas, de las cuales veía las tristes consecuencias, se justifica por la necesidad de apartar de la sociedad algunos miembros peligrosos para asistirles y corregirles. Pero esto no resultaba de acuerdo con la realidad. En vez de apartar de la sociedad los individuos peligrosos, lo que se hacía era propagar la depravación. En vez de asustar á esos hombres, no se hacía sino darles alas, ofreciéndoles continuos ejemplos de crueldad y de inmoralidad y asegurándoles una vida ociosa, de pereza y disipación que les gustaba lo suficiente para que una porción de vagabundos solicitaran su admisión en las cárceles. En vez de corregir á los individuos peligrosos, sólo se les contaminaba sistemáticamente el germen de todos los vicios.

«Entonces, ¿por qué se hace eso?» Se preguntaba Neklindoff sin acertar á darse una respuesta.

Lo que más le asombraba era que todo aquello no se hacía de un modo provisional, sino de una manera continua y meditada, desde hacía muchos siglos, con la sola diferencia de que antes le arrancaban la nariz á los presos y se les conducía en balsas y ahora se les ponían esposas, se les reventaban los ojos á puñetazos y se les hacía viajar en vapores.

Neklindoff encontraba autores que le decían que aquellas medidas que le indignaban era resultado de la insuficiencia de los sitios de detención y efecto de una organización defectuosa que no tardará en mejorarse. Pero aquella respuesta tampoco le satisfacía, pues demasiado advertía que aquellos males no dimanaban de la insuficiencia de las cárceles, ni de tal ó cual defecto de organización.

La experiencia le probaba que aquel mal crecía de año

en año á pesar de los llamados progresos de la sociedad. Sabía que cincuenta años antes, las conducciones de presos no ofrecían en el mismo grado que ahora el espectáculo del embrutecimiento y de la depravación, aun cuando no hubiese entonces ni ferrocarriles ni vapores para conducirles á través de Rusia.

Tampoco podía leer sin una mezcla de disgusto y de inquietud las descripciones de cárceles modelos soñadas por los sociólogos, en las cuales los condenados estarían alumbrados, alimentados, azotados y ejecutados eléctricamente.

Neklindoff se indignaba pensando que había jueces y funcionarios que percibían todos los años grandes sumas sacadas del pueblo, para leer, en libros escritos por otros jueces y funcionarios como ellos, los medios de enviar ciertos hombres á sitios lejanos para desembarazarse de ellos durante algún tiempo, pero también para que esos hombres perecieran de un modo irremisible, moral, si no físicamente.

A medida que estudiaba de más cerca las cárceles y las etapas, Neklindoff comprendía que todos los vicios de los prisioneros, el juego, la embriaguez, la violencia, el impudor, no eran de ningún modo la manifestación de un pretendida «tipo criminal» inventado por los sabios que tiene á su servicio la autoridad, sino la consecuencia directa de la aberración monstruosa, en virtud de la cual, ciertos hombres se habían abrogado el derecho de juzgar y castigar á otros hombres.

Neklindoff comprendía que el canibalismo del viejo forzado no tomó origen ni en el presidio ni en el desierto, sino en los ministerios, las comisiones y las cancillerías. Comprendía que lo que pasaba en presidio no era sino la consecuencia natural de lo que ocurría en esferas superiores, y que hombres como su cuñado, por ejemplo, nada tenían que ver con la justicia ni con el bien del país, que se alababan de servir, sino que su única preocupación era

adquirir los rublos que se les pagaba para realizar aquel bajo oficio que engendraba depravación y padecimientos tan grandes.

«¿Quién sabe si todo eso es efecto de una equivocación? ¿No sería posible arreglarse de modo que se asegurara á todos esos funcionarios su sueldo y hasta algún aumento, con la condición de que se abstuvieran en lo sucesivo de esos ados viles que los desdichados estiman que deben cumplir para ganar su dinero.» Esto pensaba Neklindoff, y pensando en tales cosas concilió por fin el sueño á la madrugada, á pesar de los chinches, que desde que se acostó corrían alrededor de él como hormigas en su hormiguero.

## XX

Al día siguiente, á las nueve, cuando Neklindoff se despertó, la corpulenta hostelera le entregó una carta que había traído uno de los soldados de la conducción. Era de María Paulovna.

La joven anunciaba á Neklindoff que el accidente que ocurrió á Kliltzov la víspera era más grave de lo que se creyó en los primeros momentos.

«Hemos tenido la idea de hacerle quedar aquí y quedarnos con él; pero no nos lo han permitido y marcha con nosotros; pero nos produce inquietud vivísima. ¿No podríais lograr, si su estado le obliga á permanecer en S... (era la etapa siguiente) que uno de nosotros se quede con él? Si por acaso se os rehusaba este favor y creiais que casándome con Kliltzov podría obtener el permiso de quedarme para cuidarle, no tengo necesidad de deciros que consiento en tal formalidad.»

Neklindoff hizo enganchar su coche y preparó su maleta. Aun no había acabado de beber el segundo vaso de té, cuando oyó sobre el pavimento helado del patio, resonar las ruedas de la troika que iba á buscarle. Pagó la cuenta,

subió al coche y dijo al cochero que fuera cuan aprisa pudiera para alcanzar el convoy.

Al cabo de una hora de buen trote vió ante él en el camino la negra fila de carruajes que llevaban, junto con los bagajes de todo el convoy, á presos enfermos y á los condenados políticos.

El oficial, lo mismo que la víspera, había marchado antes para vigilar y dirigir la conducción de los peatones. Detrás de los carruajes y alrededor de ellos iban los soldados con paso vivo y firme, como gentes que antes de marchar han bebido un buen trago.

Los carruajes eran unos veinte por lo menos. En los últimos, estaban amontonados seis á seis, los penados de derecho común; en los primeros, tres á tres, estaban los condenados políticos.

Novodvoroff iba en compañía de Markel y de la Grabetz; Emilia Rantzeff y Nabatoff tenían por compañera á la mujer embarazada á quien María Paulovna cediera su sitio, y en el tercer carruaje, el príncipe vió á Kliltzoff tendido sobre un lecho de paja y con almohadas bajo la cabeza. Cerca de él, sentada junto á la trasera del coche, iba María Paulovna.

Neklindoff ordenó á su cochero que se parara, bajó de su carruaje y se acercó al de Kliltzoff. Los soldados que iban á los lados, le dijeron que se apartara; pero estaba ya acostumbrado á no hacer caso de tales advertencias, así es que continuó como si tal cosa, y efectivamente los soldados, después de su primera protesta, le dejaron que caminara junto al coche cuanto rato quiso.

Envuelto en su pelliza y cubierta la cabeza con un casquete de piel de cordero, con un pañuelo atado alrededor de la boca, Kliltzoff parecía haber palidecido y adelgazado más. Sus ojos, la única cosa viviente de su rostro, brillaban de tal manera que parecían desmesuradamente grandes. Sacudido sin cesar por los vaivenes del carruaje, miraba hacia adelante con una expresión de vivo sufrimien-

to, y cuando Neklindoff le preguntó cómo estaba, se limitó á cerrar un instante los ojos y luego volvió la cabeza con ademán irritado. Evidentemente concentraba todas las energías de su sér para soportar los choques del carruaje.

María Paulovna apenas vió á Neklindoff le dirigió una mirada en que se leía claramente toda su inquietud; pero un instante después se puso á hablar con el tomo más tranquilo y alegre que pudo.

—¡Buena noticia!—exclamó en voz alta para dominar el ruido de las ruedas.—El oficial habrá sentido vergüenza de lo que hizo ayer y ha hecho quitar las esposas al padre de la niña, autorizándole para que llevara á ésta. Vera me ha cedido su sitio y por eso voy en coche en tanto que ella camina á pie con Simonson y Katia.

Hubo unos momentos de silencio; de repente Kliltzov, apartando el pañuelo que le cubría la boca, pronunció algunas palabras que ni María Paulovna ni Neklindoff comprendieron. El enfermo les miró entonces con impaciencia y de nuevo cerró los ojos, haciendo un esfuerzo para no toser, María Paulovna se inclinó hacia él y Kliltzov murmuró:

—¡Ahora me siento mucho mejor! ¡Si no me enfrió me parece que me repondré!

Luego volviéndose hacia Neklindoff le dijo con penosa sonrisa:

—¿Cómo estamos del problema de los tres cuerpos? ¿Habéis encontrado una solución?

Neklindoff le miró con ansiedad porque no comprendía lo que quería decir. Pero María Paulovna le explicó que los sabios llamaban así un problema concerniente á las relaciones astronómicas entre el sol, la tierra y la luna y que Kliltzov, la víspera, por broma, había comparado las relaciones sentimentales entre Neklindoff, Simonson y la Máslova.

Kliltzov hizo un movimiento con la cabeza para confirmar las palabras de la joven.

— ¡La solución no depende de mí! — dijo Neklindoff.

— ¿Habéis recibido mi carta? ¿Haréis lo que os pedía? — preguntó María Paulovna.

— ¡Contad conmigo! — respondió el príncipe.

Luego, creyendo que el rostro de Kliltzoff se contraía de nuevo, como si aquella conversación en que no podía tomar parte le hubiera importunado, Neklindoff se apartó y subió á su coche.

La alusión de Kliltzov le recordó de nuevo su propia situación, que se había esforzado en olvidar; y sintió un vivo deseo de ver cuanto antes á Katiusha para tener con ella una explicación decisiva. De nuevo ordenó al cochero que marchara al trote y al cabo de poco rato, advirtió delante de él el pañuelo azul que cubría la cabeza de la Máslova.

La joven marchaba detrás del convoy en compañía de Vera Efrenovna y de Simonson que parecía explicar algo á sus dos compañeros, haciendo repetidos movimientos con sus brazos largos y delgados como una espátula.

Cuando Neklindoff les hubo alcanzado, las dos mujeres le saludaron sonriendo y Simonson se quitó el casquete con una especie de entusiasmo. Pero Neklindoff, viéndoles reunidos, no se atrevió á hablarles. Cuando iba á hacer de tener el coche, cambió de idea y no tardó en adelantarse á la conducción que se arrastraba á lo largo del camino con su acostumbrado acompañamiento de gritos, risas y ruido de cadenas.

El camino que seguía su carruaje, le condujo á una selva sombría cuyos árboles ofrecían mil diversos matices en su corteza y en sus hojas; luego desapareció la selva; á los dos lados del camino se extendieron inmensos campos; y á lo lejos Neklindoff vió las cúpulas y cruces doradas de un monasterio.

El tiempo había mejorado, las nubes se habían disipa-

do, el sol surgió por sobre los campos y la escarcha, el barro helado del camino, las cúpulas y las cruces brillaban suavemente. Aquella luz hacía parecer más inmensa la extensión de las llanuras limitadas por la línea azul de las montañas que barrían el horizonte.

La troika llegó al cabo á un gran pueblo, que era un arrabal de la ciudad á la que Neklindoff se dirigía.

La calle de aquel pueblo estaba llena de transeuntes, rusos y extranjeros que ostentaban una variedad extraordinaria de trajes y sombreros. Formaban grupos entre ellos que charlaban, se peleaban, reían delante de las tiendas, de las posadas y de las tabernas. Había varios carromatos que se arrastraban pesadamente ó estaban parados en mitad del camino. Todo revelaba la proximidad de la ciudad.

Después de haberse erguido sobre el pescante para hacer resaltar su figura, el cochero fustigó á los caballos y consiguió hacerles atravesar al trote largo aquella calle del pueblo, á riesgo de atropellar la multitud que la llenaba.

La troika no se detuvo hasta la orilla de un río que separaba el pueblo de la ciudad y que se atravesaba por medio de una barca muy ancha.

Esta se hallaba entonces en mitad del río avanzando hacia la orilla en que estaba Neklindoff. Había allí unas veinte carretas que la esperaban; pero los hombres que la conducían, indicaron al cochero de Neklindoff que podría entrar el carruaje antes que los demás, y cuando la barca estuvo llena cerraron la barrera que permitía entrar en ella, sin cuidarse de las protestas de los numerosos carreteros cuyos carruajes no habían encontrado sitio.

Lentamente se alejó la barca sobre la superficie del agua, sin más ruido que el que producían las olas, estrellándose contra sus bandas y las herraduras de los caballos golpeando la cubierta.

XXI

Nekliudoff permanecía de pie con los ojos fijos en la rápida corriente del río. Su imaginación le representaba una después de otra, dos visiones: la de Kriltzoff agonizando sobre la paja del carruaje con su mirada irritada, y la imagen de Katiuscha, caminando con paso vivo á lo largo de la carretera, en compañía de Wladimiro Simonson.

Una de esas dos imágenes, la de Kriltzoff, que no se resignaba á morir, resultaba espantosa y lamentable; la otra, la de Katiuscha habiendo encontrado á un hombre como Simonson para amarla, y marchando por el camino del bien con el mismo paso vivo con que seguía la carretera, sólo despertaba ideas alegres y reconfortantes; y sin embargo, ambas imágenes eran para Neklindoff igualmente crueles. y no conseguía arrojarlas de su mente, y en ella se mezclaban y confundían para producir una impresión total de pesar ó de tristeza.

El viento trajo en sus alas el sonido argentino de una campana, anunciando alguna función religiosa en la ciu-

dad. El cochero de Neklindoff y los demás pasajeros se descubrieron y se persignaron. Únicamente un viejecito haraposo permaneció cubierto y no hizo el signo de la cruz, y continuó inmóvil con las manos en la espalda.

—¡Eh, tú, viejo! ¿Por qué no te persignas?—preguntó el cochero de Neklindoff después de ponerse de nuevo la gorra.—¿No estás bautizado?

—¿Persignarme? ¿Rogar?—dijo el viejo haraposo acercándose al cochero y mirándole.—¿A quién he de rogar?

—¡Vaya una pregunta! ¿No crees acaso en Dios?

—¿Y tú le conoces? ¿Sabes dónde está?

Había algo tan serio y duro en la expresión del viejo, que el cochero evidentemente se sintió algo intimidado. Pero como había varios curiosos que escuchaban, siguió la conversación á fin de parecer que no retrocedía.

—¿Dónde está Dios? ¿No sabes, torpe, que está en el cielo?

—¿Le has visto allí, acaso? ¿Has estado en el cielo?

—¡Eso no, no he estado! Pero todo el mundo sabe que se debe rogar á Dios.

—¡Nadie ha visto nunca á Dios! ¡Su Hijo Único, que vive en el seno del Padre, lo ha dicho!—repuso el viejo con su voz severa, frunciendo el entrecejo.

—Entonces, ¿no eres cristiano? ¿Eres idólatra?—preguntó el cochero, y se volvió y escupió en señal de desprecio.

—¿De qué religión eres?—preguntó al viejo un carretero que estaba junto á sus caballos.

—No tengo ninguna religión. No creo sino en mí mismo,—contestó el viejo con su mirada irritada.

—¿Y cómo se puede creer en sí mismo?—preguntó Neklindoff más ó menos extrañado de lo que oía.

—¡Es el único modo de no engañarse!

—Entonces, ¿de dónde proviene que haya tantas religiones?

—Eso proviene de que se cree en los otros. Yo también creí en otro tiempo en los demás y me equivoqué, y no supe encontrar mi camino; de tal manera me enredé que creí que jamás podría saber la verdad. Encontré antiguos creyentes y nuevos creyentes, sábatistas, chlistes, popovistas y no popovistas, y skoptzy! He visto gente de toda especie, y no hay ni una sola religión que no pretenda ser la verdadera.

Hay muchas religiones; pero el Espíritu es uno. Es el mismo en mí, y en tí y en los demás. Y eso quiere decir que cada cual debe creer en el Espíritu que alienta en él, y que así todo el mundo estará de acuerdo.

El viejo hablaba con voz cada vez más alta, fijando su mirada alrededor como si quisiera que oyeran sus palabras el mayor número posible de personas.

—¿Hace mucho tiempo que predicáis esto?—preguntó Neklindoff.

—¿Yo? Si; hace mucho tiempo. Van ya veintitres años de persecuciones.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que se persiguió á Cristo se me persigue á mí. Se me detiene, se me lleva ante los jueces, los sacerdotes, los escribas, los fariseos; se me encierra en los manicomios. Pero nada pueden contra mí, porque yo soy libre.

—¿Cómo te llamas? me preguntan. Creen que tengo un nombre; pero ni nombre tengo, he renunciado á todo; no tengo ni nombre, ni país, ni patria, ni nada; no tengo nada más que yo mismo. ¿Cómo me llaman? ¡Un hombre! ¿Qué edad tienes? Yo respondo que no cuento mi edad, y la verdad es que no la tengo porque el espíritu que está en mí ha existido siempre, y existirá siempre. ¿Y tu padre? ¿Y tu madre? me dicen. No, no, les digo yo; en mi casa no hay ni padre ni madre exceptuando Dios y la tierra; Dios es mi padre y la tierra mi madre. ¿Y al Czar, me preguntan, no le reconoces y acatas? ¿Por qué no le acataría?

Reina por su cuenta y yo por la mía. ¡Toma! me dicen, es imposible hablar contigo. Yo les contesto: No te pido que hables conmigo. Entonces me martirizan.

—¿Dónde vas ahora?—preguntó Neklindoff.

—Voy á donde Dios me conducirá. Trabajo; y cuando no encuentre trabajo, mendigo,—contestó el viejo, en tanto que paseaba á su alrededor una mirada de triunfo.

La barca llegaba ya á la otra orilla. Neklindoff sacó su bolsillo y ofreció al anciano una moneda de plata. Pero el anciano la rehusó.

—No tomo nunca dinero. Solo acepto pan.

—¡Dispensa!

—No tengo de qué dispensarte. No me has ofendido. ¡Nadie puede ofenderme!—dijo el anciano, recogiendo el saco que tenía á sus pies.

La multitud se agitaba de nuevo dentro de la barca; se sacaba los carruajes y se enganchara los caballos.

—¡Sois bien bondadoso de escuchar tanto á esa gentel!—dijo á Neklindoff su cochero, saliendo de la barca.—Aviados estaríamos si escucháramos á todos esos vagabundos.

XXII

Cuando el coche hubo llegado al muelle, el auriga se volvió de nuevo hacia Neklindoff.

—¿A qué fonda queréis ir?

—¡No lo sé! ¿Cuál es la mejor?

—La mejor es la «Siberia,» pero se está bien en casa Dukoff.

—Llévame á donde quieras.

El cochero fustigó los caballos, y el coche entró en la ciudad que era parecida á todas las ciudades, viéndose las mismas casas con techos planos, la misma gran iglesia, iguales tiendas, parecidos transeuntes, y los mismos guardias municipales. La única diferencia consistía en que las casas eran de madera y las calles no estaban empedradas.

En la más animada de esas calles, el cochero detuvo su troika ante una fonda; pero estaba llena y hubo que buscar por otra parte.

Neklindoff consiguió al cabo alojarse. Por primera vez, desde hacía dos meses, volvía á estar en una habitación decente, que reunía algunas de las comodidades á que desde niño estaba acostumbrado. No es que el cuarto que alquiló en la fonda Dukoff fuera muy lujoso, pero por lo

menos era habitable, y al verlo sintió un verdadero alivio, comparándolo con los cuartos de las posadas que ocupara durante las últimas noches. Antes de pensar en otra cosa se apresuró á deshacerse de los piojos, que le habían perseguido con tenacidad extraordinaria durante todo su viaje de etapa en etapa. Cuando hubo abierto sus maletas, se hizo conducir á una casa de baños, donde pasó más de una hora limpiándose.

Luego al volver á la fonda se puso un traje de calle, una camisa planchada, un pantalón de paño gris, una levita y un pardesú, á fin de visitar al gobernador.

Un coche tirado por un vigoroso caballo de la raza khirguiza le llevó al trote hasta el patio de una grande y hermosa construcción, ante la cual había dos centinelas y varios municipales. La casa estaba rodeada de un jardín donde dominaba la nota oscura de los pinabetes.

El gobernador estaba delicado y no recibía; pero Neklindoff rogó al lacayo que le pasara su tarjeta, y volvió el criado diciéndole, con amable sonrisa, que Su Excelencia le invitaba á pasar.

La antecámara, el lacayo, la escalera, el salón con el pavimento bruñido, todo aquello recordaba las casas de Petersburgo, pero con menor grandiosidad y menos limpieza. Neklindoff no tuvo que aguardar mucho rato en el enorme salón. Apenas se hubo sentado le rogaron que entrara á ver al gobernador.

Ese alto funcionario, vestido con una bata amarilla y fumando un cigarrillo, estaba ocupado en beber grandes tragos de te en un vaso con adornos de plata. Era un hombre grueso, sanguíneo, calvo, con la nariz colorada, y unas venas hinchadas en la frente.

—Dispensadme, príncipe, si os recibo de este modo; pero más vale recibiros así, que no recibiros,—dijo sonriendo, en tanto que de nuevo se arrellenaba en su gran sillón.—Estoy delicado y no puedo salir del cuarto. ¿Qué

es lo que nos causa el placer de veros en nuestro lejano reino?

—Acompaño una conducción de penados en qué viene una persona que me interesa,—contestó Neklindoff.—Precisamente de esa persona quisiera hablar á Vuestra Excelencia.

El gobernador estiró las piernas, bebió un sorbo de te, sacudió la ceniza de su cigarrillo en un cenicero de Malaguita, y fijando en Neklindoff sus ojillos húmedos y brillantes, se puso á escucharle con la mayor atención. Dos veces solamente le interrumpió para ofrecerle un vaso de te, y para invitarle á fumar.

El general, pertenecía á esa raza de funcionarios inteligentes que, por naturaleza y por raciocinio, procuran aunar la autoridad con la humanidad en el desempeño de su cargo. Pero como la naturaleza le había dotado de gran talento y bondad, no tardó mucho en comprender que era inútil todo esfuerzo para mejorar las condiciones de los infelices, y para adormecer los escrúpulos y la voz imperiosa de su conciencia, se entregó á la bebida. Esa costumbre arraigó en él de tal manera, que después de treinta y cinco años de servir en el ejército y en la administración, se convirtió en un «alcohólico.» Tan impregnado estaba de aguardiente, que bastaba una copita ó un sorbo de vino para ponerle en completo estado de embriaguez. Pero no podía abstenerse de beber; así es que cada noche, desde muchos años atrás, estaba completamente borracho.

Tanto se había acostumbrado á tal estado, que jamás daba un traspies ni pronunciaba palabras incoherentes; aun cuando lo hubiese hecho, la alta posición que ocupaba hubiese impedido que se notara. Pero, como durante la mañana no se dedicaba á su funesta costumbre, Neklindoff le encontró en estado de comprender fácilmente sus deseos.

Las autoridades superiores de quienes dependía, no ig-

noraban su flaco, pero como sabían que aun cuando aficionado á la bebida era más inteligente que la mayoría de los funcionarios, como era incapaz de comprometerse ni aun estando embriagado; como sabían que era atrevido y diestro, le habían dejado adelantar en su carrera, grado tras grado hasta llegar á la categoría de gobernador.

XXIII

Neklindoff, contó al gobernador el caso de la Máslova, su injusta pena, y le dió cuenta de que, antes de partir, había firmado una súplica de gracia al Emperador.

—Bien,—dijo el gobernador, después de escucharle atentamente.—¿Y qué es lo que deseáis ahora?

—Me han prometido que la súplica sería examinada lo más pronto posible, y que la decisión imperial llegaría aquí en el transcurso de este mes...

Sin dejar de mirar á Neklindoff, el gobernador alargó su manaza de dedos cortos, tocó un timbre, y continuó escuchando.

—Qisiera, por lo tanto, pedir á Vuestra Excelencia que, si es posible, se permita permanecer á esa presa aquí, hasta saber si ha sido ó no desechada la súplica...

Neklindoff fué interrumpido por la entrada de un ordenanza.

—Mira si Vasilievna se ha levantado, y trae más té,—dijo el gobernador.

Luego, volviéndose hacia Neklindoff:

—¿Qué más?

—Quería también pedirlos,—prosiguió el príncipe;—al-

go en favor de un penado político que forma parte del mismo convoy.

—¡Ah, ya!—exclamó el gobernador con amable tono de reprobación.

—Ese desdichado está enfermo, moribundo. Le tendrán que dejar en la enfermería de esta cárcel. Una de sus compañeras, otra detenida política, quisiera permanecer á su lado.

—¿No es pariente suya?

—No; pero está dispuesta á casarse con él si así puede lograr permanecer á su lado.

El gobernador, sin decir una palabra, continuaba mirando á Neklindof, como si hubiese querido intimidarle por la fijeza de su mirada.

Cuando Neklindoff calló esperando respuesta, se levantó, cogió un libro, lo hojeó rápidamente y leyó un párrafo siguiendo su lectura con el dedo.

—¿A qué está condenada esa mujer?—preguntó al cabo levantando los ojos.

—A trabajos forzados.

—La situación del enfermo no se modificaría lo más mínimo por efecto de su matrimonio.

—Pero, es que...

—Dispensad. Si esa mujer se casara con un hombre libre, debería continuar purgando su pena. La cuestión es saber cuál de los dos está condenado á mayor pena.

—Los dos tienen la misma: trabajos forzados á perpetuidad.

—Hé ahí una cuestión clara,—dijo sonriendo el gobernador.—Su matrimonio no modificaría en nada la suerte de uno ni de otro. Si él está enfermo se le guardará aquí y se hará cuanto sea posible para mejorar su estado; pero en cuanto á ella, aun cuando se case, tendrá que seguir la conducción...

—La generala está levantada y acaba de bajar para el desayuno,—anunció el ordenanza.

El gobernador movió la cabeza y prosiguió:

—De todos modos voy á pensar en ello. ¿Cómo se llaman esos penados? ¿Queréis poner sus nombres en ese papel?

Neklindoff escribió los nombres.

—¡Tampoco puedo permitirlo!—exclamó el gobernador cuando Neklindoff le hubo pedido permiso para ver al enfermo.—No creáis, sin embargo, que sospeche de vos,—añadió.—Pero veo lo que ha ocurrido. Os interesáis por esa gente, queréis servirles y tenéis dinero. Aquí se vende todo. A menudo me dicen: ¡Deberíais acabar con la amabilidad! ¿Cómo hacerlo, cuando grandes y pequeños se venden? Y por otra parte, vigilad á todos los empleados en una extensión de 5000 verstas! Cada uno de ellos es un emperadorcillo, como yo aquí.—añadió el gobernador con una sonora carcajada.—Sí, ya veo lo que ha ocurrido: durante todo el viaje, por medio de propinas, os han permitido ver á los presos políticos. ¿Verdad?

—Así es.

—Comprendo que hayáis obrado así; habéis hecho lo que debíais. Queríais ver á un preso político, y empleabais los medios necesarios para verle. El oficial ó el carcelero del convoy os dejaba entrar mediante una propina, porque su mísero sueldo no le permite mantener á su familia sin esos gajes supletorios. Teníais razón uno y otro, y yo hubiese hecho lo mismo. Pero no puedo permitirme, en el sitio que ocupó, la menor infracción á la regla, y eso que soy indulgente por naturaleza. Me he encargado de una misión que me han confiado bajo determinadas condiciones, y debo justificar esa confianza. Es cuanto puedo deciros. Ahora, á vuestra vez, contadme algo de lo que pasa en Europa, en Petersburgo, en Moscou.

Y el gobernador hizo muchas preguntas á Neklindoff, menos por verdadera curiosidad que para mostrarse afable y patentizar su importancia.

—¿Y dónde paráis aquí? En casa Dukoff no se está mal,

pero es mejor el «Hotel de Siberia.» A propósito,—añadió,  
—espero que vendréis á comer con nosotros. A las cinco.  
¿Habláis el inglés?

—Sí, lo hablo.

—Perfectamente; me alegro. Imaginaos que tenemos aquí á un inglés, un viajero. Ha obtenido autorización en Petersburgo, para visitar las prisiones de las etapas siberianas. Y precisamente, hoy come con nosotros. Venid sin falta, os lo agradeceré. Al propio tiempo os contestaré acerca de esa mujer que espera su gracia y de ese hombre enfermo. Ya veré lo que puedo hacer por ellos.

XXIV

Habiéndose despedido del gobernador, Neklindoff fué al correo. Se sentía más activo y dispuesto que otros días.

Las oficinas de correos estaban instaladas en una gran sala abovedada, húmeda y sombría. Detrás de la rejilla, una docena de empleados estaban sentados, charlando casi todos entre sí, en tanto que en el espacio reservado al público una multitud impaciente se agolpaba y empujaba. Cerca de la puerta un empleado viejo se ocupaba en sellar innumerables sobres, que iba pasando un colega.

Neklindoff no tuvo que esperar mucho tiempo. Su traje y su aspecto de *barine* le valieron que uno de los empleados le hiciera señal de que se acercara. Neklindoff, entregó su tarjeta, y el empleado, respetuosamente le entregó un fajo de cartas que le habían sido dirigidas á la lista.

Había cartas con dinero, otras particulares, algunos libros, folletos, diarios. A fin de hojear rápidamente todo aquello, Neklindoff, se sentó en un banco de madera, al lado de un soldado que tenía un registro en la mano. Entre los sobres, había uno de grandes dimensiones con un lacre rojo muy imponente. Abrió el sobre; miró la firma de la carta y sintió que la sangre le afluía al rostro, y que

le latía arrebatadamente el corazón. La carta llevaba la firma de Selenin, su antiguo amigo, que era ahora fiscal del senado; dentro de la carta había un documento oficial.

Era la respuesta á la súplica de la Máslova.

¿Qué encerraba aquella carta? ¿Era favorable ó adversa la respuesta? Neklindoff ardía en deseos de saberlo y, sin embargo, no se atrevía á leer la carta que debía sacarle de dudas. Al cabo tuvo el valor de descifrar las líneas que le enviaba Selenim, y lanzó un suspiro de alivio. ¡La gracia de la Máslova estaba concedida!

«Querido amigo,—escribía Selenin,—nuestra última entrevista me produjo impresión profunda. Tenías razón en cuanto á la Máslova. He estudiado detenidamente el asunto, y he advertido que su condena provenía de un error evidente. De todos modos era imposible anular la sentencia; así es que me dirigí á la comisión de súplicas de gracia, y supe que se había ya recibido. A Dios gracias he conseguido mi objeto. Te incluyo copia del decreto, y te la envío á la dirección que me indica la condesa Catalina Ivanovna. En cuanto al decreto original se ha enviado á la Máslova, á la ciudad donde se ha pronunciado la sentencia; pero supongo que lo habrán remitido ya para entregarlo á tu protegida. De todos modos me apresuro á darte la buena noticia y te estrecha afectuosamente la mano, tu SELENIN.»

El decreto del que Selenin enviaba copia á Neklindoff decía:

«Cancillería de su Grandeza Imperial. Departamento de Gracias. Por orden de su grandeza imperial, la llamada Catalina Máslova queda informada de que su Grandeza

Imperial, habido conocimiento de su súplica, se ha dignado cambiar la pena de cuatro años de trabajos forzados, en que incurrió, en la de cuatro años de deportación en cualquier gobierno de las fronteras de Siberia.»

¡Dichosa, y deseada noticia! Realizaba cuanto Neklindoff podía desear para Katiuscha y para sí mismo. Pero pensó en seguida que aquel cambio de situación de la Máslova, modificaría profundamente sus relaciones con ella. En tanto que hubiese durado la condena á trabajos forzados, el matrimonio que se proponía contraer con ella era una unión ficticia, y sólo significaba un alivio para la situación de la Máslova. Pero, ahora, el matrimonio tenía una significación más seria; nada impedía que Neklindoff y Katiuscha hicieran vida común, como deben haber marido y mujer. Y Neklindoff, al pensar en aquello, sentíase acometido de un antiguo terror. Se preguntaba con angustia si sería capaz de soportar esa vida común; y fuerza era que se confesara que esa vida le asustaba.

Luego le asaltó el recuerdo de las relaciones de Katiuscha y Simonson. ¿Qué significaban las palabras que le había dicho la víspera? Si consentía en casarse con Simonson, ese matrimonio ¿sería un beneficio para ella? ¿sería un beneficio para él, Neklindoff?

Todas aquellas preguntas se hacía, y no acertaba á contestarlas; de manera que una vez más recurrió á su recurso ordinario. «Decidiré eso más tarde, después—pensó.— Ahora, lo primero que debo hacer, es comunicar la noticia á Katiuscha y activar las formalidades de su liberación.» La copia que le había enviado Selenin bastaría sin duda, en tanto que llegaba el decreto original.

Y Neklindoff, saliendo de correos, se hizo conducir á la prisión donde debían estar internados los prisioneros del convoy.

XXV

Aun cuando el gobernador le prohibió en absoluto la entrada en la cárcel, Neklindoff sabía por experiencia que lo que no podía conseguirse fácilmente de las autoridades superiores, se alcanzaba sin gran trabajo de las subalternas. Esperaba, pues, que el director de la cárcel le autorizaría para ver á la Máslova y comunicarle la buena noticia. Esperaba también que podría ver á Kriltzoff para darle cuenta de su entrevista con el gobernador.

El alcaide de la cárcel era un hombre alto y recio, de imponente aspecto y grandes bigotazos. Acogió severamente á Neklindoff y le declaró en seguida que de ningún modo podía permitirle que viera á la presa. Y como el príncipe le dijera que hasta en las grandes ciudades se le había permitido entrar en la prisión, replicó con tono seco:

— ¡Es posible; pero yo no puedo dejaros entrar!

Su tono quería decir claramente:

— Vosotros, señores de la capital, imagináis que nos deslumbraréis y fastidiaréis. ¡Ca! En Siberia os demostraremos que conocemos nuestro deber y que podemos enseñaros el vuestro.

Neklindoff le presentó copia del decreto, indultando á la Máslova; pero no produjo efecto alguno en aquel hombre. No solamente se negó á dejar entrar á Neklindoff, sino que ni siquiera quiso decirle si el convoy había llegado. Y al preguntarle ingenuamente si aquella copia del decreto bastaría para libertar á la Máslova, sonrió con tanto desdén, que el príncipe se avergonzó de su torpeza. El director llevó, sin embargo, su amabilidad hasta el extremo de afirmarle que pondría en seguida en libertad, sin tardar una hora, á la Máslova, en cuanto sus jefes le transmitieran la orden.

El príncipe, sin haber podido obtener nada, subió al coche y volvió á su hotel.

En el camino le dijo el cochero que la conducción había ya llegado, y que si no dejaban entrar en la cárcel era porque se había declarado una epidemia de tifus.

—¡Es natural!—declaraba el cochero;—tienen en las salas doble número de presos del que pueden contener, de modo, que no es de extrañar que mueran veinte por día!

XXVI

Su fracaso cerca del alcaide no agotó la actividad que aquel día dominaba á Neklindoff. En vez de subir á su cuarto, cambió de parecer y volvió al palacio del gobernador, á fin de preguntar en las oficinas si se había recibido el indulto de la Máslova. Se fué á pie, muy contento de haber encontrado un pretexto para olvidar el pensamiento que le atormentaba. Cuando supo que aun no se había recibido el decreto, pasó lo menos una hora escribiendo cartas. Escribió á Selenin, á su tía, á su abogado, extrañando aquel retardo que nada tenía de anormal.

Al acabar las cartas miró el reloj y vió con satisfacción que apenas le quedaba tiempo para vestirse para la comida del gobernador.

Pero, apenas en la calle, de nuevo le asaltó un importuno pensamiento. ¿Cómo acogería Katuscha su conmutación de pena? ¿Dónde querría habitar? ¿Qué haría Simonsón? ¿Qué pensaba de él la joven; qué sentimientos eran los suyos para con él?

Neklindoff recordó el cambio que se había operado en Katuscha; sus visitas en la cárcel; la sonrisa que le dirigiera á través de la ventanilla enrejada al marchar el convoy.

«Es preciso olvidar todo eso, arrancarlo de mí,»—pensó; y nuevamente trató de olvidar á la joven.—«Pronto la veré ¡y todo se resolverá entonces!» Y pensó cómo insistiría para que el gobernador le dejara entrar en la cárcel.

La comida del gobernador, organizada con el lujo acostumbrado en tales casos, agradó sobre manera á Neklindoff, después de aquellos dos largos meses de verse privado no sólo de todo lujo sino de las más precisas comodidades.

La esposa del gobernador, antigua dama de honor de la corte de Nicolás I, era una gran señora petersburguesa de la antigua escuela. Hablaba perfectamente el francés y bastante mal el ruso. Se mantenía muy erguida y procuraba no apartar nunca los codos del cuerpo. Mostraba á su marido una estimación un tanto desdeñosa; pero era amable en extremo con sus huéspedes, procurando que sus atenciones corrieran parejas con la importancia de cada uno de ellos.

Recibió á Neklindoff como á un hombre de su clase, rodeándole de esas ligeras é insensibles atenciones que hicieron que una vez más se diera cuenta cabal de su valer y estuviese plenamente satisfecho de sí mismo. Dió á entender, de un modo muy discreto, que conocía los sentimientos un tanto singulares que le habían hecho ir á Siberia; y comprendió que le tenía por un hombre excepcional. Aquellas atenciones, la atmósfera de bienestar y lujo que reinaba en aquella casa, todo hizo que Neklindoff se abandonara al placer de saborear una buena comida en compañía de personas amables y distinguidas. Sintió la impresión de que se hallaba en un terreno que le era familiar, en su verdadero centro, como si todo lo que había visto y oído durante los últimos tiempos no hubiese sido sino un sueño.

Además del general, su mujer, su hija y su yerno, estaban en la mesa un rico comerciante dueño de unas minas de oro, un alto empleado retirado y el viajero inglés, de

quien ya le hablara el gobernador. Con todos ellos trabó de buena gana, conocimiento el príncipe.

El viajero inglés era un hombre rojo y lleno de salud que hablaba el francés bastante mal, pero muy elocuente en cuanto podía expresarse libremente en su idioma. Sabía y había visto mucho, é interesó vivamente al príncipe hablándole de sus recuerdos de América y el Japón, de la India y Siberia.

El joven propietario de las minas, hijo de aldeanos, vestido á la última moda y con botonadura de brillantes, resultó también una persona muy agradable. Tenía pasión por los libros, gastaba grandes sumas en obras benéficas y estaba al corriente de los progresos de la opinión liberal de Europa. A Neklindoff le encantó, no sólo porque era un hombre de conversación agradable, sino porque representaba un nuevo y simpático fenómeno social: el de un ingerto afortunado de la civilización europea en el robusto tronco de la naturaleza rusa.

El alto empleado era un buen señor gordo, de escaso pelo muy rizado, con una barriga respetable, ojos azules siempre pitarrosos y una agradable sonrisa. Hablaba poco y sin brillantez, pero el gobernador le estimaba porque había dado pruebas de relativa honradez. La generala le apreciaba aún más porque era un músico entusiástico, un pianista distinguido, y tocaba con ella piezas á cuatro manos. Tan benévolo era el humor de Neklindoff aquel día, que también quedó encantado de trabar conocimiento con el empleado.

Pero ninguno de esos invitados produjo tan agradable impresión en Neklindoff, como la pareja que formaban la hija y el yerno del gobernador. Ella no era linda, pero su rostro respiraba una dulzura ingenua. No pensaba sino en sus hijos. Su marido, con quien se casó muy enamorada, un tanto á disgusto de sus padres, era un antiguo premiado de la Universidad de Moscou. Modesto, tímido é inteligente, descansaba de los trabajos del servicio, ocupán-

dose en cuestiones de estadística, y nadie mejor que él estaba al corriente del movimiento de extranjeros en Siberia.

Todos acogieron á Neklindoff y le agasajaron á porfía, porque rara vez tenían ocasión de encontrar caras nuevas. El gobernador, que iba de gran uniforme, con una cruz blanca en el pecho, habló con él como con un antiguo amigo. Neklindoff le contó lo que había hecho, y al decirle que había llegado el indulto de la Máslova y pedirle de nuevo que le dejara entrar en la cárcel, frunció el gobernador el entrecejo é hizo como quien no oye. Evidentemente no quería hablar de negocios en la mesa.

—¿Un poco más de este vino?—preguntó en francés al inglés.

Este contó que durante el día había visitado la Catedral y dos fábricas, y añadió que le gustaría ver la gran cárcel de los deportados.

—Bueno,—exclamó el gobernador;—¡muy bien! Iréis los dos. Voy á firmar un pase.

—¿No os gustaría ver la cárcel por la noche?—preguntó Neklindoff al viajero.

—Sí; precisamente quería rogaros que me dierais permiso,—dijo el inglés al gobernador.

—A esa hora todos los presos están en sus cuadras y se puede formar cabal concepto de su vida.

—¡Ah! ¡ah! ¡El mozo quiere ver la fiesta en todo su esplendor!—exclamó el general, que hasta entonces había disimulado muy bien su embriaguez.

—¡Bueno! Pues la verá. He escrito veinte veces á Petersburgo quejándome; quizá hagan más caso cuando vean las mismas quejas en la prensa extranjera.

Después varió la conversación. Se habló del Tonkin, de que trataban los diarios de Siberia, y el gobernador citó algunos ejemplos de la corrupción de los funcionarios siberianos.

Hacia el final de la comida, la conversación languideció

ó por lo menos así se le antojó á Neklindoff. Pero después de la comida, la dueña tuvo la idea de interrogar al viajero acerca de Gladstone, y Neklindoff notó que las respuestas del inglés eran muy oportunas. Después de comer y beber á gusto, rodeado de personas amables, Neklindoff, sentado en un cómodo sillón, estaba satisfecho de sí mismo y de los demás. Y cuando la dueña de la casa, á petición del inglés, se puso al piano y tocó la *sinfonía en dó menor*, de Beethoven, Neklindoff experimentó una sensación de bienestar indecible. Era como si de nuevo hubiese reconocido su propio valor.

El piano era excelente y Neklindoff, que se sabía de memoria la sinfonía, tuvo que confesar que pocas veces la había oído tocar con tanta maestría. Al oír el admirable andante, apenas si pudo contener las lágrimas. Se enterneció por Katuscha y por sí mismo, y por Natalia, aquella hermana que en otras épocas tanto le quiso.

Después de dar las gracias á la señora por el goce estético que le había proporcionado, se levantó para despedirse; pero la hija del gobernador se le acercó y le dijo ruborizándose:

—Habéis tenido la bondad de preguntar por mis hijos: ¿queréis verlos?

—¡Esta imagina que es una gran dicha ver á sus hijos!  
—dijo su madre, sonriendo con indulgencia por aquella falta de tacto de su hija.

— El príncipe no tiene ningún deseo de verlos.

—¡Al contrario, señora; al contrario! Creed que tendré una verdadera satisfacción en verlos,—replicó Neklindoff profundamente conmovido por aquella expansión de amor maternal.

—¡Se lleva al príncipe á ver á sus arrapiezos! —exclamó la voz del general, que jugaba al whist en un extremo del salón con su yerno y el propietario de las minas.—Ea, amigo mío, ya os ha caído trabajo.

La joven, conmovida al pensar que un extraño iba á

emitir juicio sobre sus hijos, salió del salón seguida de Neklindoff. En una habitación espaciosa forrada de blanco, iluminada por una lámpara, cuya pantalla de color obscuro tamizaba la luz, había dos camitas, una al lado de otra; junto á ellas estaba sentada una nodriza con una valona blanca y de buen aspecto. Se levantó para saludar á la señorita.

Esta, apenas hubo entrado, se inclinó sobre una de las camitas.

—¡Esta es mi Katia!—dijo, apartando las cortinas para que pudiera verse bien la carita encantadora de una niña de dos años, que dormía tranquilamente con la boca entreabierta.

—¿Verdad que es bonita? ¡Sólo tiene dos años!

—¡Preciosa!

—¡Y aquí está Vaska, como le llama su abuelo! Este no se parece á la niña. Es un verdadero siberiano, ¿verdad?

—¡Es un niño soberbio!—contestó Neklindoff mirando el bebé coloradote y mofletudo.

La madre, de pie junto á él, sonreía dulcemente.

De repente Neklindoff se acordó de las cadenas, de las cabezas afeitadas, de los puñetazos en los ojos, de Kriltzov moribundo, de Katiuscha. Y sintió un agudo sufrimiento, y deploró no poseer una dicha como la que veía tan tranquila y pura!

Después de ponderar la belleza de los niños ante su madre, Neklindoff volvió al salón donde le esperaba el inglés para visitar la cárcel. Se despidieron, se cambiaron mil cumplidos y Neklindoff salió junto con el inglés de la hospitalaria casa del gobernador.

El tiempo había cambiado. Caía la nieve espesa y ya había cubierto el piso del patio, los escalones, el techo del carruaje y el lomo de los caballos. Neklindoff subió al coche con su compañero y ordenó al cochero ir á la cárcel.

XXVII

En vano la nieve adornó con un hermoso velo blanco el techo, el patio y las ventanas de la prisión; ésta con sus linternas rojas y su centinela, tenía siniestro aspecto.

El director, de rostro imponente, recibió á los visitantes en el umbral de la puerta. A la luz de las linternas leyó detenidamente el pase de Neklindoff, y después, limitándose á encogerse de hombros, como resignándose al capricho de su jefe, invitó á los dos visitantes á seguirle á su despacho. Allí les preguntó que es lo que querían ver.

Neklindoff le dijo que ante todo deseaba hablar con la Máslova, añadiendo que su compañero deseaba por su parte, preguntarle algo acerca del régimen interior de la prisión, á fin de poder visitar con más provecho las distintas dependencias de aquella.

El alcaide ordenó á un carcelero que fuera á buscar á la Máslova y la condujera al despacho.

—¿Cuántas personas puede contener la prisión?—preguntó el inglés por mediación de Neklindoff —¿Cuántas contiene en este momento? ¿Cuántos hombres? ¿Cuántas mujeres? ¿Cuántos niños? ¿Cuántos forzados, deportados y acompañantes libres? ¿Cuántos enfermos?

Neklindoff traducía las preguntas del inglés y las respuestas del alcaide á medida que las hacían y daban; pero era incapaz de decir, si se lo hubieran preguntado, cuales eran aquellas preguntas y respuestas, pues la perspectiva de su conversación con Katiuscha, la anonadaba.

Cuando en mitad de una frase que traducía oyó ruido de pasos en el corredor, cuando la puerta se abrió y cuando vió entrar un carcelero, conduciendo detrás de él, vestida de blanco, con su fichú en la cabeza á Katiuscha, cuando vió á Katiuscha, quedó como si toda la sangre de sus venas hubiera cesado bruscamente de correr.

«¡Quiero vivir, quiero tener una familia, hijos, quiero obtener mi parte de dicha!—murmuró en su interior una voz que desde mucho tiempo atrás no había oído.

Se levantó, dió algunos pasos hacia Katiuscha. Esta no había dicho nada todavía; pero estaba colorada, animada y le miraba con una expresión que le irritó. Era una expresión que no le había visto nunca, mezclada de fría resolución y de pasión ardiente. Se ruborizaba y palidecía; sus dedos arrollaban y desarrollaban una punta de su túnica; y tan pronto le miraba en pleno rostro, como bajaba tímidamente los ojos.

—¿Sabes la noticia?—preguntó Neklindoff.

—Sí, me la han dicho. Pero ahora estoy decidida, voy á casarme con Vladimiro Ivanovitch...

Hablaba muy aprisa, sin detenerse. Evidentemente había estudiado las frases que pronunciaba.

—¿Cómo? ¿con Vladimiro Ivanovitch?—preguntó Neklindoff.

Ella le interrumpió:

—¿Sí, que tiene de particular eso? Lo quiere él, quiere que viva con él...

Se detuvo como asustada, luego repuso:

—¿Quiere que viva junto á él. Qué más puedo desear? Quizá esté contento. ¿Quién sabe si llegaré á ser útil?... Que puedo...

Una de dos;—O bien se había enamorado de Simonson y entonces no necesitaba del sacrificio de Neklindoff, ó por lo contrario le amaba á él, y para libertarle de su carga se casaba con el revolucionario.

Neklindoff comprendió claramente aquella alternativa y sintió vergüenza, y sintió que se ruborizaba.

—Si le amas...—dijo.

—¿Qué queréis? ¿Jamás he conocido hombres de esa especie? ¿Cómo no amarles? ¡Y además Vladimiro Ivanovitch es tan distinto de los otros!

—Sin duda,—exclamó Neklindoff con voz temblorosa.

—Es un hombre excelente y creo que...

Pero Katiuscha le interrumpió como si hubiera temido que dijera lo que iba á decir. Quizá era que quería ella decirlo todo.

—No, no. Es preciso que nos perdonéis si no hacemos lo que queréis. Vos tenéis necesidad de vivir.

Lo que acababa de decir, lo que se había dicho ya en el cuarto de los niños, en casa del gobernador, Katiuscha se lo repetía.

Pero ya no pensaba en todo ello. De ello ya no quedaba ni una remota idea en él; de nuevo tenía otros pensamientos y otras ideas. Sentía vergüenza, miedo y una angustia indecible.

—¿Es decir, que todo ha acabado entre nosotros?—preguntó.

—Sí, ¡es de creer que sí!—contestó ella con una extraña sonrisa.

—Cree que sería muy dichoso en poder servirte para algo...

—¡No tenemos necesidad de nada! (Al decir *tenemos* miró fijamente á Neklindoff). ¡Os debo ya mucho! A no ser por vos...

No pudo acabar la frase, la voz se le anudó en la garganta. Bajó la cabeza y calló.

—No sé quién de los dos debe más al otro. ¡Dios nos ve y nos juzga!—repuso Neklindoff.

—¡Sí, sí, eso es, Dios nos vé!—murmuró Katiuscha.

—¿*Are you ready?* (¿Estáis listos?)—preguntó el inglés.

—En seguida,—replicó Neklindoff.

Luego esforzándose por contener su angustia, interrogó á Katiuscha sobre el estado de Kriltzoff.

Katiuscha se había serenado también. Con un acento casi tranquilo, dijo cuanto sabía: que Kriltzoff sufrió mucho durante el trayecto y que desde que llegó estaba en la enfermería.

María Paulovna había pedido permiso para cuidarle, pero se lo habían negado.

—¡Ahora tengo que volver allá!—añadió la joven viendo que el inglés se impacientaba.

—¡No nos despedamos aún, os volveré á ver!—dijo Neklindoff tendiéndole la mano.

—¡No, adiós, adiós!—contestó Katiuscha con tono resuelto.

Entonces sus ojos se encontraron: y en la mirada de los ojos un poco bizcos de Katiuscha, en su triste sonrisa, en la manera como pronunció la palabra *adiós*, Neklindoff comprendió que de las dos explicaciones posibles de su conducta, era la segunda la única verdadera. Comprendió que le amaba, que le amaba de todo corazón como en la noche que la había besado al salir de la iglesia. Y comprendió que la joven pensaba que casándose con él le impondría un sacrificio, que destruiría su vida; en tanto que casándose con Simonson le libertaba.

Estrechó la mano que el príncipe le tendía, se volvió bruscamente y salió.

El inglés hubiera querido visitar en seguida las salas; pero viendo la emoción que hacía temblar las manos de Neklindoff tuvo un escrúpulo y fingió que debía anotar algunos detalles en su libro de memorias. Neklindoff se sentó en un banco. Su corazón estaba lleno de vergüenza

y desesperación. Estuvo quieto unos momentos sin poder pensar en nada.

—Y bien, señores, ¿visitamos las salas de la cárcel?— preguntó el alcaide.

Neklindoff se levantó estremeciéndose. El inglés cerró su libro de memorias y se pusieron en marcha.

## XXVIII

### I

Después de atravesar un sombrío y mal oliente corredor, tanto más pestilente cuanto que la basura estaba allí amontonada, Neklindoff y el inglés, acompañados del director, penetraron en la primera sala de los condenados á trabajos forzados. Había allí cerca de setenta presos, la mayoría acostados ya. Las camas estaban todas juntas en el centro de la sala, de manera que los presos se hallaban acostados unos al lado de otros.

Al entrar los visitantes, todos se incorporaron bruscamente con gran ruido de cadenas, y Neklindoff se asombró al ver el brillo de sus cráneos recién afeitados.

Dos de ellos no se levantaron. Uno era un joven con el rostro muy colorado y estremecido por la fiebre; el otro, de más edad, no paraba un momento de gemir.

El inglés preguntó si el joven estaba enfermo desde mucho tiempo. Únicamente lo estaba desde la mañana; pero el otro preso padecía una afección del estómago y esperaban que hubiese un sitio vacante en la enfermería para trasladarle.

El inglés rogó á Neklindoff que tradujera á los presos algunas palabras que quería decirles; y le dijo que al mismo tiempo que viajaba por Siberia para estudiar el régimen de la deportación, se había encargado de esparcir entre los deportados la buena palabra evangélica.

—Quisiera decirles que Cristo ha muerto para salvarles. ¡Si creen en El se salvarán! Este es el libro que lo dice.

Rogó á Neklindoff que tradujera estas palabras y después sacó de un bolsillo un paquete de «Nuevos Testamentos» encuadrados en cartón de diversos colores. En seguida, una porción de manos gruesas con uñas negras se acercaron á los libros, rechazándose unas á otras. Distribuyó entre ellas algunos ejemplares del libro y salió para pasar á otra sala.

En la segunda sala, ocurrió la misma escena. La misma falta de aire, el mismo hedor. Como en la primera, una imagen piadosa colgaba entre dos ventanas, en frente del zambullo. Como en aquella, unos sesenta hombres, ya acostados, se levantaron al acercarse ellos. Pero esta vez hubo tres hombres que no pudieron levantarse: dos se incorporaron algo en el camastro; el tercero no lanzó siquiera una mirada á los visitantes. El inglés rogó á Neklindoff que repitiera su discurso y distribuyó de nuevo algunos Evangelios.

En la otra sala había también tres enfermos. El inglés preguntó al alcaide por qué no se juntaba en una misma sala á los enfermos; pero el director le contestó que ellos no lo querían, que su enfermedad no era contagiosa y que el enfermero les visitaba y les cuidaba con mucho celo.

—¡Sí, hace quince días que no se le ve la pinta!—murmuró una voz.

El director, sin hacer caso, pasó á otra sala. En ella y en las demás, igual espectáculo se ofreció á los ojos de los visitantes, y ocurrió una escena igual. Y el mismo espectáculo y la misma escena vieron en las cuadras de los deportados que en las de los condenados á prisión. En todas par-

ses, Neklindoff y su compañero vieron á los mismos hombres hambrientos, desocupados, enfermos, humillados, socarrones, más parecidos á bestias que á criaturas humanas.

Al cabo de media hora, el inglés que había ya agotado su provisión de evangelios, renunció á hacer traducir por Neklindoff, su alocución. Evidentemente, el horror de lo que veía y sobre todo aquel tremendo hedor que reinaba en todas partes, habían ejercido una acción deprimente sobre él. Al pasar de cuadra en cuadra, se contentaba con responder ¡*All righth!* á cuantas observaciones hacía el director.

Neklindoff parecía vivir en un sueño, sin ver nada, sin fuerzas para marchar y para quedarse; y de minuto en minuto se sentía más avergonzado y desesperado.

II

En una de las últimas cuadras que visitaron, Neklindoff tuvo un encuentro que le sacó de su modorra. Vió entre los deportados el mismo extraño viejecito que durante la mañana tuvo por vecino en la barca. Ese anciano, vestido con una camisa desgarrada y un pantalon remendado, con los pies desnudos, estaba sentado en el suelo, en un rincón y miraba á los visitantes con expresión severa. Su rostro arrugado, parecía más concentrado todavía y más animado que en la barca. En tanto que todos los presos de la sala al entrar el director se habían levantado con un movimiento rápido, el viejo continuaba sentado. Brillaban sus ojos y sus cejas se fruncían con cólera.

—¡Ea, de piel! le gritó el alcaide.

Pero el viejo se encogió de hombros y sonrió con desdén.

—Son tus lacayos los que se ponen de pie ante tí. Yo no soy tu criado. ¡Tienes la señal aquí, en tu frente!... — añadió el viejo con acento exaltado.

—¿Qué es eso?—preguntó el director con aire de amenaza.

—Conozco á este hombre,—intervino Neklindoff,—es un sér original. ¿Por qué está en la cárcel?

—La policía nos lo ha enviado como vagabundo. En vano suplicamos que no nos envíen más. No nos escuchan siquiera,—contestó el director.

—¡A lo que veo, tú también perteneces al ejército del Anticristo!—dijo el viejecito, dirigiéndose á Neklindoff.

—No, yo he venido para ver esto.

—¡Ah! ¡ah! ¿Ha venido para ver cómo el Anticristo tortura á los hombres? ¡Pues bien, miral! Les ha cogido y metido en la cárcel, en número suficiente para formar un ejército. El deber de los hombres es ganarse el pan con el sudor de su frente: y él, el Antecristo, les mantiene sin trabajar, como puercos, para convertirlos en puercos.

—¿Qué dice?—preguntó el inglés.

Neklindoff le contestó que el viejo acusaba al director y á los otros empleados por tener contra toda justicia, á muchos hombres en la cárcel.

—Preguntadle cómo se las arreglaría él con aquellos que no observan la ley,—dijo sonriendo el inglés.

Neklindoff tradujo la pregunta.

El viejecito se echó á reír, enseñando algunos dientes negros y rotos.

—¡La ley!—exclamó con desprecio,—¡ah! sí, ya puedes hablarme de la ley. Empezó por apoderarse de la tierra, despojó á los hombres de todas sus riquezas y suprime á cuanto le resisten; y en seguida escribió la ley para decir que no se debe robar ni matar. Te aseguro que no hubiera escrito antes de eso su ley.

El inglés sonrió de nuevo cuando Neklindoff le hubo traducido esta respuesta.

—Preguntadle qué debe hacerse hoy por hoy, con los ladrones y asesinos.

—Contéstales,—dijo el anciano á Neklindoff,—que debe

empezar primeramente por borrar la mancha del Anticristo y que si lo hace ya tendrá bastante trabajo y no se podrá ocupar de ladrones ni asesinos. ¡Ea, repítele esto en mi lengua!

—¡Es divertido!—dijo el inglés oyendo esta respuesta. Sonrió de nuevo y salió de la estancia.

Neklindoff se había quedado atrás; el viejo dirigiéndose á él, prosiguió:

—Cúidate de tus asuntos y no te des pena por los de los otros. Dios sólo es quien sabe castigar y recompensar. Nosotros nada sabemos.

Luego, como si hubiese renunciado á querer convertir á Neklindoff.

—Pero, no; nada tengo que decirte. Vete, sigue tu camino. Ahora ya has visto como los esclavos del Anticristo dan criaturas humanas para pasto de los piojos. ¡Vete ahora á divertirte á otra partel

### III

Cuando Neklindoff alcanzó á sus compañeros en el corredor, el inglés se había detenido ante la puerta entreabierta de una pieza sombría y preguntaba al alcaide para qué servía. Este respondió que era el depósito de cadáveres.

—¡Ah! ¿de veras?—dijo el inglés, cuando el príncipe le hubo traducido la respuesta,—celebraría verlo.

El alcaide hizo traer una lámpara é introdujo á los visitantes. Era una gran sala cuadrada, igual á las demás. En un rincón había unos sacos, en otro un montón de leña; en el centro, yacían sobre camastros cuatro cadáveres.

El primero, en mangas de camisa y con un pantalón, tenía afeitada la mitad de la cabeza y llevaba una barbilla recortada en punta. El frío había ya puesto rígidos sus miembros: las manos, que evidentemente habían estado cruzadas sobre el pecho, se habían separado y los pies, desnudos, estaban separados también. Junto á él estaba tendida una vieja con túnica y sayas blancas, sin pelo apenas y con el rostro amarillo cubierto de arrugas y la nariz arremangada. Al lado de esta mujer se hallaba el

cadáver de un hombre que llevaba arrollado al cuello un pañuelo de seda azul. Neklindoff recordó haber visto ya aquel pañuelo, y se acercó examinando de cerca el cadáver.

Vió entonces una barba negra, un poco rizada, una nariz recta y sólida, una amplia frente blanca y una mata de pelo castaño, que sobre la frente empezaba á marcar una calvicie. Neklindoff reconoció aquellas facciones tan conocidas y casi no creía á sus ojos. La misma vispera había visto aquel rostro animado por la pasión y contraído por el sufrimiento: ahora lo veía inmóvil y tranquilo, revestido de una belleza que le causaba miedo.

Sí, era Kriltzoff, ó por lo menos lo que quedaba de su vida corporal.

«¿Por qué ha sufrido? ¿Por qué ha vivido? ¿Conoce por fin la verdad?» Esto se preguntaba Neklindoff mirando el cadáver, y á sí mismo se contestaba que no había verdad, que no había nada, nada sino la muerte. Envidiaba con toda su alma á Kriltzoff, que ya no sufría.

Sin acordarse siquiera de despedirse del inglés, que examinaba la sala mortuoria con interés de curioso, Neklindoff se hizo conducir fuera de la cárcel, para meditar más á su gusto en su habitación, acerca de cuanto le había ocurrido durante aquel día.

XXIX

Llegado á su cuarto, Neklindoff se puso á pasear arriba y abajo de un modo febril. Comprendía que sus relaciones con Katiuscha habían terminado, terminado para siempre. Para siempre había dejado de ser útil á Katiuscha; y aquel pensamiento le llenaba de tristeza y de vergüenza. Pero comprendía también que aquella idea no debía ocupar ya su atención en lo sucesivo, y que debía cuidar ahora de un asunto que, no solamente no estaba terminado, sino que se le imponía con fuerza avasalladora.

Sentía que estaba en presencia de algo espantosamente malo, que tenía el deber de destruir y que no sabía como destruir. Esa maldad es lo que en otro tiempo le perdió á él mismo, lo que perdió á Katiuscha, lo que acababa de perder al querido y admirable Kriltzoff, que dormía allá abajo en compañía de desconocidos cadáveres.

Neklindoff veía centenares de hombres recluidos á una atmósfera pestilente por impasibles gobernadores, fiscales y alcaides de cárcel. Veía las miradas furibundas del viejecillo, desafiando á los «lacayos del Anticristo». Se le aparecía en la sala mortuoria el hermoso rostro de cera de Kriltzoff. Todo esto, toda la vida que le rodeaba,

le producía el efecto de una horrible pesadilla. Otra vez se preguntaba si era él, Neklindoff, quien estaba loco, ó si eran locos aquellos que se tenían por cuerdos y toleraban tales horrores.

Después de haber paseado largo rato, se echó sobre un diván y maquinalmente tomó los Evangelios que el inglés le diera y que dejó sobre una mesa al vaciar los bolsillos de su pelliza.

—Hay gente que asegura que aquí se encuentra respuesta para todo,—pensaba abriendo el librito sin mirar la página. Leyó. Era un capítulo del Evangelio de San Mateo, el capítulo XXIII:

1.º *En aquel tiempo, los discípulos se acercaron á Jesús y le dijeron: «¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?»*

2.º *Entonces Jesús, habiendo llamado á un niño, le colocó entre ellos, y dijo:*

3.º *«En verdad os digo que si no variáis y no tratáis de ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.*

4.º *»El que se parecerá á este niño, ese será el más grande en el reino de los cielos.»*

—¡Sí, eso es!—dijo Neklindoff recordando que sólo sintió la paz y la alegría de la vida cada vez que se empequeñeció, que procuró parecerse á los niños.

Leyó después:

5.º *«El que recibirá á un niño en mi nombre, me recibirá á mí.*

6.º *»Pero si alguien escandaliza á uno de esos niños que creen en mí, más le valiera que le ataran una cuerda al cuello y que le echaran al fondo del mar.»*

Neklindoff dejó de leer:—¿Qué querrá decir, *el que recibirá y en mi nombre?*—se preguntó sintiendo que aquellas palabras no encerraban ningún significado para él.—¿Qué

quieren decir esa piedra al cuello y ese fondo del mar? No, eso no es para mí. Eso no está claro ni tiene sentido alguno.

Recordó que muchas veces ya durante su vida trató de leer los Evangelios y que siempre la obscuridad de algunos pasajes le había sorprendido.

Cogió, sin embargo, el libro otra vez, y leyó los cuatro versículos siguientes: Jesús hablaba de los escándalos y de la condenación de ciertos hombres que iban á la cárcel de fuego, de ciertos ángeles que pertenecen á ciertos niños y que ven «el rostro del Padre en los cielos».

—¡Qué lástima que todo eso esté tan obscuro y mal escrito!—pensaba;—pues en el fondo se ve que hay algo hermoso y digno de comprenderse.

Volvió á leer:

11. *«¡Sabed que el hijo del hombre ha venido á rescatar y salvar á los que perecen!*

12. *¿Qué os parece? ¿Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, no tenga á las noventa y nueve restantes en la montaña para ir en busca de la que se ha perdido?*

13. *«Si consigue encontrarla, en verdad os digo que siente más alegría que por sentirse poseedor de las noventa y nueve que no se le han extraviado.*

14. *»Del mismo modo, no quiere la voluntad del Padre que ninguno de sus hijos perezca.»*

—¡Sí, sin duda, no quiere el Padre que perezcan! ¡Pero esto no impide que mueran por centenares, por millares! ¡Y no hay ningún medio de salvarles!—pensó Neklindoff.

Leyó todavía algunos versículos:

21. *Entonces Pedro, acercándose, le dijo: «Maestro, ¿cuántas veces deberé perdonar á mi hermano si me ofende? ¿Deberé perdonarle siete veces?*

22. *Y Jesús le contestó: «¡No te digo siete veces, sino setenta veces siete veces!*

23. *«¡Pues sucede en el reino de los cielos lo que ocurrió á un rey, que quiso hacer rendir cuentas á sus servidores!*

24. *»Cuauo hubo empezado á contar, le trajeron uno que debía diez mil talentos.*

25. *»Y porque no tenia de qué pagar, su amo ordenó que fuera vendido, él, su mujer y sus hijos, y cuanto tenía, á fin de que la deuda fuera satisfecha.*

26. *»Y ese servidor, cayendo á sus pies, se prosternó ante él, y le dijo: Señor, ten paciencia y te lo pagaré todo.*

27. *»Entonces el amo, movido á piedad, le dejó y aplazó el cobro de la deuda.*

28. *»Pero ese criado, habiendo salido, encontro á uno de sus compañeros de servicio que le debía cien dineros y lo estrangulaba diciendo: ¡dame lo que me debes!*

29. *»Y su compañero, cayendo á sus pies, le suplicó diciendo: Ten paciencia y te pagaré.*

30. *»Pero el servidor no quiso tener paciencia é hizo apri-  
sionar á su compañero hasta que hubo pagado su deuda.*

31. *»Sus otros compañeros, viendo lo que había ocurrido se  
entristecieron mucho y contaron á su amo lo que había ocurrido.*

32. *»Entonces el amo hizo veair al servidor y le dijo: Mal  
servidor, te he perdonado tu deuda porque me has suplicado.*

33. *»¿No debías tú también tener piedad de tu compañero  
como yo la tuve de tí?»*

—¿Será eso?—exclamó de repente Neklindoff, después de haber leído aquellas palabras.—La respuesta que busco, ¿será esa?

Y la voz íntima de todo su sér le contestó:

—Sí, esa es, y no es otra.

El mismo fenómeno que ocurre á las personas acostumbra-  
das á la vida espiritual, ocurrióle á Neklindoff... Un  
pensamiento que al principio les pareció extraño y para-  
dójico, de repente se ilumina á sus ojos y aparece como

una simple, clara, evidente verdad. Así de repente, á los ojos de Neklindoff apareció de un modo evidente que el único remedio para el mal que padecen los hombres, consiste en que no reconocen ellos siempre que tienen una deuda para con Dios y que, por consiguiente, no tienen derecho alguno de juzgar ni de castigar á los demás hombres. Comprendió de golpe que el espantoso mal que había presenciado en prisiones y convoyes, y que la tranquilidad de los que producían ese mal, dependía únicamente de una cosa muy sencilla. Todo provenía de que los hombres habían emprendido una cosa imposible: siendo malos ellos mismos, querían corregir á los demás. Hombres viciosos intentaban corregir á hombres viciosos. Y por serlo, sólo conseguían propagar el vicio en vez de corregirlo; estando corrompidos esparcían en torno su propia corrupción. La respuesta que Neklindoff buscaba con angustia sin acertar á hallarla, era la misma que Jesucristo había dado á Pedro: la respuesta era que se debía perdonar siempre, no siete veces, sino setenta veces siete veces.

—Nó, es imposible admitir que la cosa sea tan sencilla, —se decía Neklindoff.—Y, sin embargo, comprendía que era la única respuesta, no solamente bajo el punto de vista teórico, sino práctico y de inmediatos resultados. Le parecía aún extraño é increíble, acostumbrado como estaba á ideas opuestas; pero sentía y sabía que así era, sin duda alguna.

La objeción ordinaria que consistía en decir lo que había qué hacer de ladrones y asesinos, no era de ningún peso para él. Aquella objeción únicamente hubiese tenido sentido si los castigos hicieran disminuir los crímenes, si corrigieran á los criminales; pero la experiencia probaba lo contrario á Neklindoff. Desde tantos siglos antes como los hombres se dedicaban á perseguir el crimen, ¿lo habían suprimido ó atenuado siquiera? Lejos de ello, lejos de haberlo atenuado, contribuyeron á esparcirlo, depra-

vando á los presos por las condenas que hacían sufrir á los prisioneros, añadiendo á los crímenes de los ladrones y asesinos, los de esos criminales que se llaman magistrados, fiscales, jueces de instrucción, verdugos, policías y alcaides.

Neklindoff comprendió que fatalmente debía ser así. Comprendió que si la sociedad y el orden social existían, no era gracias á la crueldad de magistrados y jueces, sino á pesar suyo, porque junto á ellos había hombres que amaban á sus semejantes.

El Evangelio había hablado al cabo al corazón de Neklindoff; se había revelado á él, como á todo hombre que lo lee. Y el príncipe leyó aún más páginas. Tomó el «Sermón de la Montaña», que siempre le había conmovido. Pero esta vez, leyéndolo, comprendió que aquella relación no era tan solo una colección de pensamientos nobles y de imágenes conmovedoras, exponiendo un ideal moral casi irrealizable. Advirtió que el «Sermón de la Montaña» contenía preceptos claros, precisos, sencillos, prácticos, de fácil aplicación y que ésta daría por resultado la creación de una sociedad humana absolutamente nueva, suprimiendo toda violencia y toda injusticia, é inaugurando en la medida de la debilidad humana, el Reino de los Cielos sobre la tierra.

Esos preceptos eran cinco:

El primero consistía en decir que el hombre no solamente no debía matar al hombre, su hermano, sino que no debía irritarse contra él, ni despreciarle ni acusarle, y que si se había apaleado con otro hombre, debía reconciliarse con él antes de ofrecer ningún don á Dios; es decir, antes de unirse á Dios por medio de la oración mental.

El segundo precepto consistía en decir que el hombre no solamente no debía entregarse á la sensualidad, sino que no debía profanar la belleza de la mujer haciendo de

ella un instrumento de su grosero placer, sino que debía, una vez casado con su mujer, considerarse como indisolublemente ligado á ella para siempre.

El tercer precepto consistía en decir al hombre que no debía prometer nada bajo juramento, no siendo, como no es, dueño de sí mismo ni de nada.

El cuarto precepto consistía en decir que el hombre no sólo no debía exigir ojo por ojo, sino que cuando le abofetearan debía presentar la otra mejilla; que debía perdonar las ofensas, soportarlas con resignación, no rehusar nada de lo que los otros hombres exigieran de él.

Y el quinto precepto consistía en decir que el hombre no sólo no debía aborrecer á sus enemigos, ni luchar contra ellos, sino amarles, ayudarles y servirles.

Neklindoff se tendió en el diván y se puso á reflexionar. Recordando toda la miseria y toda la fealdad de la vida actual de los hombres, pensó en lo que fuera esa vida si los hombres consintieran en aplicar los preceptos que acababa de leer. Su descorazonamiento desapareció y una oleada de entusiasmo invadió su alma. Sintió que después de una vida entera de sufrimientos á través de las tinieblas, acababa de ver la dulce, la tranquilizadora, la bienhadada luz.

Aquella noche no durmió. Entregado por completo á la alegría del descubrimiento que acababa de hacer, leyó ávidamente los Evangelios, por entero. Y, como sucede á cuantos comprenden por fin el santo libro, se admiró, leyendo, de comprender claramente el sentido de muchas palabras que leyerá otras veces sin darle importancia alguna. Como una esponja absorbe toda el agua que puede contener, así absorbía él cuanto hallaba bueno, noble y alegre en aquel libro. Cuanto leía parecía que le era familiar, pues lo que leía le confirmaba y explicaba cosas que desde mucho tiempo antes presentía sin atreverse á

darlas por ciertas. Ahora las reputaba verdaderas y creía en ellas.

No solamente reconocía y creía que siguiendo los preceptos del Evangelio, los hombres podrían elevarse al más alto grado de dicha de que eran capaces, sino que reconocía y creía que para un hombre era mejor permanecer sin hacer nada que dejar de aplicar esos preceptos; reconocía y creía que esos preceptos representaban la única razón de ser de la existencia humana, y que, olvidándolos, cometía el hombre una falta que acarreaba un castigo.

Tal conclusión resultaba para Neklindoff del libro; pero, con una claridad y con una fuerza extraordinarias, la veía en la parábola de los viñadores. Estos imaginaban que la tierra que les habían dado á cultivar no era de su dueño, sino de ellos mismos; que lo que había en la viña era para ellos y que su solo deber consistía en hacer servir aquella tierra para su propio goce; olvidando á su dueño y matando á cuantos les recordaban sus obligaciones para con él.

«Así obramos todos,—pensó Neklindoff.—Vivimos en la creencia de que somos los dueños de nuestra vida y de que ésta nos ha sido dada para nuestro regalo. Esa es una creencia insensata. El hombre no ha venido al mundo por su propia voluntad; alguien debe haberle enviado por algún motivo. Pero nosotros hemos decidido olvidar esa evidencia y pensamos que vivimos para nuestro regalo. Y luego nos admiramos si padecemos y sufrimos, como si esto no fuera la consecuencia natural de nuestra situación de obreros que olvidan la voluntad del dueño. Y la voluntad de nuestro dueño está expresada en este librito.

»*Buscad el Reino de Dios y lo demás lo obtendréis sin esfuerzo.* En vez de buscar el Reino de Dios buscamos lo demás y nos extrañamos de no hallarlo.

»Sí, tal ha sido mi vida. ¡Pero ahora principia otra nueva!»

Efectivamente, aquella noche empezó para Neklindoff una vida nueva: nueva no sólo porque dejó de pensar exclusivamente en sí mismo, esforzándose en servir á los demás, sino nueva sobre todo, porque todo lo que le ocurrió desde aquella noche, cuanto vió, cuanto hizo, tuvo á sus ojos otra significación que en lo pasado.

El porvenir dirá cómo terminó aquella nueva etapa de su vida.

12 diciembre 1899.



---

\* FIN \*

---



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI



# Casa Editorial "MAUCCI,,

Mallorca, 226 y 228.—Apartado Correos 189.—Barcelona

---



## Extracto del Catálogo General

---

### OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

---

<b>L' Assommoir</b> , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados. . . . .	2 Ptas.
<b>Naná</b> , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados. . . . .	2 »
<b>Los Misterios de Marsella</b> , por Emilio Zola. . . . .	1 »
<b>Teresa Raquin</b> , por Emilio Zola. . . . .	1 »
<b>Lourdes</b> , por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España. . . . .	4 »
<b>Roma</b> , por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición). . . . .	4 »
<b>París</b> , por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica . . . . .	4 »
<b>Fecundidad</b> , por Emilio Zola (tercera edición).. . . .	4 »
<b>Escenas de la vida de Bohemia</b> , por E. Murger . . . . .	1 »
<b>España</b> , por Edmundo de Amicis. . . . .	1 »

<b>Horas de Recreo</b> , por E. De Amicis. Un tomo ilustrado.. . . . .	1 Ptas.
<b>La Carrozza di Tutti.</b> (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados	3 »
<b>Rafael.-Graziella</b> (2 novelas juntas), por Lamartine. . . . .	1 »
<b>El Manuscrito de mi Madre</b> , por id.. . . .	1 »
<b>¡Misterio!...</b> por Hugo Conway.. . . .	1 »
<b>Un Secreto de Familia</b> , por id. (ilustrada).. .	1 »
<b>Sin Madre</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Secreto de la Nieve</b> , por id.. . . .	1 »
<b>Confusión</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Viaje al Mont-Blanc</b> (4 novelas juntas), por Chateaubriand. . . . .	1 »
<b>La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio</b> (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy	1 »
<b>Amo y Criado</b> , por id.. . . . .	1 »
<b>Resurrección</b> , por id. 2 tomos. . . . .	3 »
<b>Imitaciones.—Los Cosacos</b> , por id. . . . .	1 »
<b>La Esclavitud Moderna</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Noventa y tres</b> , por V. Hugo. 2 tomos ilustrados	2 »
<b>Los Trabajadores del Mar</b> , por id., id.. . .	2 »
<b>El Hombre que Ríe</b> , por id., id.. . . .	2 »
<b>Nuestra Señora de París</b> , por id. (ilustrada) .	2 »
<b>Han de Islandia ó El Hombre Fiera</b> , por id. Dos tomos ilustrados. . . . .	2 »
<b>Sor Filomena</b> , por E. J. de Goncourt. . . .	1 »
<b>Fromont y Risler</b> , obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet. . . . .	1 »
<b>Tartarin de Tarascon</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Poquita Cosa</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Nabab</b> , por id. 2 tomos. . . . .	2 »

<b>Las Cartas de mi Molino</b> , por A. Daudet. . . . .	1 Ptas.
<b>María</b> (novela americana) por Jorge Isaacs. . . . .	1 »
<b>Vida de Jesús</b> , por Ernesto Renan (ilustrada). . . . .	1 »
<b>Dora</b> , por Carlota M. Braemé, id. . . . .	1 »
<b>Azucena</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Una Lucha de Amor</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Corazón de Oro</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Su Único Pecado</b> , por id. . . . .	1 »
<b>En su Mañana de Bodas</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Un matrimonio del gran mundo</b> , por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa). . . . .	1 »
<b>La Señorita Giraud, mi mujer</b> , por A. Belot. . . . .	1 »
<b>Los Compañeros del Silencio</b> , por Paul Féval Dos tomos ilustrados. . . . .	2 »
<b>La Sala Misteriosa</b> , por Paul Féval. . . . .	1 »
<b>El Posadero de Aldea</b> , por E. de Conciencia. . . . .	1 »
<b>La Ciudad Negra</b> , por Jorge Sand. . . . .	1 »
<b>La Venus de Gordes</b> , por A. Belot y E. Daudet	1 »
<b>El Beso de una Muerta</b> , por Carolina Invernizio. . . . .	1 »
<b>La Venganza de una loca</b> , por id. . . . .	1 »
<b>La Huérfana de la Judería</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Pasiones y Delitos</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Espectro del Pasado</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Los Amores de Marcelo</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Crimen de la Condesa</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Resucitado</b> , por id. . . . .	1 »
<b>El Triunfo de la Muerte</b> , por G. D' Annunzio. 2 tomos ilustrados. . . . .	3 »
<b>El Placer</b> , por id. 2 tomos ilustrados. . . . .	3 »
<b>El Fuego</b> , por id. 2 tomos. . . . .	3 »
<b>Las Vírgenes de las Rocas</b> , por id. 1 tomo. . . . .	1'50 »
<b>El Inocente</b> , por id. 1 tomo. . . . .	1'50 »
<b>Historia de un Muerto</b> , por Francisco Cal- cagno, ilustrada con ocho láminas . . . . .	1 »

<b>¿Quo Vadis?</b> por Enrique Sienkiewicz. Edición completa é ilustrada. 2 tomos. . . . .	2 Ptas.
<b>Más allá del Misterio</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Luchar en vano</b> , por id. . . . .	1 »
<b>A Sangre y Fuego</b> , por id. 2 tomos. . . . .	2 »
<b>¡Sigámosle!</b> por id. . . . .	1 »
<b>Hania</b> , por id. 1 tomo. . . . .	1 »
<b>Don Quijote de la Mancha</b> , por Miguel de Cervantes, 2 tomos ilustrados con láminas. . . . .	2 »
<b>El Jardín de los Suplicios</b> , por Octavio Mirbeau. . . . .	1 »
<b>La Señora de Bovary</b> , por Gustavo Flaubert. . . . .	2 »
<b>Salammbó</b> , por id. . . . .	1 »
<b>Mariquita León</b> , por José Nogales y Nogales. (Edición ilustrada). . . . .	1'50 »
<b>El Ultimo Patriota</b> , por id. . . . .	1 »
<b>La Muerte de los Dioses</b> , por Dmitri Merejowski. 2 tomos. . . . .	2 »

Estas obras se hallan, igualmente, encuadernadas en tela y planchas doradas, con aumento de 50 centimos el tomo.

## OBRAS DE PONSON DU TERRAIL

A UNA PESETA CADA TOMO

### Los Dramas de París (5 tomos)

- 1.º La Herencia Misteriosa.
- 2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad.
- 3.º Club de los Explotadores.
- 4.º Turquesa la Pecadora.
- 5.º El conde de Artoff.

### Hazañas de Rocambole (4 tomos)

- 1.º Carmen la Gitana.
- 2.º La Condesa de Artoff.

- 3.º La Muerte del Salvaje.
- 4.º La Venganza de Bacará.

### **El Manuscrito del Dominó (4 tomos)**

- 1.º Los Caballeros del Claro de Luna.
- 2.º La Vuelta del Presidiario.
- 3.º Testamento de Grano de Sal.
- 4.º Daniela.

### **La Resurrección de Rocambole (5 tomos)**

- 1.º El Presidio de Tolón.
- 2.º La Cárcel de Mujeres.
- 3.º La Posada Maldita.
- 4.º La Casa de Locos.
- 5.º ¡Redención!

### **La Última Palabra de Rocambole (7 tomos)**

- 1.º La Taberna de la Sangre.
- 2.º Los Estranguladores.
- 3.º Historia de un Crimen.
- 4.º Los Millones de la Gitana.
- 5.º La Hermosa Jardinera.
- 6.º Un Drama en la India.
- 7.º Los Tesoros del Rajah.

### **Las Miserias de Londres (5 tomos)**

- 1.º La Maestra de Párvulos.
- 2.º El Niño Perdido.
- 3.º La Jaula de los Pájaros.
- 4.º El Cementerio de los Ajusticiados.
- 5.º La Señorita Elena.

**Las Demoliciones de París (2 tomos)**

- 1.º Los Amores del Limosino.
- 2.º La Prisión de Rocambole.

**La Cuerda del Ahorcado (2 tomos)**

- 1.º El Loco de Bedlan.
- 2.º El Hombre Gris.

**La Vuelta de Rocambole (4 tomos)**

- 1.º El Compadre Vulcano.
- 2.º Una Sociedad Anónima.
- 3.º Los Amores de una Española.
- 4.º La Venganza de Rocambole.

**Las Tragedias del Matrimonio (2 tomos)****Los Dramas Sangrientos (2 tomos)****La Juventud de Enrique IV (8 tomos)**

- 1.º La Hermosa Platera.
- 2.º La Favorita del Rey de Navarra.
- 3.º Los Amores de la Bella Nancy.
- 4.º Los Juramentados.
- 5.º Enrique y Margarita.
- 6.º La Noche de San Bartolomé.
- 7.º La Reina de las Barricadas.
- 8.º El Regicida.

**Aventuras de Enrique IV (2 tomos)**

- 1.º Galaor el Hermoso.
- 2.º La Traición del Mariscal Birón.

<b>El Herrero del Convento.</b> . . . . .	2 tom. 2 ptas.
<b>Los Amores de Aurora.</b> . . . . .	2 » 2 »
<b>La Justicia de los Gitanos.</b> . . . . .	2 » 2 »
<b>Las Máscaras Rojas.</b> . . . . .	1 » 1 »
<b>Clara de Azay</b> ( <i>2.<sup>a</sup> parte de Las Máscaras Rojas</i> ).	1 »
<b>El Paje Flor de Mayo.</b> . . . . .	1 » 1 »

Estas obras se hallan, igualmente, encuadernadas en tela y planchas doradas, con aumento de 50 céntimos el tomo.

---



---

# NOVELAS POPULARES

A 50 céntimos cada tomo

- 1 La Dama de las Camelias, por A. Dumas.
- 2 Manon Lescaut, por el abate Préboist.
- 3 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
- 4 Gustavo el Calavera, por Paul de Kock.
- 5 La Bella Normanda, por id.
- 6 El Libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes.
- 7 Juegos de Manos y de Sociedad.
- 8 Las Trece Noches de Juanita, por Henry Kock.
- 9 Los Besos Malditos, por id.
- 10 Bocaccio.
- 11 Doña Juanita.
- 12 Los Amantes de Teruel.
- 13 Pablo y Virginia, por Bernardin de Saint Pierre.
- 14 Don Juan Tenorio.
- 15 Canciones Españolas.
- 16 Carmen.

- 17 Julieta y Romeo.
- 18 Otello el moro de Venecia.
- 19 Mesalina.
- 20 Genoveva de Brabante, por Cristobal Schmid.
- 21 El Trovador.
- 22 El barbero de Sevilla.
- 23 Hernani, por Víctor Hugo.
- 24 El Rigoletto.
- 25 Lucrecia Borgia, por Víctor Hugo.
- 26 Aida.
- 27 El Rey de los Campos. (Historia del bandido cubano Manuel García)
- 28 Amor de Madre.
- 29 Abelardo y Eloísa.
- 30 Dolores ó la Moza de Calatayud.
- 31 Un Casamiento Misterioso.
- 32 La Flor de un día.
- 33 Las Espinas de una Flor.
- 34 Don Juan de Serrallonga.
- 35 Los Siete Niños de Écija.
- 36 Diego Corrientes.
- 37 José María ó El Rayo de Andalucía.
- 38 Treinta Años ó La Vida de un Jugador.
- 39 Hernán Cortés y Marina.
- 40 Reina y Esposa ó Aragoneses y Catalanes en Oriente.
- 41 Luís Candelas.
- 42 Margarita de Borgoña.
- 43 Catalina Howard.
- 44 La Africana.
- 45 Garín.
- 46 La Huérfana de Bruselas.
- 47 María Stuard.
- 48 La Verbena de la Paloma.
- 49 Los dos pilletes.

- 50 Juan José.  
 51 La Viejecita.  
 52 Oscar y Amanda.  
 53 Los Verdugos de Amanda.



## LIBROS CABALÍSTICOS

Ilustrados con multitud de grabados y elegantes cubiertas al cromo

- Los Admirables Secretos de Alberto el Grande.** 1 ptas.  
**Los Secretos Maravillosos de la Magia Natural**  
 del Pequeño Alberto. . . . . 1 »  
**La Magia Negra.** . . . . . 1 »  
**Verdadera y Transcendental Magia Blanca.** . 1 »  
**Magnetismo, Hipnotismo, Sugestión y Espiri-**  
**tismo.** . . . . . 1 »



# CONOCIMIENTOS PARA LA VIDA PRIVADA

*Consideraciones morales, históricas, de medicina é higiene  
Consejos á la juventud, á los casados y á los padres de familia*

Colección de obras escritas por

**V. SUAREZ CASAN**

Tomos encuadernados en rústica á 50 céntimos uno

## PRIMERA SERIE

- Tomo 1.º — **La Prostitución.**  
 » 2.º — **Secretos del Lecho Conyugal.**  
 » 3.º — **La Virginidad.**  
 » 4.º — **Onanismo.**  
 » 5.º — **Los Vicios Solitarios.**  
 » 6.º — **La Pederastía.**  
 » 7.º — **Fenómenos Sexuales.**  
 » 8.º — **El Matrimonio y el Adulterio.**  
 » 9.º — **El Amor Lesbio.**  
 » 10 — **Costumbres y Vicios Sexuales de todos los países.**

La colección de los diez tomos encuadernada en un volumen, en tela y planchas doradas.—5 Ptas.

## SEGUNDA SERIE

- Tomo 1.º — **El Embarazo.**  
 » 2.º — **El Parto.**  
 » 3.º — **El Aborto.**  
 » 4.º — **La Esterilidad.**  
 » 5.º — **La Impotencia.**  
 » 6.º — **Higiene del Matrimonio.**

Tomo 7.º — **La Calipedia Moderna ó la procreación á voluntad.**

» 8.º — **Las Monstruosidades Humanas.**

» 9.º — **Enfermedades Secretas.**

» 10 — **Enfermedades de las Mujeres.**

La colección de los diez tomos lujosamente encuadrada en dos volúmenes, en tela y planchas doradas. 6 Ptas.

---

## OBRAS VARIAS

---

**Historia Negra, por el Capitán Verdades.**

Relato de los escándalos ocurridos en las ex Colonias españolas, durante las últimas guerras. Un tomo. . . . . 2 Ptas.

**El Capitán Dreyfus. (Historia de un proceso célebre), por Eduardo de Bray y Ramón Sempau. Dos tomos con 67 fotografías. . . . .**

2 »

**Medicina de las Familias y Plantas Medicinales, por Pío Arias Carvajal, un tomo ilustrado con grabados representando las plantas medicinales más en uso. . . . .**

2 »

**Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar, 1 tomo rústica.. . . .**

1 »

**Poesías Escogidas, de Juan de Dios Peza. Unica edición ilustrada, autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo de 350 páginas: en rústica**

2 »

En tela. . . . . : . . . . . 3 »

**Crónica de la Guerra de Cuba y de Filipinas, Historia de nuestras guerras coloniales**

desde su principio en 1895 hasta 1898. Forma toda la obra 5 tomos ilustrados con más de 2000 grabados. Precio de cada tomo en rústica y cubierta al cromo. . . . .	4 ptas.
En tela y planchas alegóricas en oro y colores. . . . .	6 »
<b>Las Mil y Una Noches</b> , por Gallan, (Cuentos Arabes) 1 tomo ilustrado, en rústica. . . . .	2'50
En tela y plancha dorada.. . . .	3'75
<b>Predestinación</b> , (Novela de costumbres americanas) 2 tomos encuadernados de gran lujo..	10 »
<b>Leyes de Indias</b> , (Recopilación de las) 4 tomos en dos volúmenes, pasta española. . . . .	70 »
<b>Cirujía, Medicina y Partos</b> , por A. Corlieu, 1 tomo de 870 páginas ilustrado, rústica. . . . .	10 »
<b>Algebra Briot</b> , traducido por F. Presas, 1 tomo, rústica.. . . .	2 »
<b>Vida de los Papas</b> , desde San Pedro hasta León XIII, 1 tomo, rústica. . . . .	1 »
<b>Ultimo y Completo Alivio del Párroco</b> , 5 tomos en tela.. . . .	15 »
<b>Las Heregías</b> , (con aprobación Eclesiástica) 4 tomos, rústica.. . . .	15 »
Tela. . . . .	15 »
<b>El Hebreo de Verona</b> , novela histórica, 2 tomos, láminas al cromo, encuadernados en tela	10 »
<b>Hija, Esposa y Madre</b> , por Alvaro Carrillo. Dos tomos con láminas al cromo.. . . .	10 »
<b>El Capitán Estruendo</b> , por T. Gautier. Novela interesante é ilustrada con 40 láminas debidas al eminente artista Gustavo Doré, encuadernada en tela y planchas doradas; edición de lujo.. . . .	10 »

<b>Los Trovadores de México.</b> Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo de más de 400 páginas, impreso con tipos nuevos y elegantes. En rústica. . . . .	2 Ptas.
En tela. . . . .	3 »
<b>Los Miserables,</b> por Víctor Hugo, 2 tomos ilustrados con láminas al cromo, en rústica.. . . .	8 »
Encuadernados en tela y planchas doradas..	12 »
<b>El Conde de Montecristo,</b> por Alejandro Dumas, 2 tom. ilustrados con láminas al cromo en rústica. . . . .	8 »
En tela y plancha dorada.. . . .	12 »
<b>Historia de doce Mujeres.</b> Doce novelas ilustradas que forman un tomo encuadernado en tela y plancha dorada. . . . .	6 »
<b>Obras de Manuel Acuña,</b> con un prólogo de Juan de Dios Peza. Edición ilustrada. Un tomo de 300 páginas, en rústica. . . . .	2 »
En tela. . . . .	3 »
<b>Crónica de la Guerra del Riff,</b> 1 tomo con más de 500 grabados, rústica. . . . .	2 »
<b>La Esposa Infiel.</b> Novela de costumbres, ilustrada al cromo; 2 tomos en tela . . . . .	10 ptas.
<b>La Primera Ilusión,</b> 2 tomos en tela. . . . .	10 »
<b>Amar sin Esperanza,</b> 2 id. id. id. . . . .	10 »
<b>Los Novios,</b> (por Manzoni) 2 id. id. id. . . . .	10 »
<b>El Paraíso del Amor,</b> 2 id. id. id. . . . .	10 »
<b>La Tierra Santa,</b> 2 tomos en tela. . . . .	10 »
<b>Los Desgraciados,</b> por Pérez Escrich. 2 tomos	10 »
<b>Los Bandidos del Amor,</b> 2 tomos de 972 páginas cada uno, en tela . . . . .	10 »
<b>La Mascota,</b> 2 tomos de 844 páginas cada uno: encuadernado en tela. . . . .	10 »
<b>Juan de Dios,</b> 2 id. id. id. . . . .	10 ptas.
<b>La Semilla del Bien,</b> 2 id. id. id. . . . .	10 »

En Rústica: 6 Pesetas

<b>El Cocinero Universal</b> , 1 tomo cartoné. . . .	1 ptas.
<b>Libro de Cuentas Ajustadas</b> , hechas sin necesidad de hacer números, 1 tomo rústica. .	1 »
<b>Tratado Completo de Vinificación y Repostería</b> , por L. Sala Casto. 1 tomo de 224 págs.	2 »
<b>Mapa ilustrado de la isla de Cuba</b> . Mide 1'10 metros por 0,80. . . . .	2 »
<b>Mapa Ilustrado del Archipiélago Filipino</b> , tirado en fondo azul, adornado con los retratos de los descubridores y fundador de las órdenes religiosas.. . . .	0'50



# Primer DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

---

con la representación gráfica por medio de millares de grabados, de voces de Arquitectura, Arqueología civil y religiosa, Heráldica, Numismática, Indumentaria, Pintura, Escultura, Grabado, Música, Agricultura, Agronomía, Botánica, Agrimensura, Zoología, Mineralogía, Artes y Oficios, Física, Química, Mecánica, Hidráulica, Metalurgia, Medicina, Cirugía, Farmacia, Astronomía, Geología, Geodesia, Comercio, Navegación, Marina, Arte militar, Etnografía, Antropología, Caza, Pesca, Equitación, etc., etc.

POR

D. Luis de Bustamante y Ríos y D. José del Vilar

AUTORES DE VARIAS OBRAS

*con la colaboración de distinguidos escritores españoles  
y americanos*

---

Dos tomos de gran tamaño, ilustrados con más de doce mil grabados, ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano, con planchas doradas.

---

**Precio de la obra completa: 50 Ptas.**

NOVÍSIMO  
DICCIONARIO UNIVERSAL DE AGRICULTURA  
(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootecnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

OBRA ESCRITA POR

**J. T. MÜLLER**

*Autor de célebres obras de Agricultura, traducido y copiosamente adicionado en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero por la Redacción Agrícola Ilustrada*

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

**Precio de la obra completa: 60 Ptas.**







BIBLIOTECA NACIONAL



1001980767